

ENCUADERNADOR
R CHULIA
Rubiols, 4-Valencia

F.

VI-95

73
11

GLORIAS VALENCIANAS

NOTICIA

DE

IMÁGENES, SANTOS Y VENERABLES

PERTENECIENTES AL REINO DE VALENCIA

POR

D. JAIME TORRENT Y CROS

Caballero de la Orden de Isabel la Católica

31



VALENCIA

Imprenta y librería de Ramón Ortega, editor

Bajada de San Francisco, núm. 11

1886

R. 1074

1850

Wm. L. G. & Co. Boston
No. 100 N. State St.

PRÓLOGO.

Compendiar y reunir noticias y tradiciones pertenecientes á las imágenes de más devoción de nuestra provincia y reino de Valencia, ha sido el objeto de esta pequeña obra. Extenso campo habría y trabajo largo, si esta noticia tuviera que extenderse á todas las poblaciones, porque no hay ninguna que no cuente con una imagen de predilección especial, y sin embargo, este era mi ánimo; pero dificultades y falta de tiempo han impedido cumplir mis propósitos.

Algunas de estas relaciones se publican por primera vez, y están tomadas de los archivos y tradiciones que se conservan en la población donde se venera la imagen.

Siguen otras noticias referentes á los Santos y venerables hijos de nuestro reino, los cuerpos de Santos que en él tienen culto, y termina con el Catálogo de los Prelados que ha tenido la Diócesis hasta el actual Sr. Cardenal D. Antolín Monescillo.

Apuntes eran éstos que guardaba en mi cartera por gusto particular y por el espíritu valenciano que siempre me ha dominado. La insistencia de amigos, y el considerar que nunca es de sobra el que se renueven noticias que se olvidan, y hasta desaparecen á veces, me ha determinado á publicar este trabajo que bien comprendo queda incompleto y no reúne ningún mérito. Si por él alguno adquiere noticias que antes ignoraba y son de su beneplácito, queda satisfecho

EL AUTOR.

PROOF

PROOF

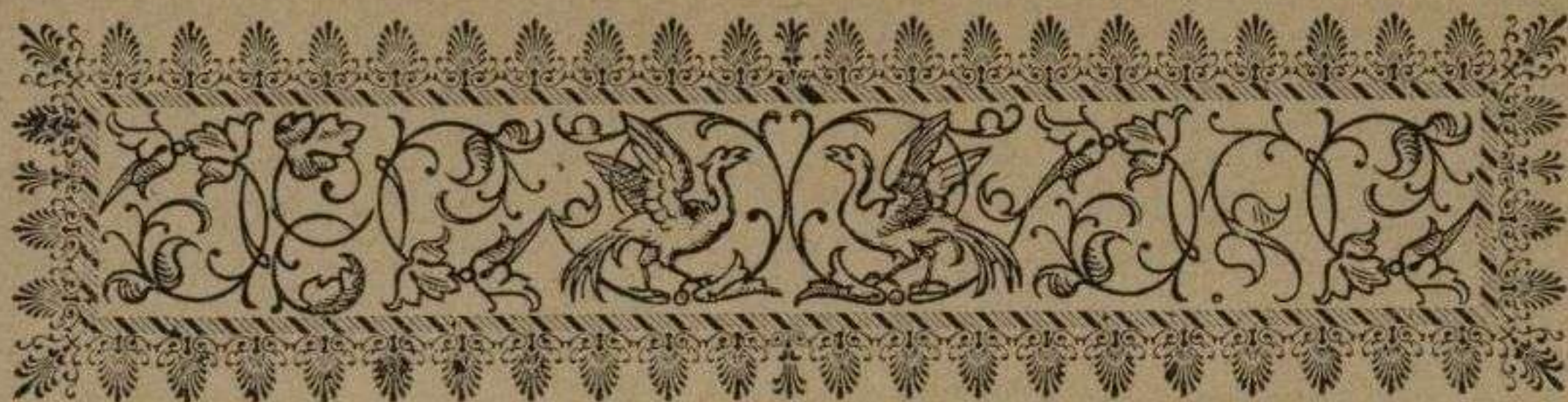
PROOF

PROOF

PROOF

PROOF

PROOF



EL SANTO SEPULCRO

en la Iglesia Parroquial de San Bartolomé de Valencia

MERECE por su mayor antigüedad, el primer lugar en estas memorias, el monumento ó altar del Santo Sepulcro venerado en la hoy parroquial y patriarcal iglesia de San Bartolomé, en esta ciudad.

Efectivamente, de todos los templos ó capillas erigidas por los cristianos antes de la invasión de los moros en Valencia, sea por efecto de la Capitulación, sea por consentimiento de los dominadores, sólo penosamente ésta continuó dedicada al culto de nuestro Redentor.

Según varios historiadores, su fundación se debe á San Eugenio, primer Obispo de Valencia en el año 36 del nacimiento de Jesucristo, ó sea á los tres años de haber sufrido éste su Pasión y muerte, cuyo Prelado lo erigió en memoria del Santo Sepulcro de Jerusalén; se conservó en tiempo de los godos, y como queda dicho, persistió libre de la profanación de los sarrasenos. En la época de éstos y en este templo, recibió el agua del bautismo el mártir y Obispo San Pedro Pas-

cual; en esta época visitaron el Santo Sepulcro el fundador de la Real y Militar orden de la Merced San Pedro Nolasco, el de la de PP. Trinitarios San Juan de Mata, uno y otro en ocasión de venir á redimir cautivos, y los franciscanos San Juan de Perusia y San Pedro de Saxoferrato, que en esta ciudad fueron martirizados.

Al tiempo de la reconquista, la Iglesia del Santo Sepulcro debía estar ó sería entregada en poder de los monges ó canónigos Basilios, supuesto que en una escritura del año 1297 que publica Esclapes, firman un Fr. Domingo de la orden del Santo Sepulcro y Rector de San Bartolomé, y otro Fr. Simón, como canónigo del Santo Sepulcro y Prior de Aragón, Mallorca y Valencia.

Por lo visto, ya el que fué sólo Templo del Santo Sepulcro, se denominaba también entonces de San Bartolomé, y aquél quedó como una Capilla Privilegiada, por la que la Iglesia adquiere su mayor gloria y nombre.

Las Indulgencias que los Pontífices han concedido á esta devota Capilla y á la Cofradía en ella establecida, son tantas, que á no haber consumido el fuego tanta multitud de Bulas (1), se vieran en el día las arcas del Archivo de esta Iglesia llenas de papeles, pergaminos y testimonios auténticos. Sin embargo, para resarcir este daño y añadir nuevas grandezas á esta Santa Capilla, el Pontífice Sixto V la agregó á la Iglesia de San Juan de Letrán, y la hizo participante de todas las gracias de aquélla. El mismo favor confirmaron Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII; Clemente IX hizo perpetua esta agregación, y sobre ella, para que fuese notoria esta gracia perpetua, mandó el mismo Pontífice, que en la parte exterior de la Iglesia, frente de la Santa Capilla, se pusieran de relieve las armas de la Iglesia Lateranense, que son la Tiara Pontificia sobre las Llaves, símbolo de la Sagrada Autoridad y poder que Jesucristo concedió á su Vicario en la tierra. Finalmente, Inocencio XI enriqueció á la Cofradía con tres Indulgencias plenarias perpetuas, una para el día del ingreso, otra

(1) Sermón predicado en la fiesta del Santo Sepulcro el día de Pascua, año 1798.

para el artículo de la muerte, y otra para los Cofrades que en el día de la Resurrección visitaren la Capilla del Sepulcro del Divino Salvador.

EL SANTÍSIMO CRISTO DEL SALVADOR, EN VALENCIA

El Santísimo Cristo del Salvador es de mucha consolación para Valencia, y el que distingue como al santuario de su especial devoción la parroquia que le está dedicada, y cuyo templo por esta Soberana Imagen, es muy frecuentado de naturales y extranjeros, los que amantes de su mayor veneración han contribuido en todos tiempos con copiosas limosnas para su reedificación y engrandecimiento.

Según una piadosa tradición tan auténtica como podía esperarse, la Santa Imagen del Santísimo Cristo fué en un principio propiedad de Nicodemus. Cuando se observaron las precursoras señales de la espantosa ruina de Jerusalén por los Emperadores Tito y Vespasiano, los discípulos fieles del Redentor dejaron ésta y se retiraron á las poblaciones de la Palestina cargados con los objetos de su devoción. Así puede creerse que llegó á Berito una Imagen de Jesús, que la poseía un cristiano por los años 765 ó 766. La divina Providencia permitió que al trasladarse este cristiano de domicilio la dejara olvidada. Esta casa fué luego habitada por un judío, y al ver la Sagrada Imagen dió cuenta á la Sinagoga. Esta dispuso que se repitieran en la Imagen los escarnios y tormentos que sus mayores habían hecho padecer al original. Diéronle una lanzada en el costado que salió abundancia de sangre y agua. Este portento tan singular los llenó de asombro, y la curación repentina de un paralítico y la de varios enfermos rociados con aquella sangre, les hizo conocer su error, y confesaron que Jesús de Nazaret era el verdadero Mesias, y pidieron con mucha instancia el bautismo. El

Obispo tomó la vasija que contenía aquella sangre, y después de informado del caso, mediante información jurídica, la distribuyó entre diferentes iglesias de Oriente y Occidente, y pidió que el día 9 de Noviembre celebraran la memoria de este prodigio con toda solemnidad. La Santa Imagen quedó colocada en un templo, bajo la invocación del Salvador del mundo.

Desde entonces se veneró esta Santa Imagen en Berito, hasta que en uno de los lances desastrosos para las armas católicas, por los años de 1250, aquella ciudad marítima de la antigua Fenicia, llamada hoy día Beirut, no lejos de Sidón, vino á caer en poder de los moros, quienes profanaron los templos, destrozaron los imágenes, y la tan milagrosa del Salvador fué arrojada al mar.

Una avenida notable del río Turia por aquel entonces, tenía en espectación á la ciudad de Valencia. Observóse que subía contra las corrientes una Imagen de Jesús Crucificado, con dos luces, una sobre cada extremo de los brazos de la cruz. Al llegar frente al torreón que existía (1) á la izquierda saliendo por la puerta de la Trinidad, llamada antiguamente del Sol (2), como se ofrecía á los brazos de intrépidos y piadosos valencianos, que consiguieron sacarlo á presencia de un gentio inmenso, fué depositado interinamente en el antiguo palacio del Cid, inmediato á la muralla.

La milagrosa Imagen del Santísimo Cristo del Salvador arribó sin el brazo derecho, que se suplió con bastante imperfección; su estatura de diez palmos: traía barba y cabellera largas, de cabello natural, sobrepuesto: el rostro inspira respeto, piedad: la sangre de la llaga del costado parece sangre reciente; el pie izquierdo á la larga atravesado de una manera particular sobre el derecho.

(1) Fué demolido en 1866, con el fin de ensanchar la ciudad.

(2) Según Esclapes, esta puerta fué la única que quedó en pie en su última ampliación. Se hallaba en renovación en 1792, y teniendo que salir de la iglesia del Salvador el comulgador de impedidos fuera de la capital, los señores Capitán general y señor Intendente, facilitaron el día 9 de Abril de dicho año, la apertura de la citada puerta, para que la salida de su Divina Majestad fuese la que autorizase el primer tránsito. Y finalmente, en Enero de 1868, fué demolida con el fin del ensanche de la ciudad.

Su venida contra las corrientes del Turia es un hecho probado; y para perpetuar la memoria de tan extraordinario suceso, se colocó en el torreón que antes hemos dicho existía, una lápida con la Imagen de Jesús Crucificado, la que hallándose muy deteriorada en 1653, se acordó que cuando la obra del pretil del río llegase frente de la misma, se construyese un casilicio en memoria y representación de tan grande milagro. En 1688 quedó hecho el nicho de piedra en donde se veía la Imagen del Santísimo Cristo y la estatua del Obispo Fr. Andrés de Albalat, que ha existido hasta 1809 que fué derribado.

El Sr. D. Fr. Andrés de Albalat, Obispo tercero de Valencia, después de la conquista por el Rey D. Jaime I, en unión de ambos Cabildos, acordaron trasladarla en solemne procesión desde el palacio del Cid donde estaba depositada, á la Santa Iglesia Catedral, y habiéndose verificado, fué colocada en la capilla titulada del Cuerpo de Cristo, al lado de la de San Jaime, á la puerta de la Sacristía Mayor; pero plugo á la divina Providencia disponer que desapareciese de allí, y viniera á encontrarse donde hoy se venera; y habiendo mediado acontecimientos del todo maravillosos, quedó colocada aquí definitivamente. Era entonces el ámbito de esta iglesia, desde el trasagrario hasta donde termina el presbiterio, y su única puerta la pequeña que está frente la casa abadía.

Habiéndose practicado cuantas diligencias eran necesarias para averiguar la procedencia de la Santa Imagen, dieron por resultado quedar establecida la creencia de ser la del Santísimo Cristo del Salvador de Berito, único punto entre toda la ribera del Turia y costas del Mediterráneo, de donde se supo haber faltado.

Finalmente, los prodigios que distinguieron la llegada del Santísimo Crucifijo á nuestra ciudad, los que ocurrieron en su maravillosa traslación desde la Catedral á esta Iglesia (que era ya parroquial dedicada al Salvador en su transfiguración gloriosa en 5 de Abril del año 1239) eran voces de que se valía la Providencia para manifestar las grandes misericordias vinculadas á la invocación de Jesús ante su porten-

tosa Imagen, siendo esta objeto preferente de la devoción de Valencia y su reino; pues San Vicente Ferrer ya la encargaba en sus sermones, y aconsejó á su Gobierno que en las calamidades públicas acudiese á implorar aquí el auxilio del cielo. Santo Tomás de Villanueva exhortaba á que no se pasase por esta iglesia sin encomendarse muy de veras al Santísimo Cristo del Salvador. Y San Luis Bertrán, el Beato Juan de Ribera, los venerables Sarrió, Ridaura, Inés de Benigánim, miraron con particular respeto y veneración la Sagrada Imagen.

Reseña histórica de la Imagen del Santísimo Cristo de la Corona
en la iglesia parroquial de Santa Catalina Mártir

En la parroquia de Santa Catalina mártir, en Valencia, una de las cosas que la hacen célebre en la historia es la devotísima Imagen del Cristo de la Corona. Su culto es antiquísimo. El principio que tuvo la efigie es tan ignorado como su autor, y solamente tenemos de cierto la fama inmemorial que le da un lugar distinguido en los anales del reino. Sin embargo, alguna luz, aunque débil, han dejado sobre esto escritores de carácter, y fundado en su legalidad diré lo que ellos dijeron sin formar disertaciones, ciñéndome puramente á la tradición.

El que en mi juicio habló con más claridad sobre el modo con que la Imagen del Santísimo Cristo de la Corona se dejó ver en Valencia, es el jesuita Juan Bautista Bosquet en su historia, de la que fué casa profesa de esta ciudad. Este escritor, en el capítulo IV y folio II, refiriendo la peste de 1647, hace mención de algunos santuarios é imágenes, á quienes acudían las gentes en aquel conflicto, y en el folio 263, números 130 y 131, afirma que la iglesia de Santa Catalina már-

tir goza de una Imagen del Santísimo Cristo, que muchos años antes había dejado depositada en ella un pasajero diciendo la guardasen hasta su vuelta. Trascurrieron meses, años y también siglos, y todavía no se ha presentado el que la dejó para la custodia. Solo Dios sabe quién fuese éste. En lo humano no se ha tenido noticia.

Acaso sucedería este prodigio en el siglo XVI, pues el referido Bosquet pone ya en su historia una cofradía erigida al Cristo de la Corona en 1557, con la particularidad de que apenas había muerto cofrade alguno en la horrorosa peste que padeció Valencia aquel año y en el de 1558, atribuyendo este beneficio á la protección de la Santa Imagen. Esta noticia la funda en una escritura que dice se halló en el archivo. ¡Ojalá que éste no hubiese sido presa de las llamas en 1584! sin duda tendríamos ahora más noticias concernientes á esta prodigiosa Imagen. Pero Santo Tomás de Villanueva pronosticó esta desgracia que padeció la parroquia de Santa Catalina en el Jueves Santo, día 29 de Marzo del expresado año, y todavía la lloran los ánimos religiosos y píos. La profecía del Santo la refiere Ortí en su vida, y el incendio de la iglesia lo describe con los más vivos colores nuestro célebre orador Vicente Blas García, en una oración latina y castellana, que se conservaba manuscrita en la famosa biblioteca del real convento de Predicadores de esta ciudad antes de la entrada de los franceses.

Era cura de la parroquia de Santa Catalina D. Juan Martín Cordero, natural de esta ciudad, á quien confirió el curato el B. Patriarca D. Juan de Ribera en 1.º de Junio de 1580. Este hombre heroico, así como empezó á arder el monumento, bajó la sagrada urna y la colocó sobre la mesa del altar mayor. Las llamas se comunicaron hasta allí con una rapidez increíble. Todo era fuego, todos huyeron para salvar sus vidas. No así el reverendo cura. Con santa intrepidez acude en medio de aquel fuego tan voraz, inclinado sobre la urna, ofreciendo su cuerpo á las llamas, que le quemaron la cabeza, orejas, manos y gran parte de la ropa por salvar á costa de su vida al que es nuestra vida y salud. La constancia de este héroe animó la pusilanimidad de otros, y entrando hasta

donde estaba el Cordero le ayudaron á sacar el sagrado Tesoro y le llevaron á la parroquial de San Martín. Mucho padeció la iglesia de Santa Catalina en este incendio. Se quemó el retablo mayor, el órgano y las capillas de la Trinidad, de Animas, de la Piedad, de *Passione imaginis* y de San Eloy, preservándose la de la Virgen de la Paz. El fuego se apagó á las tres de la tarde del Jueves Santo, y el Viernes Santo ya pasó por allí la procesión de Entierro, limpia la iglesia de escombros: tal fué la diligencia en disponerla. En cuarenta mil ducados se ajustó el daño que había causado el incendio, y la limosna que se recogió para reparar tanta quiebra fueron mil ducados de la parroquia y otros mil de los parroquianos. Esfuerzo verdaderamente generoso, que prueba la mucha piedad de los antiguos valencianos.

El día de Pascua se hizo la traslación solemne del Santísimo Sacramento desde la parroquia de San Martín á Santa Catalina. Así se fué reparando todo lo que había padecido; pero los papeles del archivo no hubo modo de reponerlos, pues se redujeron á pavesas. Por esto nos faltan las noticias más remotas del Cristo de la Corona. Solamente el docto P. Bosquet nos asegura que la devoción á esta Imagen estaba más que amortiguada en el siglo XVII, y que apenas se acordaban de este precioso Crucifijo. Pero si la peste de los años 1557 y 1558 le hizo memorable en aquel siglo por la protección que dispensó á los cofrades, lo mismo hizo en el contagio de 1647.

El primero á quien llamó la atención fué al reverendo cura de la parroquia, el Dr. D. Gregorio Torrent. Observó éste las varias mudanzas que hacía el rostro de aquella Imagen, apareciendo ya rojo, ya amarillo, ya encendido. Su ánimo se conmovía fuertemente al contemplar este prodigio. Era demasiado grande para que estuviese oculto. Lo comunicó á cuatro confidentes suyos. Eran personas de mucha cordura. De común acuerdo determinan subir á ver más de cerca la maravilla. Quedó vacía la iglesia y arrimando una escalera llegaron con este auxilio á reconocer la Santa Imagen el rector Torrent, mosén Luis Logroño y Francisco Robellac; Martín de Almansa y Francisco Gozalvo no se atrevieron á tanto

y se quedaron bajo como testigos. Los tres primeros no tan solamente vieron las referidas mudanzas del rostro del Santo Cristo de la Corona, sino que sudaba copiosamente cayendo las gotas hasta el cuello. El cura le limpió y recogió el sudor en un lienzo; pero continuando en sudar de nuevo no se atrevió ya á limpiarle más, y se bajó lleno de asombro. Los tres que subieron por la escalera murieron del contagio en breves días, los otros dos quedaron libres y sanos. ¡O qué terribles son los juicios de Dios!

Estos portentos se divulgaron en breve. La devoción muerta como que resucitó. La antigua cofradía tomo un vigor admirable. A porfía se alistaban en ella no solamente los parroquianos, sino de toda la ciudad y aun de fuera. Las limosnas, ofrendas y presentallas se multiplican por momentos, y de aquí salió el coste para perfeccionar la capilla, fabricar un famoso retablo, un nicho capaz y profundo en el centro vestido de terciopelo, que es donde se colocó el Santo Cristo, En todos tiempos se ha manifestado el Señor prodigioso en esta su Imagen. En la peste de 1558, cuando más furiosamente dominaba en esta ciudad, se convinieron doce devotos en mandar celebrar diariamente una misa al Santo Cristo, contribuyendo cada uno con la limosna de dos maravedises, que bastaba para ello en aquel tiempo. El pensamiento fué feliz, pues no entró el contagio del mal donde tenían el amparo del sumo bien. Uno de los contribuyentes se enfrió en su fervor y pidió le borrasen de la lista. Hizose así. En vez de este Judas se eligió otro Matías. Aquel así como llegó á su casa se sintió herido del contagio y murió, y éste se preservó con admiración de las gentes. Así lo refiere el analista del reino de Valencia Gaspar Escolano.

Otro castigo semejante á este se refiere en la peste de 1649. Estando el contagio en su mayor incremento, determinó la cofradía sacar en procesión la Santa Imagen del Cristo de la Corona. Un cofrade convidaba á un amigo suyo para que asistiese por la tarde á esta devota rogativa; pero él con un culpable desdén le respondió: Hay tantos Cristos y tantas procesiones... no quiero ir. Se entibió el fervor del cofrade y tampoco asistió á la función. El que habló con tan poco res-

peto murió luego del contagio antes que volviese la procesión, y el otro que se sintió también herido escarmentó con la imprevista muerte del otro, y llorando su culpa alcanzó misericordia.

Este prodigioso suceso motivó que se hiciese nuevo registro en el archivo para ver si se hallaban algunas memorias de esta Imagen, y se encontró una escritura otorgada por el escribano Luis Pereda en 30 de Enero de 1637, que decía del Cristo de la Corona que desde tiempo muy antiguo era venerado por una cofradía ilustre. Esta tomó desde entonces un aumento extraordinario. Ya eran muchos los que acompañaban la rogativa á que no quiso asistir el infeliz de que antes hice mención. La procesión era la más tierna y edificante. Iban en ella muchos penitentes, unos con pesadas cruces al hombro, otros ceñidos fuertemente con sogas, muchos arrastrando cadenas, y más de trescientas doncellas caminando á pie descalzo, suelto el cabello, cubierto el rostro y un Crucifijo en la mano. En suma, era tal el fervor de los valencianos que fué preciso lo moderase el Prelado, que era entonces el ilustrísimo señor D. Fr. Isidoro Aliaga.

La rogativa cruzó la calle del Mar y la plaza de Santo Domingo, y saliendo por la puerta del Mar vino á San Juan de la Ribera, convento de Franciscos descalzos. Hizo allí descanso y estación en la iglesia, donde también recibe culto la prodigiosa imagen del *Ecce-Homo*, que sudó copiosamente sangre por los pecados de Valencia, como lo reveló el Señor á la venerable madre sor Francisca López, según se lee en la crónica de aquella santa provincia. Predicó al auditorio un fervoroso sermón el R. P. Provincial Fr. Luis de Benavente. Toda la gente lloraba compungida, y se aumentó más la ternura cuando el celoso predicador convidó á cuantos apestados quisiesen ir al convento, donde les serviría él y toda la comunidad, y que si no había bastantes haría que viniesen de otros conventos. Así se verificó, pues murieron muchos religiosos descalzos sacrificados por los enfermos hasta practicar con sus cadáveres los buenos oficios de Tobías. La procesión entró de regreso en la iglesia del convento de Predicadores, y desde allí volvió á Santa Catalina, habiéndose experimentado un beneficio patente en la salud general de la ciudad.

Ni es solamente en la peste en lo que se ostenta prodigioso el Santo Cristo de la Corona; también en la sequedad se ha hallado propicio y favorable á su pueblo. En la terrible sequedad que padeció esta ciudad en 1661, salió en rogativa la Santa Imagen día 24 de Febrero. El reverendo clero iba con muletas en las manos, y la cabeza cubierta con las mucetas. Más de dos mil personas formaban la procesión más triste que se conoció jamás. Se encaminaban al convento de Nuestra Señora del Socorro. Allí se hace la estación ante el sepulcro de Santo Tomás de Villanueva. Se detiene en aquel templo el Cristo de la Corona, mientras que el Dr. D. Gaspar Tabuenga, prepósito de la Congregación del oratorio, predicó una fervorosa plática. Concluida ésta sigue la procesión á la iglesia del Hospital general: de aquí se dirige á la parroquia de Santa Catalina; pero antes de llegar á ella ya el cielo empezó á dar una benéfica lluvia. Así consta del libro de Determinaciones del reverendo clero, en el día 24 de Febrero de 1661, folio 131, y en el libro racional de dicho año, folio 227, página 2.

La piedad cuenta otros muchos prodigios obrados por la mediación de la Imagen del Cristo de la Corona, pero aunque puedan ser ciertos no hallo apoyo alguno para escribirlos. No cabe duda que es antiquísimo su origen y su culto, pues la ilustre cofradía conserva instrumentos auténticos que demuestran esta verdad. Desde el siglo XVI hasta el presente no se ha pasado ninguno que no esté señalado con alguna bula ó rescripto á favor del culto de esta prodigiosa Imagen, obtenido á instancias y solicitud de los cofrades, siempre atentos al mayor aumento de la cofradía. Esta ofrece un tesoro de gracias é indulgencias, que la distingue entre otras muchas que hay en la iglesia del Señor. Los sumos pontífices las han franqueado con una mano benéfica y liberal; mas para lograrlas exigen siempre como requisito absolutamente necesario, la contricción y penitencia. Es preciso estar en gracia de Dios para participar de estos estipendios espirituales que ofrece este santo instituto.

HISTORIA DEL SANTÍSIMO CRISTO DEL RESCATE

En el siglo XVI y por ignorado artista, se construyó en Valencia una Imagen del Cristo Crucificado, para una de las ciudades de Perpiñán ó Gerona, pues hay duda en ello. Al ser conducido á su destino en un buque, fué éste apresado por unos piratas de Argel que lo llevaron á su patria, y que despechados al encontrarse con aquel objeto, en desprecio al que representaba, después de escarnecerle, trataron de quemarle arrojándole á una hoguera que preventivamente habían encendido, pero que de repente quedó apagada por una copiosa é inesperada lluvia.

Hallábanse entonces en Argel dos mercaderes valencianos llamados Andrés y Pedro de Medina, con motivo de tratar el rescate de una hermana suya, y al ver el prodigio se propusieron *rescatar* también al Santo Crucifijo, de lo que vino el nombre. Concertaron el precio con los corsarios, conviniendo en que sería lo que la Imagen pesara en monedas de plata, y colocada en una balanza, solo treinta reales bastaron para que ésta quedase nivelada.

A pesar de la resistencia de los corsarios, tuvo que reconocerse la legalidad del hecho y la validez del contrato, y aun hubo que atender á la reclamación de los mercaderes, que pidieron les fuese restituído el dedo pequeño de la mano izquierda, cuya falta fué notada.

De regreso á Valencia los hermanos Medina, llevaron la Imagen al Convento de religiosas Agustinas de San José, donde aquéllos tenían capilla y enterramiento, y la dejaron colocada en la iglesia el día 2 de Julio del año 1539, propagándose inmediatamente su devoción. Dicho Convento estaba entonces situado al fin de la calle de los Tintes, junto á la muralla, en el sitio que después estuvo el convento de la Corona, de Religiosos Recoletos, y hoy Casa de Beneficencia.

En 1560 se trasladaron las monjas á otro convento, con la advocación de Santa Tecla, construido sobre el solar que ocupó primitivamente el palacio de Daciano y prision ó cárcel de San Vicente Mártir en la calle del Mar, y ahora la manzana de casas comprendida entre la calle de Luis Vives y la plaza de la Reina. Allí, fué también trasladado el venerable Crucifijo y puesto en distinguida capilla, pero cuya devoción apagándose poco á poco. Oportuno nos parece transcribir aquí lo que se lee en el Compendio de la vida del *Venerable P. Fr. Pedro Esteve*, escrito por el P. Luis Blanquer, publicado en 1839. Dice así:

«Se había entibiado la devoción á la Santa Imagen (la del »Rescate) y de deteriorado el aseo de la Capilla, año pues de »1618, día 30 de Abril, disponía el P. Fr. Pedro su viaje á re- »coger limosna en el Maestrazgo de Montesa, y al pasar por »cerca el monasterio de Santa Tecla, le mandó llamar Sor »Francisca Ladrón: le ruega suspenda su viaje, y predique el »Sermón de la Invención de la Santa Cruz, día 3 de Mayo, »encargándole, que en el discurso avivase la casi extingui- »da devoción al Divino Crucifijo. Se conviene Fr. Pedro: en- »tra en la iglesia, ve la decencia en toda la capilla; el nicho »cubierto con una cortina rota y descolorida: movióse á com- »pasión, y trató de mejorar el culto á la Santa Imagen. Se »retira; lee la historia, se informa de todo, ordena su sermón, »y lo pronuncia ante inmenso concurso, manifestando el modo »portentoso con que las llamas respetaron al Divino Cruci- »fijo, como los Sres. Medina lo rescataron y colocaron en »aquel santo templo, donde había obrado muchas maravillas; »y fué tal la conmoción del auditorio, que en breves días fué »una de las imágenes más veneradas en Valencia. Viendo »Fr. Pedro los incrementos de devoción, con un donaire sen- »cillo solía decir: *Al Sant Cristo de Santa Tecla yo la fet per- »sona*. Ya se ve que hablaba en cuanto había procurado acre- »centar su devoción.»

Efectivamente, la piadosa industria del Venerable realzó la devoción, proveyó á todos los efectos de la Capilla, y á todos los menesteres de la Imagen, y fundó su Cofradia dándole las constituciones por que se rige.



La iglesia y convento de Santa Tecla han desaparecido. Por efecto de la revolución fueron despedidas las monjas y salieron de su propia casa en la madrugada del día 15 de Octubre de 1863, albergándose en el Convento de Religiosas Dominicanas de Santa Catalina de Sena. Esto, no obstante, algunos años después, al venderse el solar para nuevas edificaciones, el Ayuntamiento de Valencia, de acuerdo con la Autoridad Eclesiástica, abonó á las Religiosas una cantidad convenida, con lo cual pudieron emprender la rehabilitación del suprimido convento de PP. Bernardos, titulado de la Roqueta, al extremo de la calle de San Vicente, que entraron á habitar el día 19 de Julio de 1881.

Parece que el Santo Mártir Vicente, las tenia en cariño; habían dejado el lugar de su prisión y las condujo al en que fué arrojado cadáver.

Establecidas en este sitio. han levantado de nuevo sus altares, y en el crucero derecho, mirando al mayor, el del Santísimo Cristo para continuar allí el culto y veneración á tan milagrosa Imagen.

Breve noticia de la Santa Imagen del Santísimo Cristo de la Agonía
que se venera en la iglesia del Hospital Provincial

Por los años de 1430, poco después que fué fundada la devota y Real Cofradía de Nuestra Señora de los Desamparados, y confirmada con Bulas Apostólicas, impacientes la devoción y el celo de algunos piadosos cristianos, quisieron tuviese más campo su espíritu, y nuevo pábulo su devoción. A este fin, no contentos con propagar la devoción á Nuestra Señora, que ya se veía fioreciente en su noble Cofradía de los Desamparados, quisieron tender más las velas de su espíritu, formando otra nueva Cofradía y Hermandad, con el devoto título

de las AGONÍAS DE CRISTO en el Huerto y en la Cruz, y de los DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA; que una alma hidrópica del Divino Amor, cuanto más bebe de los raudales puros de sus consuelos y gracias, tanto más desea beber, hasta lograr perfecta hartura en los regalos eternos de su gloria.

Obtenida á este efecto la licencia del Ilustrísimo Prelado, obtuvieron asimismo su confirmación por Bulas Apostólicas, y cual otro Obededón, quiso uno de los primeros Cofrades fuese su casa la de Cristo, y así la dió á la Cofradía, para que de ella se formase pieza y Capilla capaz que sirviese para las Juntas y congregación de ejercicios espirituales: hizose así á la parte del muro, junto á la Iglesia del Hospital Real y General.

Al paso que se iba aumentando y difundiendo la devoción, lograba nuevas creces el número de los Cofrades que se alistaban bajo el glorioso estandarte de la Cruz para seguir más de cerca á Cristo, y militar con acierto en los muchos combates que se ofrecen contra el mundo, demonio y carne, nuestros declarados enemigos. Anhelaba tan devota Junta por tener una Imagen de Cristo con el título de las Agonías, para tener de esta suerte un sagrado á donde acudir en las penas, aflicciones y desconsuelos, que en esta vida tan frecuentemente ocurren, y al mismo tiempo un Tribunal de Misericordia á donde encontrar perdón y dolerse de sus culpas.

Buscaban á este fin el mejor artífice; pero el que lo es de todo lo criado, quiso tener parte en esta fábrica. Dos hombres en traje de Peregrinos se ofrecieron á llenar las medidas á la devoción, y sacar la Imagen de Cristo crucificado con las circunstancias que se pedía: pidiendo se les destinase á este efecto una pieza sola y retirada, pues habían de trabajar sin ser vistos. No costó mucho á los devotos venir bien en esta circunstancia: dióseles la pieza y comida para dos ó tres días.

Pasados éstos, fueron allá los devotos en alas de su celo, con el ansia que se deja ver, de quien tanto anhelaba su felicidad. Mas al llegar á la puerta de la pieza, advirtieron el mayor silencio, sin que se dejase oír ni el menor de los instrumentos: determinan abrir las puertas, ejeeútanlo; y aquí fué

donde parece se abrieron las del cielo, pues hallaron ya formada y acabada con la mayor perfección la Imagen que hoy en día se venera, sin hallar allí los Peregrinos. Rindieron reverentes cultos, con la ternura que se deja considerar, aumentándose la admiración y el pasmo de ver formado en tres días el sagrado Simulacro, con el encontrar intacta cuanta comida dieron á los Peregrinos.

Con tan singular prodigio, no quedó duda á la devoción, de que fueron ángeles aquellos Peregrinos, que la Divina Providencia ofreció como acaso para premiar la piedad y llenar las medidas de la devoción á aquellas piadosas almas; y para que al mismo tiempo tuviesen sus sucesores un seguro asilo y una fuente de piedad donde beber muchos raudales de gracia.

Dos son las razones que convencen ser verdad todo lo referido, á las cuales, si bien se atiende, se verá son de las más fuertes que puede haber en punto de historia. La primera es una pintura antiquísima que se venera en uno de los ángulos colaterales de la sagrada Capilla, en que se manifiestan los ángeles de Peregrinos, y las demás circunstancias referidas que, aunque sus expresiones sean mudas, no dejan de hacer fuerza á la piedad. La segunda es la piadosa tradición de más de trescientos cuarenta y cinco años, en los que se ha criado y vivido todo el pueblo en tan santa persuasión sin contradicción alguna.

En el año 1695 pareció á los devotos mudar la sagrada Imagen á más suntuoso sitio, y así se hizo, colocándola en la Capilla nueva de la Comunión, que para éste fin se erigió en la Iglesia del Hospital, á expensas de éste y sus Comensales. Convenidos el Real Hospital, el Vicario perpetuo y Capellanes con los Cofrades, hecha Concordia y recibida la Escritura por Fulgencio Artich, Escribano, en 7 de Noviembre de 1694 se celebró su traslación con el mayor júbilo, manifestándolo aún en lo exterior con fiestas y sagrados regocijos. La Capilla antigua quedó destinada para las Juntas de conservación y haciendas de la Cofradía.

Estas cortas noticias nos ha dejado la injuria de los tiempos; pero no logrará ésta borrar de nuestros corazones la me-

moria y agradecimiento á tantos beneficios como experimentamos cada día, si se acude con fe á sus piadosas aras. Dígalo el haber logrado tantas veces el agua, y otros muchos favores que, en Procesión de Rogativa, ha venido (á las veces) á pedir el muy Ilustre Cabildo y Comunidades eclesiásticas. Díganlo tantos como al respeto solo que infunde la sagrada Imagen, han visto tan otros sus corazones, que como una culta y dulce violencia, los advirtieron trocados de dura piedra en blanda cera, derritiéndose en lágrimas por los ojos. Díganlo finalmente, cuantos han acudido en sus congojas á este Trono de Misericordia, y con especialidad los que alistados bajo sus banderas, se precian del glorioso nombre de sus Cofrades, á los que la Silla Apostólica se ha esmerado en favorecer con innumerables Indulgencias, ya plenarias, ya parciales, así en la erección primitiva de la Cofradía, como en la confirmación de ella.

HISTORIA DEL SANTO CRISTO DE LA FE

No sólo es Valencia destinada por el cielo para refugio de las sagradas Imágenes, que profanaron los infieles, si que también es elegida para piadosa oficina donde se labran las más perfectas copias de Jesucristo, para el culto y desagravio. Entre aquellas venera la devoción á la piadosa y dolorosa Imagen del Salvador, y al prodigioso Cristo del Rescate, en la Iglesia de Religiosas Agustinas de San José y Santa Tecla, trasladada hoy á la que fué de Religiosos Bernardos llamada de San Vicente de la Roqueta. Entre éstas obsequia fervorosa la del Santo Cristo de la Fe, de cuyo origen, invocación y concisa memoria de sus repetidas clemencias, es como sigue:

Aquel religiosísimo Prelado, y Nobilísimo por su sangre, y Venerable por sus virtudes, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia, Fundador de la Provincia de

Menores Capuchinos y de la Reforma de las Agustinas Descalzas, para dejar un testimonio perpetuo de su obediencia á los sagrados Concilios (1) empezó la suntuosa fábrica de su Colegio, que tituló de *Corpus Christi*, por los años de 1579 (2) manifestando en ella una hermosa corona de sus méritos, un excelente triunfo de la devoción, y una maravilla grande de su piedad.

Para confusión de los herejes y desagravio de los ultrajes, que hicieron los Luteranos y Calvinistas á la Sagrada Eucaristia, unió á este Colegio su abrasado celo una Capilla perfectísima, cuanto cabe en el arte, la cual dedicó á Cristo Sacramentado. En el nicho del altar mayor intentó colocar una Imagen de Cristo Crucificado. Para este fin llamó á uno de los más célebres escultores que había en Valencia, llamado Juan Muñoz. Tomó éste las medidas para el acierto, y en pocos días labró una perfecta Imagen de Cristo Crucificado.

La Divina Providencia tenía destinada para otros fines á esta Santa Imagen, y así sucedió que al tiempo de colocarla en el nicho principal de la Iglesia, el que unas veces le parecía sobradamente grande, otras demasiadamente pequeña. Por lo que se acordó por el Venerable Prelado depositar la Santa Imagen en su Oratorio hasta que Dios le descubriese lugar más de su gusto.

Fundación del Convento de Santa Mónica y entrega de la Santa Imagen por el Sr. Patriarca D. Juan de Ribera

Por las contradicciones que en los primeros días padeció la reforma de los Agustinos Descalzos, no le fué posible dilatarse, hasta que sosegados los tiempos pudo extenderse por los años de 1603, pasando de Castilla á Aragón. En este tiempo y después de haber fundado en Zaragoza y en la de Borja un Convento en cada ciudad, el Padre Fr. Jerónimo de San Lorenzo tomó por compañero al Venerable Fr. Alonso de Guadalupe, y se encaminaron á esta ciudad de Valencia.

Tan luego llegó á esta ciudad, se puso á predicar por las

(1) Constituciones de la Capilla del Real Colegio, pág. 4.

(2) Carta que escribió el Rey al Señor Patriarca D. Juan de Ribera el año 1594.

calles y plazas la divina Palabra, convirtiendo por ella á penitencia á los más rebeldes corazones. No se escondieron los frutos de este Varón Apostólico al Señor Patriarca D. Juan de Ribera, y así diligenció con todas veras fundasen en la otra parte del puente de Serranos y principio de la calle de Murviedro (1), para que con la predicación y ejemplo instruyesen en la fe y buenas costumbres á los Moriscos, cuya multitud era tal en dicho barrio, que le llamaban el *Argel pequeño*.

No fueron pocas las contradicciones que sufrió el Venerable Fundador sobre la elección de sitio, pues hasta le maltrataron algunos con palabras y obras. Ya con perfecta quietud dió principio á su fábrica el año de 1603, la que con la ayuda de la liberal mano del Señor Arzobispo, se vió muy pronto concluida.

A nuestro modo de entender, no hay duda que Dios esperaba la conclusión de esta obra para mover el corazón de nuestro buen Prelado, para que diese á los PP. Agustinos Descalzos la Santa Imagen, que mandó fabricar para su Colegio; pues en el año de 1604 (2) envió á llamar al Padre Fr. Jerónimo y le hizo entrega del Santo Crucifijo, diciéndole, que así importaba para mayor gloria de Dios, consuelo de los hijos de Valencia y total exterminio de la Secta Mahometana. El corazón del Venerable Padre se llenó de júbilo al oír estas palabras, y con no menos regocijo aceptó la prenda y dió noticia de todo á su Comunidad, la que habiendo preparado en su Iglesia un altar con el adorno que permitía la cortedad del tiempo, fué trasladada la Santa Imagen con solemne procesión al Convento de Santa Mónica.

Colocada en este lugar la Santa Imagen, desde luego acudieron los fieles á tributarle adoraciones. Imitaron á éstos más por curiosidad, que por devoción, muchos de los moriscos; los que puestos en presencia del Santo Simulacro, de tal suerte se sintieron interiormente movidos, que abandonaron los perversos errores de su secta y abrazaron con firmeza los dogmas de nuestra Santa Fe Católica.

Desde su principio se llamó este Simulacro, el Santo Cristo

(1) Hoy calle de Sagunto.

(2) Historia manuscrita de la Cofradía del Santo Cristo, pág. 24.

de la Fe, mas se ignora si este título lo recibió en la Iglesia de Santa Mónica. Pero es creible le impusiera el Señor Patriarca (1); porque como había de quedar en un barrio donde por la abundancia de moriscos la fe estaba tan tibia, el mismo título empeñase á su Divina Majestad á dar luz de verdadera fe á los que caminaban entre las densas sombras de la infidelidad y herejía.

Esta antigüedad del título de la Fe, la confirma una Bula de Urbano VIII, expedida en el mes de Enero del año 1644. Lo mismo se colige de los indultos Pontificios, concedidos á los que devotamente visitaren la Capilla del Santo Cristo de la Fe, por Inocencio X, año 1651, Alexandro VII, año 1663, y otros.

Tan del agrado de su Divina Majestad ha sido y es este título de la Fe, que diferentes veces ha hecho manifestación de ello; hablando, como piadosamente se cree, por medio de esta Santa Imagen á muchos devotos suyos, que atribulados acudieron por consuelo á este místico Propiciatorio. Entre éstos, el primero es Fray Juan de San Severino, natural de Brunete en la provincia de Toledo, Religioso lego, y limosnero en este Convento de Santa Mónica. Era éste, eminente en virtud y santidad. Impaciente el demonio de la guerra que este Siervo de Dios le hacia, excitó los ánimos de algunos Ministros suyos, para que con las sombras de la murmuración empañasen su irrepreensible vida. Logró Sātanas su fin depravado; pues al que antes respetaban como á Santo, ya le miraban como á un hipócrita. Acudió Fr. Juan á hacer oración á la Capilla de nuestra Santa Imagen, y un viernes en la noche le consoló el Señor, diciéndole: *Hijo, ten fe en mí, que yo te consolaré y remediaré;* y desde entonces quedó la luz de su santidad más clara.

Semejante favor recibió de la Divina Piedad el muy Reverendo P. M. Fr. Pablo Cenedo, admirable en Cátedra y Púlpito y Catedrático de las Universidades de Tarragona y Valencia; pues pudo la emulación de tal suerte invadir á este varón Apostólico, que le denunció al Santo Tribunal de la

(1) Así lo siente el P. Fr. Diego de Santa Teresa en sus manuscritos.

Inquisición. Refugióse desde luego con viva fe bajo la protección de la Santa Imagen, y haciendo oración en su presencia, oyó de su boca estas palabras: *Yo soy el Cristo de la Fe, confía en mí.* Se levantó consolado de su presencia, y desde luego se sosegó el torbellino de las afrentas.

Ultimamente, una falsa calumnia tizó la honra de una doncella inocente, llamada Laudomia Orti; fué desde luego á visitar á la Santa Imagen en su Capilla, y pidiéndole al Señor manifestara si convenía su inocencia, la dijo estas palabras. *Ten fe en mí, que soy el Cristo de la Fe.* Desde entonces se disiparon las sombras de aquella afrenta y se hizo manifiesta su inocencia. Por estas circunstancias se titula este Simulacro el *Defensor de la honra.* Así es, que tan frecuente y numeroso concurso acudía de todas partes á visitar nuestra Santa Imagen del Santo Cristo de la Fe, que la Iglesia y Capilla eran corto recinto para la devoción. Queda demostrado, que esta Santa Imagen pide Fe á sus devotos, para comunicarles los beneficios; procuremos, pues, tenerla, acompañada siquiera con la caridad; continuemos con fervor sus obsequiosos cultos y tendremos un Protector que nos defenderá en esta vida hasta conducirnos á la patria celestial.

HISTORIA DEL SANTO CRISTO DE LA VIRGEN MARIA

de la ciudad de Alcira

Origen de la Sagrada Imagen del Santo Cristo

Alcira, villa de las más antiguas del reino de Valencia (ahora ciudad), posee dichosa (por singular favor del Altísimo), una tan perfecta como prodigiosa Imagen de Cristo crucificado, que devotamente se venera en la primera parroquial iglesia que en dicha ciudad dedicó el serenísimo rey D. Jaime

el Conquistador á la soberana Virgen Maria, de donde la referida Imagen ha tomado su más propio nombre, que es, *el Santo Cristo de la Virgen Maria*. Del origen de esta venerable Imagen consta por un cuaderno muy antiguo, que por los años 1692 se halló á caso ó por divina Providencia, en el archivo de la misma ciudad, donde se conservaba custodiado, aunque por el largo curso de los años, ya casi de él se había perdido la memoria; al cual dan entero crédito, así la tradición inmemorial y uniforme de todos los antepasados, como lo contenido en los gozos, que también de tiempo inmemorial se cantan en su capilla, pues concuerda con ambas inmemoriales cabalmente. Y para que su noticia se dilate, la devoción á la Sagrada Imagen se aumente, ceda todo en honra y gloria de Jesús, consuelo y gozo espiritual de sus devotos, se refiere aquí copiando fielmente á la letra, como se sigue:

«En seis dias del mes de Agosto del año 1413, dia de la Transfiguración del Señor, llegaron á esta ciudad de Alcira dos hombres vestidos de peregrinos, de buena disposición y de rostro rubios, y habiendo visitado en primer lugar los dichos peregrinos el real convento de San Agustín, fundación del serenísimo rey D. Jaime, pasaron en segundo lugar á visitar la parroquial iglesia de la Virgen Maria, fundación del mismo señor rey. Y en presencia y asistencia del licenciado Emmanuel Rodríguez, presbítero, natural de la dicha ciudad y vicario de dicha parroquial iglesia, los dichos peregrinos advirtieron que aquella iglesia necesitaba de un Santo Crucifijo, para mayor honra y gloria de Dios. A lo que respondió el dicho Emmanuel Rodríguez, vicario, que se vería con los señores jurados y daría la providencia que conviniese para el servicio de Dios. A lo que respondieron los dos peregrinos, que ellos eran escultores de oficio, y que si les daban lo necesario para ello que lo fabricarian. Y estando en estas razones, milagrosamente asistieron y se hallaron presentes el licenciado Simón Roca, presbítero, prior que en dicho año era de la cofradía de la Virgen Maria, fundada en donde está el convento de las madres Capuchinas; Baltasar Merique, Pedro Soler, Vicente Magraner y Miguel Cebolla, mayores de dicha cofradía. Todos los cuales, en compañía de los dichos

peregrinos, se vieron con los señores Baile, justicia, jurados, síndicos y demás oficiales de dicha ciudad, y habiendo acordado el hacer el dicho Santo Crucifijo, de la iglesia de Santa María se partieron todos los susodichos, juntamente con los peregrinos, á la casa de Pedro Tomás, á la bajada del puente de Santa María, y á la puerta de aquél habia diferente género de madera. Y después de haberla reconocido los dichos peregrinos, determinaron no era apropósito para dicha fábrica; y volviéndose todos juntos, estando en medio del puente dicho de Santa María (que entonces no era de San Gregorio, por no estar allí la ermita), pasó un madero por el río, el cual los dichos peregrinos mandaron sacarle, para ver si seria apropósito; habiéndole sacado, visto y reconocido, y ser apropósito, pidieron puesto, de comer y lo demás para fabricar dicha Imagen, y les dieron los señores de la ciudad, prior y mayores de dicha cofradía, la iglesia en donde está hoy el dicho convento de las madres Capuchinas, en donde habia una ventana que salia al río, que daba luz á dicha iglesia. Y habiéndose encerrado los dos peregrinos en dicha iglesia para dicha fábrica, proveídos de comer, beber y de todo lo necesario, advirtieron á todos que dentro de tres días darían la Imagen hecha y que en el entre tanto no les conturbasen. Dicen también, que hubo algunos curiosos que escucharon á la puerta de dicha iglesia, pero que en dichos días y noches no oyeron rumor de que se trabajase. Pasados los tres días, á la hora que dichos peregrinos dijeron, fueron algunos á tocar á la puerta, y dándole algunos empujones, no la pudieron abrir. Visto esto se juntaron la ciudad, eclesiásticos y mayores, y sin tocar la puerta se abrió ella misma, y hallaron la Imagen del Santo Cristo, que hoy en día gozamos. Hallaron la comida, bebida y todo lo demás que les dieron para dicha fábrica, y á los peregrinos no les hallaron. Con que se pondera, que fué hecho por manos de ángeles; y en dicha cofradía le colocaron, y se cantó el *Te-Deum laudamus* por los señores reverendos de dicha parroquia, de la parroquia de Santa Catarina mártir y los religiosos del real convento de San Agustín. El cual estuvo en dicha cofradía veintidos años, y allí obró algunos milagros; en particular

dió salud á Sofia Merique, doncella, que padecía un flujo de sangre, que á prisa la llevaba á la sepultura. Esta Sofia Merique quiso que la llevasen á ver el Santo Cristo, y después de haberle adorado, instantáneamente quedó con salud. Un hijo de Pedro Ríos, en este mismo día cayó del campanario á la parte del cementerio, y habiendo invocado los demás niños: *¡Santo Cristo, ayúdadle!* quedó salvo é ileso y sin lesión alguna, de que todos los circunstantes alabaron á Dios por este milagro. Después el dicho muchacho, que se llamaba Pedro Ríos, como su padre, fué beneficiado en dicha iglesia de Santa María, y en el año 1431 se empeñó á recoger limosna para la fábrica y capilla, que se edificó después en dicha iglesia; y en dos años, en la ciudad solamente, recogió de limosnas *mil sesenta y cinco libras*. Después en el año 1435 en seis días del mes de Agosto se trasladó esta Santa Imagen á la parroquial iglesia de Santa María, con asistencia de las dos parroquias y convento de San Agustín. Festejóle la ciudad, las dos parroquias y convento de San Agustín y particulares de dicha ciudad, nueve días con diferentes oradores. Predicó el primer día y último el licenciado Emmanuel Rodríguez, vicario de dicha parroquial; y al otro día, que era día 15 de Agosto, dedicado á la Asunción de la Virgen, murió el dicho Emmanuel Rodríguez, vicario de dicha iglesia, de edad de 83 años, con señales de mucha penitencia. E hizo relación el dicho Simón Roca, presbítero (que fué un varón santo), que asistió á la hora de la muerte al dicho Emmanuel Rodríguez, quien le dijo, que dos horas que estuvo solo se le aparecieron el Santo Cristo, su Madre y los peregrinos; y le dijeron la hora que había de morir y se cumplió. Después en 31 de Agosto del mismo año, cayó enfermo el dicho Simón Roca, presbítero, de edad de setenta y ocho años, y de haber recibido los Santos Sacramentos, le apareció el alma del dicho Emmanuel Rodríguez, y le dijo, como el Santísimo Cristo y su Madre, le enviaban para asistirle; y le dijo, como el día 8 de Septiembre de dicho año, que fué día de la Natividad de la Virgen, daría su alma á su Criador; y dos horas antes de morir le aparecieron los dos peregrinos y hablaron con él, y le confortaron en nuestra Santa Fe Católica, y muriendo

dicho día, voló á los cielos en la compañía dicha. Los cuerpos de los cuales fueron enterrados en la capilla del Santo Cristo, los dos juntos en un sepulcro de piedra triangulado, que años había estaba en el cementerio; y en dicha capilla yacen hoy en día. Esta Santísima Imagen se venera mucho, así por todos los vecinos de dicha ciudad, como de todos los de la ribera del río Júcar: es muy grande, que pasa de siete palmos y cuatro dedos: crécenle sus cabellos, y habiéndose repartido muchos, no se conoce que le falta alguno. Ha experimentado el pueblo, que celebrando cinco misas rezadas por los enfermos que están agonizando, de contado se mueren ó están fuera de peligro; y hoy en día se observa. En el año 1522, año de la Germanía, se guareció Fausto Traver, caballero de la villa de Onteniente, en la capilla del Santo Cristo, y persiguiéndole sus contrarios, dentro de dicha capilla le dieron veinte estocadas, y reclamándose á dicha Santa Imagen, quedó sin lesión alguna. Este caballero después hizo pintar la pasión de Nuestro Señor Jesucristo por las paredes de dicha capilla, y el milagro que Dios obró con él; y dió de limosna cien escudos de oro para dicha Imagen, á elección del vicario de dicha parroquia, y cincuenta escudos de oro además de limosna para misas á las almas del Purgatorio y un vestido al sacristán de dicha iglesia.

Así lo atestiguó ya más de tres centurias el docto Martín de Viciana en su historia del reino de Valencia, que se imprimió en 14 de Abril del año 1564, en el capítulo que trata de la Villa de Alcira al fol. 170, pág. 2, donde dice: *En la iglesia de Santa María hay un Crucifijo, que es la más bien acabada Imagen del reino.*

HISTORIA DEL NIÑO JESÚS DEL HUERTO

que se veneraba en el convento de la Corona
(hoy casa de Beneficencia)

A nadie falta Dios con los auxilios necesarios para que se salve: la falta está en que en estos tiempos en que vivimos ha crecido tanto la iniquidad, que por momentos se va resfriando el ardor de la caridad cristiana, sujetándose nuestros corazones, más á las leyes de una mundana política y aparente virtud, que al dulce yugo de Jesús y observancia de su ley santísima, habiendo llegado el desorden de la vida á tal extremo, que si no fuera por Jesús, ya hubiera Dios estancado los raudales de su infinita misericordia y nos hubiera abandonado como plantas inútiles é infructíferas. No obstante, para que no nos perdamos eternamente, ha querido manifestarse tan amoroso y benigno en esta Santísima Imagen, que la devoción agradecida lo publica continuamente.

Es la Imagen del Niño Jesús del Huerto, atractivo imán de todos cuantos con pureza de espíritu ponen en ella los ojos; y para darnos á entender que en donde debemos procurar sacar perfecta copia suya, es en nuestros corazones, ha dispuesto su providencia haya siempre quedado burlado el mayor primor del arte de escultura y pintura cuantas veces lo han intentado, quedando confundidos los más peritos maestros. No es esta sagrada Imagen, ni de aquellas que se hallaron como precioso tesoro escondidas en las entrañas de la tierra, ni de las que por piadosa é inmemorial tradición, se creen formadas por manos de Angeles ó aparentes Peregrinos; pero no menos que por algunas de ellas, se ha mostrado Dios por ésta de su Hijo tierno, liberal y dadivoso.

Esta riquísima Imagen es prenda que en protestación de su grato ánimo por la recobrada salud con una peligrosa en-

fermedad, envió al Convento de la Corona (hoy Casa de Beneficencia) Mosén Eliseo Boronat, Sacerdote de la ciudad de Segorbe, para que sirviera de adorno en el Altar de San Joaquín, de quien era muy devoto. No tuvo poco que vencerse en haberse de desprender de una joya tan inestimable, pues habiendo ofrecido en la enfermedad dar á San Joaquín la alhaja de mayor estima de su casa, si recobraba la salud; logrado este beneficio, y registrado todo su menaje, halló serle preciso haber de dar esta Sacratísima Imagen del Niño Jesús, puesto que en su estimación montaba tanto, que todas las restantes de su casa, aunque fueran de plata ú oro, y aun las mayores riquezas en su comparación las reputaba tierra y lodo; tanto como esto tenía puesto en este hermoso Niño (hechura de sus manos, según voz válida) su corazón y afecto. Llegada á este Convento de la Corona y puesta en el inventario de las Imágenes, por no haber proporción de colocarla en el Altar de San Joaquín, la colocó el religioso Sacristán en el Altar de una devota pequeña Ermita del Huerto de dicho Convento, desde donde poco á poco difundiéndose su Divina beneficencia con innumerables favores, sobre cuantos devotos le invocaban por medio de tan bella Imagen, se observó una gran conmoción en los ánimos de muchos devotos favorecidos.

La Imagen del Niño es graciosísima, y para no afearla espero que el devoto la mire con ojos muy puros, que no dejará de sentir en su corazón dulcísimos afectos, y para que pudiese ser adorada de todos, trataron muchos de sus devotos de fundar una Cofradía y Hermandad, como se hizo á instancias del Venerable José Cots, Religioso lego de dicho Convento, que era muy devoto del Niño, alistándose gran número de personas de ambos sexos, la cual se mantuvo muy numerosa, hasta la supresión de las Comunidades Religiosas en el año 1835.

Cerrada la Iglesia al Culto Divino, la Cofradía fué trasladada á la Iglesia parroquial de San Miguel, en donde poco á poco fué extinguiéndose, hasta que por falta de Cofrades ha quedado suspendida en sus funciones, quedando en dicha Parroquial Iglesia la preciosa Imagen del Niño Jesús del Huerto,

colocada en la segunda Capilla de la mano derecha de la referida Iglesia. Sin embargo, el nombrado hermano Venerable José Cots, fundó además otra Cofradía al referido Niño del Huerto, en la partida ó pueblo del Palmar, donde continúa, y celebra su función todos los años el segundo día de Navidad.

EL NIÑO DEL MILAGRO, EN ALCOY

En la madrugada del jueves 30 de Enero de 1568, siendo D. Miguel Soler el primer Sacerdote que entró en la Iglesia de Santa María de Alcoy, observó alguna alteración en la Mesa y Tabernáculo del Altar mayor; lo participó al señor Vicario, y acudiendo entrambos en averiguación de lo que aquello fuese, vieron que habían sido robados el copón con las formas y una porción de reliquias, con sus relicarios, que allí juntas se conservaban.

Cuándo, cómo y quién hizo el hurto, no pudo adivinarse entonces. Se hicieron pesquisas, se enviaron emisarios en todas direcciones en busca de los ladrones, y nada pudo encontrarse.

Instintivamente, la gente dió en sospechar de un francés avecindado en Alcoy llamado Juan Prats, y para satisfacer esta voz general se registró su casa por la justicia, sin que se hallase cosa que acreditara la acusación. Sin embargo, encima de la habitación de dicho Prats tenía la suya una viuda llamada María Miralles y en ella colocada una Imagen de bulto del Niño Jesús, formada de cartón, llevando en su mano izquierda un globo y la derecha levantada.

Este Niño mudó milagrosamente su forma, inclinando el cuerpo y dejando caer la mano derecha señalando hacia bajo. Se registró de nuevo la casa de Prats, y en el establo, sitio cuyos altos correspondían al aposento donde se hallaba la

Imagen del Niño, se encontró por el vecino Juan Esteve, todo lo robado escondido entre piedras, leña y basura, y envuelto en un trapo. El ladrón había cometido el robo en la tarde del 29 y lo había puesto allí con todas las precauciones que busca la impunidad, pero no la consiguió, pagando después su falta con la vida á manos de la justicia humana.

Las autoridades, el clero, los religiosos, todos los vecinos de Alcoy, se apresuraron al desagravio de las ofensas hechas á Dios Sacramentado, llevando en triunfo las Divinas Formas en manos de Fr. Nicolás Moltó, y clamando todo el pueblo misericordia. Restablecida la calma y para perpetua memoria del suceso, se erigió una Capilla con el título del Santo Sepulcro en el mismo sitio que fué casa de Juan Prats, colocando en el lugar del establo, donde fué escondido el Sacramento, un panteón ó Sepulcro, que aun se conserva.

En 1595 el Beato Juan de Ribera, Arzobispo y Capitán general de Valencia, transformó dicha Capilla en el actual Convento de Religiosas Agustinas. En la Iglesia de este Convento y en el Altar de su Capilla de Comunión fué colocada la Imagen del Niño, donde se venera con el título del Milagro y la forma que tomó al mudar de actitud, viniendo á estar su nicho en el punto que ocupaba la habitación de la viuda Miralles.

Un hazecillo de ramas que sirvió para cubrir las santas reliquias, se conserva hoy incorruptible en uno de los arcos de la bóveda de la Iglesia, y en el Convento se guarda cuidadosamente plateada la azada que sirvió en la excavación que hizo Juan Esteve.

En memoria de estos hechos, todos los años, el 31 de Enero, celebra Alcoy una festividad, que se extrema aún más en los que cumplen centenario.

RESEÑA HISTÓRICA DEL MEMORABLE TRIUNFO

que obtuvo el Gremio de Curtidores contra los moros en
las costas de Argel

En el año 1397, unos corsarios moros acercaron sus galeras á estas playas, desembarcando sus gentes en un sitio llamado Capicorp, que hoy pertenece á la provincia de Castellón, á diez y ocho leguas de Valencia, entre las villas de Alcalá de Chisvert y la de Terreblanca, en el Maestrazgo de Montesa.

Dirigiéronse los moros hacia Torreblanca, y sorprendiendo á los pacíficos y fieles habitantes de aquella indefensa población, entregaron sus viviendas al saqueo, robando sacrilegos hasta la custodia con la Sagrada Forma.

No tardó mucho tiempo en saberse en Valencia el atentado cometido, é inmediatamente dispusieron se armaran algunas galeras para que salieran en persecución de los moros y vengaran debidamente la inaudita ofensa.

Quiso la suerte que la galera que fué costeada por el Gremio de Curtidores y tripulada por individuos de su seno, les dió alcance cerca las costas Argelinas. Se trabó un fuerte y sangriento combate que obligó á los buques moros á varar y tener que saltar en tierra sus tripulaciones. Pero los valerosos é intrépidos curtidores desembarcan y empeñan de nuevo el combate.

Por un momento les fué adversa la suerte á los cristianos, y pereció en la refriega su valiente capitán D. Jaime Pertusa. Amilanados los curtidores por esta muerte, ya iban á retirarse, cuando animados por su fe cristiana hacen un esfuerzo sobrenatural y logran ver huir en desorden rechazados á los berberiscos, pudiendo rescatar cuanto habían robado.

Es voz común que en aquellos momentos en que los cristianos conseguían la victoria, un gran León descendió furioso del monte y acometió á los moros, y en el pecho de uno de los acometidos se encontró la Sagrada Hostia.

Alegres los curtidores por su completa victoria, dan gracias á Dios por su infinita misericordia y vuelven á hacerse á la mar con rumbo á Valencia, llevándose únicamente de las huestes moras el farol del buque, y que todavía conserva el gremio.

Desde entonces llevan los curtidores en su estandarte, representada la manera cómo recobraron el cuerpo de Cristo Sacramentado del poder de los infieles, con el lema escrito: *Si lo llevamos, es porque lo ganamos.*

Este hecho célebre será imperecedero en la historia y mayormente en la memoria de los componentes del Gremio de Curtidores de Valencia, que hoy, con mayor fe cristiana, si cabe, que sus antepasados, se hallan dispuestos á defender la bandera del catolicismo.

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PUIG

La santa iglesia de Valencia celebra el primer domingo de Septiembre la festividad de Nuestra Señora del Puig, primera y principal Patrona, tanto de la ciudad como de su reino, que se venera en su Cámara angelical del Real Convento de la villa de dicho nombre, distante dos leguas de la ciudad, la cual está entre tres montes pequeños y goza de igual benignidad de cielo, clima delicioso y fértil suelo que la ciudad á la cual pertenece.

La Imagen de Nuestra Señora fué labrada por los ángeles de una piedra ó loza del Sepulcro de la Madre del Salvador, trasladada por los mismos desde Gethsemaní á la villa del

Puig donde existe, y colocada en su Real Cámara por el primer Obispo de Valencia San Eutropio, á fines del siglo VI.

La Santa Imagen tiene de alta cinco palmos y de ancha tres y medio; el grueso es de poco más de un palmo: está sentada sobre una silla ó trono, que remata en medio de las espaldas de la Imagen en arco de dos medios círculos, con un gracioso florón, y á las esquinas dos extremos como brazos de un sillón. En este trono, pues, está sentada la Virgen Santísima; á la mano derecha tiene un gracioso Niño Jesús, cuyo cuerpecito sustenta, circuyéndolo con la mano derecha: el Niño, afirmado de puntilla sobre la doblez de la rodilla derecha de la Madre, como porfiando por llegar á su rostro, tiene los bracitos asidos á los hombros de la Virgen; y esta Señora, con un rostro sobremanera luciente, majestuoso, hermoso y agradable, está inclinando el cuello hacia su Hijo con gran ternura, como queriendo aceptar el ósculo, y con la mano izquierda sustentando el bracito derecho del Niño Jesús. Resaltan las Imágenes de la piedra ó losa como unos cinco dedos, que llamamos medio relieve.

Cuando los moros invadieron nuestro reino, los Religiosos Basilios, que en aquel entonces habitaban el primer Monasterio de la villa del Puig, á fines del año 712, la escondieron bajo de una campana, que fué fabricada el año 622 de Jesucristo, donde permaneció por espacio de 525 años, hasta que pasada la noche oscura de la tribulación de la ira de Dios, amaneció riendo la aurora de la Misericordia Divina para nuestra hermosa y florida nación española (pues quedó libre del poder de Mahoma), y habiendo el rey D. Jaime I, llamado el Conquistador, determinado emprender la conquista de Valencia, á instancias y persuasiones de San Pedro Nolasco, se apoderó del castillo del Puig en el mes de Junio de 1237, desde el cual los centinelas observaban que de noche, singularmente en los sábados, bajaban por el aire innumerables luces como estrellas brillantes y que se escondían en el montecillo que estaba enfrente del castillo. Habiendo dado cuenta de este milagro á D. Bernardo Guillén de Entenza, gobernador de dicho castillo y tío del invicto rey, y éste al Patriarca San Pedro Nolasco, al siguiente día, que era Do-

mingo, después de haber confesado y comulgado, mandó saliesen todos del castillo en compañía suya, y habiendo señalado donde habían de cavar, al poco rato se oyó el sonido de bronce. ¡Era una campana grande! y levantándola hallaron debajo de ella la milagrosa angelical Imagen de María Santísima del Puig. Grande fué la alegría que tuvieron todos por tan feliz hallazgo, y habiendo formado una lucida procesión, subieron al castillo y la colocaron por entonces en su oratorio.

La campana debajo la cual fué hallada la Virgen del Puig, tenía esculpida á trechos esta Santa Imagen en cuadro en la forma que la traían los ángeles; y en otras partes en la forma que la labraron, con escoplos, martillos y cinceles. Estaba también rodeada á trechos de figuras de santos, con hermosas labores, en unas San Pedro, en otras San Pablo y en otras Santiago. Todas estas labores estaban en lo ancho de la campana, y todas las ceñía un letrero de cuatro dedos de ancho, que decía en letras godas, y vertidas al castellano, así: *Santa Maria, ruega por nosotros. Tu Imagen nos sea protectora, la cual fué labrada en una piedra de vuestro sepulcro por los ángeles, y traída por ellos y honrada con la venida de los Santos Apóstoles. Tus siervos te reverenciamos. Echa lejos de nosotros los rayos y truenos con el sonido de la campana, la cual hicimos en la era seiscientos sesenta.*

Después de ganada la victoria, en el mes de Agosto del año 1237, en la que tanta parte tuvo el capitán de Cristo el señor San Jorje, que se apareció en el aire con una cruz roja en el pecho y montado en un caballo blanco y mostrando un aspecto terrible á los moros, sin más que vibrar la espada que llevaba en las manos, y en la que el enemigo fué seguido y derrotado hasta el rio seco de Vinalesa, conocido por el barranco de Carrajete.

El gran Nolasco, convencido de que la Madre de Dios accedería á sus ruegos, consiguió que el rey se resolviera á conquistar la ciudad de Valencia, mas pronto conoció también éste que la Reina de los ángeles le ayudaba á triunfar de los infieles; y así al momento entró triunfante en la ciudad y recibió de los moros las llaves de la misma, enviándolas al



Puig para que las colocasen en las manos de la Imagen de María Santísima, y quedara de este modo aclamada desde entonces por primera y principal Patrona de la ciudad de Valencia y su Reino, y que como á tal se colocase también en medio de los escudos de las casas de los Derechos, Diputación y Fundición, la Santa Imagen de Nuestra Señora.

Esta veneranda Imagen ha sido también conducida á Valencia algunas veces, pero siempre acompañada en solemne procesión, á la que ha asistido de preste el Arzobispo de la Diócesis, siendo una de ellas el día 17 de Julio de 1588, en la cual la acompañó á pie desde dicha villa el Beato Juan de Ribera, Arzobispo en aquel entonces de esta Diócesis, que la tenía una especial devoción, en términos que todos los sábados asistía á la Salve que la reverenda Comunidad de Religiosos Mercedarios cantaba á su particular Patrona y Protectora. Colocada en el Altar Mayor de esta Santa Metropolitana Iglesia, y celebradas las funciones por ambos Cabildos y varias corporaciones, era devuelta con la misma solemnidad á la citada villa del Puig y colocada en su Real Cámara angelical.

Diferentes reyes, los particulares y todas clases de la sociedad han colmado á porfía de dádivas y privilegios esta sagrada Imagen. D. Jaime II hizo donación perpetua de cien libras de cera cada año, para cuatro grandes ciriales que, colocados en magníficas arandelas de bronce, se hallan sobre la grande reja que cierra el Altar Mayor, y se encienden todos los años por vez primera al acto de cantar la Salve la víspera de la Virgen, cuya dádiva sigue ofreciendo todos los años la católica Reina actual D.^a Isabel II. La Excma. Sra. D.^a María Magdalena de Moncada regaló la corona que la Virgen Santísima tiene sobre su cabeza, compuesta de 660 diamantes de varios tamaños. La Excma. Sra. D.^a María Teresa de Benavides, duquesa de Segorbe, regaló una mariposa de oro que contiene 68 diamantes.

Ultimamente, según consta del Instrumento de donación que hizo el serenísimo fundador é invicto Rey D. Jaime I (Monumento VIII que fué el primero que se hizo tan luego ganó el Puig), dió desde entonces á dicho Real convento el

título de parroquia; y el Illmo. Sr. Obispo de Valencia, con todo su Cabildo, hizo donación de la citada parroquia á la Religión de la Merced el día 17 de Octubre del año 1245 (Monumento XI) (1).

De las visitas, romerías y devoción á María Santísima del Puig.

La Sacratísima Imagen de la Virgen del Puig ha sido visitada de Reyes, Príncipes y otras varias personas ilustres, así eclesiásticas como seculares (Boil y Ballester). La visitó el invicto Rey D. Jaime el Conquistador tan luego fué hallada la Santísima Virgen en 1237, y después de ganada Valencia en 1238. Este Rey murió en Valencia.

También la visitó el Rey de Castilla D. Alonso, llamado el Sabio, yerno del citado Rey D. Jaime I, y su esposa doña Violante, en el año 1269.

Igualmente la visitó el Rey D. Pedro III de Aragón, llamado el Grande, el año 1281.

Asimismo visitó esta Santa Imagen el Rey D. Jaime II, nieto del I, el año 1302, como consta del donativo de las cien libras de cera expresadas anteriormente.

Visitáronla también el Rey D. Pedro de Castilla, llamado el Cruel, y el Rey D. Fernando I de Aragón, éste en acción de gracias de haberle librado María Santísima de una grave enfermedad que le puso á las puertas de la muerte, estando en Valencia el año 1415.

El Rey de España Felipe III, llamado el Piadoso, se desposó con D.^a Margarita de Austria en el regio santuario del Puig.

El pseudo-Papa Luna, en los primeros años de su pontificado, visitó muchas veces el expresado santuario, como también D.^a Margarita de Lauria, condesa de Terranova, y otras muchas personas de calidad y distinción, todas las cuales se señalaron mucho en devoción á esta sacratísima Imagen.

Igualmente han sido muy devotos muchos Sres. Arzobispos y Obispos, entre los cuales se cuenta el Beato Patriarca

(1) R. P. Fr. Francisco Martínez, en su Historia de Ntra. Sra. del Puig.

D. Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia, y según escribe el Illmo. Boil, lo fueron también los Sumos Pontífices Calixto III y Alejandro VI.

Finalmente, desde los primeros siglos de la Iglesia y después de la conquista de Valencia, ha sido muy venerada y visitada de muchos fieles de todas partes, y más particularmente de este Reino de Valencia, que la venera como Patrona, siendo muy crecido el concurso que todos los años, en el primer Domingo de Septiembre, día de su festividad, acude á visitarla é implorar su protección y ganar las muchas indulgencias, tanto plenarias como parciales, que se han concedido por varios Sumos Pontífices, como de otros Prelados.

Se refieren algunos milagros de María Santísima del Puig.

No es fácil enumerar los milagros que la omnipotencia divina se ha dignado obrar por la intercesión de María Santísima venerada en su Sacratísima Imagen del Puig, pues son tantos, que sería preciso hacer un grande tomo; pero para satisfacción de sus verdaderos devotos se refieren los siguientes:

A más de las apariciones milagrosas de las estrellas que van mencionadas, se ha tocado por sí misma la campanilla de la Capilla angelical de la Virgen.

Una de las veces fué cuando un sacrílego despojó de todas sus joyas preciosas á la Santísima Virgen, las que después de haberse practicado las más vivas diligencias, tanto naturales como judiciales, que fueron todas inútiles, el ladrón, por medio de un confesor, restituyó todo el hurto.

En 1734 la Virgen del Puig obró un gran milagro con D.^a Rosa Martínez, vecina de Valencia, y fué, que de resultas de una caída se le rompió el hueso del muslo derecho, y daban pocas esperanzas de curación los facultativos. Reclamóse con viva fe á Nuestra Señora del Puig, y tanto el padre como el esposo de la Martínez ofrecieron si curaba una limosna á esta santa casa, y desde el momento, no sólo se apaciguó el dolor de la pierna, sino que á los pocos días se encontró sana del todo.

En 1753 Jerónimo Soriano estaba gravemente enfermo de

un cruel corte que recibió en una mano, y no obedeciendo la herida á la medicina, determinaron cortarla. En este lance, apurado el paciente, con verdadera fe acudió á María Santísima del Puig, y luego quedó sano con grande asombro de todos, siendo testigos del milagro dos vecinos de Puzol llamados Manuel Roig y José Rodrigo.

En 1754, una mujer de la calle de Murviedro, llamada Ventura Almenar, padecía una terrible y molesta fluxión á los ojos por espacio de cinco meses, y acordó acudir al patrimonio de María Santísima del Puig, ofreciendo visitarla á pie descalzo. En el acto quedó sana del todo, y muy agradecida cumplió su voto, regalando una libra de cera de limosna.

En 1758, María Santísima del Puig dió salud milagrosa á una mujer de Albalat de Pardiñes, que agradecida al beneficio vino á visitarla, haciéndole decir una misa, y después de haber estado dos días dando gracias á su divina bienhechora, le regaló una sortija de oro que le había ofrecido.

En fin, ya se ha manifestado al principio que si se hubieran de referir los muchos milagros que ha obrado esta Señora, sería necesario un libro aparte; sin embargo, es tanta la devoción que tienen todos á esta Santa Imagen, que reconocen por beneficio y milagro de la Virgen todo lo que reciben bueno.

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

Su Real Capilla y fundación del Santo Hospital General
de Valencia.

La ciudad de Valencia tiene muchos templos consagrados á la Madre del Redentor del Mundo, además de su hermosa y magnífica Catedral dedicada también á María, bajo la invocación ó misterio de su Asunción á los cielos, por el invicto rey D. Jaime I llamado el Conquistador, en la restauración

de Valencia el año 1238, vispera del Arcángel San Miguel; pero el principal templo es el consagrado á Ntra. Sra. de los Desamparados, Patrona de la ciudad.

Desde tiempo inmemorial, que en nuestra santa iglesia metropolitana es costumbre que en las Dominicas y días de otras festividades del año para ilustración de los fieles y durante la misa Mayor ó conventual, haya sermón, bien sea éste de la Dominica ó Evangelio del día ó bien del Santo en cuyo día celebra la Santa Iglesia.

Según se desprende de los documentos dignos de fe que aparecen en los archivos de la Real Cofradía de Nuestra Patrona María Santísima de los Desamparados, y en el del Santo Hospital general (ahora provincial), resulta que en el año de 1409 al tiempo en que se dirigía á predicar á la Catedral (Dominica 4.^a de Cuaresma) nuestro paisano el venerable P. Fr. Gilabert Jofré, religioso de la Real Orden de Nuestra Señora de la Merced y compañero inseparable de nuestro paisano también el Apóstol de Europa San Vicente Ferrer, vió con mucho sentimiento una porción de muchachos que insultaban y perseguían á un pobre demente. Esto fué causa para que nuestro V. Gilabert exhortase á los habitantes de la ciudad á que mirasen con mas compasión á aquellos pobrecitos infelices que, por efecto de tener trastornada su razón, se encontraban abandonados de todos.

Una ciudad tan católica como Valencia no podía mirar con indiferencia las observaciones de su paisano Gilabert. Y en efecto, Lorenzo Salom, ciudadano ilustre, juntó á unos amigos suyos que eran en número de nueve, los cuales hicieron voto y se obligaron á trabajar gratuitamente al servicio y cuidado de los pobres dementes que vagaban por las calles de la ciudad, y á fundar un asilo donde poder recogerlos y cuidarlos como correspondía.

Consultado esto con el P. Gilabert y elevado este pensamiento al serenísimo Rey D. Fernando I de Aragón y Valencia, que á la sazón se hallaba en aquel entonces en la villa de Morella, les concedió el Real privilegio que solicitaron en 27 de Agosto del mismo año de 1409 y acordaron se llamase la nueva casa el Hospital dels Folls.

El Pontífice, también valenciano, Benedicto XIII, en 26 de Febrero del siguiente año, expidió una Bula para que pudiesen erigir una capilla y un cementerio en la casa y pedazo de tierra que Salom y sus nueve compañeros habían comprado inmediato á la puerta que se llamaba del Torrent, y después de los Inocentes, en razón á que la nueva casa ú hospicio se la puso el nombre de Hospital de *nostra dona Santa Maria dels Inosents*, es decir, de Ntra. Sra. Santa María de los Inocentes.

Esta nueva casa ú hospicio, principio de la que por el tiempo había de ir mejorando, atendida la proverbial caridad y celo de los valencianos para con sus semejantes, pero después despertó los ánimos de muchas personas piadosas que uniéndose á los diez fundadores formaron ya en 1413, bajo la advocación de Ntra. Sra. de los Inocentes, una muy numerosa cofradía, que adquirió muchos privilegios de los reyes D. Fernando I en 1414 y en 1416 de su hijo D. Alfonso V de Aragón y III de Valencia.

Ya constituida la Cofradía, no se limitó solamente á recoger los dementes, sino que ensanchando el círculo de su caridad, se consagró también á recoger los cadáveres que se hallaban desamparados tanto en la ciudad como en sus afueras. Además acordó asistir con santa caridad á los reos condenados á la última pena, prodigándoles los socorros tanto corporales como espirituales, hasta darles honrosa sepultura.

Fundado ya el hospital y establecida la Cofradía, los individuos de ella trataron de colocarla bajo el amparo de la Reina de los cielos la Virgen María; y para el objeto, después de haber consultado con el P. Jofré, suplicaron al Sr. D. Alfonso el V de Aragón y III de Valencia, les concediese licencia para mandar labrar una imagen de la Santísima Virgen María con la representación de los Santos Inocentes mártires, cuya petición no solamente les fué concedida, según documento expedido en la ciudad de Barcelona en 5 de Octubre de 1416, si que también el rey se tomó para sí y sus sucesores el título de Protector de la Cofradía, otorgándoles al propio tiempo licencia para que por todo el reino pudiesen pedir

limosna y de sus productos fuesen ensanchando el hospital que estaban fabricando.

El V. P. Gilabert se ocupaba en buscar una imagen de Maria que llenase los piadosos deseos de los cofrades, cuando Dios se la proporcionó de un modo milagroso.

Un día del año 1414 llegaron á esta ciudad de Valencia en traje de peregrinos tres jóvenes, y fueron á hospedarse á la casa que la Cofradia tenía destinada para este objeto. El hermano cofrade que habitaba en la misma casa tenía en ella á su esposa que se hallaba ciega y tullida. Durante su conversación con los forasteros allí recogidos, manifestaron éstos que eran escultores y ofrecieron hacer la imagen de la Virgen de manera que llenase los deseos de la Cofradia, ofreciendo concluir la en el corto término de tres días, siempre que les facilitasen un sitio apartado para trabajar, con la condición que no fuese nadie durante este tiempo á interrumpirlos.

Habiéndose consultado esto con el P. Gilabert Jofré, y admitida la oferta de los artistas, los colocaron en el sitio llamado la Ermita propia de la Cofradia, que está frente la puerta principal de la iglesia del actual Hospital Provincial, que en aquel entonces era uno de los huertos de la Cofradia, y habiendo el mismo P. Gilabert llevádoles todos los materiales que necesitaban para la obra y la suficiente comida para los días, se despidió de ellos y salió de la ermita. Cumplidos los tres días que los peregrinos habían pedido para labrar la imagen, al siguiente, que era día que hacía cuatro, como no se oía el menor ruido dentro de la citada ermita, ni tampoco los peregrinos se presentaron por ninguna parte y la puerta permanecía cerrada, el hermano que cuidaba del santo hospicio llamó diferentes veces, y no contestándole nadie, la mujer del hermano, ciega y tullida, le instó para que llamase al P. Jofré, el cual con otros hermanos atraídos por la curiosidad, vinieron en su compañía y habiendo forzado la puerta, encontraron solamente la hermosísima imagen de María.

La bellísima escultura de la Virgen y del Niño unido á la desaparición de los artistas, les hizo mirar la obra como una cosa milagrosa, y calificaron de Angeles á los escultores pe-

regrinos que destinó la Divina Providencia para enriquecer á esta ciudad con una Imagen que fuese puntual copia del divino original.

La mujer del hermano encargado del Hospital, que se hizo llevar á la ermita á impulsos de su fe, recobró repentinamente la vista, y sus miembros la agilidad de que se había visto privada tantos años.

Esta piadosa memoria se halla reproducida en un magnífico lienzo de grandes dimensiones que el célebre pintor murciano llamado Pedro Orronte, pintó en el año 1808, y se halla colocado en la Real Capilla de la Virgen junto á la puerta llamada de los Capítulos.

El entusiasmo religioso que excitó en Valencia la milagrosa imagen de la Virgen fué muy grande, á la cual le dieron el título de Ntra. Sra. de los Desamparados, como el más á propósito y análogo á las obras piadosas de la Cofradía, de que de un modo tan singular había querido constituirse protectora.

En un principio esta Santa Imagen estuvo en casa de los clavarios de la Cofradía y en la ermita, en donde es piadosa tradición fué hecha por los Angeles, asistiendo presente en el Mercado en un altar que adornaban entonces con ramos y luces cuando ajusticiaban á algún delincuente, llevándola también á las casas de cualquier cofrade que estuviese enfermo ó difunto.

Eran tantos los milagros que obraba el Señor por su poderosa intercesión, que en 1490, día 6 de Marzo, habiendo muerto uno en la calle del Fumeral, y estando la Virgen, como era costumbre, junto al cadáver, vieron en el aire una brillante luz que milagrosamente encendió las velas que estaban preparadas, dando así luz á sus devotos cofrades; determinaron que en adelante no se sacase la Santa Imagen sin que antes se encendiesen luces, que debían tener el clavario y su ayudante ó compañero, ó en sus ausencias dos cofrades que con el título de continuos se nombrasen todos los años.

En este tiempo, el Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, por auto que pasó ante el notario Jaime Esteban en 2 de Mayo del año 1589, hizo donación al clavario, mayores y cofrades

de dicha Real Cofradía de una capilla practicada en el muro de dicha Santa Iglesia Catedral, á espaldas de las capillas de San Antonio Abad y Sta. Catalina mártir, y sitio hoy día bajo el arco que une á la Real Capilla de la Virgen hoy existente.

Después de algún tiempo, visto que este sitio no correspondía, ni á lo milagroso de la Imagen, ni á la celebridad de sus continuados milagros, ni á la ardiente y fervorosa devoción del pueblo valenciano, el virey de la ciudad D. Federico de Coloma, varón muy recomendable por su valor como por su piedad cristiana, provocó la idea de labrar una suntuosa Capilla propia donde se tributase culto á tan milagrosa imagen. Efectivamente, el día 15 de Junio del año 1652 se puso la primera piedra del monumento que se levantaba á la Patrona la Virgen de los Desamparados, y 15 años después, que fué el de 1667, y de haber gastado más de 50.000 escudos, se concluyó el templo en que hoy se adora á la Virgen, bajo el título glorioso de los Desamparados é Inocentes mártires; el cual fué dirigido por el arquitecto Diego Martínez Ponce de Urrano.

Reunidos el 18 de Marzo los jurados de la ciudad, el excellentísimo é Illmo. Sr. Arzobispo y Cabildo eclesiástico y los principales ciudadanos aclamaron por Patrona de la ciudad de Valencia á la Virgen de los Desamparados, siendo llevada su milagrosa Imagen en triunfo á su nuevo templo, estableciéndose para lo sucesivo que, el domingo segundo de Mayo, en cuyo día la Iglesia de Valencia reza el Oficio propio concedido por la Sede Apostólica á esta Santa Imagen, fuese conducida en procesión general por las calles más principales de la ciudad.

Este hermoso Templo ó Real Capilla, como vulgarmente se le llama en Valencia y su Reino, se halla situado en la plaza de la Seo, presenta un aspecto bello, elegante y bien entendido. Consta de tres fachadas. La principal está en la citada plaza de la Seo, tiene dos puertas con arcos, columnas y pilastras dóricas, y otras de orden jónico, que llegan hasta la altura de la cornisa; frontispicios triangulares, quebrados, un friso y tres balcones con columnitas también de orden dó-

rico. Tiene una preciosa media naranja que termina con una elegante linterna, sobre la que se ostenta una grande Cruz de bronce. Las otras dos fachadas (la una puerta principal), da á la Catedral, en donde hay un arco para pasar del uno al otro templo, y la otra á la calle de la leña, ambas fachadas son iguales á la principal y su construcción de piedra y ladrillo.

El interior de este hermoso templo es un óvalo perfecto, con cuatro arcos y otras tantas portadas de orden jónico, subiendo hasta la cornisa del segundo cuerpo, pilastras de mármol de orden corintio. Sobre la del primero sobresalen siete columnas con barandillas doradas, con columnas de jaspe de orden compuesto, y sobre ellas ventanas al arranque de la media naranja que cierra el edificio. Esta bóveda está magníficamente pintada al fresco por D. Antonio Palomino.

En 1765 la Cofradía aumentó los adornos del Templo, y confió al arquitecto D. Vicente Gascó el pavimento del mismo, que es todo de vivos mármoles traídos de Génova.

El altar en que se colocó la Imagen de la Virgen cuando fué declarada Patrona de Valencia, y se abrió por primera vez su templo, permaneció hasta el año de 1818 en que fué sustituido por otro más rico, compuesto de dos columnas de jaspe con pilastras y contrapilastras, de orden corintio, que reciben los arcos y en el centro el nicho.

Fuera de la mesa del altar, sobre un zócalo también de mármol, descansa el tabernáculo formado con cuatro columnas corintias de más de una vara de alto. La mesa del altar, como las figuras alegóricas de los cuatro evangelistas que la sostienen, el tabernáculo y los demás accesorios, toda es de precioso mármol blanco de Génova. A los lados están las estatuas de S. Vicente mártir de Valencia, é hijo de la de Huesca, y el del hijo y patrono de Valencia S. Vicente Ferrer, obra de los escultores valencianos Esteve y Domingo. El presbiterio se halla cerrado por una magnífica balaustrada de bronce.

La Imagen de la Virgen está en un suntuoso camarín, al que se sube por la sacristía por una ancha y cómoda escalera. Una sala cuadrada, cuyo pavimento es de mármol de Génova

y en que doce columnas de mármol buscarró, del orden corintio, sostienen una hermosa cúpula, obra del arquitecto don Vicente Marzo, da entrada al camarín.

La Santa Imagen está dentro del nicho que da á la iglesia sobre un trono de nubes de plata, que figuran sostener dos Angeles del mismo metal.

La altura de la Virgen es de seis palmos y cuarta, y su rostro y el del Divino Niño, hermosísimos. Tiene la cabeza inclinada hacia la tierra; en la mano izquierda sostiene al Niño, y en la derecha, que está con todo el brazo extendido hacia el suelo, lleva un ramo de azucenas de plata; ramo á que la tradición atribuye una gran intervención en los milagros de la Virgen.

La materia de que está fabricada la Imagen no se ha podido averiguar con certeza cuál sea, por más que la devoción y la curiosidad artística lo han intentado. La Santa Imagen tiene una gran corona de forma persiana, cuajada de brillantes, perlas, rubies y costosísima pedrería. Las túnicas y muchos mantos que tiene, son riquísimos y primorosamente labrados. Preciosísimas alhajas, espléndidas dádivas de la piedad y devoción de los reyes de España, cubren la Imagen de la Virgen y del Niño Jesús.

Los estrechos límites que he trazado en este pequeño cuaderno, no permiten ni aun la simple enumeración de los muchísimos milagros, debidamente comprobados, de esta prodigiosa Imagen. No obstante, atribuye una constante tradición de muy antiguo, haberse observado diferentes veces que la prodigiosa Imagen, en cuya mano derecha tiene una azucena, la ha inclinado ya á la derecha ya á la izquierda, sirviendo esta señal para que los hermanos de su Cofradía tuviesen una indicación de que hacia aquel lado había algún cadáver desamparado, y saliendo á buscarlo en aquella dirección, lo han encontrado en el campo ó en la ciudad y le han dado luego religiosa sepultura.

Ultimamente, no es sólo en la ciudad de Valencia y su reino en donde se halla extendida la devoción á Nuestra Señora de los Desamparados, sino en todas las ciudades de España. Así es, que al llegar el forastero á esta ciudad, lo

primero que llama su atención es la devoción del pueblo valenciano á la Virgen de los Desamparados.

NUESTRA SEÑORA DEL DÓN

Hay cerca de Valencia un lugar llamado Alfafar, pequeño en el número de las casas, pero grande en las riquezas de un Tesoro Celestial, que posee desde la conquista del rey don Jaime, llamado el Conquistador. Venía éste conquistando este reino, y cuando llegó á tener á Valencia, queriendo pasar á Alcira halló tantas dificultades, que casi le imposibilitaban el paso. Salió de Valencia y puso sus Reales en un llano que hay entre el lugar de Alfafar y el Camino.

Estando, pues, como pensando lo que deliberaría, oyó una campana: alegróse mucho y tomó ánimo para continuar la Conquista, ofreciendo que si la Virgen le daba á Alcira, le haría allí una iglesia, consagrándola á Nuestra Señora, con la invocación del Dón, por el que esperaba había de recibir de esta Reina. Así sucedió y así lo cumplió, quedando hoy la Imagen con ese nombre, *Ntra. Sra. del Dón*.

Observan los habitantes que jamás se les ha apedreado su término. Se les cae una vez la Virgen á las doncellas, llevándola en procesión, y la cabeza se aparta de los hombros. Llamaron para su composición á diferentes escultores de la ciudad y jamás pudieron unirla, hasta que, cansados, la dejaron como el golpe la había dejado; pero al siguiente día la encontraron tan unida, que sólo ha quedado la señal para memoria del milagro.

Sucedió una vez, que viendo unos ladrones las muchas joyas que la devoción, por los innumerables milagros que hacía le habían regalado, determinaron robarlas. Así lo ejecutaron; pero al querer salir del reino, jamás pudieron. Caminaron días y noches, y á la mañana se encontraban en el mismo sitio. En vista de esto, conocieron su pecado: vinieron á Va-

lencia, comunicaron lo que pasaba con el insigne varón Pavorde Garáu, Prepósito de la Casa del Oratorio, y le dieron licencia para que fuese al Lugar de Alfafar y predicase en general lo que había sucedido, y volviese á la Virgen todas sus joyas, menos un anillo, que por no tener qué comer, vendieron en cierta parte. Así lo hizo el referido Pavorde y fué nombrado este caso.

NUUESTRA SEÑORA DE MONTE-OLIVETE

En el término del inmediato pueblo de Ruzafa, á orillas del río y como á un cuarto de hora de la ciudad de Valencia y su parte oriental y más llana, se encuentra un grande óvalo, plantado su alrededor de olivos y guarnecido todo él de bancos de buena piedra. Este sitio, por cierto muy pintoresco, se llama de Monte-Olivete: allí está una ermita con la Santísima Imagen de Maria, venerada desde muy antiguo bajo esa hermosa invocación.

La católica España, más que ninguna otra, está llena de piadosas tradiciones, las cuales se han trasmitido de generación en generación. Sin estas creencias religiosas ¿qué sería de la tercera época de ella, en la cual los valerosos españoles bajando de las montañas y escarpadas rocas, saliendo de sus cavernas y guiados por el inmortal Pelayo, bajo el glorioso estandarte santo de la cruz, estaba allí el triunfo doquier se presentaban? ¿Qué de Covadonga? Todo en esa época es patria, todo admirable, todo milagroso. Y no siendo así, ¿cómo en el siglo XIV comprender la victoria del Salado, donde quedaron doscientos mil moros muertos, cuando solo costó veinte al ejército cristiano? ¿Cómo la sangrienta batalla de Lepanto donde quedó para siempre abatida la media luna? Bendiciendo el santísimo nombre del Señor.

Aquellos, pues, á quienes no haya abandonado todavía el fuego divino que animó al hombre en el día de su creación,

los que aun conserven un alma para creer, para sentir y para amar, los que aun no desesperen de sí mismos y de su porvenir en medio de este caos de las naciones en que se desespera de todo, que vengan á participar de los encantos de esta leyenda, que hace revivir en el pensamiento la vida feliz de los siglos de ignorancia y de virtud. Empecemos, pues, esta religiosa tradición.

En el año de 1350, y uno de los Alfonsos, hijo de una antigua familia de Ruzafa, se hallaba soldado en Jerusalén. Las guerras y las facciones de güelfos y gibelinos tenían en aquel entonces turbada la cristiandad, y toda la Palestina quedó en poder de los infieles.

El soldado Alfonso, á fuer de buen español y valenciano, conservaba una tabla con la preciosa Imagen de la Santísima Virgen, que guardaba como un tesoro en el Monte de los Olivos, donde sudó sangre el Hombre Dios. Allí iba á venerarle; y tal vez sin saberlo él, lo hiciera en la propia ó misma cueva que está al pie del monte, á donde, según la tradición, nuestro Señor Jesucristo se retiraba para huir de la persecución de sus enemigos y de la importunidad de sus discípulos. ¿Quién sabe si esta Imagen de María la tendría en el sitio donde su Hijo fué por tres veces á despertarlos, ó en algún tronco de aquellos olivos que presenciaron las terribles horas de la agonía, oyendo pedir á su Padre que el cáliz demasiado amargo que había llenado él mismo no pasase por sus labios?

Lo cierto es, que viéndose nuestro soldado Alfonso perseguido por los infieles, se amparó con su Madre María de uno de aquellos olivos, que como á bajel surcó el Mediterráneo y aportó en el lugar donde está la ermita: encontrándose esta Imagen de la Virgen en un añoso árbol, que ninguno de los vecinos de la comarca y de Ruzafa, según atestiguaban, habían visto jamás allí. Esto dice la tradición.

Verdaderamente, si vemos como la santa casa de Nazareth, pobre herencia de la Santísima Virgen, consagrada en iglesia, aun viviendo la Virgen y llamada en los primeros siglos *Domus Incarnationis*; se traslada á Tersato, en la Istria el 9 de Mayo de 1291 por decreto del Altísimo y ministerio de los

ángeles, dejando allá los cimientos y pavimento en señal de la verdad: si de allí á tres años y algunos meses la vemos situarse en una selva cerca de Recanate y del Adriático, propiedad de una señora llamada Laureta, de quien tomó nombre la ciudad de Loreto, que los devotos y peregrinos edificaron, bajo cuyo título se venera á la Virgen María, siendo este santuario el que más frecuentado está por los cristianos: y últimamente, si en la misma ciudad cambia hasta por tercera vez de sitio, colocándose por fin en el camino real, donde hoy día existe, y en un terreno tan desigual que aun en muchas partes no le toca, ya pues la crítica no tendrá fuerzas bastantes para impugnar ni aun para discutir la verdad de tan bellas tradiciones, sancionadas por el trascurso de los siglos, así como el fundamento de una creencia tan dulce y consoladora como la aparición de la Virgen del Pilar de Zaragoza la noche del 2 de Enero del año 40 de nuestro Señor Jesucristo.

Pronto se esparció en Ruzafa y sus alrededores la fausta noticia de esta aparición, y al instante las autoridades, el clero y miles de personas acudieron al sitio do estaba la Santísima Virgen, dispusieron la traslación de la preciosa Imagen á la iglesia parroquial del pueblo (1) en donde por espacio de ocho días consecutivos se festejó y obsequió á la Virgen María bajo la dulce invocación del Monte-Olivet. Añade la tradición, que pasado este tiempo, la Santa Imagen se volvió de nuevo á buscar su nicho en el olivo, por cuya circunstancia convinieron todos en que allí en el mismo punto del hallazgo era donde debía venerarse.

En muy poco tiempo con las dádivas de los devotos se levantó un casilicio, convirtiéndose muy pronto en una gran barraca, en cuya construcción se señalaron piadosamente todos los vecinos, y con especialidad los pescadores bolicheros del Palmar. La nueva iglesia estaba continuamente frecuentada por un concurso inmenso que recibía de la Santísima Virgen María lo que su fervor pedía.

(1) Parroquia de San Valero, obispo, fundada el año 1239, al siguiente de la conquista de Valencia, por D. Jaime I de Aragon. Pascual Esclapes en su obra sobre la fundación de Valencia, página 64.

Por los años de 1767, se principió la obra de la suntuosa ermita que hoy existe, y que se concluyó en el mes de Diciembre de 1771; celebrándose solemnes fiestas en su bendición.

La iglesia es de una nave de buena y hermosa planta: su puerta mira al N. E. y desde ella al altar mayor se miden cien palmos, por veinticinco de anchura y sobre setenta y cinco de elevación: tiene crucero, y su ancho es de cincuenta palmos y una elevada media naranja sin linterna.

El altar mayor, que es imitado á jaspes, así como los dos colaterales del crucero y los de las seis capillas, son iguales. En el nicho del primero, blanco y fileteado de oro, se eleva un pequeño olivo, imitando al natural, y su tronco sirve como de peana al relicario, ocupando su centro la Imagen de María Santísima, pintada sobre una tabla de tres palmos con su guarnición. El rostro de la Virgen y el del Niño que tiene Nuestra Señora en su brazo derecho, son de un color moreno, casi igual á las copias que se tienen de la Virgen de Nazareth ó del nacimiento del Niño.

El olivo portentoso de la aparición se veneraba plantado en el centro del ángulo que describe el óvalo frente á la iglesia, y á veinte palmos del pozo, mas se cree que por estar muy cerca la balsa de la cal durante la obra, contribuyera tal vez á su muerte. El tronco se repartió como reliquia, pero uno de sus retoños se plantó á diez y ocho palmos á la derecha de la puerta de la expresada ermita.

Durante la guerra de la Independencia, la veneranda Imagen fué como otras muchas, depositada en los claustros del colegio del Sr. Patriarca (entonces almacén nacional) de donde se extrajo por los devotos.

Terminada la guerra, volvió á colocarse la Virgen en su ermita, la cual sirvió desde aquella fecha y por algún tiempo, con la parte anexa del edificio, de asilo y reunión á los religiosos de San Juan de la Ribera, pues su iglesia y convento para la defensa de Valencia, se había tenido á bien incendiar, como otros edificios, entre ellos el llamado palacio del Real.

Nombrado arzobispo de esta diócesis el Excmo. Illmo. señor D. Simón López, levantó desde los cimientos, dejando la ermita del Monte-Olivete como iglesia, el edificio colegio de



sacerdotes de San Vicente de Paúl, sosteniéndoles y dotándoles como operarios laboriosos de la iglesia. Mas se paralizó á la mitad tan grandiosa obra, por la muerte de este prelado, que falleció el día 3 de Septiembre de 1831.

Extinguidas las comunidades religiosas, el pueblo de Ruzafa, como patrono y dueño de esta iglesia y á quien el ilustre prelado prometió en escritura pública, que todo lo que gastaba en dotar al citado colegio, entraría en posesión de la Virgen, siempre que por algún incidente imprevisto dejase de servir al santo fin de su fundación, se reunió en Junta para reclamar esta herencia para la Virgen, mas el pueblo de Ruzafa sólo alcanzó la concesión de la ermita y la parte del edificio que ya era suyo y de antiguo estaba anexo á ella, quedando acto continuo abierta al culto, como se ve hoy día.

Esta es la historia del Monte-Olivet: el incendio ocurrido del archivo de la parroquia de Ruzafa tal vez nos prive de más pormenores sobre la milagrosa Imagen de María Santísima, que en su ermita se venera con tan santa invocación, y cuál fué el término del devoto Alfonso. ¿Mas para qué desear saber sino lo que cuenta la tradición? ¿Qué importa averiguar si una luz atraía de noche á un pastor y encontraba una Imagen de María en la copa de los árboles ó en medio de las matas, embalsamada y perfumada por las brisas del bosque? ¿Para qué fijarse en que si estaba escondida por los cristianos debajo de una campana la Virgen del Puig? El culto que la Iglesia católica y sus hijos dan á las santas imágenes, no se dirige á éstas, sino á lo que éstas representan; y este culto, lejos de ser vicioso, es santísimo como inspirado á la Iglesia por Dios. Las imágenes de María Santísima y de los santos, dice la Seráfica Madre Santa Teresa, son unos despertadores que nos excitan á la imitación de sus virtudes y santidad y á buscar su protección.

HISTORIA DE NTRA. SRA. DE LA SALUD DE CHIRIVELLA.

Otra de las imágenes de la Santísima Virgen que la piedad de nuestros antepasados nos legó de tiempos remotos, es la que con el título de la Salud se venera en el lugar de Chirivella, pueblo de la huerta, distante unos tres kilómetros de Valencia.

Ninguna memoria queda de su origen ni del culto que la rindieron los fieles de otras edades; pero se trasluce que debió ser reverenciada con distinción, y estimada como preciosa joya. Al invadir los moros nuestra Península en 714, temerosos los cristianos de que la Santa Imagen fuese profanada, trataron de ponerla en salvo, y elegido el sitio, la escondieron cuidadosamente, enterrándola y colocándole encima una campana que la preservase del contacto con la tierra, para que ésta no la destruyese.

Más de cinco siglos dominaron los mahometanos en Valencia, hasta que en el año 1238 la arrancó de su poder don Jaime el Conquistador. Cayeron entonces las mezquitas, se alzaron de nuevo los templos, y el mismo cielo quiso ayudar á la restauración de las divinas creencias y al fomento de la religión católica, proporcionando el encuentro providencial y milagroso de multitud de aquellas imágenes escondidas, que los infieles nunca llegaron á adivinar.

Algo de esto aconteció en Chirivella. En un campo inmediato al poblado se hallaban un día seis pobres trabajadores cavando la tierra, que por sus condiciones apropiadas habían después de emplear en su oficio de alfareros. Estando en esta ocupación y á tiempo que el Sacerdote alzaba la Hostia en la Capilla del Lugar, allí mismo, á sus pies, oyeron como el sonido de una campana, haciendo la señal de la elevación. Asombrados y con ahinco buscaron la causa de aquella nove-

dad; y efectivamente, pronto una campana se presentó á sus ojos y bajo la Imagen allí puesta, que cinco de ellos rindidamente adoraron, bendiciendo á Dios por tan feliz hallazgo. El sexto, que había trabajado con la codicia de hallar tesoro de otra indole, menospreció la Imagen y motejó á sus compañeros. El castigo no se hizo esperar: nubláronsele los ojos, turbósele la vista, quedó sin luz; estaba ciego.

La Madre de misericordia debía mostrar el raudal de sus bondades; el ciego llora, se arrepiente, suplica, á sus ruegos se unen los de los demás, y María, oyendo las fervientes plegarias de todos, le vuelve la vista y le concede la *salud* que por su desvarío había tan justamente perdido.

El sitio del hallazgo está determinado por una pequeña ermita en la que se conserva el hoyo de donde sacaron la Santa Imagen; hasta hace pocos años la rodeaba el campo primitivo, sobre el que hoy se ha edificado, quedando incluido en el pueblo.

Según un manuscrito en valenciano que se conserva en el archivo de la parroquia, en el mes de Agosto de 1682, una deshecha tormenta, acompañada de extraordinario y copioso pedrisco, seguida de una inundación devastadora, arruinó la Iglesia por completo, dejando sólo en pie el Sagrario y el nicho con la Santísima Virgen. Inutilizados los papeles que á ello pudieren referirse, nos vemos privados de poder testificar con documentos los hechos y el año en que sucedieron, pero quedó la tradición permanente y constante para transmitir y atestiguar la historia. Al destroz de la Iglesia siguió la inmediata reedificación, de tal modo, que pudo celebrarse su dedicación en Septiembre del año 1683.

La Imagen representa á la Virgen con el Niño Jesús en su brazo izquierdo y llevando una azucena en la mano derecha. Una y otro visten túnica y manto, y en la cabeza tienen puesta corona imperial. En su interior es de figura corpórea, fabricada de tierra de masa, hoy desconocida. Su tamaño es de unos ochenta centímetros, pero sus proporciones aparecen notablemente irregulares, porque no corresponde lo corto de la falda á la dimensión del cuerpo, quedando de aspecto enana. No fué de tal disposición en su origen; los que la escondie-

ron, para acomodarla bajo la campana y atendiendo mejor á la conservación del busto, cortáronla por las piernas, reduciendo su tamaño. Tanto los que la hallaron como los párracos que se han sucedido y los Prelados que la han visitado, respetándola tal como se encontró, nunca intentaron volverla á su estado primitivo. Sea por causa de la materia de que está formada, y más seguro por la humedad continuada de tantos años, el color de su encarnadura está convertido en un bronceado oscuro.

Los innumerables fieles que la visitan, y los innumerables beneficios que por su mediación se reciben, quedan acreditados por las ofertas que se ven colocadas en las escaleras de su camarín.

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DE CAMPANAR

La Divina Sabiduría, en el libro del Eclesiástico, dice de sí misma estas palabras: *Mi memoria en las generaciones de los siglos* (1) Este Señor, que es la Sabiduría del Padre, es la idea y el Artífice por quien son formadas todas las cosas, así las que pertenecen al orden de la naturaleza, como las que pertenecen al orden de la gracia, y como Autor de ellas imprime en cada una su sello, en el cual se ven no pequeños vestigios de su grandeza y poder. Y por eso dice el Apóstol San Pablo, que las cosas invisibles de Dios, son conocidas del entendimiento criado, por otras obras del mismo Señor. Esta es la memoria del Criador, que hallamos en todas las obras de sus manos, las cuales la conservan con mucha alegría en todas las generaciones y en todos los siglos.

Entre todas las obras del orden de la gracia, hechas en pura criatura, ninguna glorifica tanto al Divino Hacedor como la Virgen María. Esta es sobre todas sus obras. Esta es una

(1) Eclesiástico., cap. XXIV, v. 28.

criatura bendita y enriquecida sobre todas, y escogidas entre todas para ser Virgen y Madre juntamente.

Esta gloria para la Virgen María se encuentra, no sólo en esta Señora, sino también en sus Imágenes, en las cuales es venerada. Las Imágenes de la Virgen María y de los santos, son unos despertadores que nos excitan á la imitación de lo representado en ellas, á venerar sus virtudes y santidad, y á buscar su protección. Así multiplicadas las Imágenes de la Virgen María en la Iglesia Católica, sobre toda ponderación, se ha multiplicado la gloria de la Virgen María en un sinnúmero de Imágenes suyas. ¿Qué pueblo? ¿Qué ciudad? ¿Qué provincia? ¿Qué reino? ¿Qué nación hay católica que no abunde de Imágenes de la Virgen María, ya bajo de una invocación, ya de otra, ya con la general de Madre de Dios, que las comprende á todas, con las cuales excita la piedad, el afecto y la religión, acudimos todos á obsequiarla, venerarla y glorificarla? Si la misericordia de Dios es la que nos previene para que glorifiquemos á la Virgen María en sus Imágenes, con toda verdad diremos, que la tierra está llena de la misericordia de Dios y de la gloria de María, porque el orbe católico está lleno de estas Imágenes, en las cuales es obsequiada la Divina Madre; al efecto tenemos un ejemplar acaecido en el año 1596.

El día 19 de Febrero del año 1596 se fabricaba en la Iglesia del pueblo de Campanar una sepultura para los Eclesiásticos. Hecha la excavación necesaria, que sería como de diez á doce palmos de profundidad y de la correspondiente latitud, á tiempo que habían dejado el trabajo los peones y el maestro, advirtió éste que le faltaba uno de los instrumentos de su profesión y arte; y pensando que por olvido se había quedado en la excavación, bajó á ella en busca del instrumento que le faltaba. Reconoció el sitio y advirtió que había una tierra movidiza, la quitó con las manos, y encontró una cosa, que por entonces no sabía lo que era. Le pareció una pequeña estatua de algún santo, corrió la voz del hallazgo, y corrió también el pueblo á ver lo que se había encontrado. Quitaron la tierra, que estaba muy asida á lo que parecía pequeña estatua, y lavada después, apareció que lo era de la Virgen María. Cele-

bró mucho la piedad de los fieles de Campanar este suceso, y desde entonces comenzaron á venerar á la Virgen Maria en aquella Imagen.

Creció este culto notablemente; después de algunos años le fabricaron la Capilla que vemos, la adornaron, y anualmente se hacia fiesta á la Virgen Maria en el expresado día. Continuó el fervor y la devoción, y no contentos los vecinos con la festividad de todos los años, en el año 1696 celebraron con gran pompa el centenar del hallazgo de la Virgen Maria bajo la invocación de Campanar.

Obligada la Virgen Maria; de esta veneración, ha dispensado muchos beneficios á los hijos de este pueblo y á otros muchos que acuden á ella á obsequiarla en ésta su Imagen. Estos beneficios han aumentado su culto y la veneración, y la Virgen Santísima ha continuado en favorecer á sus devotos como acostumbra.

Esta historia que se ha referido no tiene, como se ha visto, nada de milagrosa. Pudo suceder sin milagro alguno, que se hallase como se ha referido arriba esta pequeña Imagen de Maria en el lugar ó sitio mencionado. ¿Y por ventura es menester que este suceso sea milagroso para venerar á la Madre de Dios, en esta su Imagen, con la magnificencia piedad y concurso que vemos, y con la fe y Religión que no vemos? Para venerar, festejar y celebrar á la Virgen Maria, basta la piedad y devoción que nos inspira la fe y la Religión que profesamos, y ésta es la que movió á los fieles de este pueblo á venerar á la Virgen Maria en la Imagen encontrada. Y no aparece otro motivo que éste, porque esta Iglesia estaba entonces dedicada, como ahora lo está, á la memoria de la Virgen Maria con el título de la Misericordia; pero no contentos estos devotos parroquianos con esta veneración, se la dieron igualmente á esta Señora, y la dan en esta Santa Imagen, que por entonces no tenia otro nombre, ni después ha tenido ni tiene que el de la Virgen de Campanar, y esto basta para los que tienen devoción verdadera á la Santísima Virgen Maria Madre de Dios.

Dios hace prodigios en las Imágenes de su Madre, como sucede en los polvos que se raen de la Imagen de la Virgen

de Campanar, en los cuales la piedad de los fieles sus devotos han hallado remedio en las enfermedades, en los incendios, en las tempestades y en muchos otros peligros. Estos milagros no los hacen ni las Imágenes, ni los polvos de esta Imagen; los hace Dios en las Imágenes y en los polvos, y los hace porque quiere y cuando conviene para su gloria y para excitar nuestra fe y purificarla. Y si nuestra fe es conforme debe ser, si damos gloria á la Virgen Maria en sus Imágenes, cuanto más nos ejercitaremos en esto, se aumentará en nosotros la fe, la piedad y la Religión.

Y últimamente, es tanta la devoción que se tiene á esta Virgen de Campanar, que todos los años desde la víspera de su festividad 18 de Febrero, hasta el último día del novenario, acuden un sinnúmero de devotos de todas clases á implorar su protección.

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DEL CASTILLO DE CHIVA

Acerca del origen de la milagrosa Imagen del Castillo de la Villa de Chiva, encontramos en el tomo tercero publicado por el señor conde de Fabraquer, en su historia de las imágenes de la Virgen, lo siguiente:

«En el santuario del Castillo de la Villa de Chiva se venera la Imagen por haber sido hallada por unos pastores en el reinado de D. Jaime I de Aragón, llamado el Conquistador, en el monte y cerro del castillo de los moros.»

Cuenta la tradición, que habiéndola mandado á Valencia para encarnarla y llenar con barniz una raya á modo de hendidura que tenía en la cara al tiempo del hallazgo, no permitió recibir el colorido, y desde la casa del pintor amaneció al día siguiente otra vez en el monte de Chiva. Sus habitantes levantaron entonces una ermita, en donde por muchos siglos la vienen invocando con éxito en todas sus aficciones.

En el año 1679, y reinando D. Carlos II, se vió Chiva atacada de una enfermedad terrible. Principiaba por catarro y degeneraba en dolor de costado, y al sexto día terminaba en la sepultura.

Se resolvieron á bajar la Santa Imagen del Castillo á la población, y cuando apenas quedaba quien asistiera á los enfermos, tantos eran los que habían, que no repararon en ellos, pues los mismos dolientes clamaban por su bajada.

Verificóse esta procesión el día 17 de Diciembre, y se notó, según cuentan los anales de aquella villa, que poniéndose la Santa Imagen enfrente de las casas donde habían enfermos, sanaron éstos repentinamente, sin que desde aquel día enfermase ni muriese ninguno de aquel, terrible mal; así es que conociendo la virtud de aquella Santa Imagen, la pasaron por en medio de la villa, y los enfermos consiguieron recobrar la salud perdida.

El citado Castillo, construido por los árabes en lo más alto de un solitario cerro, se halla al pie de que se levanta la villa, pasando por el centro de ésta el barranco de su nombre.

La antiquísima ermita, efecto de los vaivenes de los tiempos, desapareció. La actual ermita es de lo más precioso y bonito que hemos visto en su clase, y su construcción se debe á la piedad y devoción de un sacerdote Beneficiado que fué de la Parroquial de San Pedro Mártir y San Nicolás Obispo de esta ciudad de Valencia, que la mandó construir en el pasado siglo. Tiene cuatro altares laterales y el mayor, y en todos se puede celebrar el santo sacrificio de la Misa. En el mayor y sobre una peana de nube sostenida por ángeles, se encuentra colocada la Santísima Virgen del Castillo. La devoción que á esta veneranda Imagen existe en los pueblos inmediatos es grande, y entre los hijos de la villa de Chiva raya en frenesí, no obstante la época irreligiosa que atravesamos.

NUESTRA SEÑORA DE LA CUEVA SANTA

El origen y principio de esta Santa Imagen es incierto. Según la más verídica tradición, le tuvo en la Real Cartuja de Valde-Cristo, y como afirma el P. Agramunt, fué obra de las manos del V. P. D. Bonifacio Ferrer, Monje de la referida Cartuja, General de su Orden, y Hermano no menos en virtudes y santidad y de hacer milagros, que en carne y sangre, del Apóstol valenciano San Vicente Ferrer.

Este tan recomendable varón se ocupaba santamente en vaciar en moldes Imágenes de Yeso de Nuestra Señora (costumbre tan antigua y natural en Valde-Cristo, como nacida con esta Cartuja, toda de María, por su singular piedad y devoción á esta gran reina) y se cree que formó la Imagen que hoy se venera en la Santa Cueva, por los años 1400: que el mismo P. D. Bonifacio ú otro de los padres, la daría á alguno de sus Pastores, el cual era cosa muy natural, la colocara en la Cueva que en aquellos tiempos era común albergue de pastores y ganados, sin otro nombre que el de la Cueva del Latonero.

Andando el tiempo se perdió dicha Imagen ó acaso quedó sepultada en alguna ruina de la Cueva, hasta que en el año 1500, cuando aun se retiraban los pastores con sus rebaños á la Cueva, se apareció María Santísima á uno de ellos y enseñándole un lugar en lo más profundo de la Cueva, le dijo que en él hallaría una Imagen suya, en la cual quería ser venerada y por su medio obrar continuas misericordias. La experiencia de hallar la Imagen confirmó la verdad de la visión; con sencillo afecto se esmeraba el pastorcillo en adornarla cada día de flores silvestres; promovía en los demás la devoción. Luego, dedicándole Altar y Capilla, haciendo casa y poniendo Santero, fabricando hospedería más abajo de la

Cueva para los peregrinos que frecuentaban el santuario (todo bajo la dirección de los padres de Valde-Cristo) se expuso la Imagen á la pública veneración en la misma Cueva, y por monumentos consta que en el año 1515, ya tenía la Cueva el renombre de Santa, por los muchos milagros que en ella obraba Dios por medio de esta Imagen de su Santísima Madre.

La primera devoción á esta portentosa Imagen, fue semejante á las flores de la primavera, que al primer bochorno se agostan: duró solamente veinte años desde el de 1500, hasta el de 1520, cuando en las turbaciones del reino por la Germania, si no se borró del todo la memoria, quedó la Sagrada Imagen en la Cueva sola, sin asistencia: llegó á caerse parte del Altar y asolarse la Capilla, y sólo quedaron de ella dos paredes toscas sin techumbre, que hacían lado á un nicho, que, cavado en la misma peña servía alguna vez de menos indecente sitio á la Santa Imagen. Luego los pastores volvieron á introducir sus manadas en la Cueva, con tan poca estima y veneración á la Santa Imagen, que la llevaban por los rincones de la Cueva, sin embargo, que aun en este tiempo continuaba Dios por su medio, favores y milagros bastantes, para granjearle al culto debido.

De estos prodigios hay auténticas memorias: y cierto que en el año 1550 concurrieron en la Cueva trescientas personas á celebrar en su día el Nacimiento de Ntra. Señora, como es constante, habrían precedido antes algunos milagros, en cuya reconocimiento pudo celebrarse esta fiesta. Y en ésta, y en una ú otra ocasión (en que por relación de Isabel la Monserada) consta, que antes del año 1550 y de antiguo se celebraba Misa en la Cueva y se hacían Novenas á la Virgen en agradecimiento de favores recibidos, llevarían á la Cueva los ornamentos y cosas necesarias para la celebración del Santo Sacrificio. Pero como luego quedaba la Imagen sola, y siempre expuesta á los ultrajes de la rusticidad pastoril, iba de rincón en rincón, y vino á parar en una endrija de la Cueva, que á la mano derecha de la entrada, en el tercer replán de la escalera, enfrente de la pila de la agua bendita se arrincona, y donde hoy está colocado un cepo para recibir las limosnas,



y se puso una Imagen para memoria del lugar donde estuvo en esos años la milagrosa.

Este olvido y tibieza de devoción á la portentosa Imagen, perseveró desde el año 1520, hasta el de 1574, cuando con el siguiente milagro refloreció la devoción y revivió ya inmortal, aumentándose de cada día con nuevos fervores. En Jérica enfermó de lepra contagiosa Juan Monserrate Escanio, marido de Isabel Martínez, llamada comúnmente la Monserrada, por lo cual fué desterrado de la villa. Guiada Isabel de superior impulso y de las noticias de la Santa Imagen, condujo á su marido á la Cueva: en ella y en la endrija, que se notó antes, hallaron á la Santa Imagen. Alegres con tan feliz hallazgo, bajaron la Imagen á lo más hondo de la Cueva y la colocaron en un resalte de la peña: libraron su esperanza en esta Soberana Reina y en el baño de la agua destilada que allí había, y estando los dos en oración, al final de los nueve días el enfermo se halló tan limpio de la lepra, que ni señales le quedaron. Desde esta ocasión se han continuado con particular ternura y devoción las Novenas á la Santa Imagen, que ya en otros tiempos y de antiguo habían principiado.

Estos dos confesores no sabían apartarse de la presencia de su Bienhechora, aunque les precisaba volver á su casa. En esta duda vieron entrar en la Cueva una venerable Matrona en traje de viuda y un Religioso en hábito Dominicó, el cual les preguntó la causa de estar allí retirados; á lo que respondió Isabel, refiriendo la enfermedad, el destierro, la curación milagrosa y el temor de volver á la villa. Luego le dijo el Religioso: Tomad esta carta y llevadla. Con ella fué Isabel, pero no la admitieron, y se volvió á la Cueva: después de dos días se aparecieron otra vez los dos, y enterado el Religioso del mal recibimiento, dijo á Isabel: Tomad esta otra carta, que ya os creerán. Así sucedió, pues aunque los Jurados de la villa se turbaron sin acertar á leerla, les desempeñó el Vicario Mosén Miguel Pastor, hombre de vida ejemplar, el cual, enternecido y con lágrimas, les dijo: Esta mujer es santa y habíamos de besar donde ella pisa. Así es, que luego formaron una procesión, y llevando á Isabel Martínez en lugar preferente, se dirigieron á la Cueva Santa, para

dar gracias á la Virgen y ver milagrosamente limpio al que doce días antes habian desterrado por la lepra. En aquel tiempo era voz común que el Religioso Dominico era San Vicente Ferrer y la Venerable Matrona María Santísima, que tomó el traje de viuda, que la Santa Imagen representa. Este suceso se pintó en un cuadro, que con otros muchos pereció con la humedad. Y el Padre la Justicia lo escribió como lo había oído al hermano Jaime Monsonís, Donado en Valde-Cristo de mucha virtud, acreditada con sesenta años de Religión y que existía en Jérica siendo de edad de 18 años, cuando sucedió este caso, que también refiere en lo sustancial la misma Isabel en su deposición jurídica.

Esta dichosa mujer visitaba á la Virgen con el trabajo de subir dos leguas; pero sentida de que los pastores aun introducían las manadas en la Cueva, y deseosa de tener á la Santa Imagen en lugar más decente, determinó llevarla á Jérica: la puso en una cesta, la reconoció en el camino, y se halló burlada sin la Imagen. Volvió aprisa á la Cueva y encontró ya en ella á esta celestial Paloma, que velozmente había volado á su nido en el agujero ó caverna de la peña: lo mismo le sucedió otras dos veces, aunque había puesto más diligencias para cerrarla. Estos repetidos prodigios se publicaron, y con ellos que la Virgen quería mantenerse como celestial Norte, inmóvil, para guiar á sus devotos y ser venerada en la Cueva Santa.

Así lo entendió, y lo procuraba la referida Isabel á medida de su pobreza, ya que no podía según su fervor. Los sábados reunía por la tarde en la villa muchas niñas é inocentes doncellas y con ellas se subía á la Santa Cueva para velar la noche en reverencia de la Virgen, como entonces se celebraban las Vigilias; y finalmente, oído el informe de los prodigios que sucedían en la Cueva Santa, resolvieron los Jurados y Consejo de Altura visitar la Virgen con solemne procesión, y con esta piadosa demostración, el clero y la villa de Altura tomaron posesión de la Cueva Santa en el tiempo que va desde el 10 de Diciembre de 1581 hasta el día 18 de Febrero de 1582. Hoy día, este Santuario de la Virgen de la Cueva Santa, es una maravilla de la naturaleza y de la gracia, pues es tan

admirable la Cueva y tan prodigiosa la Santa Imagen, que accede á todo lo que el entendimiento humano puede idearse.

NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD DE ALGEMESI.

En la villa de Algemesí, distante cinco leguas de Valencia, se venera una Imagen muy milagrosa, titulada Nuestra Señora de la Salud, la cual fué encontrada en el tronco de una Morera el año de 1247. Es muy parecida en la hechura y modo de tener el Niño, á la de Monserrate y á la del Sagraio de Toledo.

Se tiene por tradición que, habiéndola llevado por tres veces á la ciudad de Alcira, de cuya jurisdicción era antes Algemesí, se volvió siempre á su primera Iglesia, donde hace cada día muchos milagros: entre otros se cuenta por muy admirable, el que para terror de gente amotinada, sucedió día 8 de Octubre del año 1520, que fué el más fatal para este reino, porque fué en el que estaba más encendido aquel sangriento y voraz fuego de la Germanía.

Unieronse los Plebeyos contra los Nobles, y á cuantos encontraban degollaban, sin perdonar á los que se retiraban y se acogían al Sagrado de las Iglesias. Sucedió, pues, que pasando los Agermanados por Algemesí, y sabiendo se habían retirado algunos caballeros á la Iglesia, donde estaba esta Santa Imagen, resolvieron darle fuego, como lo ejecutaron. Un devoto hombre, herrero de oficio, viendo que se había de quemar tan rico Tesoro, se santiguó, y metiéndose por enmedio de las llamas tomó la Santa Imagen y se la llevó á su casa y la colocó sobre el yunque. Pero como las fuerzas de los pobres y humildes no pueden prevalecer en el mundo contra los poderosos y soberbios, uno de los Agermanados así que vió la Imagen, atrevido y temerario dijo de esta suerte, así: ¿Qué herrera se ha hecho? Pues allá va; y le disparó un arcabuzazo. ¡Oh, sacrílego! espera: ¿piensas escapar

de quien con un querer puede criar nuevos abismos? Al punto cayó muerto, herido de las mismas balas á vista de sus mismos compañeros; los cuales, aturdidos y llenos de temor y espanto, retrocedieron de su mala vida, la que corrigieron con penitencias, dando ejemplo de virtud al mundo y sacando del castigo ejecutado en aquel alevoso, motivos para ser muy santos, que aun los severos castigos de nuestra Reina en unos, fueron siempre piadosos documentos para otros.

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DE SALES, EN SUECA

La villa de Sueca venera con singular devoción una Imagen de la Santísima Virgen, con el título de Ntra. Sra. de Sales. De su origen y antigüedad nada puede afirmarse.

Al tiempo de la conquista de Valencia por D. Jaime de Aragón, Sueca era sólo una alqueria y su término un bosque, que cedidos á los Caballeros Templarios, vino á poblarse en 1244.

Poco más de un siglo después, estando un día arando un labrador, tropezó con un terrón, que juzgándolo una piedra lo arrojó á una acequia. Mas luego volvió á tropezar con él en el mismo sitio, y admirado de ello y examinándole con reflexión, vió que era una Imagen de María; la adoró, dió noticia al pueblo y éste la recibió con muestras de alegre regocijo.

El respeto y reverencia con que desde aquel momento la miró, hizo pensar en fabricarle una ermita donde pudieran las gentes venerarla con mayor decoro. El cielo se encargó de designar el punto, y haciendo que bajasen misteriosas luces, indicó el lugar donde quería fuese colocada la santa Imagen y así se efectuó en 1364.

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DEL ALGIBE

en San Sebastián.

En la ciudad de Játiva, subiendo al Castillo, había un Monasterio de Monjes Bernardos, enfrente del cual había un grande Algibe por los años de 1604, donde las más de las tardes subían tres señores Clérigos, dos Presbíteros llamados Mosén Cosme Esparcell y Mosén Pedro Sanz, y el otro Subdiácono llamado Mosén Vicente Pedrola, á tener un rato de decente recreación, y después de haber pagado á David su tributo. Una tarde les afligió mucho la sed, y afligiéndose de que teniendo allí un Algibe, se podía recoger á tiempo del invierno agua para el verano, dijo uno: ¿Por qué no limpiamos este Algibe y lo disponemos para recoger agua para nosotros? Convenidos con la proposición, buscaron dos jornaleros para que sacasen la tierra y lo limpiasen.

Un día, á tiempo que ya habían sacado tres grandes montones de tierra, Mosén Vicente Pedrola descubrió en el montón de en medio un pedazo de madera que relucía mucho, se acercó y vió que era una hermosa Imagen de la Concepción, con su luna á los pies y sin niño en los brazos. La limpió con un lienzo, que por haber estado debajo de tierra 890 años, los que habían pasado desde la pérdida de España, que se juzga debieron de esconderla, como otras, los Cristianos, estaba muy cubierta de terraje; pero al tratar de moverla, sucedió que con toda su fuerza no pudo menearla, siendo así que sólo era de dos palmos. Turbado de lo que veía, discurrió qué podría ser la causa, y no hallando otra que la de haber rezado aquella tarde con alguna distracción en el Coro, se arrodilló y con fervorosos Actos de contrición purificó su conciencia, y oyó como si le hablasen al oído unas voces claras que le decían: ¡Quién ha de tocar á la más pura, no es bien

que llegue con la menor impureza? Con lo cual se enervó más y procuró con el fuego del amor de Dios consumir la menor imperfección. Aquí fué cuando la Divina Reina le favoreció con dejarse sacar con sus propias manos; y lo que el citado Mosén Vicente Pedrola tuvo por especial fineza y singular favor, fué que, habiendo echado varias suertes por quién se la había de llevar, siempre le salió á él; por lo cual, muy contento dijo á sus compañeros: Amigos, la Purísima Reina se viene á mi casa; y en lo que hoy me ha sucedido conozco cuán puro ha de estar el corazón que ha de acercarse á la madre de la Pureza, y gozosos los tres dieron gracias á la Gran Reina que así consolaba á sus siervos.

Esta Santa Imagen, que por mucho tiempo la llamaron de la *Concepción*, tuvo después otro nombre, que es con el que hoy se venera, y es de Nuestra Señora del Algibe, por haberse hallado dentro de él, y es de las más milagrosas que tiene Valencia. Poseen este Tesoro los Religiosos Padres Mínimos de San Francisco de Paula, por la circunstancia que, habiendo muerto el Clérigo que la halló, la dejó á su hermano Diego Pedrola, éste se trasladó á vivir á Valencia sin dar noticia á los de Játiva, por hallarse entonces afligida por la peste, ocasionando grandes estragos, y más por no haber hecho la Iglesia que intentaron hacer en el mismo lugar del hallazgo.

Este hombre estuvo algunos años en la Plaza de Valencianos, junto á San Nicolás, y después en la Cofradía de San Pedro Mártir enfrente del Convento de Religiosas Descalzas de San José, donde hizo la Santa Imagen muchos milagros, de modo que se movieron grandes pleitos entre la Parroquia de Santa Cruz y el Convento del Carmen; pero los Padres Mínimos tuvieron más habilidad y mejor providencia, porque le ofrecieron al referido Diego Pedrola una casa para vivir junto á su propio Convento, y con eso, agradecido á esta limosna, les hizo donación de la Santa Imagen. Se la llevaron el día 9 de Febrero del año 1644 con mucho secreto, y la colocaron en la Capilla donde estaba el Cuerpo del Venerable (hoy Beato) Padre Gaspar Bono, y hoy día está colocada al entrar en la Iglesia por la puerta principal en la primera Ca-

pilla de la derecha, con mucha veneración, consagrándole todos los años una muy lucida función sus Cofrades y Devotos.

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DE GRACIA EN SAN AGUSTÍN

La Imagen de Nuestra Señora de Gracia se venera en la Iglesia del Real convento de San Agustín de Valencia (hoy el convento es presidio correccional). Desde el año 1250, en que pasaron con licencia del rey D. Jaime el Conquistador los Padres Agustinos de una casa que tenían fuera de la ciudad, en el sitio que hoy se llama de la Roqueta, á fundar en una ermita de San Pantaleón y Santa Ana, que estaba en un callejon, que llamaban de Enmercer (1), que entonces aun no estaba dentro de la ciudad; después de algún tiempo ampliándose ésta, fué comprendido dentro de sus muros, el cual es hoy Majestuoso Convento.

Se llama Nuestra Señora de Gracia, porque yendo unos religiosos á mandar les pintasen una Imagen para colocarla en el altar de su primera fundación, encontraron unos peregrinos, que les dijeron: Padres, ¿qué os parece de esta Imagen que llevamos de la Virgen? No es hermosa? Respondieron los Padres: No hemos visto jamás cosa más bella! Tomadla, pues, dijeron los peregrinos, que nosotros os la damos de gracia, y de aquí vino el llamarse de Gracia.

Desde entonces los reyes, desde Enrique I de Castilla, hasta el rey Carlos II, han favorecido mucho esta capilla, situando rentas fijas sobre los Puertos Secos de Requena; y los Pontífices la han enriquecido con muchas indulgencias, particularmente los de la Casa de los Excelentísimos Borjas, pues Alejandro VI, en el año de 1470, movido de su devoción, le concedió innumerables, enviándole también un círculo ma-

(1) Dr. Esteban, Dobz. del Castellar, Pbro.

gestuoso de oro, en forma de Toisón, lleno de serafines, y esmaltadas en él sus armas. Esta Imagen ha hecho y hace infinitos prodigios.

Esta preciosa Imagen estuvo colocada en su espaciosa y rica capilla, hasta la supresión de las comunidades religiosas, pues estaba construida en el centro de uno de los dos claustros del convento; tenía crucero, cinco altares, estando la Santa Imagen colocada en el principal; la capilla remataba con una bonita cúpula llamada media naranja, con ventanas al arranque y correspondiente corniza. Fué demolida en 1838, para dar más luz al citado claustro (hoy correccional), y la preciosa Imagen trasladada dentro de la Iglesia á la capilla frente al púlpito, donde es visitada por sus numerosos devotos (1).

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PIE DE LA CRUZ

de la villa de Puzol.

Después del torpe y trágico suceso de Witiza de la indigna venganza y traición del Conde D. Julián, en que los sarracenos ocuparon la mayor parte de España en el año de 711, se vieron los Católicos precisados para mantener y conservar su ley á ampararse fugitivos de los montes; ¡desgraciada época, en que la Cristiandad era tiránicamente dominada de la más bárbara opresión! Siendo lo más sensible é intolerable ver el Sagrado Culto abolido, los templos convertidos en establos, y las Sagradas Imágenes quemadas ó arrojadas con desprecio y hechas pedazos.

Para evitar, pues, á los divinos simulacros de ultrajes tan sacrilegos, resolvieron los Cristianos ocultarles debajo de la tierra, esperando de la Infinita Clemencia que, dignándose de

(1) J. Torrent.

aplacar su justo enojo, descubriría por el tiempo este oculto Tesoro, para manifestarse después para el Religioso Culto. Con esta acertada providencia se pasó tan cruel borrasca, hasta que, recobradas por los Cristianos las Provincias Españolas, apareció el Iris de paz y el mismo Cielo manifestó después con maravillosos prodigios estos ocultos simulacros, de cuyos admirables descubrimientos están llenas las Historias. En fin, una de las Imágenes que experimentó este lamentable resguardo, fué la de Nuestra Señora, con la tierna invocación del Pie de la Cruz, venerada en la actualidad en la Iglesia Parroquial de la villa de Puzol, cuyo milagroso hallazgo sucedió del modo siguiente:

Por los años de 1570, habitaba el Venerable Pedro Muñoz en la Ermita de San Julián cercana á la Real Cartuja de Valde-Cristo, con tan ejemplar vida y religiosas costumbres que, siendo asombro en la tierra, era de gran regocijo al Cielo. Este varón había observado varias veces cinco brillantes estrellas, que sin variar de sitio se manifestaban hacia su patria la villa de Puzol y dirigían sus rayos allí mismo, cuyo maravilloso favor le hizo Dios, unas veces estando en oración y otras admirándolo desde la puerta de su Ermita. Movidó de superior impulso hizo un viaje á Puzol con el objeto de examinar de más cerca si aquellos resplandores serian indicio de otras soberanas luces; no obstante antes quiso consultar la visión con los Venerables Arzobispo de Valencia, el Excmo. é Illmo. Sr. Patriarca D. Juan de Ribera, y con el P. Fr. Nicolás Factor, Guardián entonces en el Convento de la Vall de Jesús, para que con entrambos pareceres, proceder con la mayor aprobación y madurez, convinieron unánimes en que era justo ver si allí se escondía algún celestial Tesoro para la veneración. El P. Nicolás Factor le dijo no se volviese á la Ermita, porque siendo tan grande la distancia no se podría descubrir este sitio y sería mejor examinarlo de muy cerca para la mayor seguridad; y así que se retirase en el monte del mismo Convento de la Vall llamado el *Picayo* y permaneciese en la Ermita antigua, y desde aquel punto lo observaría con más facilidad y distinción. Así lo verificó el Venerable Pedro, y pudo con toda evidencia des-

cubrir las cinco estrellas sobre la montaña llamada *El Cabezol del Puig*.

Con la dirección y consejo de los expresados Varones, se dispuso el Venerable Muñoz á la ejecución de lo que se le había mandado; y habiéndose constituido en el sitio en que había visto las luces y estrellas, principió á cavar el monte, hasta que fatigado y por tomar alimento suspendió su afanada pero gustosa tarea, y se retiró. Dos labradores que trabajaban en uno de los campos vecinos, advirtieron lo que el Siervo de Dios ejecutaba; y dado por sentado que en aquel puesto habría algún tesoro escondido, al momento que el Ermitaño se ausentó, según se dice, al anochecer, ellos continuaron la principiada fatiga, juzgándose ya por tan opulentos en la realidad, como lo daban, por supuesto, en su imaginación.

Habiendo continuado en cavar los dos labradores y hecho más profundo el hoyo, hallaron esta Sagrada Imagen, quedando no sólo admirados, sino extraordinariamente gozosos, teniendo por suma felicidad haber sido los dichos instrumentos de tan inestimable Tesoro, con el cual partieron muy contentos á su casa, que la tenían cerca, pues era la Alquería del Inquisidor que lo había sido en Zaragoza, y entonces Chantre en la Metropolitana de Valencia, llamado D. Cristóbal Roig. Se llevaron, pues, la Sagrada Imagen con el glorioso intento de no desampararla, pues decían ser los dueños de la que lo era de los corazones.

Ansioso nuestro Venerable Ermitaño de continuar su tarea, acudió al montecillo del Cabezol; pero conociendo que el hoyo estaba más profundo de lo que él dejó, y que ya no descubría las estrellas ni veía los resplandores que hacia aquel sitio comunicaban, se afligió en extremo, considerando que alguno habría sido más afortunado que él; pero como el Cielo es para con sus Siervos tan piadoso, no permitió que esta congoja le durase largo tiempo, pues revelándole todas las circunstancias de la Imagen, así de su invocación como de su hechura, y que los labradores que la hallaron la tenían en la Alquería del Inquisidor. Con este acaso, que no lo fué para el Cielo, quiso sin duda la Virgen tomar posesión del sitio en



donde habían de empezar á alabar su Pureza contemplativos Monjes el año 1585, cuya revelación tenía ya el Venerable Muñoz con anticipación.

Noticioso nuestro Venerable Pedro Muñoz de tan venturoso hallazgo, enterado por celestial ilustración de todas las circunstancias, se encaminó en busca de los labradores. Llegó á la Alquería del Inquisidor, pidió la Sacratísima Imagen, alegando para su logro haber sido él á quien se debía tan dichoso descubrimiento, pues no lo hubieran los dos labradores conseguido si él no lo hubiera principiado. No bastaban sus justificadas razones para que los labradores condescendiesen á lo que con tanto derecho pretendía. Quedó pesaroso el Hermano al oír tan no pensada respuesta; pero siendo ella misma el más fuerte y eficaz incentivo para avivar la ardiente devoción de sus ansias, las repitió con mayores esfuerzos, pues tenía de su parte la justicia.

Continuaron en negar el hallazgo, y viéndose el Venerable sin recurso, acudió á Valencia y lo puso en conocimiento del Señor Patriarca; y como para este gran Prelado el crédito de Santidad que tenía formado del Siervo de Dios, era de tanto peso, partió para la Alquería de Roig en busca de los labradores, á quienes pidió la Imagen, que entregaron al momento sin otra excusa ó pretesto que la que sentía su devoción. La recibió el Señor Patriarca con afectuosas lágrimas, la adoró con profunda veneración y se la entregó al Hermano, con la obligación que desde entonces la destinaba para la Iglesia de Puzol y Patrona de la villa. Abrazó el Venerable Muñoz este Divino Tesoro con la devoción y afectuosa reverencia y la trasladó á la villa.

La maravillosa Invención de esta celestial Imagen sucedió miércoles, á 6 de Septiembre del año 1570, por la tarde, en el montecillo llamado *El Cabezol del Puig*; y habiéndola entregado los dos venturosos labradores que la descubrieron al Hermano Pedro Muñoz el día siguiente jueves 7 de Septiembre, entró éste por la villa con la Sagrada Imagen muy gozoso el mismo jueves á mediodía, según decía Vicente Lorens, por habérselo oído á su madre Ursola Ferrer, que fué una de las primeras vecinas de la villa que tuvieron la dicha de ado-

rarla. El Venerable la condujo con mucha alegría á su antigua casa, y la colocó en un cuarto, como lo dice Mosén Francisco Planes con estas palabras: *La tingué algún temps en un quartet en casa son oncle* (tío).

Inmediatamente se divulgó por el pueblo tan afortunada noticia, y lo mismo fué esparcirse esta feliz novedad, que acudir á la casa de Muñoz un numeroso concurso con el fin de venerar á la Santísima Virgen, pues al hacer la cristiana reflexión de merecer en su recinto tan inestimable y hermosa joya, que milagrosa se les entraba por sus puertas en vispera de la gloriosísima Natividad de la misma celestial Señora, les duplicaba el gozo esta casual circunstancia, porque reconocían que, si en día semejante nació la gran Reina al Mundo para ser instrumento de su restauración, les hacía también el mismo día á sus habitantes, para afianzarlos su total consuelo; y así bien lo manifestó luego su benignísima piedad con muchos prodigios que se lograron en la villa por su intercesión.

Esta Sacratísima Imagen del Pie de la Cruz es, sin disputa (según su estructura) de aquellos primeros siglos, ó sea del tiempo de los Apóstoles, pues se hallan grabadas en su tabla de yeso una Santa Cruz, insignia de nuestra Redención: Maria Señora Nuestra al pie de ella con su Hijo en brazos; y los Santos Apóstoles, para que la eficacia de su doctrina se imprimiese en nuestras almas, con las Imágenes de San Pedro y Santiago que están á los lados.

Quién fuese el primero poseedor de este portentoso Simulacro cuando la ocultaron bajo tierra por los años 712, no consta; pero se puede conjeturar, que sería el Monasterio de Monjes, ya fuesen Benitos ó Basilios, que existían en el sitio ó villa del Puig, según se persuade ver, que al ocupar este Reino los Moros, los Cristianos enterraron en aquel mismo término del Puig en el sitio llamado el Cabezol, no muy distante de su Monasterio, donde se mantuvo escondida por espacio de 858 años; se halló 334 después de la Invención de Nuestra Señora del Puig, para que así con este feliz descubrimiento lograsen la villa de Puzol y los demás fieles que la veneraban, refugio en sus tribulaciones, remedio en sus an-

gustias, salud en sus enfermedades, y la mayor dicha en obsequiarla devotamente.

Finalmente, habiéndose prendido fuego la casa del Venerable Muñoz, más para brillar, que para consumirse, noticioso de lo que pasaba el Sr. Arzobispo Patriarca, se presentó sin perder tiempo en la villa de Puzol, y después de certificarse el hecho ocurrido, mandó que inmediatamente se trasladase la Santísima Imagen desde la casa del Hermano Muñoz á la Iglesia en devota y solemne procesión, sucediendo esto á fines de la centuria de 1500; así consta de los libros racionales que ya por entonces se le hacían fiestas públicas en su Iglesia antigua. Allí fué puesta á pública veneración, hasta que concluido el nuevo templo en 1607 y construida Capilla para esta Sagrada Imagen, fué consagrada por delegación del Señor Patriarca, por su Obispo Auxiliar D. Tomás de Espinosa, domingo 28 de Octubre de dicho año 1607, donde continúa en recompensar con crecidas finesas y gratitud á todos los que la imploran, y en especial á sus devotos los vecinos de dicha villa, para que alcancen todas las bendiciones eternas de su amantísimo Hijo Jesucristo.

NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD DE JÁTIVA

El día 5 de Noviembre del año 1647, se dignó María Santísima regocijar con el misterioso hallazgo de una Imagen suya todo el reino de Valencia, y en particular á la ciudad de Játiva, la cual posee en la Iglesia de Santa Tecla, cuya invención fué de esta manera:

Habiendo mandado el Sr. Obispo D. Jacinto Minuarte, en la visita que hizo cuatro años antes, cerrar un agujero de un altar, le pareció al Vicario Mosén Cosme Cebrián, era ya tiempo de que se pusiese en ejecución el mandato, llamó á un albañil, el cual respondió no se hallaba yeso por ningún dinero; pero de improviso vieron entrar por el portal un mu-

chacho que traía lo bastante para cerrar el agujero. Admiraronlo mucho, y prometiéndose algún raro suceso, llamaron á unos caballeros que, en aquel momento pasaban, entre los cuales fueron D. Juan Sanz, D. Tomás Real, D. Juan de Proximita, D. Baltasar Portadora, Tomás Jerónimo Navarro, Jerónimo Olomar y otros, los cuales fueron testigos del suceso. Pues al tiempo que el albañil puso la mano para ver si había alguna piedra dentro del agujero, advirtió que se le venía tras de la mano una muy crecida: se atemorizó mucho, y no quería proseguir; pero animado de los sobredichos caballeros, volvió á meter la mano, y sin peso alguno sacó una piedra. Apenas estuvo fuera, reconocieron que era una Imagen de Nuestra Señora muy hermosa, y hallándose presente una mujer, llamada Catarina Rovita, pareciéndole estaba llena de polvo, la tomó y se la llevó á la fuente del portal, como quien llevaba una paja. La acompañaron los caballeros, y así que estuvo limpia del terraje, ya no pudo moverla la mujer, porque hallaron pesaba no menos que ochenta y seis libras. Admirados del prodigio se aplicaron todos con mucho gusto y la llevaron al lugar de donde había salido, mandando buscar al oficial eclesiástico para autorizar la maravilla, el cual hizo reconocer el agujero, y hallaron era mucho menor que el cuerpo de la Imagen. Recibió la deposición del albañil, de como no había sentido ningún peso al sacarla; y al siguiente día el oficial eclesiástico dijo Misa del Espíritu Santo, implorándole para el nombre que se le había de dar á la Santa Imagen; y después de varias cedulillas que pusieron en una Urna, no salió si no la de Nuestra Señora de la Salud.

Fué extraordinario el regocijo que toda Játiva mostró en este portentoso hallazgo, pronosticando habían de experimentar grandes favores, como con todo efecto se vió, pues son innumerables los que cada día hace. El año de la peste, que fué el de 1648, las calles vecinas al Templo donde está esta Santa Imagen fueron las que menos padecieron de toda la ciudad.

SANTOS VALENCIANOS

SANTOS JUSTINIANO Y HERMANOS MÁRTIRES

Antes de la Conquista.

San Justiniano III fue el vigésimo quinto Obispo de Valencia, cuyos escritos celebra con grande elogio San Isidoro. Tuvo también otros tres hermanos, llamados Justo, Elpidio y Nebridio, todos Obispos y todos santos, como dice el mismo San Isidoro, y todos naturales de Valencia; así lo dicen Marieta y Escolauo. Floreció en virtudes, elocuencia y milagros, siendo muy aplicado al gobierno de su Iglesia, en el año de 540. Todos pertenecieron al orden del gran Patriarca San Agustín.

SANTOS BERNARDO, MARIA Y GRACIA, HERMANOS MÁRTIRES

de Valencia.

Estos Santos fueron naturales del reino de Valencia, de la villa de Carlet, distante cuatro leguas de dicha ciudad. Su padre, señor de dicha villa, era moro de profesión. Tuvo dos hijos y dos hijas; las hijas se llamaban Zaida y Zoraida, y los hijos, Almanzor el mayor, y el menor Amete. El padre los envió á la corte del rey moro en Valencia, llamado Zaen, para que aprendiesen cortesanía y al mismo tiempo el arte de la guerra.

Los dos hermanos se criaron en la corte del rey, y aunque ambos eran muy favorecidos, lo fue más Amete por la confianza que de su fidelidad y talento hacía el rey, pues pasaban por sus manos todas las rentas reales y acudía á todos los gastos, tanto en tiempo de paz como de guerra. Amete vivía con la ceguedad de la secta mahometana que había recibido de sus padres. El rey le mandó de embajador á Cataluña á tratar con los señores cristianos sobre el rescate de algunos moros que se hallaban cautivos. Habiendo llegado á Lérida, celoso de su infame secta, reprendió á algunos moros porque se habian quedado avecindados entre los cristianos. Después pasó á Tarragona, y ordenó Dios que estando en el camino Amete y un criado que le seguía, se perdiesen por unos bosques y les faltase al mismo tiempo la luz del día, para que luego les amaneciese el sol de justicia, Cristo Señor nuestro. Detúvose allí, el sueño lo rindió y á poco rato despertó, pareciéndole haber oído una suave y armoniosa música.

Efectivamente, no fué sueño, sino realidad. Este canto salió de un monasterio de la orden del Cister, que muy cerca de allí acababa de labrar al Rey D. Alonso de Aragón, abuelo del Rey D. Jaime el Conquistador, llamado Nuestra Señora de Poblet, cuyos monjes cantaban á la media noche solemnes maitines. Cuando vino el día se dirigieron hacia donde habian oído cantar, y llegaron al monasterio. Los monjes se asustaron al ver á los dos moros; mas luego se tranquilizaron con la buena gracia de Amete, que con curiosidad les hizo varias preguntas acerca del monasterio y del modo de vivir de los monjes, que satisfecho de todo ello despidió al criado, y alumbrado su entendimiento pidió al abad el santo bautismo, y desde entonces se llamó Bernardo.

Pidió luego al abad le admitiese en la religión, aunque fuese para el servicio. Satisfechos los monjes de tan buenas muestras como daba de sí Bernardo, le vistieron el santo hábito. Su compostura era admirable: ayunaba toda la semana, y á pan y agua la mitad de ella, y cuando hablaba con los religiosos muchas veces les decía: tengo gran confianza en mi Señor Jesucristo de que moriré mártir.

Habiendo suplicado al abad que le encargase el cuidado de los pobres y peregrinos, le nombró portero y limosnero. En sus manos multiplicaba Dios el pan; á no ser así no hubiera bastado la renta de cuatro monasterios como el de Poblet para las extraordinarias limosnas á que se daba Bernardo.

Después de haber vencido con la ayuda de Dios algunas envidias de sus hermanos, llamado por Dios á la corona del martirio, pidió licencia al abad para llegarse á visitar los moros sus deudos y ocuparse en su conversión. El abad rehusó cuanto pudo; pero al fin, vencido de sus ruegos y lágrimas, le dió su permiso. Pasó á Lérida, y después de haber convertido y bautizado á una tia suya, mora principal y muy acaudalada, se fué á la casa de sus padres y halló que había muerto su padre y heredado el primogénito Almanzor, y en su compañía las hermanas Zaida y Zoraida.

Le recibieron con mucha alegría, persuadidos que venia á renegar de la fe y volver á su secta, por cuya circunstancia principiaron á tratar de la religión; pero Bernardo no pudo jamás ser vencido de su buen propósito, y las dos hermanas, alumbradas del cielo, recibieron el bautismo y se llamaron María y Gracia.

Almanzor, de ver á su hermano escarnecer su secta, bramaba de cólera; pero Bernardo le dijo que su venida había sido para alumbrar á sus deudos, y que luego se volvía á su monasterio.

Con el fin de huir el peligro, Bernardo persuadió á sus dos hermanas; llegaron á Guadasuar, y no teniéndose por seguros de la ira de Almanzor, pasaron á Alcira, en cuyo sitio, después de estar ocultos por espacio de tres dias, fué descubierto por el mismo Almanzor, quien mandó le atasen y dijese dónde quedaban las hermanas. María y Gracia salieron al camino con lágrimas y sollozos al ver tan mal parado á su querido hermano Bernardo, el cual las consoló con graves y piadosas razones, y ya confortadas, ofrecieron como él, las gargantas al cuchillo por la ley de Jesucristo, pues juntando con la azucena de la virginidad las rosas del martirio, fenecieron juntas vírgenes y mártires en un mismo día y lugar con su hermano Bernardo.

MÁRTIRES EN VALENCIA

SAN VICENTE MÁRTIR

La ciudad de Valencia tiene el singular honor de haber sido teatro de uno de los triunfos más gloriosos que se han visto en la Iglesia. Este fué el del invicto Mártir San Vicente, que peleó tan valerosamente por la fe, como se vió en haber llegado el tirano á confesar que ni muerto lo podía vencer.

Nació en España en la ciudad de Huesca, de familia noble y distinguida; sus padres eran cristianos y confiaron su educación á Valerio, Obispo de Zaragoza, que era sumamente anciano. Valerio lo hizo educar con sumo esmero en las ciencias divinas; el joven Vicente hizo rápidos progresos, de manera, que cuando Valerio se quedó imposibilitado de poder predicar, por un accidente que le impidió el uso de la palabra, viendo las virtudes que adornaban á Vicente, le ordenó de diácono, mandándole á predicar por toda su diócesis el Evangelio, por cuya causa fué preso por Daciano y conducido con su Obispo á Valencia, cargados de cadenas.

El tirano pretendió ganar á Vicente con promesas, mas como no lo pudiera conseguir, mandó atormentarle con azotes, rasgar sus carnes con garfios y descoyuntar sus huesos; mas viendo Daciano que ya no tenía con qué acusar á los ministros, pues el cuerpo estaba ya tan ensangrentado y descarnado que se le veían las entrañas, dijo: Compadécete, Vicente, de tí; no pierdas la flor de tu edad, ni la vida en los primeros años. Vuelve sobre tí, para que, aunque tarde,

te libres de los mayores tormentos que te faltan. Pero Vicente, lleno del Espíritu Santo, dijo: *No temo tus tormentos, sino lo que finjes querer apiadarte. Vengan todas las penas y adelgaza cuanto pudieres la malignidad de tus astucias, porque debajo de ese amarguísimo veneno, debes experimentar la dulce fe y fortaleza del ánimo cristiano, que alentado con la voz del Evangelio, no teme á los que no pueden dañar el alma, sino al cuerpo: y así, no disminuyas nada de tus castigos, para que en todos te confieses vencido.*

Daciano entonces mandó que fuese pasado á mayores tormentos, desde el ecúleo al fuego; y lejos de turbarse el ánimo del invicto Levita, acusaba éste á los verdugos de que se iban despacio en traer las parrillas y encender el fuego. Pero inmóvil Vicente, y noticioso el tirano de que con nuevo valor perseveraba intrépido y alegre en el suplicio confesando al Señor, dijo: *vencidos somos*; y mandó le metiesen en un oscuro calabozo. Mas viendo que todo era imposible, mandó que le sacaran de la cárcel y le acostaran en una mullida cama; pero no bien pusieron al Santo Mártir en el mullido lecho, cuando su alma gloriosa se desprendió de su cuerpo, volando hacia el cielo á recibir la palma y la corona del martirio, el día 22 de Enero del año del Señor 303.

Daciano mandó arrojar el cuerpo á un barranco, donde sirviese de pasto á las aves y á las fieras; pero envió Dios un cuervo que le hizo centinela y le defendió de los demás animales. No se dió el tirano por vencido aún de este prodigio y ordenó que le echasen en alta mar atado á una piedra de molino; mas siempre permaneció flotante sobre el agua, y las olas le arrojaron á la orilla; y acudiendo los cristianos que lo supieron por revelación divina, le sacaron secretamente y le enterraron en una iglesia.

En el año 60 fueron martirizados en Peñíscola, á donde se había retirado nuestro Obispo San Eugenio primero á celebrar un Concilio, los Prelados Basilio, Obispo de Cartagena: Pio, de Sevilla: Agathodoro, de Tarragona: Capito, de Lugo: Efrén, de Astorga: Nestor, de Plasencia, y Arcadio, de Logroño.

En el año 105 á 6 de Julio fué martirizado en Onda el Obispo de Valencia San Victorino, según Ausberto.

Según el mismo, en el año 231 fué también martirizado San León, Obispo de Segorbe.

En 255 padecieron martirio en Valencia los Santos Fortunato, Félix y Aquileo, enviados por San Irineo á predicar contra los Herejes, á cuyas manos padecieron, según el Maestro Argañiz, y en el siguiente de 256, según Dextro, también lo fueron en Valencia Santa Anglina ó Angelina, Abadesa, con sus compañeras vírgenes y mártires, y así lo dice también Ausberto y añade: *Muy gozosa puede y debe estar la ciudad de Valencia, pues tenía ya por aquel tiempo Convento de Monjas, que serían Carmelitas.* Y añade Luitprando, que aun en tiempo de los moros, año 960, era en Valencia célebre la memoria de estas Santas Mártires, en 21 de Octubre, día de su martirio, por los Cristianos Mozárabes. Y en el año de 1588 á 29 de Abril, se halló el cuerpo de la Santa en el Convento de Santo Domingo de Valencia, como refiere el P. M. Fr. Lorenzo Justiniano, de la Orden de Predicadores, y con el cuerpo se halló también una pintura del martirio de la Santa Abadesa, en compañía de otras tres vírgenes, esperando el mismo degüello.

También dice Ausberto, que en el año 289 padecieron en Valencia martirio San Severo y 52 compañeros suyos, siendo de notar que entre tantos mártires dentro de Valencia no escaparía el Obispo.

Igualmente, según Argañiz, Ausberre y Juliano, en el año 300 en nuestra ciudad de Valencia también sufrieron el martirio, Cabilio y Zeta, y otros en Murviedro, á manos de Daciano, y en el de 325 el de nuestro Obispo San Lope ó Lupo primero.

En 717, en Valencia padeció martirio San Millán, Soldado, con otros compañeros, según lo testifica el historiador Pelagio, natural de Oviedo, y lo trae también Escolano en la página 343.

En el año de 718, según Ausberto, fueron martirizados todos los ciudadanos de Tortosa, y en Peñíscola Santa Maria, Abadesa. Y también en dicho año 718, padecieron en Murviedro el martirio Juan y Paulo, y en Valencia, Pelayo y Rústico, Monjes de San Benito, en el de 735.

En el año 768 padecieron por la fe en Valencia, Gallo y Rústico, Diáconos, según expresa el referido Ansberto.

Según Viciano, Beuter y otros, en el año 1180, fueron martirizados los Santos Hermanos, Bernardo, María y Gracia, nacidos entre Benimodo y Carlet, cuya historia hemos expresado arriba.

Arzobispos y Obispos Santos de Valencia

San Eugenio I Obispo de Valencia, en el año primero de la muerte de Jesucristo, según Panvinio, ó el tercero, según el P. Jerónimo Román y otros, que es el 34 ó 36 del nacimiento de Cristo; le nombró Santiago, predicando este Apóstol en Valencia antes que en Castilla y Zaragoza, y entonces fundó la Iglesia del Santo Sepulcro, donde es hoy Iglesia Parroquial de San Bartolomé, y se conservó también en tiempo de los moros. Nuestro primer Obispo San Eugenio, discípulo y hechura del Apóstol Santiago, reunió Concilio en el año 60 de Cristo, en Quersoneso, hoy Peñíscola, en este reino, y allí mismo fué martirizado nuestro Prelado por el presidente Aletto, imperando Nerón.

San Elpidiano Mártir, fué según Argaiz, el segundo Obispo de Valencia, en el año 73.

San Vitorio, Obispo de Valencia, lleno de virtudes y buenas obras, ilustre en doctrina y milagros; murió en paz en Onda, aunque Rivar dice que murió en el Grao de Valencia. Murió el 9 de Octubre.

San Victoriano Mártir, Obispo de Valencia. Murió Mártir el día 6 de Julio del año 105.

San Lope ó Lupe I, fue Obispo y Mártir de Valencia, en el año de 325.

San Pamaquio, según nos dice Escolano en la pág. 290 y Argaiz, fué natural de Roma y Obispo de Valencia, en el año 456.

San Pastor, Obispo de Valencia, fué escritor insigne, el cual, desterrado de nuestra ciudad, por causa de la Fe, murió

en Aurelia el año 465. De él y del lugar de su muerte, reza el Martirologio Romano á 30 de Marzo. Escribió un libro á modo de símbolo, anatematizando los Priscilianistas. Aurelia es Cazorla en Andalucía.

San Justiniano III, Obispo de Valencia, cuyos escritos celebra con grande elogio San Isidoro, tuvo otros tres hermanos todos santos y todos naturales de Valencia. Floreció en virtudes, elocuencia y milagros, y fué muy aplicado al gobierno de su Iglesia, en el año 540.

San Eutropio, Obispo de Valencia, Abad Servitano, en el Convento de Játiva. Aun siendo no más que Abad, ya él y San Leandro, Obispo de Sevilla, llevaron un peso como atestigua Juan Viclanense, el Concilio Totetano tercero, en el cual España sacudió de sí el yugo del Arrianismo en que tantos años había gemido. Escribió diferentes libros, ya á Liciniano, Obispo de Cartagena, ya á Pedro, Obispo Ergavicense, como dice San Isidoro, ya diferentes epístolas, como testifica Pedro Recordato, el cual lo pone no sólo entre los Beatos, sino entre los Santos Obispos y Doctores, y que en aquellos calamitosos tiempos fué una Coluna y Atlante, que sustentó el firmamento de la Fe Católica en España.

Redujo muchos que habían prevaricado, y fué ilustre en milagros. Argaíz le llama Benedictino y Santísimo, y le pone el año 586.

El Santo D. Jerónimo Vique, natural de Petrago en Francia, Monje Benito, fué el primer Obispo de Valencia después de ser ésta reino antes que los otros, y en tiempo de los Godos, como dice Beuter, fueron Obispos de la ciudad que aun no era reino. Le trajo á España el Arzobispo de Toledo don Bernardo, y le dió en su Iglesia un Canonicato, y el Cid y su mujer le tuvieron por su confesor y único Consejero, y así como el Cid año 1090, entró en Valencia aun antes de ser señor de ella, del tributo que le pagaban ya los de Alpuente, Segorbe, Murviedro y otros, dió el diezmo á D. Jerónimo, y le nombró Obispo de Valencia, y fué el que dió el título de San Pedro á nuestra Iglesia Mayor, que hoy queda en su Parroquia. Salió en procesión á recibir á doña Jimena

que traía insignes reliquias, y otras cosas sagradas, que dió á nuestra Iglesia.

Acompañó al Cid en las peleas, con el Santo Cristo de las Batallas en la mano, cuya Imagen se conserva hoy en Salamanca. Hizo doña Jimena á favor de este Obispo y de la Seo, en el año 1101, la donación referida. Asistió al Cid en su muerte y acompañó su cadáver á San Pedro de Cardaña, en donde de allí á cuatro años fué enterrada doña Jimena. Después fué electo Obispo de Salamanca por el Conde D. Ramón de Tolosa y la reina doña Urraca, padres del rey D. Alonso el VII. Lo testifica el Papa Inocencio III y el rey D. Alonso, dice también, como fué antes Obispo de Valencia.

Murió en el año 1125 á 30 de Junio, que es el día que le señala el Martirologio de Salamanca. Está enterrado en la Catedral de Salamanca debajo de la Imagen del Santo Cristo de las Batallas, que se llevó de Valencia. Ha sido después de su muerte ilustre en milagros, curando con la tierra de su sepulcro de calenturas y otras enfermedades, y como dice la Historia de Rui Díaz: *E face Dios muchos milagros por él.*

Cuando el año 1607 abrieron su sepulcro, se halló un anillo de oro con estas letras en el derredor: *Hieronimus, Episcopus, Servus Christi fidelis:* y una Imagen de Cristo de plomo, que le servía de pectoral, de la misma hechura, aunque mucho más pequeña que la de las Batallas. Sus Santas cenizas exhalan olor suavísimo.

Hasta aquí de Obispos antes de la Conquista, Santos y demás de lo que hemos manifestado.

SAN JUAN DE PERUSIA Y SAN PEDRO DE SAXOFERRATO

Después de haber celebrado capitulo general el Patriarca San Francisco de Asís, en el convento de Nuestra Señora de los Angeles, y publicado en el concilio de Letrán la aprobación de su regla, se acordó que se despachasen misioneros por todo el orbe cristiano, para que se interesasen en la propagación de la religión y en la conversión de las almas, que

era el objeto principal del seráfico instituto. Se destinaron para España al sacerdote Juan y al lego de profesión, Pedro, ambos varones verdaderamente religiosos. Llegaron á Teruel, y viendo la caridad y aprecio que les manifestaban todos los habitantes, resolvieron establecerse en dicha ciudad, para lo cual construyeron dos pobres y humildes celdas cerca de la iglesia del Apóstol San Bartolomé, donde se mantuvieron por espacio de diez años, ejerciendo el oficio de misioneros, ganando para Dios muchas almas por medio de sus funciones apostólicas.

Valencia se hallaba en aquel tiempo en poder de los moros, cuyo rey Zeito ó Abuzeito perseguía de muerte á los cristianos; y encendidos los misioneros Juan y Pedro en vivísimos deseos de conseguir la gloria del martirio, se presentaron en Valencia á predicar con generosa libertad las verdades de nuestra santa fe, declamando á un mismo tiempo contra los absurdos y errores de la ley de Mahoma. Llegó á oídos del rey los procedimientos de los dos celosos misioneros, y graduándoles por uno de los mayores atentados, mandó ponerlos en una oscura mazmorra. Quiso obligar á los Santos á que renegasen de Jesucristo, valiéndose para ello de las amenazas más terribles; pero la heroica constancia con que se negaron hizo al bárbaro rey mandar que los degollasen en el momento. Los Santos dieron repetidísimas gracias al rey por la gran merced que les hacía de acelerarles la gloria á que aspiraban, en premio de lo cual le profetizaron que abrazaría dentro de poco tiempo la fe de Jesucristo. Verificóse la sentencia en el día 29 de Agosto del año 1231 en la plaza de Valencia.

Redimidos por los cristianos los venerables cuerpos de los dos ilustres mártires á expensas del dinero que dieron á los moros, los trasladaron á la ciudad de Teruel, donde los depositaron en el mismo lugar que había sido el de su habitación por espacio de diez años; y deseando aquellos naturales dar una prueba de la veneración que les profesaban, elevaron en un magnífico convento las pobres y humildes celdas de los Santos, cuya iglesia consagró el Illmo. Sr. D. Garcia, Obispo de Zaragoza.

No tardó mucho tiempo en cumplirse la profecía de los Santos, pues de allí á poco D. Jaime I de Aragon, llamado el Conquistador, movió guerra contra Abuzeito el de Valencia, y conociendo éste que desde que quitó la vida á los dos misioneros apostólicos era derrotado en todos los combates que tuvo con los cristianos, se persuadió que sus pérdidas eran justos castigos de Dios. Bajo este supuesto principió á tratar con D. Jaime sobre su conversión á la fe, y le ofreció la ciudad y reino de Valencia.

Aceptado el partido por el Conquistador D. Jaime, entró triunfante en la ciudad de Valencia en la vigilia de San Miguel del año 1238.

Abuzeito cumplió luego su promesa, é instruido en los rudimentos de la fe, recibió el bautismo con el nombre de Fernando, haciéndose también luego cristiano su hijo primogénito. El convertido príncipe quiso dar un testimonio público de su arrepentimiento sobre haber martirizado injustamente á los dos Santos, y para poderlo acreditar cedió su palacio á los padres Franciscanos para que fundasen en él un convento.

El Papa Clemente XI los declaró en el número de los Santos en 23 de Febrero del año 1704.

CONQUISTA DE VALENCIA

POR EL REY D. JAIME I DE ARAGÓN

LA DEDICACIÓN DE LA SANTA IGLESIA MAYOR EN VALENCIA.

Dedicar una Iglesia es destinarla con ceremonias particulares para ser la casa de Dios, donde se reúnen los fieles á suplicarle, escuchar su palabra, cantar sus alabanzas, celebrar los santos misterios y recibir los Santos Sacramentos.

Todos los años se renueva en cada Iglesia, si está consagrada, la memoria de su dedicación, y el oficio de esta fiesta es muy solemne.

La Santa Iglesia de Valencia, todos los años en la dominica siguiente al 9 de Octubre, celebra esta solemne festividad, con rito doble de primera clase con octava. La circunstancia que motiva esta solemnidad en este día fué, que rendida esta ciudad por D. Jaime I el Conquistador, y habiendo entrado victorioso en ella el martes 28 de Septiembre de 1238, vispera del Arcángel San Miguel, lo primero que ordenó fué bendecir las mezquitas que impuramente habían poseído los bárbaros sarracenos, para que limpias de la impureza de su secta pasasen á ser templos sagrados en donde los fieles cristianos pudiesen ofrecer á Dios sacrificios, oraciones y cultos divinos; pues según varios historiadores, como Escolano, Diago y otros, fué la primera la Santa Iglesia Metropolitana.

El católico Monarca reunió su ejército, y dirigiéndose á la mezquita Mayor, acompañado del Arzobispo de Tarragona D. Pedro Albalat, de todos los eclesiásticos, y religiosos, y de



toda la nobleza, tomó un martillo, y después de romper las sacrílegas memorias, lo impuro de sus aras y lo funesto de sus pompas, el referido Señor Arzobispo la purificó y la bendijo, y á solicitud ó petición del rey D. Jaime le dió el título é invocación de Nuestra Señora en su gloriosa Asunción á los cielos; y habiendo levantado un magnífico altar, celebró la primera Misa solemnemente D. Ferrario de San Martín, Arcediano de Tarragona y Obispo electo de esta Santa Iglesia.

Según afirman varios autores, este templo ha tenido varias dedicaciones. En la primera fundación por el grande Scipión, que fué (según Beuter, Escolano y Diago) en el intermedio de los años 210 hasta el 214 antes del Nacimiento del Salvador, fué dedicado á la diosa Diana, y así lo asienta el Padre Claudio Clemente en sus *tablas cronológicas*, cuando dice: «El templo que levantó en Valencia Gueyo Scipión y dedicó á Diana, ha sido convertido en Iglesia Mayor.»

En tiempo de los godos, después de abrazada la religión católica, lo dedicaron al Salvador Jesús; luego en la pérdida general de España, poseyendo los moros esta ciudad, á su falso profeta Mahoma. Conquistada Valencia por el Cid Campeador Rui Díaz de Vivar, al Apóstol San Pedro. Y últimamente, en posesión del rey D. Jaime, fué, como hemos dicho, dedicado á María Santísima en su gloriosa Asunción á los cielos.

Consagrada y dedicada esta Iglesia á la protección de María Santísima, quedó sufragánea á la de Tarragona, por aprobación y acuerdo del citado rey D. Jaime, que fundó doce beneficios y un arcedianato. En 1239, un año después, fué erigida en Catedral por el Papa Gregorio IX, y en el año 1492, la Santidad de Inocencio VIII la erigió en Metropolitana en el día 9 de Julio, á tiempo que la gobernaba D. Rodrigo de Borja, legado *ad látere* y Cardenal de la Santa Iglesia, Obispo que lo fué desde 21 de Julio de 1458, hasta el referido año 1492 en que este purpurado pasó á ser su primer Arzobispo, dignidad que sólo poseyó el corto tiempo de un mes, pues por muerte de Inocencio VIII, fué electo Romano Pontífice, bajo el nombre de Alejandro VI.

Para celebrar, pues, santamente esta fiesta, debemos renovar en nosotros el respeto que se debe tener al templo donde habita el mismo Dios; acostumbrarnos á orar en la Iglesia, porque tiene una consagración particular para este fin; acordarnos que somos el templo de Dios, y no hacer cosa que profane este templo.

SAN PEDRO PASCUAL DE VALENCIA, OBISPO Y MÁRTIR

Este glorioso Santo nació en la ciudad de Valencia, de una familia tan ilustre y opulenta, como virtuosa y respetable por su caridad en favor de los cristianos cautivos bajo la dominación de los sarracenos. Su casa era la hospedería de los pobres cristianos, y sus pingües rentas no tenían otro empleo que los socorros de la miseria. Hallábanse sus padres sin sucesión, y por las oraciones del Patriarca San Pedro Nolasco les concedió el cielo un hijo de bendición, á quien pusieron el nombre de Pedro en reverencia de su Santo huésped. Diéronle una educación esmerada en la vida cristiana y en los estudios eclesiásticos, y cuando conquistó la ciudad de Valencia el Rey D. Jaime le nombró, á instancias de San Pedro Nolasco, canónigo de la Santa Iglesia Mayor. Después de hallarse por algún tiempo residiendo esta prebenda, la renunció y vistió el hábito de la nueva orden de la Merced en el Real Convento de Valencia. Desde el primer día se admiró en el novicio un perfecto dechado de la religiosa perfección. Los superiores nada tuvieron que hacer sino moderar su fervor y poner límites á sus ansiosos deseos de abatimientos, humillaciones y penalidades.

Luego que profesó, pasó á Barcelona llamado por San Pedro Nolasco. Acompañóle en el viaje á Toledo, á donde el Santo fundador fué llamado por la Reina Doña Violante. Los Reyes de Castilla quedaron muy aficionados de la virtud de este siervo de Dios. Vuelto á Barcelona, leyó teología y pre-

dicaba con increíble fruto; acudía á los ejercicios de la orden como si no tuviera otra ocupación; era muy fervoroso, mortificado y dado á la oración, y dormía muy poco; robaba á su comodidad y al sueño el tiempo que dedicaba al estudio. El Rey D. Jaime le encargó la educación de su hijo el infante D. Sancho, que había abrazado el estado eclesiástico. Desempeñó su nuevo empleo con tanta satisfacción del Rey, con tanto fruto y con tan feliz suceso, que el infante hizo maravillosos progresos en las ciencias humanas y en las de los Santos; tanto, que tomó también el hábito de la Merced, siendo después gloria y ornamento de la misma orden. Con esta resolución del infante quedó libre nuestro Santo, y tuvo tiempo para ir á hacer una redención de cautivos cristianos en Granada con ayuda de los Reyes de Castilla; renováronsele entonces las lágrimas de la niñez, viendo allí un retrato de las miserias en que se crió. Visitó los calabozos del Monte Santo, vió la crueldad con que trataban á los pobres cautivos, la falta de doctrina y la ignorancia en los misterios de nuestra santa fe. Por de contado escribió una explicación de la Doctrina cristiana, para que los cautivos que sabían leer la enseñasen á los demás. Poco tiempo después San Pedro Nolasco llamó á nuestro Santo, y trató con él muy despacio las cosas de su conciencia, y le encomendó el aumento de su orden y el cuidado de los pobrecitos cautivos.

Muerto el Arzobispo de Toledo, fué electo el infante de Aragón D. Sancho, el cual pidió al Papa Urbano IV, nombrase por su auxiliar á Pedro Pascual, su virtuoso y ejemplar maestro, que descollaba entre los hijos de la esclarecida, real y militar orden de Nuestra Señora de la Merced, por su infatigable celo en el desempeño de la redención de los cautivos y por los grandes servicios que hacía á la Iglesia agregándola muchos hijos convertidos de la secta de Mahoma y del judaísmo á la verdadera religión. Con el título de auxiliar de Toledo, recibió la bula de Arzobispo de Granada, ocupada todavía por los moros; pero considerando que el buen pastor debe dar su vida por la de sus ovejas, hacía sus escursiones por Granada predicando el Evangelio á los mahometanos, al mismo tiempo que rescataba á unos cristianos de la cautivi-

dad y á otros confortaba y animaba en la perseverancia en la fe. Delatáronle al Rey moro, y mandó ponerle en la cárcel en ocasión que ya era nombrado Obispo en propiedad de la ciudad de Jaén, de donde le mandaron grandes sumas de dinero para el rescate; pero el Santo Obispo las empleaba en poner á otros en libertad, porque deseaba con grandes ansias padecer el martirio por Jesucristo. Hizo algunos milagros hallándose en la cárcel, lo que fué motivo bastante para que el Rey moro le diera la libertad; mas no se valió de ella, sino para predicar con mayor fervor la ley de Cristo, y poner en ridículo las extravagancias del Corán. Amotinóse el pueblo incitado por los Magistrados mahometanos, y pidieron al Monarca la cabeza del Santo misionero. El se la otorgó, si bien contra su voluntad, porque le apreciaba. Le prendieron de nuevo, le notificaron la sentencia, y habiendo celebrado el santo sacrificio de la Misa, estaba de rodillas dando gracias á Dios por la merced que le hacía, cuando entraron los verdugos, y al primer golpe dejó de vivir en este mundo y voló su alma á recibir en el cielo la apetecida corona del martirio, el día 6 de Enero del año 1300, á los 73 de su edad.

Su santo cuerpo fué enterrado por los cristianos en una montaña cerca de Maumoro. Apenas llegó á Jaén la noticia de su martirio, pusieron su imagen de yeso sobre la puerta de la capilla del alcázar, dedicada desde su conquista á la Virgen de las Mercedes, por el Santo Rey D. Fernando. Los Reyes Católicos, luego que conquistaron la ciudad de Granada, edificaron un templo en el lugar del martirio de nuestro Santo dedicado á su nombre.

Con el tiempo fué trasladado el santo cuerpo á la ciudad de Baeza, donde continúa Dios en honrar las sagradas reliquias con gran número de milagros.

Además del libro contra la secta de Mahoma y de la Biblia Parva, escribió nuestro Santo una glosa del Padre nuestro, una explicación de los diez Mandamientos, en que satisface á los argumentos que le habían hecho los judíos, é impugna las respuestas que ellos y los moros habían dado á los suyos; y siendo maestro del infante de Aragón, compuso en latín un tratado de la educación cristiana de los príncipes, y siendo

Gobernador del Arzobispado de Toledo, otra de las obligaciones de los párrocos en orden á la enseñanza de los fieles y doctrinas para el cumplimiento de ellas.

SAN VICENTE FERRER, CONFESOR

Uno de los santos más célebres de la Edad media fué San Vicente Ferrer, que nació en la ciudad de Valencia el año 1357; fueron sus padres Guillem Ferrer y Constanza Miguel, habiendo sido bautizado en la Iglesia Parroquial del Proto-Mártir San Esteban de la misma, á cuyo bautizo asistieron los Jurados ó Regidores de la ciudad con título y nombre de la misma, y fueron padrinos el Jurado Mayor y doña Ramona de Carroz, señora de Rebollet y Corbera.

Educado por una madre piadosa é inclinado á los estudios austeros, desde muy niño se ejercitó en las virtudes cristianas, lleno de amor por los pobres, manifestando desde su juventud una gran vocación á hacer prosélitos. Admiraba á Santo Domingo, fundador de la célebre orden de los predicadores, ilustre padre de la predicación popular, verdadero misionero de la Edad media. Fué religioso de esta orden, y bien pronto por la fama de su elocuencia, por la sabiduría de sus sermones, dió un gran brillo y esplendor al convento de la orden de Valencia, en donde había profesado. El talento era cosa peculiar de la familia de Vicente, pues tuvo también un hermano llamado Bonifacio, que murió general de los cartujos, después de haber sido en el mundo un gran jurisconsulto, y en el claustro una de las más grandes lumbreras de la Iglesia.

Algún tiempo después de su profesión, sus superiores le encargaron que enseñase la filosofía, lo que desempeñó con tanto talento, que fué la admiración de cuantos á porfía acudían á oírle, cuando todavía no tenía más que veinticuatro años de edad. Los magistrados de la ciudad le suplicaron

que hiciese pública la enseñanza de las ciencias divinas que enseñaba á los frailes del convento. Su fama pasó de España á todas las regiones de la cristiandad.

Habiendo sido nombrado para anunciar la palabra de Dios, sus sermones producían asombrosos resultados, sobre todo durante una grande hambre que afligió á la ciudad de Barcelona. Desde esta ciudad pasó á la célebre Universidad de Lérida, y allí continuó las funciones de su santo ministerio, siempre con igual aplauso y éxito. Habiéndole reclamado el pueblo de Valencia, se vió obligado á volver á su patria, en donde enseñó las Santas Escrituras, y predicó con una reputación extraordinaria. Como en todo procedía con los motivos más rectos y puros, el cielo echaba la bendición sobre el ejercicio de sus funciones, y no había uno que no le honrase como á un gran siervo de Dios. Este, para experimentar sus virtudes, permitió que se viese asaltado por violentas tentaciones contra la pureza. El demonio llenó su imaginación de mil pensamientos horribles. Llamó á su socorro á una vil mujer que había concebido por el Santo una amorosa pasión criminal. Esta desgraciada, no habiendo podido conseguir hacer vacilar la castidad de Vicente repitió el papel de la mujer de Putifar, y recurrió á la calumnia. Después confesó su crimen é hizo reparación pública. Vicente la perdonó y la curó de las penas interiores con que Dios la había afligido en castigo de su gravísimo pecado. Seis años pasó Vicente en su patria natal en el ejercicio continuo de las funciones apostólicas, haciendo innumerables conversiones. No había obstinación que se resistiese á la fuerza y á la eficacia de sus sermones; y las grandes conversiones que hizo, dieron luego á conocer que Dios había enviado en él al mundo un nuevo Apóstol. Componía los sermones á los pies de un Crucifijo, y se conocía bien que su elocuencia no podía nacer de otra fuente ni principio. En medio de los trabajos del púlpito y de las consultas de todas clases á que tenía que satisfacer, el Cabildo de Valencia y su Obispo le encargaron la cátedra magistral establecida en la iglesia Catedral, que desempeñó todo el tiempo que permaneció en Valencia. Deseosa ésta de pre-

miar los afanes de su ilustre hijo, le concedió un subsidio de doscientos florines de oro para costear el viaje y demás gastos que ocurrieron, con el objeto de recibir el grado de maestro en la Universidad de Lérida, fundada por D. Jaime II.

Era tal la opinión de saber y de santidad de Vicente Ferrer, que tuvo que abandonar algún tiempo sus funciones de predicador para corresponder al testimonio de confianza política que le daba su nación. Nombrado diputado en varias cortes á la muerte de Martín V, rey de Aragón, en el año 1410, se presentaron diversos pretendientes á la corona de Aragón. Para prevenir los riesgos de una guerra civil, se nombraron compromisarios que decidieran la sucesión á la corona. Estos compromisarios se reunieron en Caspe, y Vicente fué el alma de aquella reunión, que ha consignado la historia con el nombre de *Compromiso de Caspe*. El fué el que pronunció la sentencia en favor del infante de Castilla, Fernando, hijo del rey Fernando I, abuelo de Fernando el Católico. Después de esta interrupción política, que tanto bien trajo á la nación española, volvió Vicente á su predicación y á sus tareas apostólicas. Los pueblos se precipitaban á salirle al encuentro. Los príncipes salían de sus palacios para acompañarle. La ignorancia y la corrupción de las costumbres, compañeras inseparables de la guerra civil y del cisma, hacían necesarias las misiones de Vicente. Se necesitaba un apóstol cuyo voz terrible pudiese llevar la turbación á las conciencias, á fin de arrancar los pecadores de sus desórdenes. Así Vicente no trataba ordinariamente en sus sermones, sino de los asuntos del cristianismo que inspiran más terror, tales como el pecado, el juicio de Dios, que era su tema favorito, el infierno y la eternidad. Por eso se le representa ordinariamente con el dedo levantado proclamando el temor de Dios, y en la otra mano la trompeta del juicio final. No había templo ni iglesia capaz de contener el gran número de los que acudían á oírle, por lo que ordinariamente predicaba en las plazas y en los campos. La santidad de su vida, reunida al dón de milagros y de profecía, daba un nuevo grado de fuerza á sus palabras.

Juan V, duque de Bretaña, le instó mucho á que fuese á reposar algún tiempo á sus Estados. Pasó por Tours, Angers y Nantes, ciudad que admiró en él el talento extraordinario que tenía para la conversión de los pecadores. Desde allí se fué á Vannes, donde el duque tenía su residencia. El clero, la nobleza y el pueblo le recibieron en cuerpo. Allí predicó desde el cuarto Domingo de Cuaresma hasta el martes de Pascua de 1417. Recorrió toda la Bretaña, en donde logró corregir los vicios, abolir las supersticiones, corregir los abusos y establecer una reforma general.

El Pontífice Martín V le llamó á su lado para tenerle como una luz y un consuelo, después de tantos trabajos. Pero no pudo ir á Roma; era en la Bretaña donde debía concluir sus peregrinaciones. La salud de Vicente iba perdiéndose de día en día, y le aconsejaron que volviese á su patria, Valencia, y se puso en camino; pero no pudo continuar su viaje: viendo que la fiebre se aumentaba cada día más y más, se vió obligado á volver á Vannes. Allí se preparó para pasar á la otra vida, redoblando su fervor y recibiendo los Sacramentos. Durante su agonía, que fué muy penosa, mostró una paciencia y resignación admirable.

El día décimo de su enfermedad se hizo leer la Pasión del Salvador, y recitó los siete salmos penitenciales, después de lo cual expiró tranquilamente en Vannes, entre las tres y cuatro horas de la tarde del día 5 de Abril del año 1419, á la edad de 69 años, dos meses y trece días.

Quedó el rostro alegre y risueño, el cuerpo tratable. Fué llorado con tiernas y devotas lágrimas de la duquesa de Bretaña, de la condesa de Pororet, hermana del duque; de la condesa de Ruán y la señora de Malestret, que se hallaron á su venturoso tránsito y feliz muerte. Sus compañeros y su santa compañía lloraban sin consuelo. El entusiasmo popular se manifestó en el más alto punto en su muerte. Precipitáronse sobre su sepulcro para pedir milagros. Juana de Francia, hija de Carlos VI, duquesa de Bretaña, lavó el cuerpo del Santo con sus propias manos. El agua que había servido para esta ceremonia, así como la mortaja y los vestidos del siervo de Dios, obtuvieron prodigiosos milagros. Fué ente-

rrado en la Catedral de Vannes. La piedad pública le proclamaba Santo antes de que la Iglesia le hubiese canonizado; pero en 1455 fué colocado solemnemente en el catálogo de los santos por el Papa Calixto III.

Fué San Vicente un gran santo, un gran orador, un gran político, y el taumaturgo del siglo XV. Valencia, su patria, lo mira con la mayor veneración, y cada cien años celebra la memoria de su canonización con grandes festividades y regocijos.

SAN LUIS BERTRÁN, CONFESOR

Luis Bertrán nació en la ciudad de Valencia el día 1.º de Enero del año 1526.

Sus padres fueron Luis Bertrán y Angela Exarch, ambos ilustres en santidad y virtud. El mismo día que nació fué bautizado en la iglesia parroquial del Proto-Mártir San Esteban, confiriéndole este Sacramento D. Jerónimo Carroz de Esteva, canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de la misma ciudad y Rector de dicha parroquia. Le pusieron Juan Luis, aunque después se quedó con el de Luis solamente. Fueron sus padrinos Mosén Luis Vives, Esperanza Bañuls y de Cas, esposa de Honofrio Cas; Pedro Mercader, síndico de la Parroquia, y Pedro Sorel, Secretario del Santo Oficio, personas todas de distinción.

Desde su primera niñez principió su aprendizaje en los sentimientos de la penitencia. Cuando tenía más edad se acostaba algunas veces en el duro suelo, pasaba frecuentemente las noches sin dormir, y se aplicaba incesantemente á cumplir los deberes que le inspiraron de la piedad y la caridad. Lleno de desprecio por las cosas del mundo y lleno de ardor por la vida religiosa, triunfó con una admirable constancia de los artificios, por medio de los cuales sus parientes se empeñaban en separarle de su santa resolución; pues Luis, ha-

biéndose presentado en el convento de Predicadores y confiado en la piedad y espíritu del V. P. M. Fray Juan Micó, Prior entonces, le instó con muchas ansias para que le diese el hábito. El P. Prior, con la luz del cielo y discreción de espíritu que tenía, le recibió de muy buena gana y quiso que se quedase en la orden.

Martes á 26 de Agosto del año 1544, teniendo Luis 18 años, 7 meses y 26 días de edad, logró el cumplimiento de sus fervorosos deseos, pues con universal contento y alegría de todos los religiosos del convento, fué admitido al santo hábito. El referido P. M. Fray Juan Micó se le vistió con gran consuelo de su espíritu.

Cuando sus padres á la mañana siguiente tuvieron la nueva de que ya había tomado el hábito de la Religión, mostraron el más vivo sentimiento, pero con una visita que hizo el P. Prior á la madre quedaron sus padres consolados, y tanto fué así, que entrambos fueron á la iglesia de Predicadores y dieron gracias al Señor por el buen estado que su hijo había escogido.

Hizo allí tales progresos en la vida de novicio, que era un modelo para los más adelantados en la jerarquía de su orden. Habiendo pronunciado sus votos, era maravilloso ver el acrecentamiento de virtudes que aumentó sobre su cabeza el joven Bertrán. El voto de la castidad y pureza fué para Luis un fragante y hermoso Paraíso que derramaba celestial fragancia por donde pasaba. Todo su cuidado puso en conservar intacta la flor de la virginidad en cuerpo y alma. Por esto, como hijo del gran Patriarca Domingo, le pintan con la flor de azucena en la mano, divisa que en los primeros siglos solo se ponía en la mano de Santo Domingo, como peculiar y propia suya. Domando su carne por los ayunos, las disciplinas, los cilicios y las vigiliass, daba entrada únicamente en su alma al pasto espiritual de la oración. De ella sacaba tanta modestia, tanta pureza interior, que se manifestaba en su mirada y en las facciones de su semblante, muy joven todavía. Después de dos años y dos meses de profeso, se ordenó de sacerdote, siendo de edad de 21 años y 9 meses. Cantó la primera Misa Domingo día 23 de Octubre del año 1547. Con la nueva dignidad

de sacerdote se halló tan obligado nuestro Luis á la mayor perfección, que todo el tiempo le parecia corto para emplearse en asperezas y penitencias, deseando una pureza angélica para tan alto ministerio.

Habiendo sido nombrado maestro de novicios, los educaba á todos con sus admirables sentimientos, más que con su palabra, con su ejemplo. Enviado á predicar el Evangelio á los Indios Occidentales, aunque no hablaba más que la lengua española, naciones diferentes entre sí y distantes las unas de las otras, le entendían cual si hablase en su propio idioma. Así es que atrajo á la fe de Jesucristo una cantidad inmensa de almas. Más de una vez, sin experimentar daño alguno, tragó el veneno que los salvajes de aquellos países le ofrecían como bebida inofensiva. Un cacique que había tomado por un ataque personal las reconvenciones que el celo del predicador dirigía al pueblo sobre la gravedad de sus vicios, quiso para vengarse darle muerte; y cuando apoyaba el arma sobre el pecho del Santo misionero se convirtió en un Crucifijo. Turbado á la vista de semejante milagro, el criminal agresor se arrojó á los pies del Santo y le pidió perdonase su culpable atentado. Es muy digno de ser notado por su humildad como por su paciencia el dicho que repetía de tiempo en tiempo el bienaventurado Luis Bertrán: ¡Señor, quedad aquí, cortad aquí, no tengáis consideración conmigo, con tal de que me perdonéis en la eternidad! Inspirado por un espíritu profético, pronosticó muchas cosas. Apagó un incendio con la señal de la cruz, apaciguó una tempestad, contuvo las fieras que se lanzaban contra él para devorarle, resucitó los muertos, dió vista á los ciegos, acción á los cojos y oído á los sordos. En fin, quebrantado por la práctica larga de una dura y austera penitencia, y habiendo recibido devotamente los Santos Sacramentos, fué al cielo el día 9 de Octubre del año 1581, antes del medio día, á la edad de 55 años. Fué muy ilustre por los numerosos milagros que obró el Señor antes y después de su muerte. Su santo cuerpo se conserva dentro de una magnífica urna, colocada en el altar principal de la capilla de la Comunión de la parroquial Iglesia del Proto-Mártir San Esteban de la ciudad de Valen-

cia, en la cual fué bautizado. Paulo V le beatificó el 18 de Julio de 1608, y Clemente X le proclamó solemnemente Santo el 12 de Abril de 1671.

SAN FRANCISCO DE BORJA CONFESOR.

San Francisco de Borja nació en la ciudad de Gandía, reino de Valencia, el día 28 de Octubre del año 1510. Su padre, Juan de Borja, era tercer duque de Gandía y grande de España de primera clase. Pasó parte de su primera juventud con el Arzobispo de Zaragoza, su tío; luego lo mandaron á la corte, á la edad de diez y ocho años, teniendo ya el título de marqués de Lombay; contrajo matrimonio con Doña Leonor de Castro, á quien la emperatriz Isabel, mujer del emperador Carlos V había traído de Portugal, y con este motivo fué nombrado caballero mayor de la emperatriz. Francisco de Borja había tenido desde su niñez un gran fondo de piedad que no pudo alterar el aire de los placeres de la corte. Habiendo muerto en Toledo la emperatriz Isabel en el año 1530, Francisco, por la dignidad que desempeñaba en palacio, fué el encargado con su esposa de conducir el cadáver de la emperatriz á Granada, donde debía ser enterrado. En el momento en que entró la regia comitiva en la iglesia para hacer la entrega del cadáver, se abrió el féretro para que se mirase y declarase en juramento, según el uso, si el rostro era de la emperatriz. A la vista de aquel rostro desfigurado, conoció Francisco la nada de las grandezas humanas, y conmovido á la vista del espectáculo que tenía delante, resolvió dejarlo todo por vivir solo para Cristo, dueño soberano que nunca muere, y cuyo imperio es eterno. Dispuso las cosas de su casa, renunció el ducado y marquesado en su hijo primogénito, fundó en Gandía su patria un colegio de la Compañía de Jesús (ahora lo habitan los Padres Escolapios), y por últi-



mo abrazó el moderno instituto de San Ignacio de Loyola. El Papa Julio III quiso hacerle Cardenal, pero lo rehusó su profunda humildad, y habiendo de partir el padre Lainez al Concilio de Trento, le obligaron á encargarse del generalato de la Orden. Por todas partes corria la fama de la gran virtud de Francisco de Borja, pero él siempre oponía la humildad, firmando Francisco el pecador. Después de haber ilustrado á España y Portugal con su buen ejemplo, con sus sermones y milagros, volvió á Roma, donde abrazado á un Crucifijo, entregó su alma al Criador el día 1.º de Octubre del año 1566, á la edad de sesenta y dos años, habiendo sido canonizado por Clemente X en 1571.

EL BEATO NICOLÁS FACTOR.

Este siervo de Dios, nació en la ciudad de Valencia, en el siglo XVI, en la misma casa que al presente es convento de religiosas Agustinas de San José y Santa Tecla (1). Su padre era italiano y su madre natural de Albaida, pueblo de la provincia de Valencia, la cual le crió como á sus demás hijos, en el santo temor de Dios, y en breve consiguió ver en él copiosos frutos de tan santa semilla. De edad de cuatro años principió Nicolás á ayunar cuatro días á la semana, y el sábado, que era uno de ellos, jamás pudieron conseguir que hiciera colación. Era muy constante en la frecuencia de los Santos Sacramentos, y con los pobres sobremanera misericordioso.

Frecuentaba continuamente el convento del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, llamado Santa María de Jesús,

(1) Nació en lo que fué sacristía de dicho convento, el cual fué demolido en los acontecimientos de 1868, quedando para memoria una lápida de mármol y en ella puesto el letrero del nacimiento del Beato, la cual se halla colocada sobre la pared de la primera casa á la derecha de la calle de Luis Vives, entrando por la del Mar.

extramuros de la ciudad, y con el trato de aquellos religiosos creció en Nicolás el amor á la vida estrecha y penitente, y á los diez y seis años de su edad tomó el hábito de dicho convento, sirviendo desde luego de modelo así al prelado como á los demás religiosos. Nicolás Factor era excelente latino, escribía muy bien en prosa y verso, sabía de música y era un aventajado dibujante y pintor. Fué guardián del convento de la Valle de Jesús y de Sancti-Spiritus, pero siempre un modelo de mansedumbre, de caridad, de pobreza y de penitencia.

Visitaba frecuentemente á los enfermos, y á los pobres los trataba con el mayor amor. Por último, esclarecido en milagros y dotado del espíritu de profecía, fué llamado de Dios á la vida eterna el año de 1583, á los sesenta y tres años, cinco meses y quince días de su edad.

EL BEATO GASPAR DE BONON

Gaspar de Bonon nació el 5 de Enero de 1530, en la ciudad de Valencia, de padres sumamente pobres, habiendo sido bautizado en la parroquial de San Pedro mártir y San Nicolás. Criaron á Gaspar en el santo temor de Dios. Le inspiraron desde niño la mayor devoción á la Santísima Virgen María. Sintióse inclinado al estado eclesiástico, principió los estudios necesarios para obtener las Ordenes Sagradas, y á la edad de 15 años, resuelto á consagrarse á Dios, entró en la Orden de predicadores de Santo Domingo de Guzmán. A pesar del fervor con que comenzó su noviciado, cediendo á las reflexiones de un cuñado suyo que le hacía presente el desamparo y miseria en que quedaban sus padres, le apartó de su santo propósito, se salió del convento y se fué á casa de sus padres; éstos le pusieron entonces de dependiente en casa de un comerciante de sedas, y allí, al paso que se dedi-



caba al comercio, hacia una vida mortificada y penitente, ayunando con frecuencia, cercenando la comida que le daban sus amos, para llevarla á casa de sus padres, á fin de que con ella se mantuviesen. Cinco años estuvo Gaspar en casa del comerciante, y cuando ya tenía 20 años, considerando que por ser tardo en su pronunciación y casi balbuciente no adelantaría gran cosa en el comercio, se dedicó á la carrera de las armas. Sentó plaza en un regimiento de caballería del emperador Carlos V y pasó á Italia, en donde por espacio de diez años hizo aquellas famosas campañas que asombraron al mundo, portándose como un valiente soldado. En aquella profesión conservó la misma inocencia, la misma pureza de costumbres con que siempre había vivido. Dios quería que Gaspar se consagrara enteramente á su servicio. Hallándose con una corta partida de avanzada para observar á los enemigos, cargaron éstos con gran ímpetu sobre ella y los pusieron en precipitada fuga, y el caballo de Gaspar, arrojándole en la carrera, lo dejó caer en un pozo seco. Uno de los enemigos que lo vió se acercó al pozo, y con su lanza le dió tan fuerte golpe en la cabeza, que creyó haberlo dejado muerto. Herido Gaspar mortalmente, oprimido bajo el peso de su caballo y sin socorro humano, se encomendó á Nuestra Señora de los Desamparados de su patria Valencia é hizo voto de ser religioso de la Orden de San Francisco de Paula si el Señor le sacaba con bien de aquel apurado lance. Habiendo curado de sus heridas y tomado su licencia absoluta se retiró á Valencia, y en cumplimiento del voto que á Dios había hecho, tomó el hábito de San Francisco de Paula en el convento de Minimos de aquella ciudad, cuando tenía la edad de 30 años, el 16 de Julio de 1560. Sus virtudes fueron admirables durante el año de noviciado. Habiendo profesado, llegó á ser Corrector, Vicario provincial y Provincial de su Orden. Dios le probó con grandes enfermedades y sufrió todos sus males con la mayor resignación y paciencia. Dormía sobre el duro suelo y sus ayunos eran casi perpetuos. El Señor le favoreció con muchos milagros y su caridad era extremada para con los pobres. Dios le mandó una enfermedad que lo tuvo postrado nueve veces en cama. Recibió los San-

tos Sacramentos, y al conocer que se acercaba la hora de su muerte, se hizo leer la Pasión del Señor, según San Juan, y al tiempo que el religioso que leía pronunciaba aquellas palabras: «Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu,» Gaspar las repitió con voz tierna é inteligible, y elevando los ojos en un Crucifijo que tenía delante, murió el día 14 de Julio de 1604, á la edad de 73 años. Pío VI lo beatificó el 10 de Septiembre de 1786.

EL BEATO JACINTO ORFANELL

En el pueblo de La Jana vió la luz por vez primera, en 8 de Noviembre de 1578, un niño, hijo legítimo de Gaspar Orfanell y de Salomé Prades, consortes, vecinos de aquella localidad, de cristiana conducta y enlazados con las más distinguidas familias de la ya nombrada villa.

En el bautismo se le impuso el nombre de Pedro, que más adelante al profesar en la religión cambió por el de Jacinto.

Este siervo de Dios, en su juventud y desde sus primeros años vivió ejemplar y virtuosamente, apartándose de tener conversaciones con mujeres por evitar el peligro que podía resultar tal vez á su inocencia de las mismas y de las malas compañías, tratando sólo con religiosos y personas de conocida virtud, frecuentando muy á menudo los Santos Sacramentos, visitando las iglesias, especialmente las de los conventos de Santo Domingo, en la ciudad de Valencia, y de la villa de San Mateo.

Fué siempre devotísimo de la Virgen María, á la que rezaba todos los días el Santo Rosario y huyó siempre de frívolas y vanas conversaciones.

Ejercitóse desde su niñez en el estudio de las letras divinas, sobresaliendo en la Gramática, Artes y Literatura, y so-

bre todo en la Sagrada Escritura, aprovechando el tiempo consagrado á sus estudios y aventajando notablemente á sus demás condiscípulos en ellos.

Por las mañanas todos los días oía misa rezada de rodillas, edificando á todos los asistentes por su devoción.

Desde sus primeros años demostró gran afición al rezo del Santísimo Rosario, devoción que con la edad se fué perfeccionando y aumentándose, tanto, que su coetáneo el venerable Fray Bautista Gargallo dice, que cuando tuvo ocasión de verle en el convento, observó que al hablar con otros no dejaba el rosario de sus manos, conociéndose que en los intermedios de la conversación rezaba.

Abrazó la vida monástica el año 1599, ingresando en la Orden de Santo Domingo, de quien fué singular devoto, vistiendo su santo hábito en el convento de Santa Catarina mártir de Barcelona, y desde entonces observó puntualmente la regla que con tanto placer aceptó.

Fué caritativo hasta el extremo con los pobres, tanto antes de ser religioso como después de vestir el hábito, aceptando siempre el cargo de limosnero.

En el año 1603 marchó á Filipinas y desde allí al Japón, con licencia y orden de sus Prelados, y por su celo para la salvación de las almas, depidiéndose para siempre de España y no apeteciendo más que sufrir toda clase de trabajos y penalidades por la salvación de los infieles, á los que sirvió y predicó dilatados años con el fervor de un verdadero apóstol, convirtiendo á muchos á la fe.

Su gran confianza en la misericordia infinita de Dios le daba valor para sufrir con gusto todo género de contradicciones, porque estaba bien persuadido de que por la escala de la tribulación y del sufrimiento, es por donde más fácilmente podía llegar al cielo, única patria del justo y á la que todos debemos aspirar.

Humilde, pero sin afectación, daba muestras en su porte de juzgarse siempre el más pequeño de sus compañeros de religión. Tan cortés y afable en su trato, que robaba las voluntades de los que tuvieron ocasión feliz de tener relaciones amistosas con él.

Agradecía en extremo los favores que se le hacían por pequeños que fueran, lo que nacía indudablemente de juzgarse indigno de recibirlos y del alto concepto que de todos sus semejantes tenía formado.

Tan temeroso de ofender á Dios, que era escrupuloso consigo mismo, pero misericordioso hasta lo sumo con los demás, y repetía sin cesar que la cruz y martirio que siempre llevaba sobre sí, era el considerar lo mucho que con sus culpas ofendía á la misericordia infinita de Dios.

Tenía tanto celo, como hemos dicho, por la salvación de las almas, que hallaba su placer mayor en reunirse con las gentes sencillas, explicándoles los misterios de la fe y administrando los Santos Sacramentos á los cristianos, en cuya ocupación le hallaron cuando le prendieron para martirizarle.

Ya en el Japón, se hallaba tan contento, sin rastro alguno de propia voluntad, ni deseos de salir de allí, no acordándose de Europa ni de su patria, como que vivía desasido de las cosas de este mundo, de las que hablaba tan poco, que únicamente se le oyó decir alguna vez que había recibido el hábito en el convento de Santa Catarina de la ciudad de Barcelona, y residido también en el de Santo Domingo de Tortosa.

En el mes de Febrero de 1621 se retiró á unos montes situados en el partido del Congo, de la provincia del Tancan, para en el silencio del retiro limar y acabar una historia eclesiástica que á la sazón se hallaba escribiendo y resolviendo las dudas que solían ocurrir á los religiosos que de todas partes iban á consultarle acerca del ministerio sagrado ó de la predicación, y ayudando á los mismos en la administración de los Santos Sacramentos de la Penitencia y Comunión, para que todos los católicos que allí residían pudiesen ganar el jubileo del año Santo que entonces se publicaba; y concluido de perfeccionar el trabajo literario que le ocupaba, salió á predicar el Evangelio por la provincia de Vomura.

Observaba con rigor la regla impuesta á los de su Orden por su santo fundador. Disciplinábase todas las noches sus inocentes carnes y los viernes de cada semana aumentaba el

rigor del castigo en memoria de la Pasión y muerte del Señor, de la que fué especialísimo devoto.

Practicaba con fervor todas las noches una hora de oración mental y en el rezo del oficio Divino edificaba á los demás religiosos, por la ternura con que lo hacia, añadiendo á estas devociones otras particulares que tenía.

Era tan pobre, que no poseía nada, y el poco dinero que le daban no se atrevía á gastarlo sin expreso permiso de su prelado, al que daba cuenta minuciosa y detallada de su empleo.

Como todos sus deseos eran aspirar á merecer la corona del martirio, de aquí que se dedicó á la predicación de las verdades evangélicas con un fervor apostólico.

Por aquellos días preceptuaron sus superiores la reunión de los religiosos de la Orden para elegir prelado en Roganzaqui, y obediente y sumiso nuestro Fray Jacinto, durante el viaje á la citada población, por evitar la ociosidad (de la que era tan enemigo), predicaba con ardiente celo por los pueblos del tránsito.

Llegado que hubo á una aldea como á dos leguas de distancia de la ciudad, se detuvo en ella dos ó tres días entregado á las funciones de su apostólico ministerio.

El día de San Marcos Evangelista del año 1621, después de celebrar el santo sacrificio de la misa con notable fervor, repartiendo el Pan de ángeles á algunos fervorosos cristianos, llegaron á la casa en donde vivía tres hombres que iban en busca de un Padre de la Compañía de Jesús, ausente, para prenderle, y no hallándole, apresaron á nuestro Beato, (que á pesar de poder haber huido por una puerta falsa que tenía la casa donde se hospedaba, no intentó hacerlo), contentísimo por la ocasión que se le ofrecía de dar la vida por su amante Jesús, por lo que al ver penetrar en la habitación donde se hallaba á sus perseguidores, y aunque en verdad no era á él á quien aquéllos buscaban, con ánimo esforzado dijo á los mismos que le preguntaron quién era: ¿No conocéis al padre Jacinto Orfanell de la Orden de Santo Domingo? Pues ese soy yo.

Y al decir esto, cruzó los brazos para que se los atasen

é inclinó con mucha mansedumbre su cuello para que se lo rodeasen con una soga, cumpliéndose de esta suerte lo que tanto tiempo había deseado.

Sucedió que uno de los legos que acompañaban á fray Jacinto cuando le prendieron, inflamado su corazón por las ansias de morir por Jesús, junto con su padre, dijo con entereza á los guardias, que él era también predicador del Evangelio y que por lo mismo debían apresarle con más razón que á Fray Jacinto, que no tenía culpa alguna y á quien era muy justo dejaran en libertad.

El Padre (temeroso de que los guardias atendiesen á las ardientes súplicas del lego, y que esta circunstancia privase á él de sufrir el martirio que tanto deseaba), les indicó que prosiguiesen en su misión, que él solo era el culpable y que muy en justicia le habían aprisionado.

¡Generosa disputa, comparable tan sólo con la que mantuvieron en situación análoga San Sixto Papa y el levita San Lorenzo!

El cielo escuchó las súplicas del lego, pues los guardias le ataron y llevaron preso con Fray Jacinto.

Fueron, pues, ambos religiosos conducidos por soldadesca fiera á Mongazaqui.

Y como el Padre Jacinto era tan conocido, circuló la noticia de que le conducían preso, y muchas gentes de la ciudad salieron al camino para verle llegar.

Entró el venerable en la forma dicha en la población, alabando en voz alta al Señor por las magnificencias que consigo se dignaba obrar, concediéndole la inestimable dicha de sufrir por su amor.

A pesar de los palos que daban los guardias que le conducían, la gente se aproximaba á Fray Jacinto para aclamarle y besar sus vestidos, de manera que aquello parecía más una entrada triunfal de vencedor que de prisionero.

Al llegar á las casas del Consistorio donde vivía el gobernador principal, como era tanta la gente que se agolpaba á la misma, luego que estuvieron los presos dentro, cerraron las puertas para impedir cualquier desmán contra el gobernador y jueces allí reunidos.

Aunque el procedimiento que generalmente se usaba entonces con los cristianos era ponerlos presos hasta consultar con el rey lo que debían hacer con los mismos, variaron éste con relación á Fray Jacinto, puesto que le hicieron entrar desde luego en la sala de justicia donde se hallaban reunidos para interrogarle.

Comenzó la inquisitiva por querer demostrarle el gobernador la falsedad de los misterios más augustos de nuestra sacrosanta Religión, pero rebatió con inflexible lógica Fray Jacinto sus argumentos.

—No por eso creas, le dijo al gobernador, que no seré yo el primero en obedecer á tu rey, siempre que sus disposiciones no vayan en contra del Supremo Rey de cielos y tierra, pero permíteme que te diga que tu rey no es muy justo en oponerse á que sus vasallos inspirados por la luz del Evangelio acepten la religión católica, única verdadera y que puede dar tan sólo la salud á sus almas. Esta, dijo, es la causa de la venida al Japón de los religiosos, movidos tan sólo de la misericordia por el bien espiritual de sus vasallos.

—Pues si la misericordia es lo que os mueve á venir aquí (dijo el Gobernador), ¿por qué no empleáis esta misericordia en vuestro país y dejáis tranquilos á los súbditos del Japón?

A lo que contestó el interrogado con celestial candor:

—Porque allí, señor, por la bondad de Dios, todos son ya cristianos.

Mucho irritó al Gobernador tan franca y espontánea contestación, pero ocultó disimuladamente su despecho por respeto al tribunal que presidía, y como quiera que se acercaba la noche, suspendióse la vista de la causa para el día siguiente, dejando encerrados y con guardias de vista, al Padre Jacinto y á su compañero lego llamado Fray Domingo.

Al siguiente día, después de otro interrogatorio en que volvió con inflexibles razones á rebatir los argumentos del tribunal el ilustre defensor de la fe, decidieron trasladar á los presos á las cárceles de Vomura (donde tenían encerrados más religiosos), lo que realizaron, conduciéndoles con mucha tropa por no ignorar los jueces y el Gobernador las simpatías que tenían los procesados entre las gentes del país, muy en

particular el Padre Jacinto. Iba éste alegre y contento, bendiciendo á todos los que salían á verle al camino. Y los cristianos, de rodillas y con lágrimas en los ojos, recibían su bendición.

Al salir del Consistorio, díjole un renegado al Padre, que le daba mucha compasión el pensar los muchos trabajos que irremisiblemente había de sufrir en la cárcel de Vomura, condoliéndose de su desventura.

A lo que contestó Fray Jacinto:

—Hermano, ¿qué es lo que dice? ¿Sabe lo que es desventura ó dicha? Ahora comienzo á gozar, pues ya padezco por Jesucristo, sufrimiento que se perfeccionará más y más, no lo dudéis, hermano, cuando sea quemado por su Santo Nombre.

—Pues como yo pueda, díjole el renegado, he de procurar anticiparle esa dicha, atizando el fuego para que se queme más pronto, si ha de ser esa la muerte á que se os condene y que parece tanto apetecéis.

No cesaba la gente de acompañar á los padres, á pesar de los palos que les daban los soldados, hiriendo á muchos de los concurrentes y matando á algunos, como sucedió con un cristiano hijo de una viuda muy poderosa, al que colgaron boca abajo de un árbol con una grande piedra atada á la cintura, en cuya terrible posición murió sin cesar de cantar las alabanzas al Señor.

Llegados que fueron los presos á la cárcel, les recibieron los cristianos, que ya estaban allí aguardando la corona del martirio con mucha alegría, entonando cánticos sagrados compuestos de algunos salmos y del himno: «*¡Oh gloriosa Virgine!*»

Un año estuvo nuestro Fray Jacinto en la cárcel sufriendo innumerables trabajos y dolencias, siempre sin desplegar sus labios en són de queja, con la resignación de un Santo, orando sin cesar al cielo por sus verdugos y pidiendo encarecidamente al Señor apresurase la hora dichosa de derramar toda su sangre por su amor. Amaneció sereno y despejado el diez de Septiembre de mil seiscientos veintidos.

El Padre Jacinto, con los demás prisioneros, fué sacado

en este día de la cárcel de Vomura, y conducido á caballo hasta Rongazaquí. Iba nuestro buen padre muy contento y alegre cantando durante la travesía el *Te-Deum laudamus*, salmos y letanias, y también en el camino y en el lugar del martirio predicaron muchos religiosos, pero nuestro héroe fué el que menos predicó en aquella ocasión, porque llevado de su mucha humildad, dejó él hacerlo á los demás, y él se ocupó tan sólo en disponerse para morir, preparándose para el combate con la señal de la Cruz y arrebatado en sublime contemplación, aunque se despidió de todos y en particular de los conocidos, con frases cristianas y de muchísima resignación.

A la orilla del mar, en medio de un extenso círculo formado por multitud de espectadores, y al que no dejaban penetrar los soldados, veíanse elevados en la arena unos altos postes de madera, y á sus pies gruesas cuerdas para atar los cuerpos de los ilustres víctimas, que abstraídas, y sólo su pensamiento en el cielo, con semblante risueño y lleno de candor, murmurando salmos y fervorosas súplicas, llegaron á las once y media de la mañana al lugar de su triunfo, predicando algunos de los religiosos sublimes pláticas llenas de piedad y de edificación á los presentes.

Atados los cuerpos de los ilustres mártires á los postes que como hemos dicho de antemano tenían ya preparados, los verdugos colocaron mucha leña seca, paja, y además sustancias combustibles que hallaron á mano al pie de los mismos, donde estaban sujetos aquellos confesores de la verdad de nuestra Sacrosanta Religión, prendiéndoles fuego con gran gritaría é imprecaciones contra tan sublimes héroes, que abstraídos del mundo, fija su vista en lo alto, recreados sus oídos con armonías celestes, sólo aspiraban á dejar este valle de miseria y de dolor por aquella patria cuya belleza ni la vista vió ni el entendimiento humano pudo comprender.

Al medio día, parecía habían muerto ya los soldados valerosos de la fe, pero según relación de los que les custodiaban, Fray Jacinto vivió hasta las doce de la noche, oyéndole pronunciar muchas veces y con fervorosa unción los dulcísimos nombres de Jesús y María.

Cuatro días estuvieron en el lugar del martirio los restos que quedaron de aquellos atletas del Catolicismo.

Y para que los cristianos, movidos tal vez por su piedad no pudiesen recoger algunas de sus reliquias, construyeron en la arena unos grandes hoyos, donde introdujeron los restos sagrados, y hacinando sobre ellos leña y otras sustancias inflamables, les prendieron fuego (respetando éste el de nuestro ilustre héroe), y después embarcaron los restos que quedaban con el carbón y tierra, para que no quedase ni el más pequeño recuerdo de los santos, y llevándolos á alta mar los arrojaron allí, llevando á cabo su pérfido designio.

Para que puedan comprenderse los deseos ardentísimos que nuestro Fray Jacinto tenía de derramar su sangre por nuestro Señor Jesucristo, cuéntase que antes de marchar á las misiones de Filipinas y el Japón, al despedirse de su familia le hicieron algunas personas ver en la triste situación que con su ausencia quedaban sus jovencitos hermanos, á lo que contestó que ya los dejaba encomendados á un muy bondadoso Padre, esto es, á Nuestro Señor, y que ellos con entera confianza se colocasen bajo su amparo, que de seguro no les había de dejar abandonados.

Esta es, en resumen, la vida del Beato Jacinto Orfanell, cuya carrera consumó de un modo tan heroico.

Ya Roma, premiando sus virtudes, y el generoso sacrificio de su vida por la fe, ha pronunciado su inapelable fallo, concediéndole los honores de Beato.

En la diócesis de Tortosa tiene su rezo señalado para el 11 de Septiembre.

La villa de La Jana, en la que nació, le consagra particular afecto y devoción.

Y celebró con gran pompa las fiestas dedicadas á su beatificación, en las que estrenó una hermosa imagen del Beato, de la que se sacaron varias fotografías para repartir entre sus devotos.

Queda bosquejada, muy á la ligera, la vida del Beato Jacinto Orfanell.

Con ello hemos dado una pequeña muestra de admiración al que hoy se venera en nuestros altares, y fué en su tiempo

honra de la religión de Santo Domingo de Guzmán, siervo fiel y prudente, y esforzado atleta del Catolicismo, de esa religión tan motejada y vilipendiada de sus perseguidores, y que guarda en sus anales páginas de oro tan brillantes como las que con tosca pluma acabamos de relatar. ¡Sublimidad augusta de la religion católica!

¿Cuál de las sectas disidentes puede como ella gloriarse de ofrecer á la consideración del filósofo pensador tan bellos ejemplos de abnegación y desasimiento de las cosas terrenas, para fijarse sólo en la posesión de las celestes que valen tanto, que todos los bienes del mundo no equivalen á un átomo de la felicidad y bienandanza que en el cielo disfrutaban los que en vida agradaron al Señor, que en recompensa de sus virtudes los colocó á su diestra en la patria del eterno bien?

El héroe, cuya vida hemos descrito, puede servirnos de modelo. Nacido en noble cuna, gozando en su casa de buena posición social, supo despreciar con ánimo y esfuerzo varonil las riquezas y honores tan codiciados por muchos en el mundo, para vestirse un tosco hábito y encerrarse en el estrecho recinto de una humilde celda, y allí dilatar las fibras de su amantísimo corazón en la contemplación del amor divino que le inflamó de tal suerte, para acrecer el reinado de Jesucristo, predicando con fervor angelical su doctrina en el reino del Japón, donde selló el acta de sus merecimientos con su propia sangre.

Hoy, ¡triste es decirlo! mientras se tributa un culto casi divinal, apasionado, á los autores de esos inventos, pasmo de la humanidad (y que yo mismo me complazco en aplaudir y respetar porque en el genio admira la mano de ese Sér providencial que dotó al hombre del dón supremo de la inteligencia) mientras que se pregona á los cuatro vientos la victoria alcanzada al frente de sus huestes por un bizarro general, dejándose en olvido; más aún, se leen con burla y hastio las sencillas relaciones de los triunfos alcanzados por esos ángeles del Señor, que con sólo el arma de la Cruz en su mano, atravesando los bosques desiertos, convierten á la fe de Jesucristo á multitud de seres que yacían en las sombras del error y de la barbarie más atroz.

Para nosotros tiene más mérito (y rianse cuanto quieran los espíritus llamados fuertes) la conquista de una sola alma para el cielo, con las armas de la persuasión, que la rendición de un ejército que sucumbe á la fuerza mayor, impulsada por las razones del fusil y del cañón.

¡Loor eterno á la augusta y sacrosanta religión católica, que tenemos la dicha de profesar, que produce héroes como el Beato Jacinto Orfanell!

La memoria del justo vive eternamente, y su nombre pasará glorioso de generación en generación.

Así ha sucedido con el del glorioso Beato Jacinto.

Testigo elocuente fué el férvido entusiasmo que el pueblo que le vió nacer demostró en las fiestas solemnísimas que á su memoria dedicó, cuando se recibió por sus católicos habitantes la nueva feliz de la beatificación de Fray Jacinto Orfanell, fiestas que honró con su asistencia el entonces señor Obispo de la diócesis Dr. D. Benito Vilamitjana y Vila, que ocupa hoy la silla metropolitana de Tarragona.

EL BEATO JUAN DE PUIGVENTÓS

El Beato Juan de Puigventós, valenciano, nos ofrece un noble ejemplo para trabajar por la salud de las almas; pues encendido en el celo de la conversión de los moros á nuestra Santa Fe, le hizo una continuada guerra, no sólo con los frecuentes sermones que les predicaba, sino también enseñando la Lengua Arábica á muchos religiosos, á fin de que se pudiesen emplear en su conversión. Tomó también á su cargo el instruir á los moros recién convertidos á la Fe, lo cual practicaba con tanto fervor y caridad, que el rey D. Pedro de Aragón le concedió privilegio especial, en que mandaba á todos los oficiales reales asistiesen al Beato en dicho ministerio, en que consiguió copioso fruto.

Célebre, finalmente, por los muchos milagros que hizo, murió devotamente en su Convento de Predicadores de Valencia el día 13 de Noviembre del año 1301, manifestando el Señor su gloria con frecuentes prodigios después de su muerte. Su cuerpo se colocó y estuvo venerado en el camarín de San Luis Bertrán de la suprimida iglesia de Santo Domingo.

EL BEATO ANTOLINO

El Beato Antolino, religioso lego en el convento de San Onofre del reino de Valencia, ilustre por la pureza é inocencia de vida, fué muy celoso de la Observancia Regular, austero para consigo, y totalmente aplicado á la Oración. Entre otras muchas especiales gracias que el Señor le concedió, fué una: resplandecer con admiración de todos en el dón de Profecía.

Habiendo vuelto á Valencia en tiempo que se aumentaba con gran estrago la peste, le dijo burlándose un religioso: ¿Quién sabe, Fr. Antolino, que no seréis vos el primer religioso que morirá de peste? A lo cual respondió: «no seré yo el primero, sino vos. ¿Y yo? (añadió otro). Vos, respondió, seréis el segundo. Y preguntándole otro: ¿Y yo? Dijo: Vos seréis el tercero, y yo el cuarto; pero no moriré de este contagio, si de otra enfermedad. Y puntualmente sucedió así; los tres religiosos murieron de peste, uno después de otro, y el Beato de otra enfermedad el año 1530.

EL BEATO JUAN MICÓ

De guardar el ganado pasó el Beato Juan á ser una de las primeras lumbreras de la Santa Iglesia. Nació en el lugar de Palomar, reino de Valencia, creció tanto en Santidad y letras, que hasta los moros de Valencia decían cuando murió: *Es muerto el santo*. Siendo Provincial de la provincia de Aragón y visitando á pie los conventos, fué asaltado en un bosque de unos hombres perdidos, que le aborrecían sobremañera por el gran fruto que hacía con sus sermones. Le desnudaron, y atándole á un árbol, descargaron sobre el V. P. tantos y tan crueles azotes, que casi le quitaron la vida; pero en lugar de quejarse, les predicó con tanto espíritu, que confundidos, sino arrepentidos, le dejaron libre. Así molido como estaba, y casi medio muerto, prosiguió el viaje; y llegando á Balaguer, predicó á aquel pueblo como si estuviese sano del todo, en premio de lo cual le visitó y consoló el Protomártir San Esteban.

Vivió siempre virgen é hizo muchos milagros, así en vida como en muerte, la cual fué en el convento de Predicadores de Valencia y en el día 31 de Agosto del año 1555. Estando para morir, llevó San Luis Bertrán, que entonces era maestro de Novicios, á la celda del siervo de Dios, á todos los profesos y novicios, para que les diese la bendición, y antes de darla, les dijo entre otras cosas: *Creedme como á experimentado: huid de la conversación de las mujeres, aunque sean santas; y si Santa Catalina de Sena viniese á visitaros á vuestra celda, decidle que se vuelva al Cielo, que allá la veréis*. Se burlaba de los demonios en aquella hora con agua bendita, diciéndoles: Ah! cobardes, que una gotica de agua os hace huir. Después de muerto fué trasladado á lugar más eminente, donde con el permiso del Sr. Arzobispo fué reverenciado y visitado devotísimamente de la gente.

ARZOBISPOS DESPUÉS DE LA CONQUISTA

SAN PEDRO NOLASCO

A instancias de la reina Doña Violante fué nombrado para primer Obispo de Valencia el Patriarca San Pedro Nolasco, lo que no aceptó, lo mismo que el Capelo cardenalicio, á causa de su mucha humildad.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

Arzobispo de Valencia

Este Prelado, ornamento de la iglesia de España, nació en Fuenllana, en Castilla, de padres nobles por su linaje, pero mucho más recomendables por su piedad y misericordia con los pobres, á quienes Tomás mostró desde la niñez tal afición, que á la edad de nueve años todo lo sacrificaba á ellos, guardando hasta la comida. Hizo sus primeros estudios en Villanueva, y á la edad de quince años fué enviado á estudiar á la Universidad de Alcalá de Henares, donde adquirió profundos conocimientos en toda clase de literatura y en sagrada Teología. Habiéndose propuesto no servir más que á Dios, se retiró á la soledad de los claustros y tomó el hábito religioso de San Agustín en el convento de Salamanca. Por su acreditada prudencia, eminente virtud y notoria sabiduría, á los dos

años de profeso fué nombrado Prior de dicho convento. Después obtuvo igual cargo en Burgos y Valladolid, donde habiéndole tratado de cerca el emperador Carlos V, y convencido de su virtud, le nombró Arzobispo de Granada, cuya dignidad renunció, dando tal copia de razones, que le fué admitida la renuncia. Más adelante no pudo conseguir se le admitiese la que hizo del Arzobispado de Valencia, para el cual le propuso también el mismo emperador. Obligado por la obediencia, fué consagrado en Valladolid, y después emprendió á pie el camino para Valencia, sin otro aparato ni acompañamiento que un religioso compañero suyo y dos criados del convento, no queriendo detenerse en el camino para ver á su madre que aun vivía. Al llegar á Valencia se alojó en el convento de los Agustinos. Tomó posesión de su silla el día 1.º de Enero del año 1545. Su cabildo, que conocía su pobreza, le hizo un regalo de 4.000 ducados para atender á sus primeras necesidades, pero el Arzobispo les manifestó su más vivo agradecimiento, y dió aquella suma al Hospital, cuya necesidad era extrema. Ya en su palacio, no mudó el método de vida; su comida, sus muebles y su vestido fueron como en el convento; todas sus rentas eran de los pobres. Los huérfanos, las viudas, los pobres vergonzantes eran el objeto predilecto de su solicitud pastoral. Predicaba de continuo, visitaba los enfermos en los hospitales, cuidaba de los niños espósitos; en fin, todos tenían en el Arzobispo un verdadero padre y vigilantísimo pastor. Dios le reveló la hora de su muerte, y quiso morir tan pobre, que mandó distribuir el dinero que había en palacio entre los necesitados; recibió los Santos Sacramentos con ejemplar edificación, y el día 8 de Septiembre por la mañana conoció que se iban disminuyendo sus fuerzas; pidió que le leyesen en la Pasión de Nuestro Señor, según San Juan. Celebraron después misa en su misma alcoba. Recitó el salmo diez, y expiró, después de haber consumido el sacerdote las Sagradas Formas. Tenía 67 años de edad y había gobernado la iglesia de Valencia por espacio de once años, habiendo sido enterrado, según había dispuesto él mismo, en la iglesia de Agustinos de Valencia.

Desde la exclaustación de las Comunidades Religiosas, su

cuerpo descansa en la Santa Iglesia Metropolitana, á donde fué trasladado.

EL BEATO JUAN DE RIBERA

Arzobispo de Valencia

El Beato Juan de Ribera fué hijo de D. Perafán de Ribera, adelantado mayor de la Andalucía, sexto conde de los Molarres, segundo marqués de Tarifa y primer duque de Alcalá de los Gazules, con cuya grandeza le honró el prudente rey D. Felipe II.

De tan regia extirpe nació D. Juan de Ribera, en la ciudad de Sevilla, en el mes de Marzo del año 1532. La naturaleza manifestó sus primores en la disposición de su cuerpo y hermosura de su rostro, glorioso vaticinio de la que había de agraciar y adornar su alma.

A los 10 años le mandó su padre á Salamanca, cuya Universidad, cátedra universal de las artes, fué escuela de nuestro dichoso Juan. Su padre le puso casa con toda la ostentación y grandeza que su calidad merecía. Se granjeó tan general estimación por su afabilidad, agrado y modestia, que de todos era deseado su trato, amistad y comunicación; pues según afirma el M. R. P. M. Fr. Domingo de Soto, Dios había traído á D. Juan de Ribera para que con su ejemplo reformase aquella Universidad, en la cual obtuvo el grado de bachiller en Sagrada Teología el sábado 5 de Mayo de 1554.

Deseoso de consagrarse á Dios, recibió primera tonsura y cuatro menores el 7 del mismo mes y año 1557, y al siguiente se ordenó en Sevilla de subdiácono, con título de un beneficio que poseyó. A los 30 años de edad el católico monarca Felipe II premió sus virtudes, letras y prudencia con el Obispado de Badajoz, en cuya ciudad fué recibido con singular alborozo y regocijo.

Volaban en alas de la fama las generosas virtudes de nuestro prelado, cuando el monarca Felipe II y el Pontífice Pío V, habiendo quedado vacantes á un mismo tiempo la dignidad de Patriarca de Antioquía y la de Arzobispo de Valencia, fué nombrado nuestro héroe el virtuoso Juan de Ribera.

Con la fama que volaba de sus virtudes y rectas operaciones por toda España, llegaron á esta ciudad los ecos, y los vecinos se llenaron de alegría. Llegó el día deseado de su arribo, que fué el día 20 de Marzo de 1569, y después de haberse hospedado en el Convento de Nuestra Señora del Socorro de Religiosos Agustinos y recibido á las autoridades y corporaciones que á porfía se presentaban á saludar á su nuevo prelado, hizo su entrada en medio de un numerosísimo concurso el día siguiente.

Resplandeció su gran piedad y celo en los ministerios sagrados, procurando establecer la paz y sosiego en los corazones de todos con singular estimación de sus ovejas, pues con lenidad arrancaba los vicios y plantaba virtudes, suave medicina á la cual se debieron maravillosos efectos, manifestando en todos los empleos que ejercitaba singular afecto á las cosas pías y religiosas.

Fuó á visitar su diócesis, corriendo todo el Arzobispado acompañado de algunos religiosos.

Hallábase este reino poblado la mayor parte de moriscos, que parecia imposible su reducción, pero dió á los curas y predicadores una buena y sabia instrucción, para que con esta nueva batería se abriese camino, pronto remedio y eficaz á la dolencia. No omitió diligencia, ni se negó á trabajo que condujese al gobierno de su Arzobispado y aprovechamiento de sus ovejas.

En 42 años, 9 meses y 17 días que gobernó esta diócesis, celebró seis sinodos diocesanos, en los cuales reformó y corrigió infinitos abusos que necesitaban de remedio.

Resplandecía su ardiente caridad y amor con Dios Nuestro Señor en los sermones que predicaba, con un deseo extraordinario de que todos le amasen y venerasen, y con especial moción y devoción singular al Santísimo Sacramento del altar, sobresalía su caridad en el obsequio á este Dueño amo-

roso, siendo su mayor sentimiento las ofensas contra su grandeza.

Fundó el Real Colegio de Corpus-Christi, Seminario de letras y virtudes, corona de sus méritos, triunfo de su devoción y milagro de su autor. En esta excelsa fábrica tiró la línea más alta de su piedad y veneración al inefable Sacramento, de quien era tan fervoroso. Manifestóse en esta insigne obra la discreción, piedad y devoción de su venerable autor al Santísimo Sacramento, á la Virgen Santísima y á los santos sus patronos, á quienes erigió capillas, eligiendo patrón de esta casa á S. M. el rey de España.

Contaba nuestro prelado 78 años de edad, y hallándose postrado y padeciendo vehementes dolores, el día 27 de Diciembre que se celebra la festividad de su patrón San Juan Evangelista, entre siete y ocho de la noche pidió que de la iglesia mayor le trajesen el Sagrado Viático, lo que se verificó con mucha pompa y majestad. Pidió á los canónigos le perdonasen, encargándoles rogasen á Dios por su feliz éxito y que les diese prelado que supliese sus defectos. A las doce de la misma recibió la Extremaunción, y al recibirla fué respondiendo á todo como si estuviera bueno; exhortó á todos sus criados amasen á Dios, se ejercitasen en servirle y huyesen de los vicios, y echando su bendición á todos, que admitieron llorosos, sentado sobre la cama, sin congoja ni agonía y pronunciando el Santísimo Nombre de Jesús, entregó su alma al Señor, que poco antes había recibido para llevarsele á su gloria.

VENERABLES

V. P. FR. FRANCISCO DAVÓN

El venerable P. Fr. Francisco Davón, es uno de los varones más ilustres que ha tenido la Orden de Trinitarios Calzados en el Convento del Remedio de esta ciudad de Valencia.

Fué hijo de Valencia, humilde, obediente, mortificado, contemplativo, íntimo amigo de San Luis Bertrán y del Beato Nicolás Factor, de cuya vida, costumbres y maravillas, mandó hacer jurídica información el Venerable Señor Patriarca de Antioquía y Arzobispo de esta diócesis D. Juan de Ribera, y le tenía retratado en su oratorio. Murió día 25 de Julio del año 1597, y trasladado doce años después su cuerpo á más honrosa sepultura, exhaló tan suavísimo olor, que llenó toda la Iglesia (1).

V. DR. FR. PEDRO FIGUERA CARPI

Este venerable es otro de los que ilustraron la Orden Calzada de la Santísima Trinidad. El bienaventurado Fr. Pedro fué natural de Valencia, Doctór y Catedrático de Teología en Lérida, Provincial y Vicario General en Castilla. Asistió al Concilio Lucdunense que celebró Gregorio X. Y siendo caxiller mayor de Castilla, le nombró el rey Sancho el Bravo Obispo de Jaén el año 1286.

Convirtió á la fe muchos moros y rescató del poder de éstos á muchos cristianos. Pero no pudiendo llevar aquéllos que les predicase, en odio de la fe que les explicaba, le mataron en la ciudad de Granada, día 22 de Junio del año 1304.

EL VENERABLE JUAN GILABERT JOFRÉ

Este venerable, cuyo cuerpo incorrupto está en el convento de Nuestra Señora del Puig, á dos leguas de Valencia, nació en esta ciudad el año 1350. Su padre, Francisco Gila-

(1) Rodríguez. Fiestas Seculares de los Santos San Juan de Mata y Félix de Valois, fol. 93.

bert, fué abogado de mucha reputación. El apellido de la madre no consta, pero ambos eran de lo principal del reino. La casa donde nació estaba en el sitio que hoy es pescadería. Criaron á este niño en el santo temor de Dios, y desde muy pequeño mostró una entera inclinación á todo lo bueno. Frequentaba los Santos Sacramentos, tenía sus delicias en la oración, y al propio tiempo era grande su aplicación al estudio, y mucho más su respeto y obediencia á sus padres. Toda Valencia estaba admirada de la conducta ejemplar del niño Juan, dirigido por Fr. Jaime de San Martín, de la Orden de la Merced, varón de gran virtud.

Por obedecer á sus padres y con acuerdo de su confesor, estudió en Lérida el derecho canónico, en cuya facultad se graduó de licenciado. Allí tomó amistad con su paisano San Vicente Ferrer, que se hallaba en aquella escuela estudiando Teología. A los 18 años de su edad, en 1369, regresó á su patria Valencia. Tan luego puso los pies en ella se fué en busca de su antiguo confesor, que era entonces vicario del Puig, con quien seguía confesándose á pesar de la distancia de dos leguas. Le tocó ya Dios el corazón para que dejase el mundo y profesase vida religiosa; y correspondiendo al llamamiento del Cielo, tomó el hábito de la Orden de Nuestra Señora de la Merced en el citado convento del Puig, el año 1370, siendo Comendador del mismo Fr. Jaime Tauste. Desde luego mostró este religioso gran fervor y devoción; era muy puntual en guardar las leyes de la Orden. Mortificado, humilde, habíase ensayado antes con todo cuidado en sujetar su carne al espíritu. Se propuso guardar silencio continuo cuanto pudiese, y de la celda no salía sino por necesidad y su andar daba ejemplo. Con tan buenas disposiciones ascendió al sacerdocio, y hecho ya presbítero, se dedicó á la predicación de la Divina palabra, llegando á ser el más celoso predicador de su siglo. Muchos de los obispos deseaban tenerle á su lado. A pesar de su humildad, tuvo que aceptar la encomienda de Monblanch, con cuyo motivo predicó en Tarragona y su Arzobispado con mucho fruto.

De Monblanch pasó el siervo de Dios á Barcelona, llamado por Fr. Jaime de San Martín, quien renunció en sus manos

la prelación. De Barcelona pasó á servir la encomienda de Lérida á principios del año 1391. Desde este punto pasó dos veces á Africa con el oficio de redentor, siendo el segundo viaje en el año 1396. Dos años después hizo igual expedición á Granada, redimiendo á muchos cautivos vasallos del rey D. Martin, recogiendo él por sí mismo las limosnas para el rescate.

Después que dejó la encomienda de Lérida, tuvo otros varios oficios en la Orden y comisiones de mucha cuenta. Lo hizo compañero suyo Fr. Antonio Quexal, electo maestro general de la Orden en el año 1405. Deseaba retirarse á su convento del Puig, y tantas fueron sus instancias, que al fin le dió licencia el general, con mucho sentimiento, por separarse de un hombre tan docto y santo. Del Puig fué trasladado al siguiente año á la encomienda de Valencia, á ruegos del Obispo D. Hugo de Bages. A su celo debe la ciudad la fundación del Hospital de los Inocentes, la extensión del albergue de los niños espósitos, y aun la agregación que después de su muerte se hizo de los hospitales pequeños que había en Valencia al general, que ahora subsiste y se conoce por Hospital Provincial. Igualmente fundó la Cofradía de Nuestra Señora de los Desamparados, que en su principio se llamó de los Inocentes.

No por esto dejaba el siervo de Dios el ministerio de la predicación; de día en día iba creciendo su celo para ganar almas á Jesucristo. Sentía ver tantos moros y judíos en España, capaces de pervertir á los cristianos sencillos é ignorantes. Para prevenir este mal ayudó mucho á San Vicente Ferrer desde el año 1410, en que se sintió llamado de Dios por medio del mismo Santo á seguirle como compañero. Para esto renunció la encomienda de Valencia y se fué con San Vicente á Italia (1) donde permanecieron predicando la palabra de Dios, hasta que instado San Vicente por el rey de Castilla, dieron la vuelta á España, habiendo convertido y bautizado muchos moros y judíos. Predicaron en Orihuela y Murcia y otros muchos pueblos, convirtiendo moros y judíos

(1) Croixet. Tom. II, pág. 345.



sin número. Estando predicando en Salamanca estos dos siervos de Dios, á los judios en su Sinagoga, bajó sobre ellos una multitud de cruces, con cuyo milagro pidieron y recibieron el santo bautismo.

Nombrado otra vez vicario del convento del Puig, en el año 1413, se restituyó á aquella casa, siendo recibido con la mayor alegría por su gran fama de santidad, hasta el año 1416, en que viendo que la vejez por una parte, y por otra el cuidado que le era preciso tener del hospital de los Inocentes de Valencia, no le dejaban atender á la cura de almas, con acuerdo de los prelados permutó la vicaría por la encomienda de Valencia, que le dejaba tiempo para cumplir sus obras de caridad; y pareciéndole aún ésta demasiada carga, la renunció también para entregarse enteramente á su santificación. Quiso volverse á unir con San Vicente y le halló en Borgoña, camino de Constancia; le recibió el Santo con la mayor alegría, pero le dijo que era voluntad de Dios volviese á morir á su convento. Antes de despedirse hizo confesión general con San Vicente Ferrer, y los religiosos del Puig se hallaron de repente con este tesoro cuando menos lo esperaban. Al llegar el venerable Juan á la vista del convento, las campanas se tocaron por sí solas, como consta del proceso de canonización de San Vicente Ferrer. Los religiosos se hallaban en vísperas, y todos se conmovieron á la vista de tal portentoso: el prelado, que lo era entonces Fr. Bartolomé Senfores, hombre de grande espíritu, dispuso que la Comunidad en cuerpo saliese á la puerta de la iglesia á esperar la declaración de este prodigio. Así lo hicieron, y á breve rato vieron venir al padre Gilabert, que absorto de ver allí al prelado y á la comunidad, como se lo indicó San Vicente Ferrer, dijo con gozo: *Iremos á la casa del Señor*; y habiendo saludado al Santísimo Sacramento y adorado la Imagen de Nuestra Señora del Puig, al tiempo de arrodillarse ante el Comendador para darle la obediencia como es costumbre, entregó á Dios su espíritu á los sesenta y siete años de su edad, el día 18 de Mayo del año 1417.

La admiración de aquellos religiosos por haberles hecho Dios testigos de tan señalada maravilla, fácilmente se com-

prende. Conmoviéronse los pueblos vecinos de Valencia y de otros puntos más distantes. Doce días estuvo el venerable cadáver en la iglesia para satisfacer la devoción del pueblo. Al siguiente día de la muerte del venerable Juan, dijo misa en sus exequias el Obispo de Valencia D. Hugo, que había asistido con este objeto. Muchos historiadores convienen en que obró el Señor por su intercesión grandes milagros.

El cuerpo del venerable Gilabert fué hallado en el año 1585 incorrupto, completamente entero. Fué depositado en el armario de las reliquias, donde hoy mismo se halla en igual estado de conservación.

V. P. DR. BONIFACIO FERRER

Fué natural de Valencia, hermano de San Vicente Ferrer, monje cartujo y gran Jurisconsulto, habiendo sido bautizado en la iglesia parroquial de San Esteban.

En el libro de los varones ilustres que se conservaba en la Real Cartuja de Porta-Cœli hasta la supresión de las comunidades religiosas, aparecía insertado en la página 362 un fragmento de la Biblia traducido al valenciano por D. Bonifacio Ferrer, la cual concluye del modo siguiente: «Grasies infinides sien fetes al Omnipotent Deu é Senyor Nostre Jesu-Crist: é á la humil é sacratísima Verge María mare sua. Acaba la biblia molt vera, é católica: treta de una biblia del noble mossen Berenguer Vives de boil caballer: la cual fon trelladada que de aquella propia que fon arromansada en lo monestir de Porta-Cœli de lengua latina en la nostra valenciana per lo molt reverent micer Bonifaci Ferrer, doctor en cascun dret, i en facultad de sacra theologia: é don de tota Cartoxa: germá del benaventurat Sant Vicent Ferrer del orde pricadors: en la cual translació foren é altres singulars homes de scientia. E ara darrerament aquesta es stada

diligentment corregida vista é reconeguda per lo reverent mestre Jaume Borrell, mestre en sacra Theología del orde de predicadors, é inquisidor en regne de Valencia. Es stada empremtada en la ciutat de Valencia á despeses del magnífich en Philip Virlant, mercader de la vila de Isne de alta Alemany: per mestre Alfonso Fernandez de Córdoba del regne de Castella, é per mestre Lambert Palomar Alamany, mestre en arts: comenzada en lo mes de Febrer del any mil quatre cents setanta set: é acabada en lo mes de Mars del añ mil CCCCLXXVIII.» (1)

El M. Fr. Francisco Vidad, en la vida de San Vicente Ferrer dice que el venerable D. Bonifacio, escribió también entre otras obras la versión de la Biblia que se imprimió en 1478, fué también gran jurisconsulto estimado en la ciudad, quien lo eligió para jurado de ella el año 1388.

En el año 1412 fué nombrado como su hermano San Vicente, uno de los nueve jueces que se reunieron en Caspe para la elección de rey, en la que dió su voto al infante de Castilla D. Fernando, nieto del rey D. Pedro de Aragón. Murió Bonifacio en la Cartuja de Valde-Cristo, de Segorbe, siendo general de los cartujos y habiendo sido en el mundo un gran jurisconsulto, y en el claustro una de las más grandes lumbreras de la iglesia.

VIDA DE LA PENITENTE VIRGEN INÉS DE MONCADA

Hija espiritual de San Vicente Ferrer

Nació la Virgen Inés el día 25 de Junio del año 1388. Su padre, honesto y muy honrado labrador, se llamó Guillermo Pedrós, y su madre Ana Alpícat, hermana del doctor Alpícat,

(1) Fuster. Tomo I, pág. 15.

natural de Moncada, primer canciller y presidente del Sacro Supremo y Real Consejo de Aragón. En su niñez jamás se vieron prendas más bellas; la virtud suplía por la edad y parecía habersele adelantado la piedad al uso de la razón. No iba pobre, mientras duraba la comida, á quien no regalase con su plato. Su continua oración, su veneración al templo y devoción á María Santísima hicieron que desde luego se le diese el renombre de Santa (1), se consagró á Dios con voto de perpetua virginidad, noble resolución de Inés que tomó consagrandó á Dios su virginal pureza.

Distraída se hallaba Inés de todas las cosas del mundo, cuando se le presenta un joven rico del mismo lugar de Moncada manifestando á sus padres el deseo que tenía de celebrar con Inés el matrimonial contrato, y viendo éstos cuán á propósito era para su hija este casamiento, desde luego procuraron persuadirla; pero Inés, revestida de celestial prudencia, procuró sosegarles, manifestándoles que no se le pasaba el tiempo, pues que no tenía más que quince años de edad.

Sus padres callaron, viendo la razón que asistía á su hija, pero élla teniendo su voto presente, instaba continuamente á su Dios para que desvaneciese la especie.

El silencio de sus padres duró muy poco; pues así que Inés cumplió los quince años, revestidos de mayor conato le propusieron segunda vez el casamiento. El amor y respeto que Inés tenía á sus padres, le impidieron el darles respuesta, y así acudió al templo, y en presencia de su Divino Esposo le dijo: «Señor, el temblor y temor me han encontrado: yo no sé qué responder; siendo, pues, yo toda vuestra, á Vos, Dueño mío, os toca la respuesta.»

Quedó Inés tan conformada por medio de esta oración, que le pareció que su Divino Esposo le decía interiormente: «Oye, hija, mira, inclina tu oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre y el Rey del cielo amará tu hermosura.» Se dirigió á su casa, y no hallando á sus padres, empezó á circuirla toda con la inocencia de su corazón, y viendo que podría peligrar en ella su voto, dejó su casa y huyó disfrazada con há-

(1) Dr. Berni, cap. II, *Vida de la Venerable Inés*.

bito de varón á los montes más ocultos, y habiendo consultado con la Virgen María su protectora, se cortó el cabello y echando mano de un vestido de un criado vistió el traje y ánimo de varón, se presentó en la cartuja de Porta-Cœli, y así como la Puerta del Cielo siempre está abierta para los ángeles, así encontró Inés la del cartujano Cielo, y hallando grata acogida en el portero, le pidió le enseñase la iglesia y claustros. El religioso la condujo á la iglesia, y al pasar por el coro se llenó toda de gran gozo, y vuelto el corazón á Dios, le decía: «Una cosa os pido, Dueño mío: habitar en vuestra casa todos los días de mi vida.» La condujo el portero á la celda del padre Procurador, suplicándole encarecidamente admitiese á este joven en el servicio de la casa, pues según su parecer, daba indicios de su buena conducta.

Concedió el procurador, y ajustando el salario correspondiente á un joven de quince años, la destinó para coadjutora del hortelano. Despidióse Inés de los padres más contenta que si hubiera conseguido las mayores honras del mundo. En este estado, al paso que sembraba y cogía los frutos de la tierra, plantaba en su alma las virtudes y recibía los frutos admirables y dones bellos del Espíritu Santo.

Después de un año que estaba de hortelano descubrió su disfraz al confesor. Este procuró entonces persuadirla que tomase otra forma de vida; no obstante, á pesar de rehusar Inés tener que dejar el retiro del claustro, el confesor le propuso el nuevo método de vida que en adelante había de llevar y al momento aceptó Inés el partido, y desde aquel día sirvió á la casa en el cargo de pastora y la despidió el confesor, previniéndola de saludables consejos, encargándola bajase á confesar y comulgar al monasterio.

Después de servir cuatro años de pastora y á los veinte de su edad, Dios le cumplió sus deseos deparándole una cueva en aquella soledad, habitación más propia de brutos que de una tierna doncella y tan amante esposa del Señor. A esta gruta eligió por morada perpetua y templo de su continua oración, tan contenta de quedarse en ella, como Santa María Magdalena en la cueva de San Belma en Francia, y Santa María Egipciaca en los montes de Palestina.

Luego que Inés encontró esta cueva, rebosando de gozo bajó al monasterio á dar cuenta á su confesor y á renunciar el oficio de pastor para entregarse toda á su Dios en aquella cueva, lo cual aprobó su confesor, y abonándole el procurador el salario de los cinco años que Inés había servido en el monasterio, tomó sus salarios en una mano y en la otra al salir de la portería los repartió entre los pobres.

Al despedirse Inés del monasterio pidió la bendición á su confesor, suplicándole la tuviese presente en sus oraciones para que Dios Nuestro Señor le continuase sus favores y no la dejase de su mano.

Constituída ya Inés en su cueva, fabricó un tosco altar formado de piedras del monte y encima colocó el título de nuestra redención y puso la Imagen de la Virgen María á trecho que nunca la perdiera de vista.

Veinte años vivió Inés en esta cueva ó gruta, como unaavecilla solitaria en un techo, sin hablar ni una palabra con persona humana, exceptuando al confesor, con quien sólo trataba de lo tocante á su espíritu. Con este género de vida y martirizada con un áspero cilicio veinte años, vino Inés á renovar el espíritu de San Bruno y á imitar á aquellos antiguos padres del Yermo, entregando su espíritu al Criador el día 25 de Junio del año 1428 y á los 40 de su edad, dejando desde entonces consagrado á su nombre el monte que tantos años fué testigo de su inocente vida.

Su cuerpo, después de celebrados los Divinos Oficios, fué colocado bajo la mesa del altar que sirve de capilla de comunión para los criados de la casa.

V. P. FR. LORENZO COMPAÑ



Este venerable, á quien muchos llaman Beato, fué natural de la villa del Puig. Desde sus primeros años dió muestras que había de tener grandes aumentos en las virtudes,

pues despreciando los juegos y comercios pueriles, amante como fué siempre de la soledad, buscaba en ella sólo á Dios. Habiendo estudiado la gramática, y aprovechado en ella, inspirado de Dios, pidió el Santo Hábito Mercedario en el real convento de su villa natal. El P. Comendador, viéndole de complexión muy delicada, si bien no despreció la vocación, la quiso probar, respondiéndole á nuestro pretendiente Lorenzo que siguiese algún tiempo el Santo Noviciado, y si su delicadeza daba lugar á seguir las austeridades de la Santa Regla y constituciones, probándolo la experiencia, daría cumplimiento á su deseo.

Siguió nuestro Lorenzo algún tiempo el noviciado, y hallándose robusto y contento, vistió el Santo Hábito. Fué el espejo y ejemplo de los demás religiosos en la abstinencia, humildad, penitencia y continuación de orar. Profesó, y habiendo recibido las Ordenes Sagradas y licencia de los superiores para predicar, aún en pueblos de infieles, agregó al Rebaño de Cristo muchas almas, encaminando también por la penitencia muchas ovejas perdidas.

Fué Comendador del Real Convento de Valencia y también del Puig, donde y á su tiempo fué también vicario de parroquia y definidor general en el capítulo de Agramunt. Desempeñó en todos estos ministerios la segura confianza que en su celo y virtudes tenían los superiores. Fué nombrado Redentor por el reverendísimo Fr. Nadal Gaver; y habiendo rescatado muchos cautivos, se quedó la ultima vez en rehenes. Fué después hecho cautivo por un pirata mahometano en compañía del P. Fr. Pedro Boblet, que padeció martirio. Tuvo diez y seis años de cautiverio, sufriendo muchas injurias, palos y bofetadas.

Habiendo regresado á España, á poco tiempo fué electo Mayor General XX de la Orden de la Merced, visitando á pie todos sus conventos y mejorando en ellos todas las cosas. Finalmente, lleno de días, méritos y de la flaqueza así de los años como de sus accidentes, volvió á éste su nativo suelo del Puig á fin de ver si tendría algún alivio. Y habiendo llegado á éste su convento, predijo el día de su muerte; en el cual, habiendo recibido los Santos Sacramentos con

mucha devoción, murió el año de 1479. Fué colocado su cadáver en lugar eminente, que se conservó muchos años incorrupto, como asegura el Rdm. Zumel, testigo de vista, pudiéndose asegurar se mantuvo 97 años incorrupto, desde el año 1479 hasta el de 1576.

V. P. FR. VICENTE FERRER Y MALLENT

Pariente de San Vicente Ferrer y muy semejante á él en el espíritu, fué este Venerable Padre. Nació en la ciudad de Valencia, y vistió el hábito de Predicadores en el Real Convento de dicha ciudad, en donde profesó á 25 de Agosto de 1537. Fué á estudiar á Salamanca, y en el año 1544, se embarcó para las Indias en compañía del Illmo. Sr. Dr. Fr. Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa, en donde á costa de grandes trabajos fundó con otros religiosos la provincia de San Vicente de Guatemala. Allí se dió todo al consuelo espiritual y corporal de los indios, predicándoles, confesándoles y asistiéndoles en los hospitales, sin tener aprensión ni apartar el rostro en las más hediondas enfermedades.

Tuvo tanto amor á la pobreza, que aun libros no tenía, y para estudiar, ó los pedía prestados ó se iba á la librería común. Sus hábitos muy limpios, pero muy pobres y remendados. El interior tan roto, que con algún peligro de su mucha compostura se podía levantar los hábitos para entrar en algún lodazar ó pasar algún río. No tenía más cama que una tabla, y por colchón una estera, sin más ropa para cubrirse que un pedazo de manta de una vara en cuadro, con que se envolvía los pies; de almohada le servía su misma capa. Presumieron tenía hecho voto de no comer cosa que no fuera de limosna, porque entrando en los pueblos ó él mismo la pedía de puerta en puerta ó si estaba ocupado enviaba un muchacho para que la pidiera, procurando esconder su diligencia aun

de su mismo compañero. Cuando estaba en el convento se sentaba á la mesa, y con disimulo sacaba unos mendrugos de pan de la manga y se los comía, sin gustar otra cosa. Le sucedió salir con su compañero á un lugar distante de Guatemala seis leguas sin desayunarse; el compañero se puso unos pedazos de pan en la manga; les llovió tanto por el camino, que éste, ya de sí malo, se hizo intransitable, lo que fué causa que llegaron ya de noche, mojados, hambrientos y cansados, y por consuelo no encontraron al que tenía la llave de la Abadía, ni persona despierta en el lugar. Pareció en fin la llave, pero no quien les diese un pedazo de pan por Dios. No se entristeció por esto, dió gracias á Nuestro Señor Jesucristo, y muy alegre se envolvió en una estera, mojado como estaba, y se acostó. Se acordó el compañero del pan, y sacándolo muy contento llamó al venerable Padre para que comiese, lo que hizo al instante. Viendo el compañero el buen aire con que comía, le dijo: *Al fin Padre Fr. Vicente linda cosa es ave de tuyo.* Como si tuviera rejalgar así arrojó el bocado de la boca, y sin hablar palabra se volvió á la estera. El cilicio que traía á raíz de la carne, era una cota de malla llena de puntas. Se la quitó un día, é inadvertidamente la dejó sin esconder en la celda; entró cierta persona y la vió. Salió á la plaza y empezó á murmurar del siervo de Dios y del instrumento que había visto, atribuyendo su uso á mal fin; inmediatamente experimentó el castigo de su atrevimiento, pues se le hinchó la lengua de modo, que no podía articular palabra. Conoció el castigo y arrepentido pidió perdón y quedó sano al instante.

Cayó nuestro venerable en la última enfermedad, la cual pasó sin quitarse el hábito, por no tener ni querer admitir otra ropa para la cama. Diéronle el Viático, que recibió arrodillado en tierra, con tantas lágrimas, que hizo llorar á los circunstantes. Lleno finalmente de trabajos y méritos dió el alma á Dios en el año 1555.

V. P. FR. BARTOLOMÉ PAVÍA

Este Venerable Padre nació en Cervera del Maestrazgo. Tomó el hábito en este Real Convento de Predicadores de Valencia, fué discípulo de San Luis en la afición al estudio y oración; pero en el estudio fué ejemplar, pues estudiando con jaculatorias á sus pausas, ya hablaba con Cristo, ya con Santo Tomás, etc., abría el libro y decía: *Amor mío Santo Tomás pregunta aquí*, etc., y así proseguía y acababa. Suspiraba siempre por la Patria celestial. El M. Antist dice: Le conocí un espejo de toda virtud y uno de los mejores discípulos del P. Luis Bertrán, pobre, abstigente, callado, humilde, celoso de la observancia, paciente y muy dado á la Oración y recogimiento, y esto en tanto grado, que ni visitaba á nadie de la ciudad ni nadie á él.

El Señor, para más purificarle, le dió muchos males que padecer, y San Luis Bertrán, rogando por él, vió su espíritu que con licencia de Nuestro Señor, como á Job y á San Antonio, le atormentaban los demonios y le tenían sobre una tabla, y con dos cuchillos le atormentaban cruelísimamente. Tuvo revelación del día que había de gozar de Dios, y así se despedía de los religiosos diciéndoles si querían acompañarle al Cielo. Le mandaron imprimir las conclusiones para que las defendiese en el capítulo general de Barcelona, y dijo: *Ora bien, yo he rogado á mis Prelados no me las mandasen defender y no han querido condescender; yo lo rogaré á Dios y me ahorrará de ellas*. Y así el mismo día que había de partir para Barcelona, cayó enfermo y fué al Cielo á ver la verdad de ellas, como él lo había dicho á un discípulo suyo. Recibió el Viático arrodillado en el suelo; y con esta visita cesó la tempestad de sus tormentos y temores y entró en el eterno descanso triunfante

con Cristo, en el día octavo de su Ascensión, á 27 de Mayo del año 1574, como él había profetizado.

Este Venerable Padre también fué uno de los que San Luis Bertrán invocaba en la hora de la muerte.

V. FR. FRANCISCO FERRÁNDEZ

Este Venerable nació en Elda, reino de Valencia, fué hijo de Francisco Ferrández, notario, y de Jerónima Bernabeu. Vistió el hábito en el Convento de Predicadores de Valencia el día 19 de Septiembre del año 1552. En las actas de un capítulo celebrado en Gerona, le designaron Lector de Artes de su convento. Fué Prior del de San Onofre en 1567. El Cardenal D. Gaspar Cervantes, Arzobispo de Tarragona, después de fundada su Universidad, «para plantar en ella la sólida doctrina de Santo Tomás, quiso que dos de los primeros catedráticos de Teología Escolástica fuesen Dominicos, el uno de los cuales fué el maestro Fray Francisco Ferrández, á quien el P. Bertrán había criado.» Pero pocos meses después, entrando el año 1575, murió devotamente en Tarragona. Este fué el que se apareció á San Luis Bertrán, según refiere Antist en la vida del Santo, callando su nombre, cap. 12, página 90.

Hacen de él larga memoria: Pradas, Falcó, Saborit, Vida de San Luis y Vidal.

Escribió un tomo en 4.^o; se conservaba manuscrito en la librería de Predicadores de Valencia con este título:

Expositio Sancti Evangelii Secundum Matheum lectionibus distincta feliciter incipit. Y á su margen dice: Fr. Franciscus Ferrández in Conventu S. Onuphrii 17 Maii 1568.

De lo que se infiere haber compuesto esta obra siendo Prior de aquel convento, cuyo Priorato comenzó en 1567, sucediéndole San Luis Bertrán en el de 1570, y así dicha exposición no fué dictada en las aulas.

V. P. FR. JERÓNIMO VALERIOLA

Este Venerable, natural de la ciudad de Valencia, nació de noble familia y vistió el hábito en el Monasterio de Jerónimos de Gandía. Su aplicación á los estudios fué muy grande, por lo que se impuso bien en la Teología escolástica, y también en las lenguas griega y hebrea, y de éstas alcanzó mucho, porque las supo con tal propiedad, que el P. Sigüenza afirma que había en el Monasterio de Gandía muchos libros griegos y hebreos anotados de su mano, que como uñas demostraban el león.

En cinco escrituras que se guardaban en el archivo de San Miguel de los Reyes, Monasterio de su Orden en Valencia, en donde fué Prior, le daban el título de Maestro en Sagrada Teología, grado que tal vez habría obtenido antes de haber entrado en su Religión.

Murió este venerable y estático varón el día 25 de Agosto del año de 1579, morando en el Convento de Santa Engracia, de Zaragoza, en donde fué Prior y allí descansa su cuerpo.

Su vida prodigiosa según el P. Sigüenza, dice: Que las veces que por alguna necesidad del Oficio iba á Valencia, le comunicaban aquellos dos Santos Varones, Fr. Luis Bertrán y Fr. Nicolás Factor, y hallaban en él tan alta doctrina, tan excelente lenguaje en que ellos andaban embebidos, que se quedaban maravillados. Algunos religiosos de esta Orden que también iban por este camino, deseaban hablar con los dos Santos dichos y comunicar con ellos sus cosas, pedirles avisos y documentos, y ellos respondían que para qué se iban á ellos, pues tenían en su Religión al P. Valeriola, de quien ellos dependían, que allí estaba la raíz y el tronco, que ellos no eran más que unas ramas.

Según el P. Martón, Monje Jerónimo, el P. Valeriola escribió un *Tratado místico latino* y muy maravilloso, registrado con perspicaces luces, del cual dice tenía algunos fragmentos.

V. P. FR. ONOFRE VIDAL

Nació este Venerable Padre en Traiguera, fué hijo de Hábito de este Real Convento de Valencia y muy observante de nuestras sagradas constituciones, y su admirable silencio daba gritos á la más perfecta observancia de ellas; jamás habló sino preguntado, ni aun así quiso hablar palabra en su última enfermedad, respondiendo por señas. Fué juntamente claro espejo de humildad y modestia. Murió este Venerable Padre como vivió, recibidos los Sacramentos el día 20 de Noviembre del año 1582. Así lo escribe el Venerable Pradas y Falcó.

V. P. FR. DIONISIO BOTELLA

Fué este Venerable Padre en este Real Convento de Predicadores de Valencia muy docto, observantísimo y muy dado á las penitencias. Tan retirado en la celda, que solamente salía á funciones de Comunidad y sólo hablaba de Dios. Cuando le dieron el aviso de su partida á mejor vida se llenó de alborozo, y con la risa en la cara, dijo: *Letatus sum in his que dicta sunt mihi*. Y así murió el día 12 de Junio del año 1586 (1),

(1) Valenciano, según el P. Francisco Vidal, y el Sacro Diario Dominicano, t. 1.º, pág. 350.

V. JUAN BLAS NAVARRO

Este Venerable nació en la ciudad de Valencia el año 1526 (1), y habiéndose graduado en esta Universidad, fué provisto en 31 de Mayo del año 1551 en la Cátedra del Maestro de las Sentencias, que regentó hasta el año 1560; y después, con provisión de 18 de Mayo de 1564, se le dió la de Durando, que obtuvo lo restante de su vida.

En la librería del Temple ó de Montesa se conservaba un manuscrito en cuarto titulado: *Dictata in 3 lib. Sententiarum*. Baltasar Zapata, en la oración *in Funere Jacobi Ferrusii*, elogiando á los Pavordes de Valencia, lo hace de Juan Blas Navarro con estas palabras: «Blasius tandem Navarro qui et ingenii acumine, et docendi perscuitate omnes, quos ulla unquam tulit etas, longe superavit intervallo.»

Murió este escritor en 25 de Junio del año 1595, como escribe el maestro Más en sus notas misceláneas, página 22, á los 69 años de su edad.

V. P. FR. JUAN VIDAL

Nació este gran varón en la Universidad del Palomar, lugar del Marquesado de Albaida. Le dió el hábito en el Real Convento de Predicadores de Valencia su tío el V. P. M. Fray Juan Micó. Fué discípulo de San Luis Bertrán, religioso ob-

(1) Gimeno. T. 1.º, pág. 197.



servantísimo de la Regular Observancia, la cual guardó muy á la letra toda su vida; acérrimo defensor de todas las religiones, por lo cual todos le veneraban por padre, y por padre de pobres, y tan amado en la ciudad de todos, que en su última enfermedad, todas las religiones tuvieron patente el Santísimo Sacramento, haciendo rogativas y procesiones por su salud, y lo mismo hicieron algunas parroquias. Tuvo dón de discreción de espíritus, por lo cual, siendo calificador y muy consultado del Santo Tribunal, descubrió este raro engaño de una doncella de Valencia, llamada Vicenta Malpel, de edad de 14 años, en el 1588. Era comúnmente tenida por Santa y de tantas revelaciones y profecías, que por eso la buscaban y comunicaban las personas de más autoridad y otras en sus negocios y dudas. Encargó el Santo Tribunal el examen de aquel espíritu al maestro Vidal y éste descubrió ser todo espíritu del demonio, que le decía todas aquellas revelaciones y tenía con élla trato familiar y carnal *in cubo*, asegurándola que no quebrantaría su claustro virginal. La castigó el Santo Tribunal y la puso reclusa en la Zaidia.

Fué este gran religioso tres veces Prior de este Convento de Valencia, y entre las grandes obras que hizo, fué singular la magnífica obra del salón y portada de la celda de San Vicente Ferrer. Predicó en Valencia más de treinta Cuaresmas continuas. Fué muy amante y amado del V. P. Fr. Domingo Anadón; y recibidos los Sacramentos con gran devoción, murió en sus manos el día 10 de Febrero del año 1596. Le enterraron en la sepultura de los Venerables y se le apareció glorioso después de cinco días de purgatorio al Venerable Padre Anadón, estando con él cerca de cuatro horas en conversación de los cielos y advirtiéndole algunas cosas que dijese al Prior del Convento para la mayor perfección. La misma revelación y aparición gloriosa tuvo Sor Ursola Aguir, religiosa de la Tercera Orden; la cual, el año de 1600, hiriendo la peste en este reino hasta la ciudad de Játiva, vió que nuestros Santos del Convento, rodeando por las murallas de Valencia defendían á la ciudad, y así no llegó á ella.

El Venerable Pradas escribe, que siendo sacristán, le llevaron una mortaja de un difunto que por su intercesión había

resucitado. Y el Venerable Sr. Lanuza predicó esto y mucho más en sus honras (1).

VENERABLE FR. JUAN OLIVER

Este venerable fué religioso francisco Observante, natural de Valencia, en cuya provincia profeso: fué varón apostólico, de quien trata largamente la historia de Filipinas, á donde pasó en el año 1581. Tuvo varios empleos en esta provincia, siendo su principal ocupación la conversión de las almas, reduciendo innumerables al conocimiento del verdadero Dios. Su paciencia fué singular, sufriendo malísimos tratamientos por reprender los vicios; penitente en sumo grado, extremado en la caridad corporal y espiritual con los prójimos.

Estando en la ciudad de Manila, su empleo fué (después de cumplir con las obligaciones del coro y demás actos de comunidad á que nunca faltaba), consolar á los afligidos y moribundos. Conservó toda su vida la flor de su virginidad, su mortificación se extendió no sólo á usar de continuo áspero cilicio, si que á más, á andar siempre á pie y descalzo por montes y sierras en caminos largos y fragosos, pasando malos días y peores noches: su ordinaria comida eran hierbas y frutas silvestres: edificó muchas iglesias y formó varios pueblos, ocupándose en catequizar, y en este continuo ejercicio le sobrevino la muerte en Camarines el año 1597.

En los ratos que le permitían sus tareas, escribió varios libros, como son: *Arte y Vocabulario* en el idioma de aquella provincia, y perfeccionó los tratados que habia compuesto el V. P. Fr. Juan de Plasencia. «Declaración de la Doctrina Cristiana.»—«Para catequizar á los infieles.»—«De las buenas costumbres del Cristiano.»—«Para saber confesar» y otros.

(1) Véanse las vidas de San Vicente y San Luis, del Maestro Vidal.

V. HERMANO PEDRO MUÑOZ

La antigua villa de Puzol, que de pobre alquería pasó á ser población en tiempo del invicto rey D. Jaime I de Aragón, año 1238, después de conquistada Valencia y hoy poblada de más de dos mil almas, fué patria del Venerable Hermano Pedro Muñoz, que nació en el año 1520. Su padre se llamaba Pedro Muñoz, ignorándose el de la madre, pero se sabe que eran labradores honrados y muy cristianos, de antiguo linaje en la villa y de costumbres honestas, cuyo virtuoso ejemplo fué la más segura y eficaz educación. Desde su infancia manifestó un genio dócil, sincero, apacible y bien inclinado, siendo tan propenso á la piedad y conmiseración con los pobres, que parecía haber nacido con él sumamente entrañada la misericordia.

Al faltarle sus padres y hallándose sin este natural asilo y afectuoso recurso, considerando que su detención en la villa no sería de importancia, por haber ya sus hermanos elegido estado, se retiró en su casa propia á resolver su destino. Para arreglar, pues, el mejor método y reglamento de su vida, y para no errar en la determinación, frecuentaba los vecinos Santuarios de Nuestra Señora del Puig de Religiosos Mercedarios Calzados y el de la Val de Jesús de Franciscos Recoletos, deseando lograr con el consejo de tan espirituales varones, la más proporcionada conducta á sus fervorosos intentos. En este último convento se hallaba de Guardián entonces el Venerable Padre Fr. Nicolás Factor, de cuyo religiosísimo espíritu recibió el Venerable Muñoz el orden y forma que había de observar para disponer bien concertada su vida. También se valió para tan importante fin, de la dirección del P. Fr. Jaime Sánchez, custodio que habitaba en el mismo Santuario Provincial de la provincia de Valencia y Confesor

del Venerable Sr. D. Juan de Ribera, Arzobispo de la misma ciudad.

Con tan sólidos fundamentos, vistióse una gruesa túnica de Ermitaño de San Pablo, y habiendo caído enferma una sobrina suya, determinó ir en 1568 á hacer una Novena á la Virgen de la Cueva Santa, y como la proximidad y cercanía de este Santuario dista dos leguas del Real Monasterio de la Cartuja de Valde-Cristo, fué á ver á aquellos Venerables Monjes, de cuya visita resultó, que como ya le tenían conocido por sus virtudes se quedó por Ermitaño, destinándole para su continua morada una Ermita que hay en sus términos, dedicada á los gloriosos San Julián y Santa Basilisa, vírgenes y mártires, cuyo empleo de Ermitaño admitió gustoso.

En aquel sitio, lisonjeado devotamente su espíritu con la quietud, abstraído con la soledad y fortificado nuevamente con el retiro, hizo una vida tan ajustada, que no se dignaron aquellos monjes de permitirle entrar á cualquier hora en sus claustros, considerando que no se interrumpie el silencio cuando la voz se dirige á encender y avivar más en los corazones la llama de amor divino. Cada día acudía al Convento á oír misa, y después á tomar la ración que liberalmente le suministraba la Comunidad para el preciso alimento, pero de ordinario la daba por el camino á los pobres antes de llegar á la Ermita, como lo testifican varios padres del Convento, retirándose luego á su Ermita, en donde permanecía sin más comercio que el de Dios y en aquellos Santos Ejercicios á que le inducían su fervor, su soledad, su desengaño y abandono del mundo, ¡había aprendido sus ejercicios del P. Nicolás Factor! pues asistiendo al coro de la Cartuja la Vigilia de Pentecostés á Vísperas, á los pocos versos del himno: *Veni Creator spiritus*, empezó á gritos: *Qu' em creme, qu' em creme, que m' abraze*; esto es: *Qu' me quemo, qu' me quemo, que me abraso*. Viéndole todo su rostro encendido, le sacaron de la iglesia, y prosiguiendo con indecible ternura con voces y palabras llenas de sagrado amor, pidiendo le echasen agua, hasta que rompiendo aquel ardiente volcán en un abrasado éxtasis (que le duró cerca de una hora), logró desahogarse por el propio medio que supo encenderse.

Fué muy tentado de los demonios, tuvo el dón de profecía y de revelaciones y ejemplar devoto de Maria Santísima.

Las merecidas aclamaciones de tan ejemplar héroe, llegaron á noticia del Excmo. Sr. Arzobispo D. Juan de Ribera, quien deseoso de no carecer de la compañía del Venerable Hermano, quiso que á los últimos años de su religiosísima vida tuviese la habitación en su casa palacio de Valencia, el cual no atreviéndose á disgustar al señor Patriarca, ni dejar de apreciar tan no merecido favor, se rindió á su voluntad, suponiendo que así haría la de Dios, como se lo advertían sus directores.

El sentimiento que manifestaron los padres de aquella Real Cartuja, cuando tuvieron tan dolorosa noticia, fué imponderable, pues lloraban su ausencia como la de haber perdido una compañía de tanta edificación, mas templó su desconsuelo el considerar que esto cedía en gusto de tan ejemplar prelado.

Resignado, pues, el Venerable Muñoz, tomó el camino de Valencia el año de 1602. Su excelencia le recibió con aquel agasajo y regocijo que correspondía á su ansioso deseo. Mandó se le previniera una habitación que estuviese libre de aquella indispensable incomodidad que pudiera perturbarle su quietud, y que por estar bastante separada, ni le ofendiese el concurso, ni le distrajese el ruido, lo cual se ejecutó como se había mandado y allí permaneció hasta su fallecimiento con aquella nobilísima práctica de virtudes como las ejercitaba en la soledad de su Ermita.

Allí permaneció por espacio de ocho años sin alterar el bien arreglado método de vida que en su retiro y soledad practicaba, no sirviéndole de impedimento el tráfago forzoso de un palacio, que aunque se remedió el tropel, no se pudo evitar el numeroso concurso, pues nada le estorbaba para la suma quietud de su retiro, ni aun la notoria estimación que lograba de su excelencia, encargándole su persona y las dependencias de tan pesado y peligroso empleo. Era la edificación de todos los piadosos domésticos y familiares, por tener siempre á la vista una perfecta imagen de la virtud, cuya admirable práctica servía de glorioso estímulo para la imita-

ción, cuyo prodigioso ejemplo era capaz de influir á toda Valencia el más vivo desengaño.

Muchos que le iban á visitar encontraban favores; cuantos llegaban allí á palacio afligidos de enfermedades, salieron regocijados con el remedio, y continuamente solicitaban su intercesión por la repetida experiencia que tenían de cuán poderosa y segura era su eficacia.

Mereció tantas ilustraciones del Cielo nuestro Venerable Hermano Pedro Muñoz, que predijo el día de su dichoso tránsito, habiendo sido éste tan regocijado para su alma, cuanto sensible para toda la ciudad. Así murió en el palacio el Venerable, aunque se ignora la enfermedad, habiendo fallecido en jueves, 10 de Junio del año 1610, día en que la Iglesia celebraba la solemne festividad del Corpus, á los 90 años de edad, que parece quiso el Cielo premiar la veneracion que al Sacramento Augusto de la Sagrada Eucaristía tenían los dos religiosísimos espíritus del Venerable Señor Patriarca y del Venerable Hermano Muñoz, disponiendo su muerte en aquel día, para que uno promoviese sus obsequiosos cultos con nuevo fervor en la tierra y otro lograrse la feliz posesión de sus inefables dulzuras en la Gloria.

Deseando el Santo Arzobispo dejar con el tesoro de los huesos de este Venerable Hermano enriquecida la iglesia del magnífico Colegio de Corpus-Christi que había fabricado á sus espensas, mandó le enterrasen en ella, á la entrada de la sacristía, como lo demuestra la inscripción latina de su lápida, que traducida al castellano dice así:

«Epitafio.—Pedro Muñoz, natural de la villa de Puzol, varón de señalada entereza y piedad, que desde su infancia mantuvo y guardó la virginidad, dando indicios de su santidad y virtud: y de tal suerte fué afecto y devoto al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, que invocado por él este Soberano Misterio, muchos enfermos conseguían la salud. Practicó una inocente y santa vida con aclamación, voz y fama, pero muy combatida con varias asechanzas y violencias del demonio. Finalmente, murió de 90 años, habiendo pronosticado días antes el de su fallecimiento, que fué en Valencia, jueves 10 de Junio de 1610, día en que por todo

» el orbe cristiano se celebra la fiesta de la solemnidad del
» Corpus.»

V. FRANCISCO JERONIMO SIMÓ, PRESBITERO

Este Venerable nació en Valencia, el día 16 de Diciembre del año 1578, en la parroquia de Santo Tomás, donde fué bautizado; fueron sus padres Juan Bautista Simó, de nación francesa, y Esperanza Villafranca, natural de la villa de Altura; estudió en su Universidad la Filosofía y Teología, siendo en esta Facultad condiscipulo del Dr. D. José Alenda.

Obtuvo un beneficio en la parroquial de San Andrés de esta ciudad, del que tomó posesión en 6 de Junio de 1603. Le ordenó de presbítero en 4 de Junio de 1605, Frey D. Lorenzo Mongivo Minorvinense, y después Arzobispo de Lanchiano. Celebró su primer Misa día de San Pedro Apóstol, en el altar mayor del Convento de Religiosas de San José, que entonces estaba junto á la iglesia de San Andrés, y de allí se trasladó al Portal Nuevo; y después de una ejemplar vida, falleció día de San Marcos, á 25 de Abril del año 1612.

Su vida la han escrito muchas personas de mérito, entre ellas sólo mencionaré al Illmo. D. Isidoro Aparici Gilart, Obispo auxiliar de Croya; diciendo además, que el Venerable Simó supo perfectamente la lengua latina, muy bien la griega y suficientemente la hebrea; fué gran lógico, excelente filósofo y gran teólogo escolástico, despreciando inútiles y tal vez perniciosas sutilezas; y siguiendo los dogmas y sólidas sentencias de los Santos Padres, fundado en ellas, escribió un Libro de Trinitate, muy docto y erudito.

El Dr. Francisco Martínez Paterna, cura de la santa iglesia de Orihuela en 1612, escribió en un tomo en 8.º las exequias y fiestas fúnebres que hizo la santa iglesia de Orihuela y sus parroquias á la dichosa muerte del Venerable y Angélico Padre Mosén Francisco Jerónimo Simó, con una breve suma de su vida y muerte.



V. SOR URSOLA FUERTES

Esta Venerable Terciaria vistió el santo hábito Mercedario en el Real Convento del Puig, donde profesó en 24 de Septiembre del año 1585, en manos del R. P. M. Fr. Asensio Lagaria, Comendador. Murió esta Venerable Hermana Sor Ursola Fuertes el día 1.º de Noviembre del año 1623. Y su confesor, el P. M. Fr. Fulgencio Tormo, entonces Comendador, habiéndola ido á visitar seis días antes de su muerte, la dijo: Que estaba cierta que el día de Todos Santos había de morir; así lo dejó anotado, y que hizo un fin de muy santa mujer y sierva de Dios, como que estaba tan asegurada de su último día. Está enterrada en la iglesia del Convento del Puig.

ILLMO. Y V. DR. FR. ANDRÉS BALAGUER

Este gran hombre fué natural de La Jana, pueblo de este reino de Valencia. Siendo de edad de 16 años tomó el hábito en este Real Convento de Santo Domingo, donde profesó y estudió Artes y Teología: graduado después de Maestro pasó á la fundación del Convento de Ibiza con título de Vicario General. Después, fundado el Convento de Nuestra Señora del Rosario y San Pedro González Telmo, de la ciudad de Alicante, fué instituido Vicario perpetuo de aquella casa, hasta que por muerte del V. P. M. Fr. Juan Vidal, fué electo Prior de Predicadores de Valencia y después electo Definidor del Capitulo General; se halló como tal en Bolonia el año 1.600.

El rey Felipe III le encargó por su virtud y letras, la visita de tres Conventos de Monjas de Barcelona y después le nombró Obispo de Albarracín. El año 1604, celebrando en Valencia Cortes en este Convento de Predicadores, el rey le hizo merced del Obispado de Orihuela. El año 1608 la Santidad de Paulo V beatificó á San Luis Bertrán, y en los ocho días de fiestas que le hicieron en Valencia dijo Misa de Pontifical todos los días este Sr. Obispo.

Su penitencia fué rara toda su vida; de suerte que cuando murió le hallaron en las espaldas dos llagas como la palma de la mano. Los ayunos eran á pan y agua todos los viernes del año. Los martes, jueves y domingos que comía carne nunca cenaba. Siempre vistió túnica de lana, y dormía con sábanas de estameña. La pobreza religiosa fué su amada esposa; algún tiempo hicieron se sirviese de bajilla de plata, pero después la dió toda á este Convento de Predicadores. Nunca tuvo pleito con su Cabildo, sí grande paz con todos; piadoso y prudente en repartir las limosnas, especialmente á los vergonzantes, y más copiosas si eran caballeros, y para esto era muy parco en su vivir y excusaba los gastos superfluos en su casa.

Finalmente, siendo hombre de mucha Oración, habiendo vivido religiosa y santamente, así en la Religión como en los Obispados, siendo de edad de 75 años, recibidos con mucha devoción los Sacramentos, dió el alma á su Criador, Sábado Santo, á 11 de Abril, del año 1626. En las actas del Capitulo General de Roma el año 1630, se dice que predijo el día y la hora de su muerte. Falcó, al año 1626, pág. 538.

V. P. FR. DOMINGO FEBRER

Desde niño dió este Venerable Padre pruebas de lo que habia de ser cuando crecido. Fué natural de Calig. Dios le habia dado un corazón tan dócil para todo lo bueno, que sin difi-

cultad alguna se grabaron en su alma las virtudes que le enseñaban sus Padres. Era muy humilde, obediente, devoto, recogido; y todo esto, junto con un natural muy alegre, le hacían tan amable, que era el Benjamín de su casa.

Concluido el estudio de la Gramática, le enviaron sus padres á Valencia á estudiar Filosofía. No alteró en nada esta mudanza sus costumbres; antes bien se adelantó más en la virtud con el trato de aquellos grandes Religiosos, los cuales como discípulos de San Luis Bertrán conservaban los fervores de su magisterio. Con su trato se aficionó mucho más á la virtud, y con el deseo de gozar más de cerca la enseñanza de tan experimentados Maestros pidió el hábito, que se lo vistieron sin repugnancia el día 23 de Septiembre de 1611.

Ya Religioso, no es decible lo que creció en todo género de virtudes, sirviéndole el hábito de estímulo para correr á la perfección. Ordenado Sacerdote, se dió todo á la Predicación con admirable fervor de espíritu y celo de la salvación de las almas. Exhortaba con frecuencia á la devoción del Santísimo Rosario, esto aunque predicara de diferente asunto. Para confesar y consolar afligidos siempre lo encontraban dispuesto. Observaba con todo rigor las constituciones. Afligia su carne con cilicios, abstinencias y otras mortificaciones y empleaba muchas horas en la Oración y estudio de la Sagrada Escritura.

Le hicieron Vicario del Convento de Ulldecona, y á los seis meses cayó en una grave enfermedad, y reconociendo ser mortal, pidió le administrasen el Viático, y para recibirle hizo le vistieran todo el hábito, y arrodillándose en tierra con grande reverencia y muchas lágrimas, recibió el Pan Eucarístico con edificación de los que estaban presentes. Sus parientes determinaron llevárselo á Calig su patria, para ver si mudando de aires mejoraría. Condescendió el Venerable Padre por no contristarles, no por esperanzas que tuviera de convalecer. Trasladado allá se fué agravando la enfermedad hasta ponerle en los últimos períodos de su vida. Pidió la Extremaunción y que le dijeran la recomendación del Alma, y él mismo dijo aquellas palabras: *Proficiscere Anima Christiana*, etc. Por las preguntas que hacía, presumieron sabia

la hora de su muerte. Viendo que ya expiraba, quisieron encender la vela bendecida del Rosario, pero él les dijo: *Aun no*; pasado algún tiempo les dijo: *Enciendan*. Pusiéronla á los pies de la cama sobre un palo que allí había, á donde decía echasen agua bendita, y siendo así que nadie había en aquella parte, oyeron soplar la vela tan recio, que estuvo muy cerca á apagarse. Entró en agonía, y haciendo actos de Fe, Esperanza y Caridad y diciendo: *In manus tuas Dómine*, etc., expiró día de San Antonio de Padua, de quien fué muy devoto, el año 1629. Quedó su rostro hermosísimo como si fuera un Ángel. Hicieron las exequias con gran solemnidad, y advirtieron que cuatro cirios después de haber lucido cuatro horas, no se habían disminuído.

V. P. FR. JOSÉ MORANTE

Nació al mundo en la ciudad de Gandía y á la Religión en el Convento de Corpus-Christi de Luchente, en donde se consagró á Dios por los tres votos el día 12 de Marzo del año 1612. Diéronle estudios, y con la viveza de su ingenio, que era mucho, salió aventajado teólogo y famoso predicador. Como su modo de vida no era tan buen ejemplo como se deseaba, tuvo algunas reprensiones de su Prelado, que celoso, lo quería tener sujeto y retirado. Pero su genio bullicioso y el ardor de la juventud le arrojaron al precipicio, pues marchándose del convento se embarcó para Italia con intención de pasar á Roma. Asaltáronle en el camino unos piratas berberiscos, que á poca fuerza los rindieron y llevaron cautivos á Argel. Pusiéronlos en venta, y luego que los moros conocieron la viveza de nuestro venerable, hicieron juicio que sería persona de algún carácter y haberes y que no se repararía en el coste de su rescate. Dieron por él setecientos ducados, suma considerable en aquellos tiempos, y luego lo metieron

en la cárcel, en donde le trataban cruelmente, para que de esta manera solicitase con más fervor su libertad.

Viéndose en este conflicto y sin esperanzas de remedio, prometió al moro su dueño 4.500 reales de á ocho, con condición de que le soltase para poder buscarlos. Así lo hizo, pero viendo que en nueve años no había hecho nada, lo volvió á la cárcel, en donde padeció mucho más que la vez primera, y experimentando que ni la redención le rescataba ni la Religión se acordaba de él, dió á entender que queria renegar, para de esta suerte poder huir y librarse sin ayuda alguna. Puso en ejecución este pensamiento á gusto de los moros, que gozosos entendían haber adquirido un lustre su falsa religión.

Le señalaron cincuenta reales mensuales y le pusieron delante una mujer para que se casase con ella; mas como la luz de la razón aun no estaba apagada y la fe todavía resplandecía, no quiso consentir en semejante maldad.

Sucedió en aquel tiempo que los moros condenaron á quemar á un Religioso Carmelita Descalzo por un falso testimonio, y al estar para arrojarlo á las llamas le perdonaban la vida si renegaba; pero él firme y constante en la fe perseveró en ella hasta entregar su alma al Señor. Este ejemplo fué saeta que traspasó el corazón de nuestro Venerable José, y mucho más al ver morir á un joven inglés condenado también á las llamas, que despreciaba la vida que los moros le ofrecían si renegaba de Dios; fortalecido, pues, en estos ejemplos, se marchó á su casa, y echado en tierra, principió á llorar amargamente su culpa y á pedir perdón á Dios, prometiendo su vida en el martirio. Pasó toda la noche en oración, y al amanecer se fué al palacio del rey, y puesto en su presencia arrojó el turbante y demás vestidos moriscos, diciendo: «Que sólo la ley de los cristianos era la verdadera; que protestaba del engaño en que los había tenido por verse con libertad; que Mahoma era falso Profeta y su Alcorán un epílogo de maldades y camino ancho del infierno.»

Enojado el rey y los que se hallaban presentes al oír esto, procuraron disuadirle del intento; pero viendo que no aprovechaba se determinó muriese quemado. Al darle la noticia,

sin alterarse en lo más mínimo, entregó el dinero que tenía para que comprasen bastante leña. Le sacaron al suplicio casi desnudo; y bien azotado primero, le arrojaron al fuego, que apartó su llama dando contra los infieles, que estaban pasmados; predicaba sin cesar en medio de la hoguera, quemáronse las cuerdas con que estaba atado, pero su cuerpo no padeció el más leve daño. Se apagó el fuego, y los moros, para que no quedase con vida, cargaron sobre él un diluvio de piedras, y al fin murió, quedando su cuerpo sepultado entre tizones y piedras, y su alma voló al Cielo, como piadosamente se cree, en el año 1643.

V. P. FR. HERNANDO MARTÍNEZ

Nació en el lugar de Toro este Venerable Padre, y en 17 de Diciembre de 1578 vistió el sagrado hábito en el Convento de Predicadores de esta ciudad de Valencia. Fué muy sencillo, humilde y caritativo. Procuraba tener amistad con los religiosos que veía más devotos, notaba sus virtudes y se aplicaba fervoroso á imitarlos.

Alcanzó en la Religión tres años á San Luis Bertrán, y acostumbraba decir del Santo que le olián las manos, señal de que tenía bien dispuesta y limpia su alma, pues sentía la fragancia que de tan santas manos solía difundirse.

Fué observantísimo de las Constituciones; no comía jamás carne, sino con grave enfermedad ó necesidad. Observaba con rigor los siete meses de ayuno, contentándose con un pedazo de pan por colación, que era lo que daba la Comunidad, costumbre que duró por muchos años; á medio día no comía mas que dos huevos duros, cuando las leyes lo permitían. Todos los viernes de Adviento y Cuaresma ayunaba á pan y agua. En administrar el Sacramento de la Penitencia era continuo. Celebraba el Santo Sacrificio de la Misa con admirable devo-

ción. Amaba mucho el retiro de la celda, en donde se ocupaba en el estudio y oración sin salir más que para los actos de la Comunidad ó cuando la caridad y el consuelo de los próximos lo pedía.

Toda su vida vistió túnica de lana. En el Coro era incansable y continuo en los Maitines á media noche, sin usar de dispensa en más de cuarenta años, y si acaso por ser largas sus vigiliass recelaba no oiría tocar, se quedaba á dormir por las capillas del claustro. Era muy diestro en la música, se empleó en varios ministerios del Coro y fué muchos años organista. No perdonaba diligencia ni cuidado á fin de que las divinas alabanzas se cumplieran con la mayor perfección y solemnidad.

Con estos virtuosos ejercicios, siempre interminables, llegó á la venerable ancianidad de noventa años, y con su entero juicio le llamó Dios para sí en el año de 1644.

V. P. M. FR. JERÓNIMO ALCOCER

En Liria, villa muy antigua del reino de Valencia, nació al mundo en el año 1550, y á la Religión en el de 1567, en que vistió el hábito dominico en Predicadores de Valencia. Desde luego se hizo cargo de su obligación, por lo que se aplicó tan de veras al estudio, que salió muy aprovechado. Ordenado de sacerdote empezó á esparcir y comunicar los trabajos de su estudio en muchísimos sermones, que predicaba con tal espíritu y energía, que daba bien á entender cuán abrasado estaba su corazón del fuego del Espíritu Santo. No duró mucho en este ejercicio, pues la Religión lo empleó luego en leer Artes y Teología, lo que ejecutó en Barcelona y otros conventos á satisfacción de todos.

No por esto disminuyó un punto sus fervores; antes bien, se portó aún siendo Maestro, como si fuera el más reciente

Novicio. Llevaba siempre los ojos clavados en el suelo, sin levantarlos jamás para ver cosa alguna que pudiera distraerle é impedirle la continua presencia de Dios en que andaba.

Era muy obediente, humilde y caritativo. Nunca pensó ni habló mal de nadie; y si tal vez oía algo malo callaba y disimulaba como si no lo hubiera oído. Si hablaba de alguno, sólo era para alabar lo bueno que de él sabía. En el silencio fué extremado; rara vez hablaba, y cuando lo hacía, era siempre de cosas buenas y de edificación. Su modestia fué tanta, que muy pocas veces le vieron reír, aunque muchos le provocaron para conseguirlo. Por esto y otras muchas virtudes era muy estimado de todos, y los seculares públicamente le llamaban Santo. El virrey que entonces era de Valencia D. Luis Carrillo, marqués de Caracena, lo eligió por su confesor y lo estimaba tanto, que pasaba horas en su compañía hablando de cosas del Cielo.

Regaló Dios á este su siervo con graves enfermedades, las que sufrió como otro Job con gran paciencia, sin dar fastidio ni pesadumbre á nadie, sin quejarse ni hablar palabra, mas que para alabar á Dios y darle gracias por sus misericordias. Era tan poco lo que comía, que parece vivía de milagro. Sucedió diferentes veces descuidarse los sirvientes de subirle la comida y pasar todo el día sin comer, ni aun acordarse, ni advertir la falta del sustento; tan embelesado estaba en las cosas de Dios. Agraváronsele sus achaques, y recibidos los Sacramentos, con los dulces nombres de Jesús y María en la boca, dió su alma á Dios en el año 1644.

V. P. M. FR. JERÓNIMO CUCALÓ

Fué este Venerable Padre el Natanael de estos últimos siglos, por la mucha inocencia de su alma y pureza de conciencia. Las actas del Capitulo General de Roma del año 1650

dicen estas palabras: «Murió en Predicadores de Valencia el
»Venerable Padre M. Fr. Jerónimo Cucaló, Prior que fué de
»este convento y catedrático muchos años en su Universidad,
»sujeto de singular nobleza, virtud y erudición. La misma
»modestia que aprendió en el Noviciado guardó hasta edad
»decrépita. Halláronse en su alma, muy elevada de punto, la
»inocencia de vida, pureza de costumbres, celo de la religión
»y caridad con los pobres y enfermos. Su modestia y compo-
»sición exterior fué tanta y tan eficaz, que sólo ésta compo-
»nia los descuidos de quien le miraba; jamás se le oyó pa-
»labra que no fuese de edificación ó de enseñanza. Raras
»veces salía de la celda y en ésta siempre le hallaban leyen-
»do ó meditando. En los últimos años de su vida le acrisoló
»Dios con penosísimos escrúpulos. Cesó la tempestad tienien-
»do ya un pie en el puerto de su descanso, que entró á gozar,
»como se cree piadosamente, la noche de Navidad, al mismo
»punto que en el altar se entonó el *Gloria in Excelsis* de la
»primera misa. Con ser tiempo de peste, acudió mucha gente
»á su entierro y tan codiciosa de llevarse reliquias de sus
»hábitos, que fué preciso cubrir el cuerpo con un paño de bro-
»cado, temiendo no le dejaran desnudo.»

Todas estas son palabras del Capítulo General. Murió á 25
de Diciembre de 1647.

ILLMO. Y V. P. M. FR. GASPAR CATALÁN

Fué este gran sujeto natural de Benasal, y habiendo to-
mado el hábito en el Convento de Predicadores de Valencia,
aprovechó tanto en las escuelas virtud y sabiduría, que fué
dos veces Prior y después Vicario General de la provincia y
Confesor de los virreyes de Valencia los dos marqueses de los
Vélez, del duque de Medinaceli y conde de Oropesa y del vi-
rrey de Zaragoza. Confesaba en Valencia la mayor parte de



la nobleza, aprovechando mucho en el camino de la oración. Fué muy observante de la constitución y comer de ayuno, aun en la mesa de los señores y principes á quienes asistía, contentándose con un par de huevos, y en los últimos años, estando quebrado, los comía duros, y á comer carne aun estando enfermo, jamás le pudieron reducir; ni por ser nombrado obispo mudó de calidad ni cantidad de comida, ni dejó de bajar á refectorio.

Vistió de lana perpetuamente, y estando para morir, los médicos y el Prior le mandaron que se dejase poner camisa, pero murió con mantillas de lana. Siempre llevó saya de cordellate y capa de estameña. Su cama era una manta sobre las tablas y casi siempre dormía vestido. A Maitines á media noche siempre era el primero y hasta muy tarde se quedaba en el Coro en oración y esto lo observó siendo fraile particular, Lector y Prior, y cuando no había Maitines, asimismo se levantaba á media noche aun nombrado Obispo. Así observante siempre, quebrantado en la salud, cumpliéndole Dios su deseo de no llegar á cuidar de sus ovejas, por unas leves calenturas le dieron el Viático día de la Purificación, asistiendo el gobernador y toda la nobleza; se vistió y de pie arrimado á la cama hizo una plática toda de amor de Dios, en que no hubo quien no llorase. Dijo como en los cargos que había tenido, nunca por pasión ó venganza obró contra nadie. Recibido el Santísimo Sacramento, le decían después cada día misa y comulgó muchas veces y después de la Extremaunción entregó en paz su alma al Señor el día 11 de Febrero, domingo de Quincuagésima, entre siete y ocho de la noche del año 1652, á los 70 de su edad.

El concurso y motín del pueblo por cortarle reliquias fué tal, que con mucho trabajo le defendieron los caballeros porque no quedase desnudo. Le enterraron en el Sepulcro de los Venerables, y después á petición y expensas de la nobleza le trasladaron á los pies de su amado padre el Venerable Anadón, y en su lápida le llaman: *Oráculo de España, en quien refloreció la Santidad de San Luis Bertrán y Venerables Micó y Anadón, habiendo conservado hasta la muerte la inocencia bautismal.* Así lo escribe el Maestro Alegre.

VIDA DEL V. P. FR. PEDRO ESTEVE

Este Venerable nació el día 19 de Octubre del año 1582 en la ciudad de Denia. Su padre Pedro Esteve, fué labrador hacendado, y su madre se llamaba Catalina Puig. Esta dió á luz después del Venerable á otro hijo que fué clérigo en dicha ciudad, y dos hijas, una que fué religiosa en el Convento de la Puridad en Valencia y otra que tomó estado de matrimonio.

Desde sus primeros años dió Pedro muestras de su futura santidad. A los siete años de su edad ayunaba ya con frecuencia y se le hallaron cilicios y disciplinas con que maceraba su inocente carne.

Entre semejantes progresos siguió los estudios, de los cuales salió perfectamente instruido, y oyendo la voz del Señor que le habla al corazón y llama á la soledad, resuelve dejar el mundo. Pide con mucha humildad al Señor le alumbre el entendimiento para no proceder con ligereza. Un día después de haber oído misa, sin dar cuenta á nadie y sin provisión alguna, se dirige á Valencia con ánimo resuelto de vestir el santo hábito. Ya en esta ciudad se presenta en el Convento de San Francisco y habla al R. P. Fr. Francisco Ramírez, Provincial entonces, le manifiesta sus deseos de consagrarse á Dios en el claustro, y el Prelado que conoció el espíritu del pretendiente, le mandó examinar y lo remitió al Convento de Santa María de Jesús, donde le vistieron el hábito á los diez y ocho años de edad.

Ya en el convento, á más de los ejercicios ordinarios del noviciado, su caridad precisaba á socorrer á los enfermos y ayudar en las dependencias más humildes y penosas, sin dejar de ocupar los momentos posibles en los ejercicios de María, con oración extraordinaria y fervorosa, y habiendo lle-

gado el día de la profesión la pidió con mucho fervor, y así el Prelado como la Comunidad entera le admitieron con mucho júbilo y alegría.

Tan luego profesó Fr. Pedro, el Prelado lo destinó por entonces al Convento de Alcira, y después de haber estado un año en dicho convento pasó al de Oliva. Al año y medio de su profesión fué llamado al Convento de San Francisco de Valencia para principiar los estudios, y desplegando Fr. Pedro todas sus luces, aventajó á todos sus condiscípulos con asombro de los mismos lectores, así es que fué muy instruído en Filosofía, Teología escolástica, expositiva, moral y mística. A la edad competente recibió las sagradas órdenes y al fin el del sacerdocio.

Concluídos los estudios y notando los prelados las buenas disposiciones del P. Fr. Pedro, le nombraron predicador de la divina Palabra y lo destinaron al Convento de Chelva. En este convento residió algunos años, hasta que los prelados deseando un comisario de Jerusalén que poseyese prendas de virtud y prudencia, creyeron era el más á propósito el P. Fray Pedro, y elegido le mandaron venir á la Comisaría de Valencia, cuyo oficio desempeñó desde el año 1614 hasta el de 1658.

En cumplimiento de su ministerio, Fr. Pedro recorría todo el reino y deseaba por su avanzada edad hallar un monte que semejase al Calvario, para recogerse á contemplar la sagrada Pasión de Jesucristo. Llegó á la vista del monte llamado *Mongó*, halló una gruta para su asilo, donde se recogió, y pasados unos días fué á visitar á los ermitaños que se hallaban en bastante número en aquella soledad, y en una ermita vió una imagen que representaba á Jesús en el sepulcro. Le parecía se la tenía en poca veneración y la pidió al ermitaño, ofreciendo cuidar de su aseo, pues no tenía buena escultura según su parecer. El ermitaño la regaló y Fr. Pedro tomándola se la llevó muy gozoso á su albergue. En el momento ya manifestó el Señor cuán de su agrado había sido la devota oficiosidad de Fr. Pedro, pues al dejar el sagrado peso, se halló sano de dos penosas roturas que ya muchos años padecía. Continuaron los milagros y con ellos creció la

devoción á la Santa Imagen, á quien Fr. Pedro dió la invocación de *Jesús Pobre*, y desde luego se extendió la fama, en términos, que en el año 1642 con las debidas licencias se levantó el edificio del Hospicio á diligencias del siervo de Dios y piedad de los vecinos de Denia y pueblos del contorno. Se fabricó la iglesia, celdas y oficinas, donde se congregó una comunidad de religiosos de su Orden.

El P. Fr. Pedro continuaba como Comisario sus correrías por los pueblos del reino á recoger limosna y ejercer su predicación, pero de cuando en cuando se retiraba al hospicio donde se ejercitaba en fervorosa oración, ásperas penitencias y todo género de virtudes. Allí tenía sus coloquios con Jesús Pobre.

Este Venerable, inspirado por Dios se presenta en Denia su patria en el año 1633 en ocasión que un contagio afligía á toda la ciudad, en términos, que tenía cortada toda comunicación con los demás pueblos y de consiguiente se escaseaba de víveres de toda clase, mas el Venerable puesto en oración le fué inspirado se celebrase una solemne fiesta á la Preciosísima Sangre de Jesucristo en la iglesia de religiosas de dicha ciudad, en la cual predicó y luego repartió á los enfermos un pedazo de pan bendito que al efecto había hecho prevenir, y cuantos gustaron de él quedaron sanos, é igual caridad ejerció en Valencia en la peste que tuvo en el año de 1647.

Al fin tomó Fr. Pedro licencia para regresar á Valencia y al poco tiempo llegó también el tiempo de morir y procuró indicar su tránsito á personas de su devoción. Tenía que salir para el Maestrazgo, pero antes pasó á la Congregación, se vió con su Padre espiritual y le dijo que le perdonase porque ya no le cansaría más, pero su confesor le respondió: «P. Fr. Pedro aun puede vivir muchos años.»

Concluída la visita al señor Pavorde su padre espiritual, de allí á poco partió para el Maestrazgo, pero al llegar á la Cartuja de *Ara-Christi* enfermó. Regresó á Valencia, pasó por casa de una señora muy devota suya y la dijo. *Mare, adiós que ya no ems vorém més*; llegó al convento, se dirigió á la enfermería, postróse en la cama, se agravó por momentos la en-

fermedad, recibió los Santos Sacramentos con indecible devoción, y al cuarto día entregó su alma á Dios con admirable serenidad, muriendo el día 3 de Noviembre del año 1658, en el Convento de San Francisco de Valencia, con gran fama de Santidad, predicando el sermón de honras su confesor el señor Pavorde Dr. D. Buenaventura Grau. Fué enterrado en la pared de la capilla de San Luis Obispo, de su iglesia, donde ha permanecido hasta el día 20 de Febrero de 1839 por la tarde, que por efecto de la exclaustración de los religiosos quedó el convento destinado á cuartel, y los soldados que ocupaban la iglesia notando que en dicho sitio sonaba como hueco, se empeñaron en saber lo que allí se escondía. Descubierta el cadáver, la novedad atrajo á muchos. Se dió cuenta al capitán general y al señor gobernador de la mitra (Sede vacante) el Illmo. Sr. D. Joaquín Ferraz y Cornel, y trasladado el cuerpo del Venerable á la Catedral y depositado en el aula capitular, fué solicitado por el clero y vecinos de Denia su patria, y practicado el oportuno expediente fué entregado á los comisionados de Denia, después de hecha la escritura de entrega el día 12 de Julio, llegando á Denia al siguiente día 13 á las dos y media de la tarde, donde fué recibido por las autoridades eclesiásticas y civiles de dicha ciudad, con vuelo general de campanas y otros regocijos, y depositado en la pared del archivo su iglesia parroquial.

V. JUAN BAUTISTA BERTRÁN

El Venerable Cura de Alcora, Dr. Juan Bautista Bertrán, floreció en la segunda mitad del siglo XVI. Fué varón insigne en santidad; fué austerísimo en su trato y notable por su gran humildad; tuvo íntima amistad con el Beato Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia, que apreciaba su gran virtud, y trabajó para tenerle en su compañía; y después de muerto

nuestro Venerable trató de depositar en la iglesia de su Real Colegio de Corpus-Christi sus restos mortales: en dicha iglesia se guarda el Breviario que usó.

Escribió su vida el Illmo. Sr. Dr. Fr. Juan Bautista Sorribas, de la Orden del Carmen y Obispo de Ampurias.

V. P. FR. ANTONIO MARIGÓ

Este Venerable fué religioso de la Real y Militar Orden de la Merced, hijo de esta ciudad de Valencia, habiendo sido bautizado en la parroquial iglesia de Santa Catarina Mártir el día 23 de Febrero del año de 1607.

Fué maestro en su religión, y después de otros muy merecidos honores, murió en el Señor el día 27 de Diciembre del año de 1682, cuya ejemplar vida escribió el Padre Nolasco Rison (1).

Estando de conventual en Valencia nuestro Venerable Marigó concluyó de escribir, en 18 de Abril de 1678, la siguiente obra:

«Tratado de la presencia de Dios Nuestro Señor para que los viadores creyentes vivan en continua fe y memoria de su Divina Majestad siempre les hace y mira.» Cuyo original estaba en poder de Fr. Lorenzo Quiles, religioso de la misma Orden de la Merced y archivero que fué del convento del Puig.

(1) Ximeno. T. 2.º, pag. 134.

V. P. FR. JOSÉ CORBERÁN

Este Venerable Padre, en el largo tiempo de 80 años, fué siempre ejemplar de virtud y religión, procurando en todo copiar un fiel modelo de San Luis Bertrán (de quien fué capillero). Observantísimo de nuestras Constituciones, nunca usó lino, y tan tenaz en la secuela del Coro diurno y nocturno, que mandándole los Prelados, por su ancianidad y flaqueza, no fuese al Coro nocturno, con todo, obedeciendo se levantaba, y en su celda, á la media noche, rezaba los Maitines y tenía oración hasta las tres. Fué muy observante del silencio y tuvo singular prudencia en criar novicios, empleo que tuvo muchas veces, y después laboriosísimo archivero. Finalmente, lleno de méritos, murió de 80 años de edad, el día 13 de Abril del año de 1686, cuya muerte aplaudió el crecido concurso del pueblo para venerar su cadáver, tocar los rosarios, etc.

V. P. PEDRO MACIÁN

Este Venerable fué natural de la villa de Algemesi y Religioso Mercedario en el Real Convento del Puig. Fué varón de grande abstinencia, y cuando los religiosos le rogaban que moderase las penitencias y comiese, decía: *¿Non ne Anima plus est, quam esca?* ¿No importa más el alma que la comida? Continuo en la oración todas las horas del día y casi de la noche, muy pobre y muy penitente. Pero antes de morir dijo

el Oficio menor de Nuestra Señora y el de difuntos, y diciendo (el Illmo. Boil dice cantando) *Te-Deum laudamos* dió el alma á su Criador, dejando grande fama de su santidad.

Floreció este Venerable Padre en el siglo XVI, pues por muerte del V. P. M. Fr. Juan Calvo quedó de director de espíritu de los Excmos. Duques de Segorbe.

V. FR. DOMINGO ALEGRE

Fué este varón apostólico hijo del Real Convento de Predicadores de Valencia, gran misionista y predicador del Rosario y Prior de este convento, y en todo ejemplo de penitencia y observancia.

El P. M. Fr. José Francés, varón de gran verdad, atestiguó que el Maestro Alegre resucitó un niño muerto de la calle del Mar, y que lo sabía porque le acompañó en este día á la casa del difunto.

La Excma. Señora Condesa de Oropesa, que fué su hija espiritual, siendo virreina de Valencia refería muchas profecias del Padre Maestro, cumplidas todas en casa de su excelencia. Especialmente á su venida á Valencia el año 1706, refirió lo siguiente:

Estando su casa sin sucesión, al volverse á Madrid después del virreinato le aseguró, que por intercesión de San Vicente tendría un niño y que lo pariría día del Santo y pondría su nombre.

La señora amaneció en cinta y principió á publicar entre las damas que pariría un hijo día de San Vicente, como le había dicho el Venerable Alegre.

Llegó el día 5 de Abril, que es el propio del Santo, y no parió, por lo cual, las damas empezaron, por entretenimiento, á burlarse de la profecía del P. Alegre y de la fe que tenía en

San Vicente. Entonces la señora condesa, con mayor confianza dijo:

—Señoras, hagan reflexión, que el P. Alegre habló del día de San Vicente de Valencia, que allí, por Breve Apostólico, es el día después de la Dominica de Cuasimodo, y así esperemos el citado día.

Llegó el día y la señora tuvo un feliz alumbramiento, en que nació el deseado infante y le pusieron por nombre Vicente.

Premió el Señor los méritos al Venerable Padre, y así recibidos los Sacramentos (á cuyo Viático llevó el estandarte el virrey) murió felizmente el día 29 de Agosto de 1687.

Estando en el féretro, fué tanta la fama de su santidad y concurso del pueblo, que fué menester la guardia del virrey para defenderlo y enterrarle, como lo hicieron en sepulcro aparte, habiéndole hecho retratar el señor virrey.

V. JUAN BAUTISTA MIRALLES

El Venerable Padre Juan Bautista Miralles fué muy amante de la virtud, de la caridad y celador de la pureza. No pudo dejar de ser muy casto, porque antes de nacer ya estuvo consagrado á esta virtud.

Nació en la villa de Vinaroz el día 14 de Febrero de 1635. Sus padres fueron Pedro Miralles y Bárbara Pugialt, de las familias de más posición de dicha villa; sus facultades fueron medianas, pero su virtud grande.

Dice el insigne varón en el compendio de la vida que de sí mismo escribió por precepto que le hicieron sus confesores: Que oyó decir á sus padres como ofrecieron á Dios Nuestro Señor que el primer hijo y último que les diese los consagrarían á la Religión, y sucedió así, pues el primero tomó el

hábito del gran Padre de la Iglesia San Agustín, y el último, que fué este Venerable, se hizo Religioso del Instituto de San Ignacio de Loyola.

En los primeros años de su vida, dice el Venerable siervo de Dios, que estando una mañana entre despierto vió á la Majestad de Cristo Señor Nuestro Crucificado, como que le manifestaba lo que había padecido por los hombres, y que le dejó lleno de lágrimas y que siempre tuvo presente aquella dolorosa manifestación. Retirábase ya en este tiempo del bullicio de los niños, ofendiéndose de oír palabras deshonestas. Este amor temprano de la castidad hizo tal novedad á sus paisanos, que decían comúnmente: «Pedro Miralles tiene un niño Santo.»

De diez años de edad, por causa de la guerra que hubo en aquel tiempo, con la bendición de sus padres se trasladó á Valencia; pasó después á Alicante y á Orihuela con el fin de visitar á un religioso que tenía opinión de Santo, viniendo después á parar á la ciudad de Gandía, donde se perfeccionó en los estudios de la gramática.

Lo que hizo llegado á Gandía, que sería á los once años, lo dice en las notas de su mano, por estas palabras: *Por este tiempo resolví mejorar mi vida, bien que por la gracia del Señor, no estoy cierto, le hubiese ofendido gravemente.* Entonces hizo una confesión general y en ella votó el guardar perpetua castidad, como la guardó por todo el tiempo de su vida.

De 15 años de edad, que fué el año 1650, pidió la sotana de los hijos de San Ignacio de Loyola. Treinta y nueve años ha estado en esta Santa Religión, y se le oyó decir que en todos ellos no había mirado el rostro á mujer alguna con advertencia. Aseguró que á las hijas espirituales que muchos años há que confesaba no las sabría distinguir de las otras sino por la voz.

Su ayuno fué tan continuo que casi se puede decir que ayunó todos los días, porque el ayuno consiste en comer cada día una vez, y jamás comió más que una vez al día. La disciplina la usaba, no habiendo impedimento, todos los días, y frecuentemente era de sangre. Su cilicio era continuo, sólo se lo quitaba para decir Misa, y volvía á ponérselo después de

dar gracias. Así vivió ó así murió los 39 años el penitente varón.

Tenía el siervo de Dios en su aposento una Cruz de madera de la estatura mayor y de buen peso. Esta la tomaba sobre sus débiles hombros de noche cuando la comunidad descansaba; y así, cargado con ella, hacía el Via-Crucis que tenía señalado en los dormitorios. Rezaba todos los días los oficios mayor y menor, y esto arrodillado; fué dotado por el Señor con el dón de profecía, y muy observante de la regla, y en sentir de varios autores, hubo de ser varón de suma perfección y del todo dado á la santidad.

La devoción que tuvo á María Santísima se saca de la que tuvo á San Joaquín, por ser padre de esta Señora. Este fué su prudentísimo delirio, su hechizo espiritual. Promovió por todos los modos que pudo su devoción estando en la iglesia de Valencia y se dirigió al rey y á la reina y pudo lograr escribiesen á Su Santidad sobre esta intercesión.

Fué muy buen teólogo escolástico. Defendió el acto mayor de Teología en el Colegio de Zaragoza. En la Teología moral su voto se tuvo por muy seguro. En la mística fué maestro consumado. Su predicación no fué acompañada de prendas naturales, pero llenaron las sobrenaturales aquel vacío. Catorce años ha llevado sobre sí en este Colegio de Valencia dos ejercicios; el uno, el de los Rosarios de los domingos. El otro, que ha sido su viña espiritual, el de la Buena Muerte, que no sólo le debe su adelantamiento, sino su estabilidad. Fué gran maestro el Padre de morir bien, porque á morir bien se aprende viviendo bien, y fué gran profesor de esta ciencia. Fué, en fin, un maestro continuo de la Buena Muerte; los viernes la enseñaba con palabras y todos los días con obras.

Su devoción al Santísimo Sacramento no pudo ser mayor. Todas las mañanas al levantarse, todas las noches al retirarse, todas las veces que salía y volvía á casa le visitaba. Finalmente, su muerte fué como su vida: santa, suave, resignada, fervorosa. Sólo se le oyó quejar de una cosa: de que moría en Valencia y no en el Japón; en la cama y no en el campo. Recibió los Sacramentos, se encomendó á las oraciones de los

padres, y hablando con Dios, como acostumbraba estando en salud, sábado de la Dominica *in Albis*, á las cuatro de la tarde, siendo de edad de 54 años y 2 meses, abrazado con la Cruz, como dormía ordinariamente en vida, se quedó descansando en los sueños de la muerte.

Ya murió el V. P. Juan Bautista Miralles. Su Religión perdió un ejemplar de la más exacta observancia de sus reglas. Perdió Valencia un acérrimo defensor de la honestidad de los trajes. Perdieron los enfermos un nuevo Esculapio que daba salud cuando la medicina no podía, y perdieron sus hijos quien les fuese en las tinieblas luz, en las tibiezas llama, en las inquietudes verdaderas paz, y en la paz falsa inquietud.

Murió en 1689.

VENERABLE MOSÉN GREGORIO RIDAURA

Este Venerable nació el día 14 de Mayo del año 1641, en la villa de Alcoy: sus padres fueron Juan Ridaura y Vicenta Pérez, de familias muy honradas, y aun nobles, como consta en las pruebas que se hicieron en el Real Colegio de Corpus-Christi para admitir á nuestro Padre. Sus conveniencias fueron cortas, pero mucha su cristiandad.

Madrugó muy aprisa nuestro Venerable para buscar la luz de la verdadera sabiduría, y ofreció desde luego su tierna cerviz al suave yugo de la Ley Divina. El tiempo que los niños pierden en juegos, lo empleó dignamente en la devoción. Aun no podía estar de pies, ya arrastrando se iba al templo, oía Misa todos los días y asistía á los Oficios Divinos. Ya conocía, como corderillo del rebaño de Cristo, la suave voz de su Pastor, que como imán le atraía dulcemente; no dejaba de oír Sermón alguno. En fin, pasó su niñez ó en el templo, ó en el estudio, ó en servir á sus Padres, y el tiempo que le sobraba, le ofrecía á María Santísima, repitiendo en su veneración muchas veces cada día el Santo Rosario.

Su padre le trasladó á esta ciudad de Valencia para que adelantase en los estudios; y así como otros niños apetecen ver las curiosidades, él pidió que le enseñase las Imágenes de más devoción, y desde entonces principió á visitarlas, continuándolo así hasta su muerte. Todos los que testificaron en las pruebas que hizo el Colegio de Corpus-Christi, son contes-tes de su vida irrepreensible. Admitido en aquella Real Casa, creció por puntos, especialmente ayudado de la dirección de aquel gran Maestro de Espiritu, el Venerable Padre Domingo Sarrió, con quien se confesaba. Todos le amaban, todos le respetaban y atendían como dechado de virtudes. Por esto, pasados los años que le habían señalado por término en la primera elección, le eligieron segunda vez.

Vivía en la plaza de la Seo, punto de los mayores concursos. Nunca buscó que ver, ni dió libertad á sus ojos para que vieran ni fiesta, ni diversiones, ni publicidad, ni aun los adornos de los templos; hasta hizo escrúpulo de haber escuchado con algún apego la música del Coro. Trataba su carne de modo, que no pudiera hacer más; si estuviera muy robusto, el sueño que tomaba era muy corto, se recogía muy tarde, y salía de su cuarto á las cuatro de la mañana. Su cama era poco menos que una cruz, dos tablas y un colchoncito tan grueso como ellas, sin añadir más ropa en invierno que en verano. Se ponía piedras en los pies, para no dar paso que no le causase pena. Consta que tenía cilicios y disciplinas; pero el modo con que de ellos usaba, nos lo ha ocultado en cautela.

Estudió con cuidado la filosofía, teología eclesiástica y moral, y de ésta dió bastantes muestras en las oposiciones que hizo á dos curatos, en los que respondió con satisfacción de los examinadores. Siendo Sacerdote, tenía en su compañía á un hermanito suyo y además de servirle le trataba de v. m., pues á todos miraba más elevado que á sí. El excellentísimo señor Arzobispo Rocaberti le rogó que habitase en su palacio, en el cuarto que quisiera, y otras personas de la mayor esfera de España intentaron por muchos caminos tenerle cerca, pues todo lo venció su humildad. Una túnica sola, capa breve y el libro, que siempre llevaba bajo del brazo;

la cama tal como se ha dicho arriba, la tuvo prestada mucho tiempo; una sillita de cuerda, una mesita y el breviario fué todo lo que trajo á la casa en que murió. El vestido interior tan remendado, que apenas se podía saber de qué materia fué en su principio. En fin, la Religión más austera no hallaría menos su pobreza imitándole. De noche salía á visitar á los enfermos, y á más de consolarles y exhortarles á la paciencia, les daba á unos una porción de carne, á otros cuartos de aves y á otros dulces. Era incansable en los oficios de caridad.

Su oración era continua. Se levantaba á las cuatro de la mañana y hasta las siete estaba en recogimiento: iba luego á comprar ó mercar para él y para los pobres, y después pasaba á la iglesia, ó para residir en el Coro, ó para cuidar de la capilla de San Sebastián. Concluido el Coro, algunas veces se retiraba á hacer oración en la Sacristía de dicha capilla, y cerraba las puertas, para que no pensasen que estaba allí.

Por estos pasos de continua y devota oración, llegó el Venerable Padre al monte Santo del incienso, en donde al soplo suave de la contemplación, encendido el amor á Dios, derrite al alma y la une con su amado. El Señor le admitió á aquel ósculo de caridad, que es el descanso de las tareas de los justos en esta vida.

Vivió siempre con grandes deseos de visitar los Lugares que el Señor santificó con su presencia y Pasión, y hablaba con singular gusto de este asunto. Ordenado de Sacerdote, en el tiempo de decir Misa y dar gracias se sentía con tanto espíritu y consolación, que dijo á su confesor: Si duraran mucho, no las podría tolerar mi flaqueza. Cuando corría por su cuenta el cuidado de la capilla de San Sebastián, que fué mucho tiempo, cada dia la barria él mismo.

La muerte es infalible y entero eco de la vida. El Señor vió ya perfecta esta Azucena, porque en 63 años de vida, había llenado siglos de virtudes, y resolvió cogerla para trasplantarla en el pensil del Cielo. A mediados del mes de Julio se le agravaron sus accidentes ordinarios y el día 24 del mismo bajó al patio de su casa, consoló á ciertas personas, que le buscaban para una limosna. Se confesó con ánimo de cele-

brar el siguiente día que era San Jaime, y dijo todo el rezo. Pasó la noche en vigilia y con los dolores más agudos, y así no pudo decir Misa; pero la oyó en la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, recibiendo de ésta su celestial Patrona la última bendición, y habiendo regresado á su casa le sobrevinieron unos accidentes tan mortales, que el médico mandó que lo sacramentasen, noticia que recibió con mucha alegría y devoción, y comulgó fervorosísimo, á las nueve de la noche; cuatro horas antes de expirar, pidió que se le administrase la Extremaunción. Diéronle un Santo Crucifijo, que le apretó tan estrechamente en sus manos como le tenía en el corazón con su abrasada voluntad, y el sábado 26, día de Santa Ana, su singular Patrona, y á la una de la mañana murió.

Luego que se supo, la casa se llenó de personas de todos estados á venerarle, y conseguir algo de su ropa ó alhajas. Creció tanto el concurso, que para evitar tumultos, apresuraron el entierro. Diez y ocho ó veinte Beneficiados se presentaron para llevar el féretro. Así le llevaron á la iglesia donde se celebraron solemnemente visperas y se hizo el Oficio de sepultura. De sus hombros pasó al ataúd, que por orden del Ilustre Cabildo, que quiso con esta singular honra señalar á nuestro Venerable difunto, estaba prevenido, y en él mandó inscribir su nombre.

El Ilustre Cabildo celebró sus Exequias con gran magnificencia, predicando el sermón fúnebre el Dr. Miguel Sanchis, Beneficiado de la misma Santa Iglesia, y presbítero de la Congregación del Oratorio. Año 1696.

V. MARIA NAVARRO

Esta Venerable nació en el lugar de Almacera y renació la vida de la Gracia por el Santo Sacramento del Bautismo, porque siempre conservó aquella primera gracia, sin haber

cometido pecado mortal en toda su vida, como aseguran sus confesores. Para vivir siempre en el Señor y no perder jamás su gracia, puso tanto cuidado y desvelo en no cometer pecado venial, que aseguran sus expresados confesores que de la vida presente no le oyeron pecado venial advertido y que aun lo que confesaba de la vida pasada para asegurar la materia de la absolución, era con tan poca advertencia, que solamente era lo preciso para recibir el Sacramento de la Penitencia.

Padeció tantos trabajos, aflicciones y penas esta sierva de Dios, que como dice su padre espiritual: *era necesario un cronista sólo para escribir lo que padeció*, pues habitualmente padecía una grande opilación con una calentura lenta casi continua, dolor gravísimo del pecho é hinchazón de todo el cuerpo, cuyos accidentes crecían á veces tanto, que la afligían sobremanera, y unos vapores tan penosos, que parece le habían de hacer arrojar el alma. Esto era bastante cruz para que llevada con tanta paciencia y resignación como la llevó, mereciese mucha gloria.

Además las disciplinas que toda su vida usó fueron de sangre; las tomaba tres y cuatro veces al día, y con tanto rigor, que llegaba á desmayarse. Llevaba á raíz de las carnes un penoso cilicio que se lo quitó la que le asistía dos días antes de morir.

Todas las semanas visitaba las enfermas del hospital y su ejercicio no era solamente consolarlas con amorosas pláticas, sino también las servía con piadosas y humildes obras de caridad: también hacia otra mortificación cuando aun vivía en su lugar de Almacera. Vestíanse pobremente ella y otra compañera, venían á la sopa de los conventos y comían con los pobres. Asimismo con hábito de pobres pedían limosna por las calles de la ciudad, y como eran de buena salud y edad, las reprendían unos y otros como al parecer se merecían; pero ellas llevaban estas reprensiones con humildad y silencio, y si alguna limosna recogían la daban á los pobres.

Muchas fueron también y muy excelentes las virtudes con que esta Virgen sirvió y agradó al Señor; se vió varias ve-

ces arrebatada en espíritu que el mismo Señor y la Santísima Virgen, San Agustín, Santo Domingo, San Ignacio de Loyola y otros Santos la vestían unos riquísimos vestidos, todo misterioso y significativo de las admirables virtudes de que estaba enriquecida por la poderosa y liberal mano del Señor. Y últimamente fué objeto y materia de su devoción Jesús Nuestro Señor glorioso, como premio que es de los justos en el Cielo. Cuando consideraba que podía pecar y perder tanto bien, se llenaba de un temor tan grande, que no podía disimular, por las muchas lágrimas que derramaba, y con las lágrimas en los ojos, pedía humilde á los que trataba que rogasen á Dios por ella, para que no se condenara ni se privara de la Gloria. Después del amor y devoción á Jesús, tenía el de amor y devoción á su Madre María Santísima, á la que le rezaba cada día con mucha devoción el Rosario entero con los quince misterios, pasando además muchos ratos en oración delante de la Imagen de María, recibiendo de ella muchos consuelos y favores; así fué, que del amor y devoción á Jesús y María, le nació una grande devoción á los gloriosísimos Santos Joaquín, Ana y José, por ser éste Esposo y aquéllos Padres de María y Abuelos de Jesús. También lo fué del Patriarca San Francisco, pues profesó en su tercera Orden.

Con estas virtudes perseveró esta Sierva del Señor hasta su muerte, teniéndola muy dichosa con el Señor en el mes de Julio del año 1696, siendo enterrada en la capilla de la Purísima en la iglesia de la Compañía como lo tenía pedido en vida.

Sus exequias se celebraron en la Iglesia de la Casa profesada de la Compañía de Jesús de esta ciudad de Valencia el 30 de Octubre de 1696, predicando el sermón fúnebre el Dr. D. Marcelino Siuri, Pavorde de la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia y Catedrático de Sagrada Escritura en su Universidad.

LA V. MARÍA SOR JOSEFA INÉS DE BENIGANI

El día 9 de Febrero de 1625 nacieron en el pueblo de Benigani dos gemelos, hijos de Luis Albiñana, labrador, y de Vicenta Gomar su consorte. Uno de ellos niño, murió después de bautizado con el nombre de Agustín, y el otro una niña llamada Josefa Teresa, que es á la que se refieren estos apuntes.

Desde su niñez procuraron sus padres instruir la en las enseñanzas católicas, y la buena índole de la hija la hizo adelantar rápidamente en el conocimiento y amor de Dios y en la virtud y pureza virginal. Murió su padre dejándola de poca edad, y con su madre y una hermana fué recogida por un tío suyo, en cuya casa continuó su vida ejemplar, apartada del bullicio y halagos del mundo, dedicada á las prácticas religiosas y á la devoción que en particular tenía á la Santísima Virgen, á San José y al Arcángel San Miguel.

Siendo ya joven y tratando sus tíos de casarla, rechazó las proposiciones que le hicieron y manifestó que sólo deseaba ser esposa de Jesús. Para esto, después de muchas insistencias consiguió ser admitida como aspiranta en el Convento de Agustinas Descalzas de la Purísima Concepción en la misma villa, el día 25 de Octubre de 1643 á los 18 años de edad. El 26 de Junio de 1644 vistió el hábito como religiosa de obediencia y profesó con incomparable gozo de su alma el 27 de Agosto de 1645, con el nombre de Sor Josefa María de Santa Inés. Extremo era el contento en que rebosaba al verse en posesión del cumplimiento de sus deseos y en la condición inferior y humilde de lega. En verdad que no se distinguía ni por sus cualidades personales, ni por su perspicaz inteligencia, pero de su recto corazón y ardiente fe

brotaban sencillas y fervorosas expresiones que demostraban su candidez y su eficaz vocación. Cuando al verla incansable en continuas tareas sus compañeras le indicaban que amenguase algo el trabajo, respondía muy placentera: «Gracias á Dios que podemos trabajar en su casa.»

Satisfecha vivía de este modo la Venerable Madre, cuando reconociendo las otras religiosas las muchas gracias que el Señor había depositado en su alma, juzgaron por conveniente hacerla monja de Coro. Accedió é intervino en ello D. Martín López, Arzobispo de Valencia, y le confirió el velo negro en Noviembre de 1663. Caso milagroso fué desde entonces que siendo la Venerable ignorante en la lectura, seguía á las demás religiosas en todos los cantos y rezos canónicos, no sirviéndose de Breviario, sino de un librito del Oficio Parvo, muchas veces puesto del revés, dentro del cual tenía una estampa del Santísimo Ecce-Homo, á la que fijamente miraba para no incurrir en equivocaciones; mas así que salía del Coro volvía á su ignorancia anterior.

Trascurrió pacíficamente su vida, siendo un tejido de virtudes y merecimientos. Continuamente estuvo favorecida por agradables visiones, y con sus penitencias y por su intervención conseguía éxitos milagrosos, por lo que de todas era respetada y venerada. Así llegó á la edad avanzada, sin que decayese su espíritu ni amenguase su amor á Dios, deseando el momento de llegar á verle en su celestial morada. Por fin el Señor le dió á conocer la proximidad de su muerte y llena de alegría se despidió de las personas de su afecto. Comenzó luego su última enfermedad, que resistió resignada, á pesar de ser penosa y dolorida, viniendo á fallecer sábado 21 de Enero, día de Santa Inés, cuyo nombre llevaba en el año 1696 á los 71 de su edad.

Cuatro días estuvo el cuerpo de la Venerable en el féretro, visitado por multitud de gentes y sin descomposición alguna, hasta que colocado en una arca de plomo, dentro de otra de madera, cerrada con cuatro llaves, se enterró con toda solemnidad.

El 6 de Mayo del mismo año le celebraron exequias por espacio de tres días, costeadas el primero por la Comunidad,

el segundo por el pueblo y el tercero por el clero, todos tres con sermón de honras.

Desde entonces viene sostenida la devoción á la Venerable Madre y la opinión de su santidad; de modo que varias veces se ha tratado de su beatificación, pero con más esperanzas al presente, que por momentos aguardan religiosas y pueblo ver realizados sus deseos de que nuestro actual pontifice la eleve al honor de los altares.

V. P. FR. VICENTE VITOR

Fué el Venerable Padre Vitor de una sencillez y grande humildad y tenaz en el cumplimiento de las Constituciones. Hijo del Real Convento de Predicadores, fué algunos años lector de lengua santa. Por la mucha devoción á San Luis Bertrán fué á las Indias á recoger limosnas para la Canonización. En aquellas regiones estuvo 22 años predicando con apostólico celo y espíritu. Rehusó con humilde modestia los provincialatos de Santa Cruz, Santa Fe y Guajaca.

Habiendo regresado de las Indias, contaba muchos milagros de San Luis. En la secuela del Coro diurno y nocturno era continuo, y en el ejercicio de la oración mental empleaba muchas horas, tan absorto, que dicen fué visto una vez elevado de tierra hasta lo alto de la mesa de un altar.

Finalmente, recibidos los Sacramentos, murió pacíficamente el día 8 de Julio del año 1696, á los 73 de su edad. Siendo enterrado al siguiente día en la Capilla de San Luis, junto al sepulcro del Venerable Padre Fr. Juan Micó.

V. AMBROSIO NAVARRO, PRESBITERO

El Venerable Doctor Ambrosio Navarro nació en la ciudad de Játiva el 7 de Diciembre de 1659; pero considerándose pasajero en este mundo desde el momento de nacer hasta el de morir, desde el Oriente de la cuna hasta el ocaso de la tumba, determinó el pasaje en el barco del Príncipe de los Apóstoles San Pedro para que su navegación no fuese aventurada, sino muy venturosa, sin más título que el de Beneficiado en esta Colegial, porque su deseo nunca fué de mayor prebenda, pues solía decir que no podía obtener más sagrada ni más elevada dignidad que la del sacerdocio.

Vivía en la ciudad como si estuviera en un desierto; á pesar de estar tan venerado de todos sus paisanos, vivía como si estuviera perseguido de todos, pues se negaba á todo trato humano: aun para los de su casa se portaba como si viviera en una cueva, entregado todo á la meditación y al espíritu, en términos, que en una ocasión le llamó uno de los criados de la casa, y viendo que no respondía, entró en el aposento de nuestro Venerable Doctor, y encontrándole arrodillado, repitió los gritos, y con ellos principió á menearle y moverle el cuerpo, de cuya elevación de espíritu ó éxtasis vuelto nuestro Venerable, después de haberle reprendido mucho por haber entrado, le encargó que á nadie dijese lo que había visto.

Ayunaba tres días á la semana, que eran miércoles, viernes y sábado, con el mismo rigor que el Viernes Santo, siendo el ayuno de éste sólo pan y agua: y si el jueves predicaba por la tarde no se desayunaba hasta después de haber predicado, lo cual hacía siempre que predicaba, dándose todos los días una sangrienta disciplina. Vivía en la ciudad como un Antonio, retirado del comercio, como si no hubiera mas

que él para el trato; mortificado entre abundancias, austero y penitente entre regalos; disciplinas y cilicios á su cuerpo como si fuera de mármol. Así vivió nuestro Venerable Doctor Ambrosio Navarro en su patria natal.

Dormía siempre en el duro suelo, y cuando alguna desgana le privaba, sobre una arca ó apretada silla, y esto á vista de una buena cama; comiendo poco y muy desazonado, á pesar de las instancias que su hermano le hacía.

Para mejor alabar á Dios siempre se disponía con dos horas de oración para decir Misa, cuyo sacrificio y prevención nunca omitió, sino por grave enfermedad. En el Coro, con los ojos cerrados cantaba siempre, y si el del lado le preguntaba acerca del Oficio Divino nunca le respondía.

Al fin cayó enfermo de gravedad, hizo testamento, mandando que el día de San Francisco de Borja hubiese sermón todos los años en su iglesia Colegial de Játiva, constituyendo la anual limosna del sermón su pobre renta, que nunca cobró. Muriendo después de recibir los Santos Sacramentos á los 44 años de edad, dejando de existir al rayar la aurora del día 5 de Diciembre del año 1703.

Todo el tiempo que estuvo el cuerpo en su casa no se vaciaba de un numeroso concurso, y muchos de los que entraban, apenas divisaban el cuerpo, se descubrían y se arrodillaban. Cuatro señores jurados con sus garnachas le sacaron en hombros de su casa y en hombros lo entraron en la iglesia. Sus ropas se las llevaban de su casa como reliquias y se experimentaron muchos y pasmosos milagros al tocarlas.

FR. AGUSTIN ÁVILA

Este fué Religioso Franciscano de la provincia de Valencia y natural de la villa de Cocentaina. Pasó á Guatemala, donde vivió cuarenta años, sirviendo de ejemplar por sus muchas y grandes virtudes monásticas.

En el mismo día de su fallecimiento, que fué á fines del siglo XVII, se predicó en la iglesia de su convento el *Elogio fúnebre*, en que después de ponderar el orador su profunda humildad, su penitencia asombrosa, su celo apostólico, sus éxtasis frecuentes y otros prodigios singulares de santidad, añadió: *que desde la fundación del Orden Seráfico apenas se encontraría un hijo de San Francisco que hubiese observado con más perfección que el P. Avila la regla de su Santo Patriarca.*

Este Venerable escribió un libro de la explicación de la Doctrina Cristiana en lengua Kiche.

V. FR. NICOLÁS VALLS.

Este Venerable nació en la ciudad de Játiva el año 1627, y antes de nacer, en cinta estaba Isabel Gisbert, esposa de Luis Valls (que así se llamaban sus padres), de nuestro Venerable, y pasando cierto día una mula tan soberbia como indómita por donde estaba dicha señora, la tiró tan terribles coces, que le dejó estampados en su vientre los clavos y las herraduras; quedó afligidísima su madre con tan espantosa desgracia, y más se lastimaba del niño que tenía en sus entrañas que del dolor que la tormentaba. Acudió para su consuelo una buena señora llamada Jerónima Llácer, cuya virtud fué en Alcoy tan admirada, y consolando á la paciente la dijo: *No tienes que afligirte, que el niño que llevas en tus entrañas no está muerto; hoy es día de San Nicolás Obispo, ofrécelo al Santo y tendrás en tu parto muy feliz alumbramiento.* La afligida madre le contestó: *Pues sea niño ó niña ofrezco el ponerle el nombre del Santo.* La buena mujer le replicó: *No es niña, sino niño.*

Llegó el día del parto y tuvo un éxito feliz; parió al niño y le pusieron por nombre Nicolás, mostrándose muy agradecida al maravilloso Santo. De manera que antes de nacer, ya le impusieron el nombre que había de llevar. Nombre que interpreta: el amado del Señor.

Desde su niñez se preció nuestro Venerable Nicolás de ignorante en el mundo, para ser verdaderamente sabio en el Cielo.

Fué Religioso Agustino, y estando en el Convento de Valencia y siendo maestro de estudiantes, se empleó por tiempo de seis meses en el humilde ejercicio de cocinero, sin faltar un momento á los actos literarios que pertenecian á su oficio.

En Játiva, siendo Prior, amasaba cal, remendaba los aparejos del mulo, y de ordinario le hallaban en el huerto regando los árboles; y era cosa de admirar verle cuando llovía con un capazo de esparto á la cabeza y una estera á las espaldas conduciendo y guiando el agua á los árboles. Y siendo Prior, algunas veces empleaba al portero en algún otro ejercicio, y entretanto tomaba las llaves de la portería y hacía de portero, y nunca estaba más gustoso y alegre que cuando se empleaba en los humildes servicios.

La virtud de la caridad estuvo tan retratada en su alma, que según confesión de muchas personas, parece curó de varias enfermedades su caridad fervorosa, que parece tienen visos de milagrosas. Fué muy dado á la oración; se retiraba al huerto y allí oraba, oyéndosele muchas veces tiernísimos suspiros de lo más íntimo de su corazón; pero en donde con más frecuencia solía orar era en el Coro, donde por la noche tenía tres horas de oración, y en el dia toda la que podía. Con estas meditaciones plantó en su alma un vergel de todas las flores hermosas de virtudes, alcanzando por este medio el Venerable Padre singulares favores de la Majestad de Dios.

Era tan singular el gozo que tenía cuando llegaba el jueves y la octava de la Asunción de Nuestra Señora, que no cabía la alegría en su pecho y la manifestaba muy marcada en el rostro.

Venga, pues, venga en este día al Cielo, supuesto que en estos días se mostró tan devoto, venga á recibir la corona en este dia, pues en él se abrasaba su corazón en devoción fervorosa (así lo dirían Hijo y Madre), y así lo podemos piadosamente creer, fundados en la ardiente devoción que llegaron á experimentar su confesor y otros muchos.

Cogiendo flores se hallaba cuando le cogió un accidente,

pues todos los jueves cuidaba de adornar el altar, haciéndole este obsequio á Cristo Sacramentado, y estando en este empleo le llamó la Majestad de Dios para premiarle.

El empleo ordinario del Venerable Padre Nicolás era cuidar de las flores para adorno del Santísimo Sacramento; por eso le busca entre las flores, porque el cultivo de éstas era su más continuo ejercicio y en ellas manifestaba el amor ardiente que tenía á Cristo Sacramentado y á María Santísima Nuestra Señora en su Asunción Soberana, adornando su cama con flores odoríferas y fragantes aromas que á cuidados de su ardiente celo criaba con mucho gusto y aplicación al trabajo. Estas devociones y este amor á los Santos aprendió el Padre Nicolás en la soledad y en las horas de silencio.

Finalmente, cuando la muerte le fué á buscar estaba en el huerto, donde le sobrevino un accidente mortal, que privándole los sentidos no pudo recibir luego los Sacramentos. Mas suspendióse un poco de tiempo de aquella carrera, que con tanta velocidad continuaba; volvió en sí, y en aquel breve rato le administraron los Santos Sacramentos, los que recibió con singular ternura de su alma, y acabado de recibir aquel favor tan inmenso, le volvió á repetir con más rigor que antes el accidente, privándole otra vez de sentidos, hasta que concluyó su última despedida entregando su alma en manos de su Criador el día 12 de Agosto del año 1706, á la edad de 79 años.

V. P. MELCHOR RUBERT

Este Venerable fué natural de la villa del Puig y Religioso de la Merced del mismo.

Nació en una de las heredades ó alquerías de su término, como consta de su Profesión, el P. Fr. Melchor Rubert, hijo de Vicente y de Felicia Monzó. Murió en Orán el día 1.º de Noviembre del año 1707, en defensa del castillo de San Gregorio,

habiendo sido su vida muy religiosa. Predicó desde lo alto de la brecha con un Crucifijo en las manos contra la licenciosa vida de los turcos y renegados, y con una espada en la mano derecha, haciendo las causas del Rey del Cielo y de la tierra, rindió gloriosamente su vida al impetu de innumerables balas que atravesaron su cuerpo; con el odio que concibieron los moros á su persona por su religiosa y cristiana defensa, le colgaron en el campanario de dicho castillo, haciéndole dar vueltas como si fuera campana y dividieron su cuerpo en muchos trozos y menudas partes, llenándole de oprobio. Su Breviario, teñido y rubricado con su sangre, se puso para memoria en el archivo del Real Convento del Puig, según consta por nota puesta al pie de su Profesión (1).

V. P. M. FR. JOSÉ BONO

En la villa de Albaida nació este sabio y penitente varón el año 1658, y vistió el hábito en el Real Convento de Predicadores, año 1674, en donde emprendió tan de veras el ejercicio de las virtudes, que ya en el año de la probación se hacía admirar de los más adelantados. Ya profeso, considerando la estrecha obligación que como á Religioso Dominico le incumbía de aplicarse al estudio, no dejaba perder un ápice de tiempo; antes bien, se privaba de los paseos á que rara vez salía y perdía algunas horas de descanso, pues por lo regular estudiaba hasta la media noche. Esta aplicación, junto con lo adelantado de su ingenio, le sacaron famoso estudiante, y los Prelados, considerándole tan benemérito, le mandaron leer Filosofía y después Teología, lo que ejecutó á gusto de todos. Estos ejercicios no alteraron el tenor de vida que había em-

(1) P. Francisco Martínez, en la Historia de Nuestra Señora del Puig. Cap. VIII, pág. 226.

prendido, sí que le servían de estímulo para caminar más fervoroso á la perfección de su estado. Acudía al Coro tanto como podía, y en especialidad á Maitines á media noche, que aun en la más avanzada edad nunca faltaba, y si por algún motivo la Comunidad le dispensaba, él solo se iba á la tribuna á media noche y los rezaba, conservando esta costumbre aun el día que había de leer de puntos. En la abstinencia fué raro, pues á más del ayuno continuo, no comía mas que unas sopas hechas con agua sin aceite ni sal, en donde envolvía requesones y cerezas ó cualquier otro postre que daba la Comunidad, haciendo un mixto insufrible aun á la vista, y algunas veces un poco de salvado como se hace para las gallinas sin gustar el pan. No comió carne después que era Religioso, ni aun estando enfermo, y en veinte años ni pescado. Por espacio de treinta años no cenó mas que unas seis veces por estar enfermo, y por obedecer y porque era domingo. Chocolate sólo tomó unos sorbos en los últimos días de su vida por mandato de los médicos. Tomaba á menudo disciplinas, que por lo regular eran sangrientas. Dormía siempre vestido, y en una cama que más parecía de tormento que de descanso. Su modestia fué tanta, que desde que vistió el hábito no miró el rostro á mujer alguna, ni aun á su madre y hermanas, con comer todos en una mesa y habitar muchas temporadas en una casa. Atraídos por sus virtudes acudía lo más grave de la ciudad á consultar sus dudas y pedir consejo en sus negocios, cuyas resoluciones admitían con admirable consuelo, pues por lo regular las daba por Santo Tomás, cuyas partes sabía de memoria. Fué consultado para las Mitras de Segorbe y Teruel, y en medio de estos honores, era tan bajo el concepto que había formado de sus méritos, que se tenía por el más indigno del convento. Si le hablaban de Prelacias, respondía con donaire: *Yo quiero morir Fray Bono motilón.*

Desde que cantó Misa nunca vistió hábito nuevo ni pedía otro; sólo cuando el Prelado advertía rozaba ya en lo indecente, le llamaba y le hacía mudar, á lo que obedecía y callaba. Las alhajas de su celda se reducían á un Crucifijo pequeño, una estampa de papel de Nuestra Señora y otra de

Santo Tomás con algunas sillas viejas y la librería. En estos virtuosos ejercicios le asaltó la última enfermedad, que previno de estar quebrado por las dos partes, cuyas roturas, causándole grandes dolores, fueron el agua y el fuego con que salió purificado á gozar los eternos descansos de la patria, como piadosamente se cree, el día 14 de Abril del año 1725. Luego que expiró se trocó el grande hedor que habia en la celda, á causa de hacer los excrementos por la boca, en suavísima fragancia, comunicándose ésta á la ropa y demás alhajas de que usaba.

V. RAIMUNDA TAPIA.

Esta Venerable, natural de Valencia, perteneció á la Tercera Orden de Nuestra Señora de la Merced. Murió en 22 de Enero del año 1784, á los 88 de su edad, dejándonos ejemplos de santidad y virtudes, especialmente en el fervoroso amor á Jesús Sacramentado.

V. SOR MARGARITA AGULLONA

Esta Venerable Beata Terciaria de la Orden del Patriarca San Francisco de Asís nació en la ciudad de Valencia: fué muy estimada de las personas de espíritu de su tiempo por su gran modestia y devoción; especialmente el Beato Juan de Ribera, Arzobispo de esta diócesis la honró mucho en vida por sus inminentes virtudes, y después de su muerte dispuso fuera enterrada en el Real Colegio de Corpus-Christi, en un



distinguido sepulcro que se encuentra á la entrada de la Capilla de San Mauro, rodeado de una verja de bronce.

El Reverendo Padre Fr. Jaime Sánchez, Religioso Franciscano, escribió su vida en el año de 1606.

V. GERTRUDIS ANGLÉSOLA

Esta Venerable nació en la ciudad de Valencia miércoles 19 de Junio de 1641. Su padre se llamó D. Miguel Jerónimo de Anglesola, caballero muy virtuoso y uno de los administradores que con ardiente celo concurrieron á la milagrosa fundación de la casa llamada comúnmente en esta ciudad *de San Gregorio ó de las Arrepentidas*.

Nació, pues, nuestra Venerable doña Gertrudis de una familia tan esclarecida, que tiene su antiguo origen y solar en el Ducado de Monblanch, principado de Cataluña, de cuyo apellido hay tres baronías, que son la una Anglesola de *Belpuig de la Honor*; la otra, la de la villa de Anglesola, y la otra la de Anglesola de *Miralcamp*.

Fué bautizada en la iglesia de San Martín (en cuya parroquia nació) y tenía tan en la memoria este dichoso día, que á la edad de 13 ó 14 años le celebraba cada año con particular devoción, solicitando las oraciones de otros para que acompañasen las suyas en rendir al Cielo las debidas gracias de haberla admitido en su Católica Iglesia; por cuyo motivo todos los años hacía celebrar en aquel día 19 de Junio el Santo Sacrificio de la misa. La pusieron en el bautismo los nombres de Tomasa, Vicenta y Gertrudis, y este último le quedó toda su vida y parece que la Providencia Divina dispuso y ordenó esta alteración de nombre contra el regular estilo, haciendo que fuese conocida por el dichoso nombre de una Santa de quien había de salir después tan parecida copia con la imitación de sus admirables virtudes.

Fallecido el padre de nuestra Venerable, su abuelo la colocó cuando apenas tendría unos 14 años en el religioso Convento de la Zaidia, encargándola al cuidado de doña Guiomar de Anglesola, hermana del referido D. Guillem, profesa en aquel monasterio. Luego que estuvo en la clausura, procuró doña Guiomar su tía, educarla con gran solícitud á que la estimulaba en fervoroso celo; así es, que en el corto término de dos años hizo tales progresos su fervor, que pidió con vivísimas ansias la vistiesen el hábito blanco que en aquel monasterio se practica con las que se crían para religiosas, cuya ceremonia se verificó jueves 8 de Agosto del año 1656. Después de este acto, su abrasado espíritu no hacía mas que fervorosos actos de amor, sacrificando todo su corazón á la Majestad Divina, deseando llegar á ser fidelísima y enamorada Esposa suya.

Pasados diez años desde que vistió el hábito, llegó su deseado día para tomar el velo, y poseído su corazón de un celestial alborozo, profesó en presencia del Reverendísimo Padre Fr. Roberto Caballer, Abad del Real Monasterio de Benifará, de la Orden Cisterciense, y en presencia de doña Angela Sanz, Priora, que asistió en lugar de doña Francisca de Villaragut, Abadesa que en aquella ocasión se hallaba moribunda. Desde entonces se la llamó Gertrudis del Santísimo Sacramento, á quien veneraba siempre con reverente obsequio y religiosísimo culto. El gozo que tuvo en su corazón al verse ya profesa, es tan inexplicable, como se puede inferir con saber que cuanto es más difícil de conseguir una felicidad, tanto es después más alegre su posesión y tanto más se estima, cuanto más se desea.

Fué muy amante de la pobreza. Sólo tenía en su celda una cama muy pobre, dos ó tres sillas de cuerda y unos lienzos de muy ordinario pincel, en términos que al tiempo de su muerte sólo se le encontraron dos sábanas propias, pues su intento sólo era vivir en el claustro como perfecta religiosa, y tan humilde, que los tres grados de humildad que señalaban los santos por los más heroicos de tan importante virtud, los practicó la Sierva de Dios doña Gertrudis aun desde sus tiernos años, con tan subidos primores, que no se hallan

fácilmente palabras á su expresión. Tuvo muchas enfermedades y batallas con los demonios, pero el Señor la conservó siempre para sí, porque jamás perdía sus alientos y siempre clamaba por su Divino Esposo. Sus penitencias fueron asombrosas y muy continuas, y lo más pasmoso era ver cómo podía conservar con tanto vigor la animosidad en su cuerpo, al advertir cuán poco ó nada era su alimento. Tan conaturalizado estaba su generoso espíritu con estas penalidades, que no sólo no la enflaquecían sus fuerzas, sino que parece que la infundían más vigorosos alientos, pues permanecía tan robusta como si el ayuno la fuese el mayor sustento.

Fué tan devota al Santísimo Sacramento, que para poder expresar mejor su devoción ardiente á éste tan alto Misterio, parece que hizo servir para abrasado fervor, lo que tanto aprecia al mundo para la vanidad; pues aprovechó mística y alegóricamente los timbres de sus armas en obsequio de la Eucaristía. Por ellas manifestó *en el Campo de Plata* haber logrado con su Virginal Pureza uno de los innumerables frutos de este vino Celestial que engendra vírgenes, y en la candidez del campo la de la Sagrada Forma. Todos los días le adoraba su espíritu en todos los sagrarios del mundo, en donde estaba Sacramentado. Era tan indispensable su comunión cotidiana, que así lo ejecutó hasta el día antes de su muerte, pues sin embargo de hallarse algunas veces postrada y débil, hizo que su compañera doña Rosa Navarro y una de las criadas de ésta, la sostuviesen y llevasen al Comulgatorio.

En 1689 la nombraron Procuradora, en cuyo oficio permaneció cuatro años; en 1693 la eligieron portera, siéndolo también por espacio de otros cuatro años; en el de 1701, la dieron el encargo de Sacristana, en que se mantuvo ocho años, y en 1709 la obligó la Comunidad á que admitiese el cargo de Abadesa, que desempeñó por dos veces, cuya dignidad estaba tan lejos de envanecerla, que como se juzgaba por indigna de ser aún la más inferior del Monasterio, más se confundía, cuanto más superior se consideraba.

Dos años antes de su muerte pudo bastantemente conocerse, que cuanto ejecutaba era con la persuasión de que luego moriría; y un mes antes le dijo al Dr. Jaime Albert:

«Esto parece que no puede durar mucho; bien quisiera ver tales personas antes de morirme.» Eran estas una familia de las conocidas en la ciudad, á quien doña Gertrudis tenía especial afecto, y habiéndoles avisado y acudido á la Zaidía, quedaron todos con singularísimo consuelo. Finalmente, después de recibir los Santos Sacramentos se ausentó su alma de este miserable mundo, asistiéndola á su cabecera Cristo Señor Nuestro, María Santísima, su Glorioso Padre y Patriarca San Benito y otros muchos santos, según lo afirmaron personas de acreditada virtud. Quedó su cuerpo más bello y más blanco que cuando vivía, y tan flexible, como si no le hubiese faltado el alma, manteniéndose de aquella suerte todas las cuarenta y dos horas que estuvo sin enterrar, despidiendo y exhalando una suavísima fragancia, sin duda para testimonio de su candor y pureza.

Como era la noticia tan infausta, se divulgó pronto, y con tan sensible novedad cargó tanto el concurso al Monasterio, que parecía que la ciudad se despoblaba. Pusieron su cadáver en el Coro bajo, á donde todos la veían. Y fué enterrada en el mismo Coro, junto al altar, en donde se guarda la devotísima Imagen de la Asunción, como había deseado siempre. Murió el día 3 de Marzo de 1727, á la edad de 85 años, 8 meses y 12 días, celebrándose sus exequias en la iglesia de dicho Monasterio el martes 16 de Diciembre del mismo año, publicando sus virtudes el Reverendísimo Padre Francisco Miguel, de la Compañía de Jesús, como igualmente el Reverendo Clero de San Martín, por haber sido bautizada y nacida en dicha parroquia; celebró otras exequias en su mismo templo miércoles 3 de Marzo de 1728, cuyo sermón predicó el doctor D. Francisco Ortí y Figuerola, rector entonces de la Universidad y canónigo de su Metropolitana.

V. LUISA ZARAGOZÁ

La Venerable Luisa Zaragoza fué natural de la villa de Carlet, distante de la ciudad de Valencia unas tres y media leguas. Fué casada, y muerto su esposo, entró en la Tercera Orden de Nuestra Señora del Carmen, de la que con el tiempo fué Superiora.

Mientras pudo trabajar no dejó de hacer cuantos quehaceres se le presentaban por delante. Enseñaba á la familia, además de las oraciones, la Doctrina Cristiana y daba una sucinta explicación de cuanto contenía; no se ponía en cosa alguna, como no fuese por consejo ó por mandato de su confesor, y como el Señor la había dotado de buen juicio é ilustrado en gran manera, así es, que tocando á cosas de misterios, los explicaba con tal doctrina, que le parecía no podía explicarlos con tanta propiedad sin tener ciencia infusa como la sabiduría de un santo. Daba saludables y eficaces consejos á las almas, y lo hacía con tal magisterio y discreción, de que Dios la dotó con singularidad, que convertía y mejoraba las almas de sus prójimos, lo cual era una de las más singulares cosas de su vida, en términos que lograba muchas y pasmosas conversiones.

A todos trataba con gran mansedumbre aunque la hubiesen agraviado, á todos amaba con caridad; asistía á los pobres con limosnas en cuanto podía, y á pesar de haber reparado en la quiebra que había experimentado su casa desde que enviudó, no había ejemplar que llegase pobre alguno que no quedara socorrido, ni aun si se ausentaba del pueblo en las limosnas secretas que además hacía.

El día 8 de Mayo de 1685 le dijo á su confesor que tenía ardientes deseos de ser Hermana de la Tercera Orden de Nuestra Señora del Carmen, y así, que por amor de Dios lo

procurase diligenciar, y el día de San Pedro de dicho año viéndola tan deseosa de tomar el hábito, se lo hizo tomar aquella tarde, y estando disponiéndose la Venerable Luisa, recogida en oración en la Capilla de San Bernardo Mártir, hijo también de Carlet, para tomar el santo hábito en la Tercera Orden, que años antes se había fundado allí, se quedó arrobada sin poder responder á quien la llamaba, siendo preciso la llamase su padre espiritual y mandarle fuese á la función, y habiendo obedecido, fué acompañada de multitud de Santos que la asistieron á tomar el hábito, sin pasársele del todo el éxtasis, mereciendo además que Nuestra Señora del Carmen se le apareciese y la dijese: *Que así como San Francisco y los demás fundadores de las Religiones son padres de sus religiosos, así Nuestra Señora era Madre de los de su Orden, y los cofrades de su Santo Escapulario eran sus hijos, como lo son los religiosos de otras Religiones de los fundadores de ellas.*

Llegado el día de la profesión, que fué el día de la fiesta principal de María Santísima del Carmen, 16 de Julio del año 1686, estando en la fiesta se le caía la vela que le pusieron en sus manos por hallarse también extática. La pureza de su alma era tal, que en toda su vida se acordó jamás haber cometido pecado venial; dormía unas tres horas al día y hacía oración ocho horas seguidas.

Al fin, estando en Valencia, enfermó de muerte la Venerable, la humilde y la enamorada de Dios, la Madre Luisa Zaragoza, y habiendo estado en cama desde el día de Todos Santos, del año 1726, se le administró el Viático doce días antes de morir, y en el mismo día del Comulgar predijo quién la había de amortajar, sin encontrarse á la hora de expirar quien estando en su casa no la vería morir, y quién de los circunstantes se hallaría en su muerte, y todo sucedió asimismo; pues de una mujer que siempre había dicho estaría presente, la llamó pidiéndole la mano, y la dijo: *A Dios, hija, que me voy.* Y habiendo pronosticado que en su muerte se hallarían muy pocos, sólo se encontraron tres á la hora de expirar, que fué día de la Purificación de Nuestra Señora, á las siete y media de la mañana del día 2 de Febrero del año 1727, en la ciudad de Valencia y á la edad de 79 años y medio.



Quedó su cuerpo sin señal de las grandes llagas que había tenido en tan larga enfermedad, y todas las veinticuatro horas muy tratable y blando, sobre hacer un gran frío aquel día. Celebráronse sus exequias en el Real Convento del Carmen, el día 29 de Noviembre del año 1727.

V. P. FR. ANDRÉS GARRIDO

Este Venerable fué natural de la villa de Vallada y Religioso de la Real y Militar Orden de la Merced. Le vistió el santo hábito el P. M. Fr. Tomás Barrioverde, Comendador, día 18 de Junio de 1679. Profesó el día 19 de Junio de 1680, en manos del erudito P. M. Fr. Damián Esteban, hijo del Puig y Convento. La nota al pie de la profesión de nuestro Venerable Garrido dice: «Que fué Presentado, Rector del Colegio de San Pedro Nolasco de Valencia y Comendador del Convento de San Felipe (hoy Játiva). Que murió en opinión de Santo y se le probaron muchos milagros.»

Fué doctísimo, pero muy llano y humilde, y tan cariñoso y alegre, que siempre estaba con la risa en la boca. Al tiempo de expirar, como si no ignorara aquel indivisible instante, levantó los ojos tan fijos al Cielo como si lo estuviera mirando, y moviendo los labios muy sutilmente, entregó á Dios su espíritu, con tanta suavidad, sosiego y acuerdo, como si hiciera otra cualquier cosa.

Apenas se levantó la campana para hacer señal de muerto, cuando ya desde la celda del Venerable difunto se oyó un crecido alarido, que creciendo por momentos, quebrantando los seculares de ambos sexos puertas y clausura del convento se llenó el mismo de gente, sin embargo de ser hora alta de la noche; acudiendo todos á la celda del Venerable difunto, arrebatando cuanto podían de la celda, tocando rosarios, medallas y otras cosas del Venerable cadáver, diciendo al propio

tiempo, entre lágrimas y suspiros, que les había faltado la luz, el padre, el socorro y el consuelo.

El lector que desee saber otros más antecedentes de este Venerable Padre, lea el Sermón Historial de Honras que en la villa de Vallada predicó el R. P. Mr. Fr. Vicente Mariano Oliver.

V. JOSEFA MARIA RIERA

La Venerable Josefa María Riera, nacida y reengendrada á la gracia en la pequeña aldea del Puigol, vecina por muchos años de la villa de Alberique, fué dirigida por místicos doctos y rígidos directores que aprovecharon la solidez de su espíritu en todo género de virtudes.

Todo Alberique la aplaudía por una Santa, y hasta todos los vecines de la Ribera del Júcar la veneraban por una alma en quien Dios hacia gustoso su morada; todos concurrían á su casa, atraídos del suave olor de sus virtudes, y hasta los Padres Capuchinos, que profesaban la altísima pobreza, herederos en esto de su Seráfico Padre y Patriarca San Francisco, se pasmaban al ver la desnudez de su ánimo y desprecio de lo terreno cuando abundaba de temporales conveniencias, aplaudiéndola admirados por una de las bienaventuradas almas, que aun viviendo en carne mortal, era ya Señora del Reino de los Cielos. Esta virtud fué compañera inseparable todo el curso de su vida.

Fué Tercera de la Orden del Patriarca San Francisco de Asís, y discurrió que para ser perfecta Capuchina (aunque en el siglo) debía ofrecer á su Divino Esposo una altísima pobreza, á imitación de sus hermanas las Capuchinas. Esta heroica resolución la puso en práctica, con el permiso de sus confesores, haciendo una donación *inter vivos* á la compañera que tenía en su casa, á quien de antemano había dejado en su

testamento los bienes que poseía. Cumplió con puntualidad este heroico propósito, con tal valor, rigor y estrechez, que los alimentos que tomaba y la ropa que vestía pedía por amor de Dios á la compañera, á quien había hecho donación de sus haberes: y si ésta la mandaba algunas veces vestir alguna ropa nueva (aunque pobre), ponía sobre lo nuevo algunos remiendos viejos, y queriendo corregirla, respondía nuestra Venerable Hermana: *Así lo hacen los Padres Capuchinos y mis hermanas las Capuchinas.*

La celdilla de su habitación no tenía más adorno que unas Imágenes de papel, un Niño Jesús, que era el imán de sus cariños, y otras pobres alhajuelas. Su cama se componía de un jergoncillo pobre, tan disimulado, que pasaba plaza de colchón entre los más advertidos. Su almohada una dura piedra, que por hallarse vestida con un lienzo, tenía las apariencias de blanda cabecera.

Si algunas veces quedaba sola en la casa, socorría las necesidades de los pobres que llegaban á su puerta, interpretando prudentemente la voluntad de su compañera, refiriéndole cuando venía lo que había dado de limosna. Contestándole la compañera que hiciese en su presencia y ausencia lo que le pareciere de los bienes de la casa; á lo que respondía nuestra Venerable: *No permita el Señor que yo disponga de cosas que no son mías.*

Cuando entraba en la iglesia, si estaba patente el Santísimo Sacramento, se retiraba al más oculto rincón, de donde sin ser vista de humana criatura, pudiera ver aquel Soberano Pan. Sucediéndole en una de estas ocasiones hallarse de repente circuida de soberanas luces, que originándose de la Sagrada Hostia, ilustraban su alma y cuerpo.

Finalmente, estando ya algún tiempo enferma, sucedió poco antes de su muerte y pasadas seis horas que había perdido el habla, y cuando todos esperaban su postrera respiración, se acordó la que le asistía que no se había valido de la total medicina de la obediencia, que tantas veces le había librado de otros mortales accidentes; mandó luego despejar el cuarto, y habló á la enferma diciéndole: «Hermana Josefa, en nombre de la Santísima Trinidad y de su confesor le mando

suspenda el morir hasta que venga de Onteniente donde está predicando la Cuaresma.» A cuyo mandato, volviendo en sí la Venerable moribunda, con voz muy clara la dijo en idioma valenciano: *Tart ha fet; ya no té remey.* Y al ver la compañera que expiró casi á la hora que tocaban las campanas á la Resurrección del Señor, día de Sábado Santo, se persuadió habría allí algún misterio muy raro, y sin duda fué el querer darle el Señor el consuelo que le merecieron tantas lágrimas como solía derramar los días de Semana Santa acompañando á Jesús en sus dolorosos pasos; y como Dios había prometido que el que en esta vida llorara tendría una risa eterna, quiso en el Sábado Santo del año 1734 darla de su Resurrección la alegría eterna, á la que tanto tiempo había llorado compasiva lo amargo de su Sacrosanta Pasión.

V. P. DR. JOSÉ FLOR Y ROSELL

Natural de la ciudad de Segorbe, hijo de padres honrados, aprendió en aquella ciudad las primeras letras y la gramática, y pasando á Valencia estudió en su Universidad la Filosofía y Teología; hizo tantos progresos en virtud y ciencia, que pasaba muchas horas en los templos, especialmente asistiendo todas las noches al Oratorio de San Felipe Neri, en donde con la frecuente oración radicó en su alma un propósito firme de adquirir y conservar la perfecta sabiduría.

Por este tiempo obtuvo un beneficio en la parroquia de San Martín de Valencia, con cuyo título se ordenó de sacerdote, haciendo una vida ejemplar, ejercitándose en el púlpito, confesonario y otras muchas obras de caridad.

Viendo en nuestro Padre tan caritativo celo le presentaron una capellanía del Hospital general de esta ciudad, en donde con más fervor se empleó en asistir á los enfermos, instru-

yéndoles, consolándoles y ayudándoles á bien morir; no satisfecha aún con esto su caridad iba á las cárceles, en donde hacía doctrinas y pláticas á los reos confesándolos con amoroso afecto.

Llamado por Dios á la soledad, hizo las más vivas diligencias para ser admitido en la Cartuja de Ara-Christi, como lo logró entrando monje en 10 de Junio de 1727, teniendo la edad de 37 años, y profesó en 11 de Junio de 1728. Allí se dió del todo á la oración y continua presencia de Dios, siendo muy puntual en la observancia de las leyes y estatutos de su Religión; fué por dos veces maestro de novicios, Vicario y una Procurador de Valencia, Archivero y últimamente Prior de dicha casa, en cuyo empleo permaneció desde el año 1738 hasta el de 1746, en el que la obediencia le hizo pasar á serlo de la Real Cartuja de Portacœli.

En 1751 volvió á ser Prior de Ara-Christ, haciéndose de día en día más amable á sus compañeros, ganando sus voluntades, asistiéndoles de cuanto necesitaban; era tan puntual en el Coro, que aun estando muy enfermo de ciática iba á él con muletilla, practicando los actos de comunidad con puntualidad y gusto.

Lleno de méritos y virtudes murió, después de recibidos los Sacramentos, en dicha Cartuja de Ara-Christi, el día 24 de Julio del año de 1753, en edad de 63 años, dejando señales de su salvación.

V. FRANCISCA BADÍA

El nacimiento de esta Sierva del Señor fué en la ilustre ciudad de Valencia. Trajo origen de unos padres muy laudables por su honradez, y mucho más por su cristiandad; llámábanse Tomás Badía y Josefa Zapata. Entre las felicidades que el Cielo concedió á estos padres se les puede computar

por muy principal la de haber tenido por fruto de bendición esta hija que nació al mundo día 22 de Abril del año 1711, y renació en el siguiente día, recibiendo en la insigne parroquia de San Juan del Mercado, las aguas del Bautismo, y con ellas los candores de la Gracia que felizmente había de conservar toda su vida, pues se tiene por cierto, no haber jamás manchado la pureza de su alma con culpa grave.

Desde sus tiernos años fué inclinada esta humilde Virgen á las cosas de devoción, debiendo esta buena leche á las santas instrucciones de su madre. Tuvo esta Sierva de Dios la dicha de tener una madre muy virtuosa y tan de los cariños de Dios, como lo manifestó el caso que aconteció á esta su misma hija, á pocos días que Nuestro Señor sacó á su madre de esta vida; pues haciendo oración por su alma, se la hizo ver el Señor toda llena de gloria.

Estas recomendables prendas le acompañaron los años floridos de su juventud, hasta que se iba acercando á los veinte años de su edad. El Señor empezó á llamarla interiormente para Esposa suya, y tan vivamente hirió en su corazón la saeta de la inspiración divina, que sin resistencia, se rindió á la divina vocación y como si tuviera á sus oídos el documento de David, en que dice: *Si oyereis hoy la voz del Señor, no endurezáis vuestros corazones*; sin dejarlo para mañana, se fué esta Sierva del Señor tras de la vocación divina.

Herida esta Venerable del llamamiento dicho, discurría dentro de sí misma qué medio ó camino tomaría para poner en práctica los santos deseos que experimentaba; y ofreciéndosele á su memoria muy al propósito el acogerse bajo el asilo de María Santísima, para que como Madre que es de Mercedes, le hiciese lo que deseaba; para aprovechar en el camino de las virtudes, se resolvió ir á la iglesia de Nuestra Señora de la Merced situada en Valencia (1).

Allí le tenía prevenido la gran Reina de los Cielos un Maestro de espíritu, que diese la primer mano en el edificio espiritual, que quería levantár en esta humilde Virgen del

(1) La iglesia y convento estaba en lo que hoy es calle de Liñán á la plaza de la Merced, incluyendo las manzanas de derecha é izquierda de dicha calle.

Señor: á Éste dirigió sus pasos y le consultó sus deseos. Entendió bien éste, que el llamamiento de esta Sierva del Señor venía de la mano de Dios, y por lo mismo, haciéndose cargo que aquel Señor que la había puesto en el empleo de dirigir las almas, le había puesto también en la obligación de cooperar en los divinos designios, sin detención alguna puso manos á la obra.

En ella adelantó mucho, y en poco tiempo dió principio, renunciando todas las cosas de la tierra y consagrándose gustosa á Dios con voto de perpetua castidad, proponiendo no emplear su corazón en otra cosa mas que en amar y servir á su Esposo Jesús.

Luego se echó de ver que la mano de Dios obraba en esta humilde Virgen con una esforzada asistencia y se descubría más y más de cada día en la ejemplarísima vida que llevaba. Sus padres tenían su vivienda en un puesto tan público como es el Mercado de Valencia; vivían de día en una de las reducidas casas situadas bajo el pórtico de San Juan del Mercado, las que por su estrechez se llaman *Casitas de San Juan*, cuya capacidad se reduce á la entrada, de la magnitud de una pequeña puerta. En esta puerta pasaba el día con la hacienda en sus manos esta doncella, es decir, pasaba el día en la publicidad de un mercado, y que en medio de tanto tráfago y ruido viviera esta humilde Virgen muchos años tan recogida dentro de sí misma como si estuviera en una soledad, tiene mucho de admiración.

Aunque entre el día vivía entre los estorbos y dificultades que acabamos de explicar, no por eso le faltaban muchas horas, en que fuera de los ruidos, se desahogaba su espíritu y su corazón; estas horas eran las que empleaba todos los días en la iglesia, y en donde recibía diariamente los Sacramentos, era la de Nuestra Señora de la Merced, y la misma en que se le abrió la puerta para los adelantos de la vida espiritual. Este templo fué toda su vida el centro de sus descansos y el teatro también de los favores divinos, y con este motivo se reconoció deudora á la gran Reina María Santísima, se encendió en su corazón una devoción tiernísima á tan soberana Madre, la que acreditaba con las repetidas visitas que

le hacía y afectos fervorosos con que la amaba. En fuerza de la singular devoción que la profesaba, se vistió su Santo Escapulario, tomando el Santo hábito de la V. O. T. de Penitencia en la misma iglesia de la Merced el día 30 de Mayo de 1734, y con gran consuelo de su corazón hizo la profesión cumplido el año, en el día 31 Mayo de 1735; y no satisfecha con esto, en protestación de la Pureza Virginal de María Santísima y á la honra suya, usaba ordinariamente de un juboncillo blanco de lana con la divisa y escudo de la Real Orden de la Merced, cuya gala estimaba en más, sin comparación, que estima las suyas el mundo y su vanidad.

No satisfecha aun de pertenecer á la Tercera Orden, deseó pasar á vivir consagrada á Dios en perpetua clausura con las religiosas; pero este deseo nunca tuvo efecto por la falta de medios, ó por mejor decir, porque la Providencia divina ordenaba que su vida religiosa fuese en medio del mundo, para confusión del mismo, y tanto es así, que para que no le faltase el mérito del estado religioso, ni tampoco después el premio que por ese estado le correspondía, se lo dió á entender en cierta ocasión, que estaba esta Sierva suya en la iglesia del Convento de la Encarnación de esta ciudad, á tiempo que las religiosas estaban empleadas en las divinas alabanzas, le dijo su Majestad: *Serás Religiosa después de tus días también*; haciéndola entender con esto que también después de sus días entraría á hacer Coro con las vírgenes religiosas en el Cielo. Y también la Santísima Virgen, tratándola como á una hija amada de su Religiosa Mercenaria Familia, en una ocasión de las muchas con que la favoreció la Soberana Reina de los Cielos con su presencia, extendió su Manto blanco y la cubrió con él. En otra la habló con voz sensible por medio de su Soberana Imagen, venerada en el Claustro de su Convento de la Merced, diciéndola: *eres mía y te quiero para mí*.

Fué muy humilde y caritativa y tuvo gran compasión, especialmente con los pecadores y con las benditas almas del Purgatorio.

La muerte de esta humilde Virgen fué (á lo que se vió) muy conforme al tenor de su vida ejemplar; porque en sus

acontecimientos y circunstancias, se observó una perfecta imagen de la muerte de los justos, que se llama preciosa en los ojos de Dios. La llamó Dios Nuestro Señor por medio de una enfermedad que se componía de muchos accidentes y dolores. Cada uno de por sí era bastante para acabar con su vida.

Como unos cinco meses toleró los sobredichos dolores y dió en todo ese tiempo muestras de lo muy ejercitada que estaba en el padecer, pero el día 8 de Diciembre se confesó y recibió el Sacramento de la Eucaristía con la devoción y afectos de amor que acostumbraba, y sin ser preguntada dijo á su confesor: *Padre, qué suave y dulce está Nuestro Señor.*

Viendo que se acercaba la última hora, suplicó que no retardasen la Extremaunción, porque quería recibirla en pleno conocimiento. Se le administró luego y con particular devoción recibió este último Sacramento. Llegó á las nueve horas del día siguiente, que era el día 9 de Diciembre del año 1754, y sin mostrar especial ansia ni congoja, plácidamente se acercó al último instante de su vida, dando á entender en el modo con que su alma se despedía del cuerpo, que no la pesaba dejar el mundo, y que muy gustosa se iba á la eternidad.

Su virginal cuerpo después de veintiséis horas que estuvo insepulto, estaba casi tan flexible, como si estuviera vivo. Se le dió sepultura en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced de esta ciudad de Valencia, y quedó su cuerpo depositado en el sepulcro común de la Archicofradía de Nuestra Señora de la Merced de la misma, muriendo á la edad de 43 años.

V. JOAQUINA DE LA CRUZ

La Venerable Joaquina de la Cruz nació en la villa de Pego á 20 de Marzo del año 1687, y fué bautizada en la pila de la iglesia parroquial de dicha villa por Mosén Francisco

Estaña, Vicario de la misma. Pusiéronla los nombres de Josefa Joaquina Margarita, pero usó siempre y fué llamada con el de Joaquina. Sus padres fueron Juan Torrens y María Gasco, labradores pobres, pero muy honrados y temerosos de Dios.

Antes de llegar al uso de la razón ya parecía tener esculpida en su corazón la pasión de Nuestro Redentor Jesucristo, de tal suerte, que cuando oía á su madre hablar sobre la Pasión del Redentor, que era con mucha frecuencia, lloraba inconsolable y se deshacía de padecer á imitación de Jesucristo; era tanta la impresión que hacía en la niña Joaquina cualquier cosa que su madre le dijese sobre los trabajos y Pasión de Nuestro Redentor, que como iba descalza en todas las estaciones del tiempo, se afligía en ciertas ocasiones que la mandaba su madre salir de casa en tiempo de nieve ó hielo para una diligencia, y lo mismo era decirle: *Hija también andaba Nuestro Señor descalzo por nuestro amor*, que cesar su aflicción y poner en ejecución el mandato de la madre, buscando la nieve y el hielo para poner los pies, con el fin de padecer por Jesucristo.

Aun no contaba más que los 16 años de su edad cuando contrajo matrimonio en la villa de Jávea con un joven llamado Francisco Catalá, natural de dicha villa; mas aquí fué donde principió á probar las amarguras de la Cruz que tanto deseaba.

Al paso que la Venerable procuraba cumplir las obligaciones del nuevo estado y dar gusto á Dios y á su marido, éste comenzó á entrar en celos. Ocupado, pues, el corazón del marido de la Venerable de furia tan horrible, que por espacio de cinco años padeció los malos tratamientos de su marido, hasta que habiendo oído el Cielo las oraciones de la Venerable y dado fruto de bendición, parecía había de sosegar.

Contento y gozoso al parecer su marido al principio, pensó su esposa Joaquina que había quedado libre de los malos tratamientos que le daba, mas como una calma suele ser precursora en seguida de una furiosa borrasca, le duró muy poco el sosiego, pues á poco tiempo, por un chiste de un amigo, volvió á levantar la cabeza la furiosa pasión de los celos y

principió de nuevo á maltratarla y darla tales pesadumbres, que como élla misma confiesa, estuvo á punto de arrojar la criatura. Cada día la quería quitar la vida como si estuviese loco; se ponía muchas veces bajo de la almohada un cuchillo, haciendo ademanes de herirla. Nuestra Venerable padecía mucho sin comunicarlo ni aun á sus padres; sólo su confesor estaba noticioso de lo que pasaba la pobre Joaquina, y empeñado en aquietar al marido, fué á su casa cierto día y con sus consejos le sosegó algún tanto; pero lo mismo fué salirse que principiar á prorrumpir en disparates y proyectó echarle fuego en la cama estando durmiendo, mas luego que amaneció se fué de su marido. Reconvenido éste por una tía suya abrió los ojos, conoció su yerro, hizo llamar á su mujer, se arrojó á sus pies, le pidió perdón, y vueltos á su casa, se sosegó enteramente y continuó en paz.

Dos frutos de bendición tuvo de su matrimonio nuestra Venerable y los dos varones; vivía ya en compañía de su esposo con una grande tranquilidad. Pero como el Señor la preparaba para esculpir en su corazón la Imagen de Cristo Crucificado, no tardó en volver á golpearla. Murió su marido á los cuatro meses de su segundo parto y quedó con sus dos hijos, sin tener más socorro que sus brazos y la confianza en Dios. No fué sólo este golpe, porque de allí á tres meses la visitó el Señor otra vez con la muerte de su padre. Para mitigar la pena que le ocasionó la muerte de su marido y de su padre, sólo podría quedarle un consuelo, que era el de su madre; pero le faltó también nueve meses después de su padre; siguiéndola dos meses después su hijo mayor, de edad de cinco años, quedándose nuestra Venerable sola con el niño pequeño.

Una noche, día de la Encarnación, le habló el Señor en un sueño y la dijo: «Hija, no quiero que mudes á vida más perfecta.»

Joaquina, luego que amaneció el día, sin detenerse se fué á comunicar á su confesor el aviso que había tenido y á ponerse en sus manos para que la guiase por el camino de la salvación. Lloraba, se afligía y le parecía que le caían todos los montes encima y que moría sin remedio.

Obtenida licencia de su confesor para crucificar su cuerpo con los rigores de la penitencia, ayunaba tres días á la semana, todos los días tomaba la disciplina de sangre, llevaba un cilicio muy aferrado al cuerpo y una cadena á la cintura, tan apretada, que llegaba á encarnizarse, en la cabeza; cuando hacía el Vía-Crucis, se ponía una corona de espinas y en el hombro una Cruz muy pesada. Su sueño era de dos ó tres horas, poniéndose á la cabecera por almohada un ladrillo y la corona de espinas en la cabeza, levantándose todas las mañanas con las espinas clavadas en la carne. En una palabra, no pensaba cosa de mortificación que no la pusiera por obra.

Pidió y obtuvo el hábito de la Tercera Orden de Penitencia de San Francisco de Asís, en el Ermitorio de Jesús Pobre, distante como una legua de la villa de Jávea, vistiéndoselo el P. Fr. Vicente Piera.

Con esta nueva divisa se aumentaron sus fervores para militar en los reales de la penitencia y formarse á imagen de Cristo Crucificado, y profesó en el Convento de Religiosos Descalzos de la villa de Pego.

Habiendo pasado á Valencia el Venerable Directorio le vistió el hábito patente que pidió, vistiéndoselo el P. Fr. Andrés Collado, Visitador de la Tercera Orden, día 6 de Abril del año 1732, domingo de Ramos, en la iglesia mayor de este convento, con un extraordinario concurso.

En esta casa, regada con la sangre de una Venerable Margarita Agullona, de una Venerable Jerónima Dolz y de otras Hermanas que florecieron en gracia y exhalaban por toda la ciudad la fragancia de sus virtudes, fué donde nuestra Hermana Joaquina de la Cruz acreditó este nombre que le dió Jesucristo en una visión que tuvo cuando le vistieron el hábito patente, diciéndola: *Es mi gusto que te llames Joaquina de la Cruz*, y con que fué apellidada en el Beaterio hasta su muerte, porque sin aflojar en los ejercicios de penitencia que hasta entonces había practicado, añadió otros con el fin de quedar enteramente crucificada con Jesucristo.

En los últimos años de su vida padeció gravísimas enfermedades que bastaban para quitarle la vida muchas veces, según élla misma escribe; pero las llevó con tanta paciencia,

igualdad de ánimo y resignada conformidad con la voluntad divina, que admiraba á todos. Recibió con sumo gozo los Santos Sacramentos, y dispuesta con aquellas súplicas y recomendaciones que ya años hace, hacia de su alma al Señor, á la Santísima Virgen, á los Angeles y Santos sus abogados. Llegado el día 22 de Enero del año 1756, día que la Iglesia de Valencia tiene dedicado á su especial Patrono el esclarecido Mártir San Vicente, expiró á la edad de 69 años.

Sus exequias se celebraron en la iglesia del Convento de San Francisco de Valencia el día 2 de Diciembre del año 1805, diciendo el elogio fúnebre el R. P. Fr. Juan Lledó, Lector jubilado y Custodio de la Santa Provincia de la Regular Observancia de San Francisco de la misma.

V. FR. JOSÉ COTS

Fué Religioso Lego del Convento de la Corona de Valencia y nació en Piles, población de la huerta de Gandía: su padre Luis Cots, no pudo darle educación por haber muerto en la edad más tierna de su hijo, ni tampoco su madre Felipa Guillem, por habérsele trastornado el juicio con todo, supliendo esta falta una tía suya y dotado el niño de una bellísima índole, siempre se le advirtió una especial inclinación á todos los ejercicios de piedad. En la escuela le respetaban los demás niños por su gravedad, compostura y trato, y sobre todo por su sencilla conversación. A los nueve años de edad le faltó la madre y se encargó de su crianza una hermana suya que vivía en el Valle de Albaida, y después de cuatro años se encargó de su educación su primo hermano D. Pedro Cots, cura de Pedreguer. Servía á su primo en los Ministerios Sagrados con tanta devoción y reverencia, que era la admiración y ejemplo de todo el pueblo de Pedreguer, en el cual permaneció nueve años.

Desde muy niño le llamaba Dios para la Religión Seráfica y fué admitido primero para Pretendiente del Santo Hábito en el Convento de Alcoy, y después de algún tiempo vino á Valencia y entró en el de la Corona, en donde muy de mañana bajaba á la Iglesia y asistía, sirviendo á las Misas, hasta que la precisión de hacer rosarios para repartir á los fieles le obligaba á volver á su celda. A las nueve de la mañana bajaba á comer cuando comen los demás Religiosos que se ocupan en las limosnas de fuera de la ciudad, y luego se iba á la limosna de huevos que hacía por la huerta, hasta la noche que volvía al Convento. Si era en el invierno se retiraba á su celda hasta hora de refectorio; asistía á este acto de Comunidad y concluido se retiraba á la Ermita del Huerto. Lo mismo hacía en el verano, después de haber cenado ó hecho colación y del refectorio, se iba á la ermita sin que jamás le viesen.

En la ermita permanecía de prima noche; jamás lo observaron los Religiosos, por más que algunos estaban hasta muy tarde en los corredores del huerto en sus ejercicios de devoción, especialmente en el de Vía Sacra. Se oían cantar al Santísimo Niño letras muy devotas, tañendo al mismo tiempo una vihuela, que aunque vieja y de pocas cuerdas hacía muy suave y armoniosa música, siendo así que nadie le había enseñado. Este fué su constante modo de vida por espacio de ocho años, hasta que á diligencias suyas, trasladaron la Santísima Imagen á la Iglesia y se colocó en el altar donde le hemos venerado, hasta hace unos cuatro años (1881), que fué derribada la antigua iglesia del Convento hoy casa hospicio de la Beneficencia.

Colocada la Imagen del Niño, como se ha dicho, en la Iglesia que fué de los Religiosos, ya no podía nuestro Venerable tener sus ejercicios en la Iglesia, sin que fuese visto de los Religiosos; y así como antes iba á la Ermita del Huerto, ahora se retiraba á su celda y en ella continuó su modo de vida como antes en la citada ermita; pero delante de otra Imagen del Santísimo Niño Jesús, que una persona muy devota suya se la hizo labrar como Fr. José la deseaba, según se le había manifestado en una visión.

Cumplidas las precisiones de la obediencia se subía á la celda y se entretenía algunos ratos en formar de barro las Imágenes de Jesús que repartía. Así perseveró invariablemente por espacio de veintidos años que vivió en este convento en el ejercicio de la limosna: en el retiro se le oyó decir muchas veces: *¡Tengo una gana de hacerle una buena música al Santísimo Niño!* Así es que trabajó infatigablemente en procurar la mayor veneración de la Santísima Imagen del Niño, hasta conseguir para su mayor y más perpetuo culto la fundación de una Hermandad, moviendo así á los hermanos para que la obsequiasen todos los años con una fiesta y procesión solemne.

En fin, fué un perfecto Religioso exactísimamente observante de la Regla de su Patriarca el Seráfico San Francisco de Asís, muriendo en el Señor el día 30 de Diciembre del año 1765 y á la edad de 51 años.

Apenas expiró el Venerable Fr. José, principiaron á concurrir al convento muchas gentes, atraídas de un impulso interior que las movía, y cuando se publicó por la ciudad la noticia de su muerte, fué tan numeroso el concurso de todos estados y sexos, que la tarde de su entierro, aunque no paró de llover copiosamente, no cogían las gentes en la Iglesia, Claustros y Sacristía. Las demostraciones de veneración y aprecio que hicieron con el Venerable difunto, fueron tan excesivas, que á no haber sido tan notorias se nos harían increíbles.

V. JOSEFA MARIA BENLLOCH Y ALBORS

Nació al mundo la Venerable Sierva de Dios el día 16 de Marzo del año 1713, en esta deliciosa huerta de Valencia, en la partida llamada vulgarmente de *Arrancapinos*; recibió el Bautismo en la iglesia parroquial de los Santos Juanes, reci-

biendo el nombre de *Josefa*. La criaron y educaron cristianamente sus padres José Benlloch, Familiar del Santo Oficio, y María Albors, labradores honrados y distinguidos por su limpieza de sangre.

Al paso que la niña iba creciendo en la edad, crecía también en las virtudes, creciendo en élla por puntos el santo temor de Dios. Vestía recatada y honesta, y huía de festines y saraos y de otros entretenimientos semejantes, para no mancillar ni por nada la cándida flor de su pureza; pues según afirma su confesor el P. Fr. José Lloret, siempre la observó muy recatada y honesta, como una muy despreciada labradora, y que de esto se vanagloriaba mucho; que siempre, tanto en invierno como en verano usaba de jubón estrecho y negro con mangas justas atadas con broches; sus zapatos negros, llanos y también atados con botoncitos, cubierto el pecho con un honesto pañuelo, y que la miraba como si fuera una Religiosa Recoleta, cuyos deseos sólo eran de asistir á los templos y frecuentar los sacramentos, huyendo de festines y de concursos de gentes.

De edad de 14 años llegó á pisar los umbrales del Santuario Dominicó, titulado de Nuestra Señora de Belén, con firme resolución de pedir el hábito, lo que no tuvo efecto por objetársele al punto, que ni élla conocía á las religiosas, ni éstas á élla, ni que sus padres darían para ello su consentimiento.

A la edad de 16 años sus padres trataron de casarla con José Aparici, joven de cualidades honradas y de familia distinguida en la huerta de Valencia. Hubo de condescender nuestra Venerable Josefa con la voluntad de sus padres, aunque le venía muy contra su genio el estado del matrimonio. Se ejecutó el desposorio. Celebradas las bodas, si bien eran mayores las obligaciones del nuevo estado, tanto era mayor su anhelo en cumplir enteramente con ellas; su conato todo era dar gusto á Dios y á su nuevo esposo, y sin faltar á las cargas del estado, cumplía enteramente con las obligaciones de perfecta cristiana y era todo una mujer virtuosa.

Cinco frutos de bendición tuvo de su matrimonio la Venerable Josefa, dos varones y tres hembras, los cuales crió, educó é instruyó y los dirigió por las sendas de la virtud;

además pagaba un maestro para que les enseñase dos veces al día á leer y escribir y la Doctrina Cristiana. Ponia toda su gloria en la educación de sus hijos, los cuales vió ir al otro mundo por sus propios ojos, ceñidas sus sienes con coronas de vírgenes, como varias veces se lo había pedido al Señor.

A los diez años de matrimonio murió su marido.

Continuando los golpes del Cielo sobre la Sierva de Dios, á una de las hijas se la arrebató el Señor de 13 años; le quedaron dos hijas y un hijo. De aquéllas, pisando la una las vanidades del siglo, á los 14 años, con indecible alegría entró Religiosa en el Convento de Belén, y el hijo que había de ser el apoyo de su madre murió desgraciadamente de edad de 20 años, pues estando en el campo recibió un par de coces del caballo y pasó de ésta á la otra vida en menos de veinticuatro horas.

Luego que se vió desembarazada del lazo de matrimonio y de la prisión de los hijos, se vistió una túnica de lana vasta y áspera; las vigiliass eran casi continuas, las horas de oración eran tres por lo regular y muchas veces cuatro. El ayuno era cotidiano y de una sola y pobre comida, y tres días á la semana á sólo pan y agua, y muchos días pasaba con sola la Eucaristía; las disciplinas eran diarias y con cadenillas de hierro, de suerte, que hasta el piso del aposento y sus paredes rubricadas con la púrpura de su sangre lo dicen, según deponen personas fidedignas, pues sus mortificaciones y asperezas fueron muy extremadas. Su cama era dos troncos partidos de por medio, llenos de nudos y puntas, puestos sobre una arca, en la que los tenía cerrados con llave entre el día para que nadie los viera.

El Señor le reveló sin duda el día y hora de su feliz tránsito á la otra vida, y bien lo persuaden los casos siguientes: Vicenta Bonora, viuda de Pascual Rius, afirma con juramento que pocos días antes de caer enferma la Sierva de Dios, estuvo ésta en su casa, y al despedirse la dijo: *A Dios, ya no nos veremos hasta que nos veamos en la eternidad.* Esta buena señora quedó admirada cuando trascurridos unos quince días supo que la Venerable Josefa había pasado á mejor vida. Lo mismo le aconteció á su hija la Religiosa de Belén, porque habiendo

pasado la Sierva de Dios su madre á verla, á la despedida la dijo: *Que ya no volverá más.* Esto mismo sucedió en diferentes personas con quienes tenía trato espiritual la Venerable.

Visitaba casi todos días la prodigiosa Imagen del Ecce-Homo, que se venera en el religioso Convento de Religiosas de Jerusalén, que era el imán de sus cariños; pero lo mismo era ponerse en su presencia que al punto darle el Señor tan clara luz de este afrentoso paso, que luego quedaba absorta, manifestándole al Señor su amorosísima complacencia, pues cuando se marchaba, por no poder detenerse más, la solía decir su Majestad: *¿Josefa, ya te vas?* á lo que respondía la Sierva del Señor: *Vos sabéis, Señor, que siempre quisiera estar aquí con Vos, y que sola la obediencia me hace ir; pero me consuelo en que en mi corazón os llevo.* Y así se marchaba, abrasándosele su pecho en incendios de amor Divino. Así respondía la Venerable Sierva; porque su confesor la tenía mandado, que siempre y cuando la instase la obligación, se fuera á cumplir con ella, sin atender ni á su devoción, ni á visiones, ni á hablas sobrenaturales.

Fué muy devota de Maria Santísima y del Patriarca San José y de otros muchos Santos Patriarcas; especialmente del Gran Patriarca San Agustín, fué cordialísima devota, profesando su apostólica regla de voluntad, contentándose con ceñir como Cofradesa su preciosa correa.

Por fin, Josefa Benlloch, la Labradora, la Viuda, que así la llamaban comúnmente todos, ha muerto. Prevenida con los Sacramentos de la Iglesia, los recibió con extraordinaria devoción, gran edificación de los circunstantes é indecible consuelo de su alma. Llegó el día 9 de que se había puesto en cama, en cuyo día, que fué el de 23 de Mayo de 1769, á la hora de medio día, á la misma en que en el Real Convento de San Agustín, años antes vió subir al Señor al Cielo, á esa misma hora salió su alma de su cuerpo á gozar su descanso en la gloria, á los 56 años, 2 meses y 7 días de su edad. Su cuerpo exhalaba tal fragancia, como si fuera una fragante azucena. Fué enterrada en la iglesia del Convento del Socorro, en la capilla de los Santos de la Piedra.

Estando rezando el Rosario en sufragio de su alma, la Sierva de Dios abrió los ojos, dió una mirada á los circunstantes y volvió á cerrarlos. También dice lo mismo Manuela Benloch, hermana de la Venerable Sierva, y añade con juramento, que por dos veces vió abrir y cerrar los ojos á la Venerable difunta.

Se publicaron sus honras el día 28 de Marzo del año 1772, por el M. R. P. M. Fr. Tomás Bornai, Agustino, Regente de Estudios en el Convento del Socorro.

V. FR. JACINTO CASTAÑEDA Y PUJAZONS

Este Venerable fué Religioso Dominicano, natural de Játiva, hijo de José, escribano real, y de Josefa Pujazons; nació en 13 de Enero de 1743, pusiéronle por nombre en el bautismo Félix Tomás Joaquín y Tadeo. Vistió el hábito de Dominicos en el convento de su patria, sustituyendo el nombre de Jacinto al de Félix; profesó en 11 de Enero de 1759.

Poco tiempo después le envió la Orden al Convento de Orihuela para hacer sus estudios, en donde fué admirado por sus condiscípulos al ver en él un dechado de virtud. Empezó á estudiar con grande aplicación; pero oyendo decir las muchas almas que estaban destituidas de las luces de la fe en las regiones remotas, sintió vivamente un grandeseo de reducir las é ilustrarlas en la Religión Católica.

Pronto le cumplió Dios sus deseos, porque en Mayo de 1761 se publicó en el Convento de Orihuela la convocatoria, con el fin de alistar Religiosos para las Misiones de las Indias, y pidió desde luego su licencia; y recibida la patente, salió de Orihuela el día 8 de Septiembre de 1761 para Puerto Real, y el 23 del mismo mes se embarcó en Cádiz en compañía de 18 Religiosos de su Orden y otros Agustinos. El día 20 de Noviembre, después de muchos trabajos, llegaron al puerto de

Palapag, en las Filipinas. El día 2 de Junio de 1765 recibió, estando en Manila, la agradable noticia de haberle elegido sus superiores para las Misiones de la China. Se embarcó para dicho punto el día 7 de Octubre de 1765, y después de una navegación de 60 días llegó á las islas de Jainau, desembarcando en Macao.

Habiendo llegado después de algunos días de viaje á Fogau, aprendió allí la lengua del país y principió á trabajar en beneficio de las almas nuestro Venerable. En el espacio de tres años padeció muchas persecuciones, sufriendo una prisión de algunos días y destierro de la China. Salieron de la ciudad de Fogau, entrando en Macao en 3 de Diciembre de 1769, haciendo la tropa china entrega formal de nuestros campeonos al Senado de los Portugueses; pero viendo el Padre Procurador de las Misiones lo acontecido á Fr. Jacinto y compañero, los mandó al reino del Tonkin á continuar allí su ministerio apostólico; aquí continuaron en sus afanes apostólicos, hasta que en 12 de Julio de 1773 fué nuestro Venerable descubierto y preso en un pueblo llamado Kegia, de donde metido en una jaula de cañas fué conducido á la capital del Tonkin, llamada Ke-cio, en compañía de otro Religioso de su Orden, siendo degollados en odio de la fe el día 7 de Noviembre de 1773. Mereciendo que el Oráculo de la Iglesia Pío VI, en la alocución que hizo en 13 de Noviembre del siguiente año, dijese: «Que estos dos atletas de Cristo sufrieron la muerte por la fe ortodoxa, y que por igual causa é igual pena lograron los dos la palma del *Martirio consumado*.

Este Venerable escribió quince cartas llenas de piedad y sentimientos tan católicos, que causan la mayor ternura á quien las lee, las cuales se hallan en el tomo de su vida, escrita por el Dr. D. Vicente Martínez Bonet, impreso en Valencia en 1796, en 4.º

V. GABRIEL FERRÁNDIZ

Este Venerable nació en el pueblo de Paiporta, en la huerta de Valencia, el día 16 de Mayo del año 1701. Su madre se llamaba Gertrudis Barrachina.

A los 5 años de edad cayó desde un granado en la acequia de Moncada, quedando sumergido debajo de sus muchas aguas; estando allí sepultado por espacio de media hora. Al ponerse á comer la familia, su buena madre, como conociese su falta, la avisan y turbada la dicen: ¡Ay, madre! ¡si habrá caído el niño en la acequia? porque nos parece haber oído un grande ruido; y sin detenerse, corren todos tras el padre á la acequia, descubre sobre el agua la gorrita que llevaba el niño, se echa al agua, tiente y le halla, tira todo trémulo, y temiendo sacar de entre el cieno un cadáver, le halla tan sano y alegre como si hubiera estado recostado sobre una cama de flores; se asombra el padre y le pregunta, y oye que le dice muy risueño: *Padre, ni siquiera he tragado una gota de agua; vuesa merced y mis hermanos lloraban y gritaban y yo los estaba oyendo debajo de estas aguas.*

Era un severo censor de los vicios, y hasta los juegos honestos no podía sufrir en los días festivos. Era tanta su parsimonia que nunca jamás probó la carne; y como su buena madre se afligiese porque no medraba por la mucha austeridad con que se trataba, la decía: «No se aflija, madre, que cuando sea Religioso medraré cuanto querré.» Pasaba por las calles, y las gentes, admiradas de su compostura, se llamaban unas á otras y decían: «Venid y veréis al estudiantico santo.» Los maestros, en sus escuelas, no cesaban de proponer éste su querido discípulo por modelo á los demás.

Concluye sus estudios, comunica su piadoso intento de meterse Religioso, con su director, el cual, gustoso y alegre,

ofrece el tratarlo con los padres. Viene, pues, á este Convento de Santo Domingo á comunicarles su dicha y felicidad. Ya sé, les dice, *que las Religiones son unas escuelas de santidad; pero Padres, el pretendiente que ahora les traigo es ya un santo*. Con tan buen informe y unánime consentimiento de todos es admitido y le señalan el día para vestirle el santo hábito.

Novicio era y ya aventajaba á los más veteranos, de manera que en el noviciado era un espejo en que todos se miraban, y los Padres mas graves, admirados de tanta virtud, creían haber venido á pisar sus claustros y morar en su compañía otro segundo Luis Bertrán.

Ya profeso y ordenado de sacerdote fué un varón apostólico y penitente, infatigable en procurar la salvación de las almas.

Murió en el Convento de Predicadores de Valencia el día 5 de Noviembre de 1782, á la edad de 81 años cumplidos.

En sus exequias dijo la oración fúnebre el Dr. D. José Faustino de Alcedo, Canónigo de la Catedral de Valencia.

Este Venerable fué autor de varias obras, y entre otras, publicó:

1.º Rosario de Maria Santisima. Valencia. Impreso por José Tomás Lucas, 1748, en 12.º

2.º Formulario para la Confesión. Impreso por la Viuda de Jerónimo Conejos, 1752, en 12.º

3.º Método fácil para conciliar la meditación mientras se reza el Santísimo Rosario. Valencia. Impreso por José Esteban Dolz, 1756, en 12.º

V. SOR VICENTA RITA AGUILAR

RELIGIOSA AGUSTINA DE SAN JULIÁN

Esta Venerable fué Religiosa del Convento de San Julián y Santa Basilisa, extramuros de Valencia; nació en esta ciudad, en la parroquia de San Martín, el día 23 de Abril del

año 1716. Desde muy niña mostró grande inclinación á la virtud y entera decisión á abrazar el estado religioso. La querían en diferentes Monasterios de la ciudad, pero en ninguno tuvo efecto sino en el citado de Agustinas, donde la admitieron sin haberla visto jamás. Cumplióse en ello lo que mucho antes había entendido su espíritu estando en oración; y el tiempo fué desenvolviendo muchas cosas relativas á esta Sierva del Señor, que por su orden le había anunciado un confesor del Convento de Dominicos del Pilar, con quien confesó no más de una vez mandándola que tomase director de su alma á un Religioso de San Agustín, que por entonces fué el P. Lector Jubilado, Fr. Tomás Candeal.

Es verdaderamente admirable la vida de esta Religiosa. No hubo virtud que dejase de ejercitar en alto grado. Sin faltar á ninguno de los cargos, hasta el de Superiora del Convento, que desempeñó por obediencia, hallaba tiempo para las más crudas maceraciones de su cuerpo y para prolijas horas de Oración, á más de las de comunidad. Las cosas extraordinarias de su espíritu, que á las veces no era en su mano disimular, pusieron en algún cuidado á los Prelados de la Orden, obligándoles á ahondar por sí y por otros en el conocimiento de aquéllas, para el total acierto en su dirección; y como sus confesores la obligaron á escribir varios cuadernos en que diera razón de su interior, pudieron éstos en vida de la Venerable ser examinados por los más famosos Teólogos de Valencia.

Aprobó su espíritu el R. P. M. Fr. Juan Bernal, Mercedario: lo reconocieron por recto y aun por sublime los Padres más doctos de la Orden de Santa Teresa y la de San Agustín, de cuya filiación es el Convento de San Julián, le destinó por largo tiempo en calidad de director al R. P. M. Fr. Tomás Pérez, cuya profunda inteligencia en Teología mística, es bien patente en sus escritos. Este gran práctico animó y confirmó grandemente su buen espíritu é ilustró en lo necesario á los que prosiguieron en su gobierno. Hay motivos para creer que el Señor comunicó á ésta su esposa extraordinarios conocimientos, tanto de algunos pasajes de las Divinas Escrituras y especialmente de los Salmos menos manejados,

de los que sin auxilio de libros hacía importantes y delicadas aplicaciones, como de interiores de algunas personas á quienes para el bien de ellas y gloria de Dios la patentización particular de su conciencia obligó á mejorar de vida y también de no pocas de lo porvenir que anunciaba y literalmente se cumplían.

Murió con todos los Sacramentos en su Convento de San Julián y Santa Basilisa abrazada con un Santo Crucifijo, que con alguna violencia arrancaron de las manos de su cadáver. Fué su tránsito el día 15 de Abril de 1785, á los sesenta y ocho años, once meses y veintitres días de su edad. Su funeral fué concurrido de gentes de todas clases, empeñadas en tocar rosarios y medallas en su apacible rostro y llevarse por devoción las hilas de sus hábitos. Se enterró en bóveda aparte, no lejos del altar del Comulgatorio de dicho Convento.

Algunos años después, con la debida licencia y aun á impulsos del Excmo. Sr. Dr. Fr. Joaquín Compañy, Arzobispo de Valencia, se publicaron sus virtudes y se la hicieron solemnísimas exequias. Por mandato del Prelado de la Provincia fué su elogiador fúnebre el P. Fr. Francisco Hurtado, entonces Lector de Teología en el Real Convento de San Agustín de esta ciudad y Catedrático después de la Universidad. La Parroquial de San Martín colocó en su Sacristía entre los retratos de sus ilustres hijos, el de la Venerable Sor Vicenta Rita Aguilar.

V. FR. SILVESTRE LLANSOL

Este Venerable fué Religioso Recoleta de la Orden de San Francisco, hijo de Mislata, lugar inmediato á Valencia; vistió el hábito en el Convento de la Corona de esta ciudad, en donde después de los estudios fué Lector jubilado y Defi-

nidor de la Recolección en la provincia de San Francisco de Valencia: murió con muy buena opinión en su Convento de la Corona el día 31 de Mayo del año 1788, de cincuenta y ocho años y cuatro meses de edad.

V. FR. FRANCISCO BAELO

Este Venerable fué valenciano y Francisco Descalzo: tomó el hábito en el Convento de San Juan de la Ribera de esta ciudad, y después de su profesión y estudios fué Lector de Artes y Sagrada Teología, y pasando á Roma obtuvo por su fama y virtud los empleos de Guardián del Convento de San Pascual y los cuarenta Santos Mártires, Secretario general de los Recoletos y Descalzos, Viceprocurador general en aquella ciudad y Postulador de la causa del Beato Andrés Hibernón, la que no pudo ver concluída por su muerte, acaecida en aquella capital por los años de 1788.

Este Venerable escribió un libro titulado *Los Milagros de la Santa Ciudad*, el cual se imprimió en Roma en 8.º mayor, llevando al fin del tomo el nombre de su autor.

V. SOR MARIA DE LOS ÁNGELES

Valencia fué la patria y cuna de la Venerable Sor María de los Angeles. Nació en una de las casas de la plaza de la Merced, sábado á 10 de Noviembre de 1731. Sus padres fueron Tomás Millán y Luisa Sacanelles, de humilde esfera y de cor-

tos bienes de fortuna; pero ricos en virtudes, honradez, limpieza de sangre y cristiana piedad; su oficio carpintero.

El mismo sábado que nació al mundo fué bautizada en la parroquial de los Santos Juanes, y hubo por nombre Salvadora.

A los seis años ya estaba perfectamente instruída en la Doctrina Cristiana, en leer, escribir y haciendas, que superaban en edad, y era tan inclinada á leer vidas de Santos y cosas devotas, que nunca se cansaba ni gustaba de otros entretenimientos. Era tal la compasión que tenía de los pobres, que imitando la niñez de Santo Tomás de Villanueva, todo lo que podía coger de casa de cosa de comestibles lo daba á los pobres como los dineros que podía recoger, que á veces escondía bajo las tazas y platos, cuyas inocentes travesuras, hijas de la caridad, aprobó al saberlo su buen padre, maravillado de las inclinaciones de su hija Salvadora, cuya gran viveza sólo se empleaba en huir de las cosas del mundo, en trabajar y servir á Dios.

Rehusó por dos veces el tomar estado de matrimonio que su mismo padre le procuraba con jóvenes honrados; así es que el Señor le abrió de par en par las puertas del claustro, que es lo que la Venerable deseaba y tantas veces había pedido al Cielo por medio de la oración, tomando el santo hábito en el ejemplarísimo Convento de Nuestra Señora de los Angeles, en Ruzafa, el día 9 de Noviembre de 1749, á los 18 años justos de su edad.

Durante el año de noviciado se ofreció toda al Señor, esperando con ansia llegase el día de la profesión para morir al mundo crucificada con la Cruz de Cristo. Así permaneció, pareciéndola siglos los instantes, hasta la noche del día 12 de Noviembre del año 1750, en que apenas hizo los votos en manos de la Reverenda Madre Sor María de San Ignacio, entonces Abadesa, cuando junto con un gran recogimiento que la dió el Señor, se vió delante de sí una visión del Ecce-Homo, y sintiendo un trastorno grande, la acometió tan vehemente dolor de cabeza que le parecía que la traspasen sus sienes con alfileres de parte á parte. Quedándole este dolor por espacio de 38 años, 5 meses y 16 días que han trascurrido desde aque-

lla noche de su profesión, hasta las once de la noche del día 25 de Abril de 1789 en que falleció.

Lastimaba las plantas de sus pies con rallos de hojalata; su cabeza bastante atormentada la tenía con el dolor continuo. Usaba de seis cilicios, dos en las piernas, dos en los muslos y otros dos en los brazos. Ceñía su cuerpo con un cinturón de puntas de hierro de una mano de ancho. Se azotaba con tres géneros de disciplinas, y se azotaba también con manojos de ortigas, y como buena hija del Seráfico Patriarca San Francisco, tiraba á ocultar lo que hacía y lo que tenía de bueno.

En el año 1783, primero de su segunda presidencia, principió á enfermar de muerte; y quedándose en cama, vispera del Seráfico Padre San Francisco, á 3 de Octubre, le administraron el Santísimo Viático, pareciendo que era ya el término de su vida. Desde entonces, aunque dejó la cama y continuó su Prelacia siempre entre penas y mortales agobios, fué continuo su padecer por la lastimosa serie de enfermedades que fueron alternando, ya saliendo de una, ya entrando en otra. El sábado 20 de Diciembre de 1788 la comulgaron otra vez por Viático á causa de una calentura que la sobrevino y se creyó que acabaría con ella; de la cual, teniendo ya recetada la Santa Unción, se libró por un favor celestial. En fin, á principios del año 1789 dejó la cama y continuó en llevar su pesada Cruz, pero siempre al hombro y nunca arrastrando; mas no tardó mucho á caer tercera vez con el peso de ella en la calle de Amargura, que tal fué la carrera de su vida; pues el Viernes Santo, á 10 de Abril, la comulgaron por Viático en la postrera enfermedad en que terminó su vida. ¿Y cómo la terminó?

En fin, viéndose más agoviada el día 24, pidió muchas veces la Santa Unción, y habiéndola recibido al anochecer de aquel día con la mayor edificación y ternura, dijo después: *¿Habrá quien no tenga gana de morirse al oír estas palabras y oraciones de la Santa Iglesia?* Permaneciendo con esta tranquilidad y sosiego en medio de tan repetidos desmayos, á las once de la noche del día siguiente 25 de Abril, estando la Venerable Madre medio sentada, por la sofocación, recostada supinamente sobre el pecho de cierta Religiosa que la sostenía,

recibió la bendición, que se la dió con el Relicario que contiene un dedo de San Luis Beltran, y al punto mismo, sin dar lugar á que se congregare el resto de la Comunidad, acabó de copiar la imagen de aquel Señor, que inclinando la cabeza hacia la parte derecha, expiró.

Su cadáver fué depositado el día 27 de Abril del mismo año, con la debida formalidad, á espaldas del Altar mayor de su iglesia en un panteón construído al efecto, con asistencia del notario apostólico y real, de cuatro sacerdotes seculares por testigos y de la Reverenda Madre Abadesa y Comunidad.

EL V. FR. PEDRO SACANELLES

En uno de los libros de Bautismo que existen en el archivo de la parroquia de la Santísima Cruz de esta ciudad de Valencia, perteneciente al año 1733, se halla la partida siguiente: «Dilluns en vintinou de Juni de mil setsents treintaitres: Yo lo doctor Pere Collados, Vicari, bategi ritu S. R. C. á un fill de Vicent Sequenilla y de Josepa María Noguera, cónyuges: noms Pere, Vicent, Raimundo, Joseph, Padrins, Pere Sequenilla y Inés Polop y de Noguera, y naixqué air. Dr. Pere Collados, Vicari.»

Pues bien, según aparece por la anterior partida de Bautismo, vemos que fué hijo de la parroquia de Santa Cruz. Sus padres Vicente Sacanelles y Josefa Noguera, conocieron la santa índole del hijo desde sus más tiernos años, su aspecto era verecundo y dulce, al propio tiempo, y su porte nada pueril prometía ser un hijo muy sensato, tanto que sus padres decían que Pedro era el mejor hijo de la casa, é igualmente sus Maestros que era el niño más recomendable de la escuela. Desde muy joven quiso ensayarse en la abstinencia cuaresmal, lo cual egecutó con mucho disimulo para no ser conocido, pretestando á la hora de comer, diciendo: *Yo no*

tomaré del puchero porque no acomoda á mi estómago, y esto lo hacía por mortificarse, pues si su madre no le proporcionaba peces ó frutas, con solo pan se mantenía, pretestando siempre que le sentaba mejor la vianda cuaresmal. A esta penalidad añadía la de dormir en el suelo, persuadiendo á los otros hermanos que así descansaba mejor.

Era muy devoto del culto de María Santísima, principalmente en el Rosario, cuya devoción promovía en su barrio. Enemigo de la mentira y dolo, tenía el idioma del Evangelio en su boca, y sus palabras eran sí ó no. Jamás se le oyó pronunciar palabra de engaño contra sus prójimos, ni tomar el nombre del Eterno en sus labios, sino para darle alabanza y adorarlo. Todo él en sus operaciones formaba el retrato de Cristiano.

Después de bien meditado y consultado con su director, se declaró á sus padres, diciéndoles deseaba retirarse á un convento, pues deseaba practicar la vida religiosa; sus padres no se opusieron á su vocación. Una mañana se presentó en casa de sus padres un religioso con orden del P. Provincial de los Mínimos para que el pretendiente Fr. Pedro fuese á vestir el hábito. Recibida con mucho gozo la orden para Religioso de los Mínimos, á que tenía inclinación desde niño, sospecharon luego todos que las satisfacciones extraordinarias de gozo en que abundaba, eran procedidas sin duda de haber tenido aviso anticipado del Cielo para su admisión en esta orden, antes que el P. Provincial lo hubiese participado por oficio.

Ya en el Noviciado, la Comunidad admiraba la santa sencillez del Novicio, y aunque no se notaron por entonces las cosas de edificación que practicaba, con todo, el Maestro de Novicios, hombre práctico en el ministerio, lo oía con agrado, respetaba sus dichos, y luego después de profeso conservaba sus cartas, que no es poca recomendación. Después de profeso Fr. Pedro, tomó por guía la obediencia, por compañeras la castidad y la pobreza, y la abstinencia cuaresmal por escudo contra los apetitos del sentido. Por el fervor de la devoción parecía estar como enagenado y absorto en la presencia de Dios; de suerte que ocupado en su ministerio

solía alguna vez ser llamado y no respondía á causa de estar en atención superior, que absorvía sentidos y potencias; y si se le hacía cargo de no haber respondido, contestaba con santa sencillez: *No lo extrañe usted que yo soy tonto*. Miró al fundador San Francisco de Paula como un Profeta iluminado: consideró la Regla como camino de seguridad, propuesto por el Espiritu Santo; la vida del fundador como modelo de la suya, y se esforzó en imitar las prácticas de virtud, que leía del Santo Padre con atenta reflexión.

Sus palabras convertían pecadores, curaban enfermos, tranquilizaban tempestades, sujetaban elementos y arrojaban demonios (1), no es pues extraño, que las gentes lo llamasen Santo. De orden de los prelados fué trasladado á la Masía del Convento, en la que permaneció asistente de aquélla hacienda, hasta que la muerte le llamó. Habiendo vuelto á su Convento de Valencia y estando inspirado de la Suprema luz, anunció cosas ocultas y distantes. Daba noticias del estado de la salud de los enfermos que vivían en pueblos muy apartados de la ciudad. En algunas ocasiones anunció la colocación de varias personas, el estado que tendrían los unos y los otros, como consta en el Informativo. Avisó á algunos de la proximidad que estaban para morir, á fin de que se preparasen; y de otros que se creían próximos á la muerte, por su agrabada enfermedad, anunció el restablecimiento. Consta así por declaración de una Religiosa del Convento de la Encarnación de esta ciudad, que se confesaba con un señor canónigo de la Iglesia Metropolitana. Esperaba el golpe decisivo, y no se oían de él sino muy malos pronósticos en orden á la salud. La Religiosa vivía atribulada por las malas nuevas que oía. Fué, pues, Fr. Pedro á visitarla y la dijo. Tu no recibas tanta aflicción, ni por eso dejes de comulgar, ni otros ejercicios de tu devoción, que primero moriremos yo y tu madre que tu confesor. Con efecto, se verificó la predicción muriendo Fr. Pedro el 17 de Setiembre de 1802, y la madre de la religiosa en el 30 de Abril de 1803. En cuyo intermedio el señor canónigo recobró la salud.

(1) Sermón de Exequias por el P. Fr. Félix Blat, 24 de Enero 1806. Página 14 y 15.

Deseaba la muerte, consumando el holocausto de su vida bajo el yugo de la obediencia, en su ministerio de Asistente de la Masía, cuya obediencia consideraba como prenda de salvación. Llevó sus molestias con paciencia, edificando á todos y advirtiéndole luego que desfallecían sus fuerzas, tomó el camino de la Masía al Convento para morir entre sus Hermanos: vino á pie y exigiéndole la enfermedad, recibió los Santos Sacramentos con edificante fervor, compunción de espíritu y humildad de corazón; y al cuarto día de haber venido que era el 17 de Septiembre de 1802, sintió mayores las vehemencias de unirse con Dios en la gloria, é invocando los dulcísimos nombres de Jesús y María, espiró.

A pocas horas de difunto principiaron las maravillas consecuentes á su glorioso fin. Ha sido el honor del pueblo valenciano y gloria de la Religión de los Mínimos de San Francisco de Paula.

V. SOR MARÍA DOLORES DE SANTA TERESA

La Hermana María Dolores de Santa Teresa, religiosa corista del ejemplar monasterio de Corpus-Christi, natural de Játiva y bautizada en su Iglesia Colegial, dotada de buena índole, de prendas de naturaleza y gracia, correspondió fielmente á la cristiana y esmerada educación que recibió de sus padres D. Juan Juanicot y Doña Margarita Nandín.

Sus juegos y entretenimientos de la infancia en el Colegio de que fué alumna, y en su casa, ya presagiaban las inclinaciones de su espíritu, divirtiéndose con las de su edad, haciendo el Vía-Crucis y las caídas de Jesús yendo al Calvario, no sin compasión y ternura, como lo demuestran la puela y los cordeles que ceñía á su cuerpecito por falta de cilicio que desahogara su amor á la Cruz. Ya mayorcita, creciendo en deseos de penitencia, acibarada con agenjos la co-

mida, discurriendo trazas para amargar del modo que podía las mismas precisas necesidades de la naturaleza. Tal vez estén salpicadas aún de sangre las paredes de un pequeño rincón que en su casa había escogido para orar en retiro, y aún parece que resuenan las voces y quejas de su buena madre, reconviniendo á la hija por pródiga de su sangre, y penitente más que su delicada complección permitía.

Cifrando sus delicias en la soledad y silencio, era á las veces asaltada de horrores y diabólicos espantos, intentando el demonio arrancarla de la oración, pero una fuerza superior á su edad, calmaba sus temores, no desamparando el lugar de la oración por ruidos que sintiera, ni por espectros ni fantasmas que la asustaran. La voz de su Dios, que de vez en cuando percibía en lo hondo de su espíritu, era justamente luz y confortativo para esta alma, perseverando inmóvil en la Oración.

Con estos antecedentes se acercó á las puertas del Carmelo, las que no dudaron abrirlas de par en par á la fervorosa penitente, que no el capricho, ni la violencia, ni la seducción, sino Dios, la arranca del mundo para plantarla en el vergel de regadío, que las aguas de Juan de la Cruz y Teresa de Jesús bañan y fertilizan. La limpia virginidad que echó en ella tan hondas raíces, como que halló la más feliz ignorancia del vicio contrario y una inocencia verdaderamente angelical, creció hasta el punto de no experimentar luchas de la carne contra el espíritu.

Su obediencia á los superiores sacrificó siempre su propia voluntad y su amor á la pobreza, especialmente resplandeció cuando en vez de celda, en el Convento de Carmelitas de San José, donde fué trasladada su Comunidad (por algún tiempo), escogió un pequeño desvan, sintiendo su alma tal placer de habitarlo, que arrebató al cuerpo en raptó maravilloso.

Su sed de penitencia fué inextinguible, no pudiendo apagarla la sangre que vertía, ni su vida de prolongado martirio, ni todas sus terribles purificaciones, que hicieron más atroces las persecuciones y malos tratamientos de los demonios. La altura á que llegaron las tres virtudes Teologales, Fe, Esperanza y Caridad, puede entreverse por el don de sabidu-

ría, que acompañó á su fe y luz sobrenatural, que la bañó, por las fuertes tentaciones de desconfianza sugeridas por el demonio, que nunca pudieron hacer bambolear el edificio de su esperanza, fundado en Dios y por los ardores de su amor seráfico, que arribó á su heroísmo en su desposorio y místico matrimonio con Jesús. Todo lo corrió esta privilegiada religiosa, bebió del amor hasta embriagarse en sus vinos, supo todos sus secretos, gozó todos sus favores, penetró todos sus misterios, recibió todas sus heridas, enfermó de todas sus fiebres, las visiones divinas la recrearon, las hablas interiores la enseñaron, la voz misma de Jesús resonando en su corazón ó al oído en dulce expresión de «eres ya toda mía,» arrebatando su cuerpo ó la suspendía de los sentidos ó la elevaba en éxtasis y raptos maravillosos. Las apariciones de la Inmaculada Virgen María, ya sola ó acompañada de San José, Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Santa Catalina, las de San Joaquín y Ana, las de los espíritus celestiales que convirtieron en Cielo la pobrísima celda de la Carmelita, fueron cual legacías y embajadas del esposo, que preparaban á la esposa y el mismo Jesús en su Divina persona se dignó visitarla muchas veces, él llamándola con amoroso silvo de pastor, y ella rindiéndosele cual docil oveja. Ved ya á María Dolores consagrada esposa del rey Jesús. La Espada del finísimo temple que rompió las ataduras que á esta paloma detenían para volar al amado, fué su última pasión que sufrió cruelísima en la semana próxima á su muerte, diciendo á su director «ahora muero,» exhalando entonces su postrera respiración, cerrando sus ojos á esta vida para abrirlos á la lumbré hermosa de la divinidad.

Murió María Dolores de Santa Teresa en el ósculo del Señor, en la paz de los justos como piamente creemos, y sus muchas virtudes nos hacen concebir, á la edad de treinta años y once de religión.

V. P. AMADOR ESPI

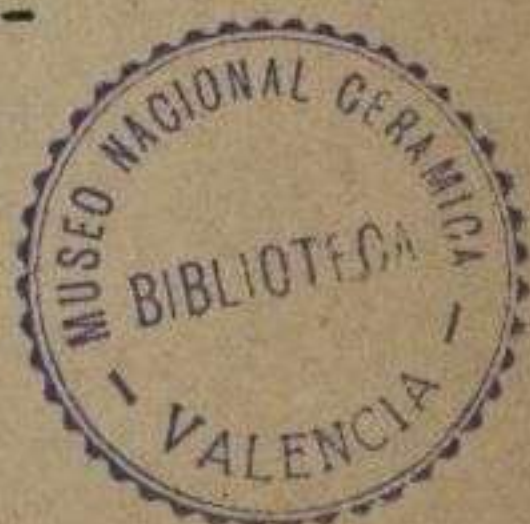
Este Venerable fué hijo de la villa y Convento de Luchente, y hallándose en la provincia de Aragón en compañía del Beato Domingo de Córdoba para restablecer la decaída observancia, por guardar al V. P. Domingo, que quiso defenderle como escudo, recibió otras cuchilladas, y después de cuatro días murió como Santo, y venerados los dos como mártires, y trasladados á Valencia sus cuerpos fueron colocados en el precioso camarín de la Capilla de San Luis Bertrán, los cuales se han aparecido con él gloriosos.

Este Venerable tuvo el cargo de Prior en este Convento de Valencia. Vida de San Luis, pág. 324.

V. COSME MUÑOZ

El Venerable Fr. Cosme Muñoz fué natural de Valencia. Estudiados los preceptos retóricos en la Academia de esta ciudad, vistió el hábito de Mínimos en el Convento de San Sebastián de la misma. La singular pericia en las artes y Teología juntó una rara y maravillosa noticia de las matemáticas, las que leyó público profesor en Roma, siendo aclamado por un nuevo Ptolomeo.

Fué después nombrado cosmógrafo del rey Felipe II, en la corte de España; pero huyendo de los aplausos del mundo se dió al rigor de la penitencia, en el que murió, siendo conocido por el Venerable de las lágrimas.



V. FR. JUAN MORA

El Venerable Fr. Juan Mora, valenciano; fué Religioso Mínimo de la Obediencia, siendo ejemplar, penitente extático, bien conocido por el dón y ternura de su corazón transportado y contemplación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y devotísimo de Jesús Sacramentado.

Murió el día 17 de Mayo del año 1559, en este Convento de San Sebastián de Valencia.

V. JUAN BAUTISTA BOLUFER

Este Venerable Religioso Mínimo de San Francisco de Paula, natural de un pueblo de la Marina, fué grande en la dirección de las almas y discreción de espíritus. Murió siendo Provincial, el día 28 de Abril del año 1807, á los 72 años de edad, con una muerte tranquila, igual á su vida, llena de olor de Santidad.

V. DOCTORA JOSEFA MARIA ROCA

La Venerable Doctora Josefa María Roca, natural de Valencia; fueron sus padres D. Justiniano Roca de la Serna y Azcárraga y Doña Antonia Mascarell y Rubí, después marquesa de San Juan.

Nació al mundo en 8 de Mayo y á la gracia por el Bautismo en 9 del mismo mes y año 1691. Le administró este Sacramento el V. Dr. D. Ramón Mascarell y Rubí, Canónigo de esta Metropolitana, Presbítero y Prepósito que fue de la Congregación.

En la niñez, su bello ingenio, su vivaz entendimiento, su comprensión y facilidad en aprender cuanto se le enseñaba, así de primorosas labores, propias del sexo, como de habilidades, con que se manifiesta más al decoro, de que es digna la nobleza en las señoras, y su memoria en retener cuanto comprendía, eran muy superiores á su edad, en términos que los ministros de la Iglesia juzgaron conveniente no diferirle más que á los siete años la Sagrada Comunión; y en efecto, se la dieron, con gran consuelo, en aquella edad.

A los diez años de edad, su madre la aplicó á la música de canto figurado, y su clara capacidad la facilitó de manera la posesión de este arte que llegó en pocos años á componer con acierto y gusto.

A estos dones, que no siempre van juntos con las virtudes, vinculó la Venerable Doctora Josefa un gran cuidado de agregarlas, para que ellos fuesen loables.

Esta venerable señora supo unir con las obligaciones del matrimonio el desapego y votos de religión, en la comodidad de una vida política y común, la austeridad, penitencia y perfección de grandes virtudes, en su modo, muy difíciles de practicar en su estado, y cumpliendo con los respetos decentes del siglo á que la obligaba su estado, juntó una alta contemplación, trato familiar y unión con Dios, propias de la abstracción de anacoreta, por lo cual la hizo Dios muy singulares favores. El Señor la enfervorizó hasta abrazar en cuanto pudo lo que compete á religiosas de Santa Teresa; observó con fervor exacto su regla, cumplió menuda y delicadamente con indecible mérito la difícil guarda de sus respectivos votos.

Era muy parca en la comida, y lo poco que tomaba venía á ser de lo más grosero que su ingeniosa industria escogía de la mesa para su alimento: de la fruta la peor, del guisado lo de menos sazón y gusto.

En la almohada de la cama donde descansaba unas cuatro horas la cabeza ponía muchos alfileres para recompensar la mortificación que el estado no le permitía, durmiendo en una tarima como quisiera. Ayunaba, á más de lo que manda la regla de Santa Teresa, todos los viernes y sábados con admirable disimulo.

Los martes, jueves y sábados se disciplinaba, y tambien lo hacía todos los días antes de comulgar, haciéndolo lo mismo los lunes, miércoles y viernes para disponerse mejor á tan gran beneficio; su marido, que la amaba como la obligación dictaba á su bondad y como lo merecían las prendas de doña Josefa, cuidando de su regalo, comodidad y salud, jamás descubrió cosa de lo interior y penal vida de esta Venerable señora.

De manera, que más de una vez dijo á los parientes, después de muerta su esposa, estas palabras: «Yo sí que tenía por virtuosa y timorata á Doña Josefa mi mujer; pero no por tan Santa y penitente como ahora oigo decir.»

Tanta fué la industria, tanta la reserva y cautela con que esta Maestra de la rigida mortificación y disciplina de Dios, enseñó y eligió estas obras penales para servirle en su estado; y con tan diestra habilidad se ingeniaba para componer en sí concordemente la vida social del matrimonio en comodidad nada singular y decencia de familia, con una violenta austeridad de penitencias.

En fin, continuó esta señora sin accidente alguno de cuidado hasta el día 8 de Noviembre del año 1733, en que le sobrevino el gravísimo de que murió.

El Señor la había avisado muy de antemano se preparase para la última jornada, y desde entonces solía decir al confesor: *Yo moriré pronto: mi vida no puede durar mucho.*

Agravándosele la enfermedad con los dolores cólicos que la afligian mucho, no se le oían más palabras que estas: *Señor, dadme paciencia; Señor, sea todo por vuestro amor; Señor, hágase vuestra Santísima voluntad.* Acometióle después una fuerte alferecía, y al paso que daba mucha lástima el verla padecer, era de sumo consuelo ver su serenidad. Inmediatamente que se vió asaltada de este nuevo accidente pidió se le

administrasen los Santos Sacramentos. Recibió esta vez, más que nunca, con gran ternura, sumo consuelo de su alma y con singular edificación de todos los circunstantes el Santo Viático; pidió para después la Extremaunción muchas veces.

Tenia siempre los brazos en cruz sobre el pecho, y pocas horas antes de morir, mudando la postura de los brazos cruzados sobre el pecho y volviéndose por sí misma hacia la parte donde estaban las Imágenes de Santa Bárbara, de Santa Teresa de Jesús y las Reliquias de San Felipe Neri y otros Santos, sin más movimiento que si quedase dormida expiró con suma quietud, y á lo que piamente se cree para pasar á gozar en Dios el premio de sus virtudes por una eternidad, el día 21 de Diciembre de 1733, á la edad de 42 años y siete meses.

V. SOR MARIA DE SANTA CLARA

Esta Venerable llamada en el siglo Francisca Ferrer, fué religiosa de la obediencia del Monasterio de Ruzafa, del Orden de Santa Clara. Nació en el lugar de Ruzafa el año 1737, día 4 de Octubre. Fué bautizada el día 5 del mismo en la Parroquial iglesia de dicho lugar. Sus padres se llamaron José Ferrer, de oficio dorador, y su madre Antonia Jimeno, ambos de virtuosas costumbres y de mucha honradez.

Estos se esmeraron mucho en la educación cristiana de su hija, que era de muy buena índole y muy docil.

Esta Venerable vivió en el siglo desde su niñez hasta que entró Religiosa virtuosa y santamente. Continuó en el Noviciado, y después de profesa hasta su muerte, una vida virtuosa, pero sin exterioridades que la distinguiesen de las demás Religiosas.

Todos sus sentidos los tuvo siempre clavados con su Esposo Jesucristo en la Cruz, de una perfecta mortificación. Puso grande estudio toda su vida, en que las precisas viandas

que comía en muy escasa cantidad, estuviesen desabridas y amargas. Jamás se quejó de la comida que la Comunidad le administraba, ni sana ni enferma. En una palabra, su cuerpo estuvo en todos sus sentidos crucificado siempre con el de su amado Esposo Jesucristo.

Se dedicó también con especial cuidado á la caridad y consuelo de todas sus hermanas, así sanas como enfermas. Las servía y consolaba con tanto afecto y cariño, como si cada una hubiese salido de su mismo corazón. Este particular afecto con que servía y consolaba á todas sus hermanas, era efecto de aquel amor superior con que amaba á Dios en sus hechuras, el Padre Celestial en sus Hijas al Criador en sus criaturas. El Señor dió á entender la singular complacencia que recibía de los caritativos empleos de su Sierva con las Religiosas, dándola á conocer sus necesidades y moviéndola con impulso superior para que acudiese á su socorro.

En fin, contrajo Matrimonio Espiritual con Jesucristo á presencia del Padre Eterno y asistencia del Espíritu Santo, siendo de edad de 33 años, y murió el día 20 de Enero del año 1784, de edad 55 años, muriendo desconocida y sin que nadie supiese que había muerto, como ella se lo había pedido con instancia al Señor á persuaciones de su profunda humildad.

En fin, murió oculta y desconocida á las criaturas, á excepción de sus sabios y prudentes directores que examinaron la bondad y elevación de su espíritu, y todo lo más sublime y delicado de su interior con la madurez y severa crítica que exige un negocio tan árduo y de la mayor importancia, y lo aprobaron contestes por palabra y por escrito.

SANTOS

cuyos cuerpos se veneran y existen en las iglesias
y relicarios de este antiguo reino de Valencia

En la Santa Iglesia Metropolitana.—El de Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia; el de San Luis, Obispo de Tolosa; el de un Santo Inocente; el de San Fecundino, Mártir; el de San Eusebio, Mártir; el de San Valentiniano, Mártir.

Real Colegio de Corpus-Christi.—El del Beato Juan de Ribera, su fundador y Arzobispo de Valencia; el de San Diodoro, Mártir; el de San Urbano, Mártir; el de San Regulo, Mártir; el de San Mauro, Mártir romano, patrón del Colegio; el de San Desiderio, Obispo y Mártir; el de San Geminiano, Mártir.

PARROQUIAS.

Iglesia de San Esteban.—El de San Luis Bertrán, C. Valenciano.

Iglesia de Santa Catalina Mártir.—Santa Emerenciana, Virgen y Mártir; San Luis, Obispo y Mártir; San León, Mártir; Santa Cristina, Virgen y Mártir; Santa Teodora, Virgen y Mártir; San Justino, Filósofo, Mártir; Santos Ciriaco y Saturnino, Mártires; San Máximo Mártir; Santa Márcela, Virgen y Mártir; Santa Margarita, Virgen y Mártir; Santos Xisto Papa, Agapito Diácono, é Inocencio Subdiácono, Mártires; San Julio Mártir, Senador Romano; San Ceferino, Papa y Mártir; San Casto, Mártir; San Mauricio, Mártir; San Jacinto, Mártir; San Pedro Militi, Mártir; Santa Perpetua, Virgen y Mártir; Santa Preparata, Virgen y Mártir; Santa Aurelia, Virgen y Mártir; San Félix, Mártir.

Iglesia de San Nicolás Obispo.—El de San Justo, niño, mártir y el del Beato Gaspar Bono, valenciano.

Real Capilla de Ntra. Sra. de los Desamparados.—El de un Niño Inocente.

Convento de la Encarnación.—El de Santa Reparata, Virgen y Mártir.

Iglesia de las Escuelas-Pías.—El de Santa Marcia, Mártir.

Iglesia de Santa María de Jesús.—El del Beato Nicolás Factor, C. Valenciano.

GANDÍA.

Iglesia de San Roque.—El del Beato Andrés Hibernón C.

ALCIRA.

Iglesia Parroquial.—Los de los Santos Bernardo, María y Gracia, hermanos mártires.

DENIA.

Iglesia Parroquial.—El de San Teodoro, Mártir Romano.

TORRENTE.

Iglesia Parroquial.—El de San Urbano, Mártir.

AYELO DE MALFERIT.

Iglesia Parroquial.—El de San Engracio, Mártir.

LA CRUZ DEL PUIG.

Iglesia Parroquial.—El de San Félix, Mártir.

BENIFAIRO DE VALLDIGNA.

Iglesia Parroquial.—El de San Benito, Mártir.

VILLARREAL.

En el Convento.—El de San Pascual Bailón.

MANISES.

Iglesia Parroquial.—El de San Félix, Mártir.

CARCAGENTE.

Iglesia Parroquial.—El de San Bonifacio, Mártir.

CHIVA.

Iglesia Parroquial.—Los de los Santos Alejandro y Macario, Mártires, Patronos de la misma.

SAN MATEO.

Iglesia Parroquial.—El de San Clemente, Mártir.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1912

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1912

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1912

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1912

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CATÁLOGO

de los Obispos y Arzobispos de Valencia desde el año 1 de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, 34 de su vida y tiempo de los Apóstoles, hasta el presente año de 1885, según el Dr. D. Juan Bautista Ballester, Arcediano de Murviedro, en su obra titulada "Historia del Salvador" publicada en Valencia, año 1671.

- 1.º San Eugenio, Obispo.
- 2.º San Elpidiano Mártir, año 73.
- 3.º Vicente floreció año 100.
- 4.º San Vitorio, año 105. Murió 9 de Octubre.
- 5.º San Victorino Mártir. Murió 6 de Julio.
- 6.º Pedro, año 106.
- 7.º Tertulo, año 119.
- 8.º Jaime, año 166.
- 9.º Terencio, año 197.
10. Feliciano, año 227.
11. Esterio, año 250.
12. Eulogiano, año 298.
13. San Lope ó Lupo Mártir, año 325.
14. Marcelo I, año 330.
15. Lope II, año 366.
16. Juan I, año 400.
17. Fortunato, año 411.
18. Félix I, año 429.
19. San Pamaquio, año 456.
20. San Pastor, año 465.
21. Justiniano I, año 482.
22. Lope III, año 500.
23. Rufiniano, año 510.
24. Justiniano II, año 530.
25. San Justiniano III, año 540. Escritor.

26. Justino Monge, año 540.
27. Celsino, año 546.
28. Félix II, Monje, año 260.
29. San Eutropio, año 581.
30. Liciniano, año 587.
31. Uvigilisco, año 589.
32. Maurino, año 617.
33. Prothasio, año 635.
34. Mustasio, año 638.
35. Aniano, año 645.
36. Felix II, año 655.
37. Suinterico, año 675.
38. Hospital, año 681.
39. Altemiro, año 683.
40. Sarmata, año 688.
41. Uvitislo I, año 693.
42. Ginencio, año 694.
43. Lope III, año 713.
44. Felix III, año 756.
45. Pantaleón I, año 770.
46. Marcelo II, año 796.
47. Félix IV, año 815.
48. Juan II, año 858.
49. Troilano, año 886.
50. Egas I, Monje.
51. Egas II, año 916.
52. Jerónimo Vique (San Jerónimo) Este fué el que dió el título de San Pedro á Nuestra Iglesia Mayor: fué compañero del Cid año 1090.

Perdida Valencia después de la muerte del Cid, no se hallan Obispos, hasta su restauración, en 28 de Setiembre de 1238 (según Claudio Clemente).

53. San Pedro Nolasco, Patriarca y fundador de la orden de Ntra. Sra. de la Merced y Redención de Cautivos, Obispo de Valencia nombrado por el Rey D. Jaime, á persuasiones de la Reyna D.^a Violante, en premio de sus heroicos servicios en ésta y y otras Conquistas, aunque el Santo, por su humildad, no admitió este nombramiento, como ni el Capelo que

poco antes le envió Gregorio IX por mano de D. Berenguer Polon, obispo de Barcelona.

54. Fr. Berenguer Domínico I, después de la conquista.
55. Ferrario de San Martín I, año 1240.
56. Arnaldo de Peralta, año 1243.
57. Fr. Andrés de Albalat, año 1348.
58. Gilberto Abat de San Feliu, año 1276.
59. Fr. Raimundo de Pont, año 1288.
60. Fr. Raimundo Gaston, Canónigo de Valencia, año 1312.
61. Hugo de Fenollet, año 1348.
62. Vidal de Blanes Abad, año 1356.
63. D. Jaime de Aragón, año 1369.
64. D. Hugo de Lupia, año 1398.
65. Alfonso de Borja, año 1429.
66. Rodrigo de Borja, año 1458.
67. César de Borja, año 1492.
68. D. Juan de Borja y Llansol, año 1499, valenciano.
69. Pedro Luis de Borja Llansol, año 1500, valenciano.
70. D. Alonso de Aragón, año 1512.
71. D. Erardo de la Marca, año 1520. Murió en Lieja á 27 de Febrero de 1538, en el cual día se cumplieron 110 años, 10 meses y 26 días que carecía Valencia de la presencia de sus Prelados.
72. D. Jorge de Austria, Flamenco, año 1538.
73. Santo Tomás de Villanueva, año 1544.
74. D. Francisco de Navarra, año 1556.
75. D. Asisclo Moya de Contreras, año 1564.
76. D. Martín de Ayala, año 1565.
77. D. Fernando de Lloaces, año 1567.
78. D. Juan de Ribera (*Beato*), año 1568.
79. D. Pedro de Castro. Este murió antes de tomar posesión en 28 Octubre 1611.
80. D. Fr. Isidoro de Aliaga Domínico, año 1612.
81. D. Pedro de Urbina, año 1649.
82. D. Martín López de Hontiveros, año 1664.

Hasta aquí del catálogo del Dr. D. Juan Bautista Ballester en su Historia del Savador de Valencia, año 1671.

Los siguientes están copiados del catálogo del archivo de la Catedral.

83. D. Ambrosio Ignacio Espinola, año 1667.
84. D. Luis Alfonso de los Cameros, año 1668.
85. D. Fr. Juan Tomás de Rocavertí, año 1676.
86. D. Fr. Antonio Folk de Cardona, año 1700.
87. D. Andrés de Orbe y Larreategui, año 1725.
88. D. Andrés Mayoral, año 1738.
89. D. Tomás Azpuru, año 1770.
90. Excmo. Sr. D. Francisco Fabián y Fuero, año 1773.
91. Excmo. Sr. D. Antonio Despuig y Dameto, año 1795.
92. D. Juan Francisco Jiménez, año 1796.
93. Excmo. Sr. D. Fr. Joaquín Compañy, año 1800.
94. Excmo. Sr. D. Fr. Veremundo Arias Tejeiro, año 1815.
85. Excmo. Sr. D. Simón López, año 1824.
96. Excmo. Sr. D. Joaquín López y Sicilia, año 1832.
97. Excmo. Sr. D. Pablo García Abella, año 1848.
98. Excmo. Sr. D. Mariano Barrio Fernández, año 1862.
99. Excmo. Sr. D. Antolín Monescillo, que hoy gobierna esta Diócesis, año 1877.

INDICE

| | Páginas. |
|--|----------|
| Prólogo. | 1 |
| El Santo Sepulcro en la iglesia parroquial de San Bartolomé de Valencia. | 3 |
| El Santísimo Cristo del Salvador, en Valencia. | 6 |
| Reseña histórica de la Imagen del Santísimo Cristo de la Corona, en la iglesia parroquial de Santa Catalina mártir. | 12 |
| Historia del Santísimo Cristo del Rescate. | 14 |
| Breve noticia de la Santa Imagen del Santísimo Cristo de la Agonía, que se venera en la iglesia del Hospital provincial. | 17 |
| Historia del Santo Cristo de la Fe. | 21 |
| Historia del Santo Cristo de la Virgen María de la ciudad de Alcira. | 26 |
| Historia del Niño Jesús del Huerto, que se veneraba en el convento de la Corona (hoy casa de Beneficencia.) | 28 |
| El niño del Milagro, en Alcoy. | 30 |
| Reseña histórica del memorable triunfo que obtuvo el gremio de curtidores contra los moros en las costas de Argel. | 31 |
| Historia de Nuestra Señora del Puig. | 37 |
| Historia de Nuestra Señora de los Desamparados: su Real Capilla y fundación del Santo Hospital General de Valencia. | 45 |
| Nuestra Señora del Don. | 46 |
| Nuestra Señora de Monte-Olivete. | 51 |
| Historia de Nuestra Señora de la Salud de Chirivella. | 53 |
| Historia de Nuestra Señora de Campanar. | 56 |
| Historia de Nuestra Señora del Castillo de Chiva. | 58 |
| Nuestra Señora de la Cueva Santa. | 62 |
| Nuestra Señora de la Salud de Algemesí. | 63 |
| Historia de Nuestra Señora de Sales, en Sueca. | 64 |
| Historia de Nuestra Señora del Algibe, en San Sebastián. | 66 |
| Historia de Nuestra Señora de Gracia en San Agustín. | 67 |
| Historia de Nuestra Señora del Pie de la Cruz de la villa de Puzol. | 72 |
| Nuestra Señora de la Salud de Játiva. | 72 |

Santos valencianos después de la Conquista.

| | |
|---|----|
| Santos Justiniano y Hermanos mártires | 74 |
| Santos Bernardo, María y Gracia, Hermanos mártires de Valencia. | 74 |

Mártires en Valencia.

| | |
|---|----|
| San Vicente mártir. | 77 |
| Arzobispos y Obispos Santos de Valencia.. . . . | 80 |
| San Juan de Perusia y San Pedro de Saxoferrato. | 82 |

Conquista de Valencia por el rey D. Jaime I de Aragón.

| | |
|--|-----|
| La Dedicación de la Santa Iglesia mayor en Valencia. | 85 |
| San Pedro Pascual de Valencia, Obispo y mártir.. . . . | 87 |
| San Vicente Ferrer, confesor. | 90 |
| San Luis Bertrán, confesor. | 94 |
| San Francisco de Borja, confesor.. . . . | 97 |
| El Beato Nicolás Factor.. . . . | 98 |
| El Beato Gaspar de Bonon. | 99 |
| El Beato Jacinto Orfanell. | 101 |
| El Beato Juan de Puigventós. | 111 |
| El Beato Antolino.. . . . | 112 |
| El Beato Juan Micó. | 113 |

Arzobispos después de la Conquista.

| | |
|-----------------------------------|-----|
| San Pedro Nolasco.. . . . | 114 |
| Santo Tomás de Villanueva.. . . . | 114 |
| El Beato Juan de Ribera.. . . . | 116 |

Venerables.

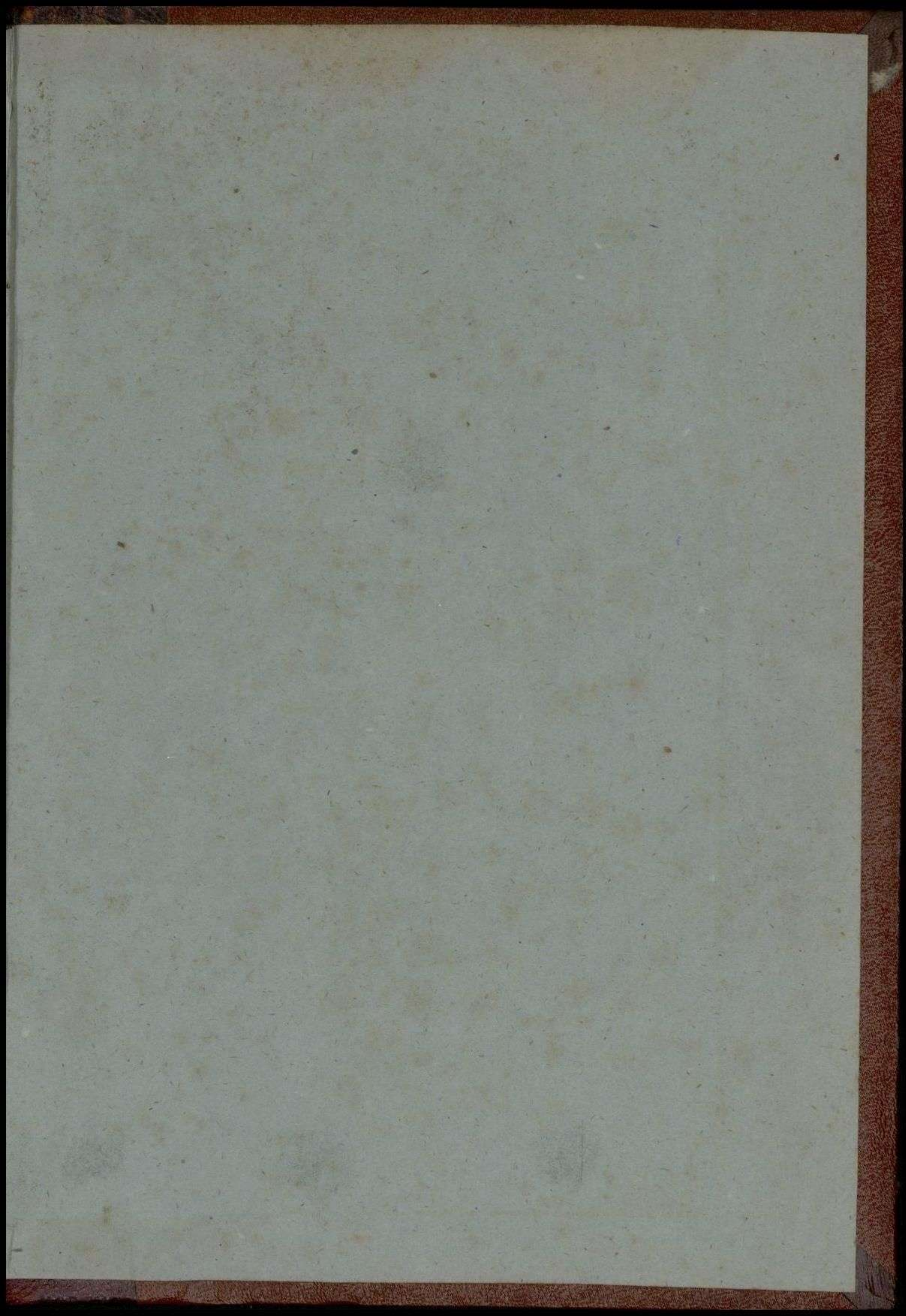
| | |
|--|-----|
| V. P. Fr. Francisco Davón. | 118 |
| V. Dr. Fr. Pedro Figuera Carpi. | 119 |
| V. Juan Gilabert Jofré. | 119 |
| V. P. Dr. Bonifacio Ferrer. | 123 |
| Vida de la Penitente Virgen Inés de Moncada, Hija espiritual de San Vicente Ferrer.. . . . | 124 |
| V. P. Fr. Lorenzo Compañ.. . . . | 127 |
| V. P. Fr. Vicente Ferrer y Mallent. | 129 |
| V. P. Fr. Bartolomé Pavía. | 131 |
| V. Fr. Francisco Ferrández.. . . . | 132 |
| V. P. Fr. Jerónimo Valeriola. | 133 |
| V. P. Fr. Onofre Vidal. | 134 |
| V. P. Fr. Dionisio Botella. | 134 |
| V. Juan Blas Navarro. | 135 |

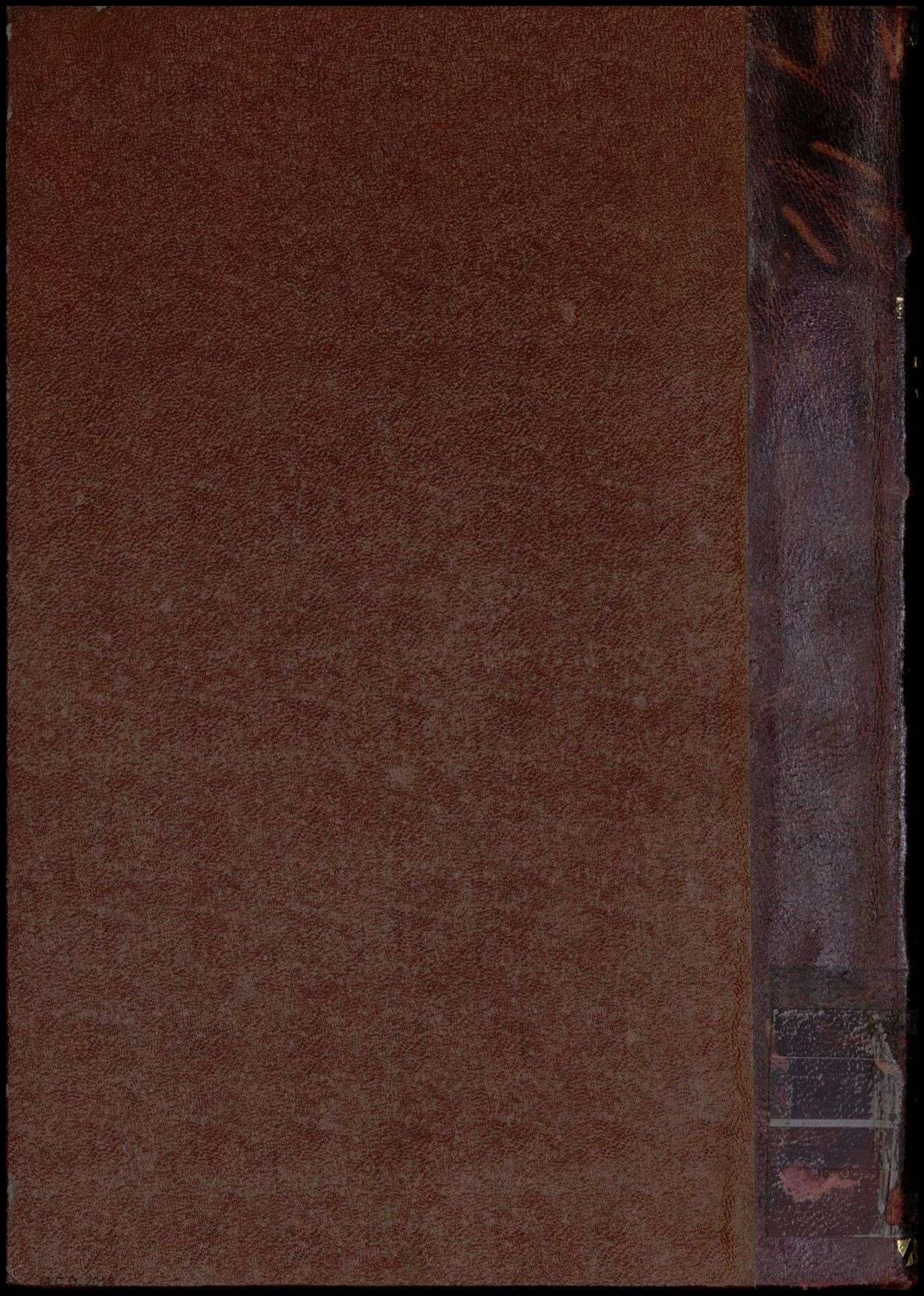
| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| V. P. Fr. Juan Vidal. | 135 |
| V. Fr. Juan Oliver. | 137 |
| V. Hermano Pedro Muñoz. | 138 |
| V. Francisco Jerónimo Simó, Presbítero. | 142 |
| V. Sor Ursola Fuertes. | 143 |
| Ilmo. y V. Dr. Fr. Andrés Balaguer. | 143 |
| V. P. Fr. Domingo Febrer. | 144 |
| V. P. Fr. José Morante. | 146 |
| V. P. Fr. Hernando Martínez. | 148 |
| V. P. M. Fr. Jerónimo Alcocer. | 149 |
| V. P. M. Fr. Jerónimo Cucaló. | 150 |
| Illmo. y V. P. M. Fr. Gaspar Catalán. | 151 |
| Vida del V. P. Fr. Pedro Esteve. | 153 |
| V. Juan Bautista Bertrán. | 156 |
| V. P. Fr. Antonio Marigó. | 157 |
| V. P. Fr. José Corberán. | 158 |
| V. P. Pedro Macián. | 158 |
| V. Fr. Domingo Alegre. | 159 |
| V. Juan Bautista Miralles. | 160 |
| V. Mosén Gregorio Ridaura. | 163 |
| V. María Navarro. | 166 |
| La V. María Sor Josefa Inés de Benigani. | 169 |
| V. P. Fr. Vicente Vitor. | 171 |
| V. Ambrosio Navarro, Presbítero. | 172 |
| Fr. Agustín Ávila. | 173 |
| V. Fr. Nicolás Valls. | 174 |
| V. P. Melchor Rubert. | 176 |
| V. P. M. Fr. José Bono. | 177 |
| V. Raimunda Tapia. | 179 |
| V. Sor Margarita Agullona. | 179 |
| V. Gertrudis Anglesola. | 180 |
| V. Luisa Zaragoza. | 184 |
| V. P. Fr. Andrés Garrido. | 186 |
| V. Josefa María Riera. | 187 |
| V. P. Dr. José Flor y Rosell. | 189 |
| V. Francisca Badía. | 190 |
| V. Joaquina de la Cruz. | 194 |
| V. Fr. José Cots. | 198 |
| V. Josefa María Benlloch y Albors. | 200 |
| V. Fr. Jacinto Castañeda y Pujazons. | 204 |
| V. Gabriel Ferrándiz. | 206 |
| V. Sor Vicenta Rita Aguilar, religiosa Agustina de San Julián. | 207 |
| V. Fr. Silvestre Llansol. | 209 |
| V. Fr. Francisco Baello. | 210 |
| V. Sor María de los Angeles. | 210 |
| V. Fr. Pedro Sacanelles. | 213 |
| V. Sor María Dolores de Santa Teresa. | 216 |
| V. P. Amador Espí. | 219 |

6-2

| | |
|--|-----|
| V. Cosme Muñoz. | 219 |
| V. Fr. Juan Mora. | 220 |
| V. Juan Bautista Bolufer. | 220 |
| V. Doctora Josefa María Roca. | 220 |
| V. Sor María de Santa Clara. | 223 |
| Santos cuyos cuerpos se veneran y existen en las iglesias y relicarios de este antiguo reino de Valencia. | 225 |
| Catálogo de los Obispos y Arzobispos de Valencia desde el año I de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, 34 de su vida y tiempo de los Apóstoles, hasta el presente año de 1885. | 229 |









TO RICHARD



IMAGINES
Y SANTOS

M. G. M.



cual; en esta época visitaron el Santo Sepulcro el fundador de la Real y Militar orden de la Merced San Pedro Nolasco, el de la de PP. Trinitarios San Juan de Mata, uno y otro en ocasión de venir á redimir cautivos, y los franciscanos San Juan de Perusia y San Pedro de Saxoferrato, que en esta ciudad fueron martirizados.

Al tiempo de la reconquista, la Iglesia del Santo Sepulcro debía estar ó sería entregada en poder de los monges ó canónigos Basilio, supuesto que en una escritura del año 1297 que publica Esclapes, firman un Fr. Domingo de la orden del Santo Sepulcro y Rector de San Bartolomé, y otro Fr. Simón, como canónigo del Santo Sepulcro y Prior de Aragón, Mallorca y Valencia.

Por lo visto, ya el que fué sólo Templo del Santo Sepulcro, se denominaba también entonces de San Bartolomé, y aquél quedó como una Capilla Privilegiada, por la que la Iglesia adquiere su mayor gloria y nombre.

Las Indulgencias que los Pontífices han concedido á esta devota Capilla y á la Cofradía en ella establecida, son tantas, que á no haber consumido el fuego tanta multitud de Bulas (1), se vieran en el día las arcas del Archivo de esta Iglesia llenas de papeles, pergaminos y testimonios auténticos. Sin embargo, para resarcir este daño y añadir nuevas grandezas á esta Santa Capilla, el Pontífice Sixto V la agregó á la Iglesia de San Juan de Letrán, y la hizo participante de todas las gracias de aquélla. El mismo favor confirmaron Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII; Clemente IX hizo perpetua esta agregación, y sobre ella, para que fuese notoria esta gracia perpetua, mandó el mismo Pontífice, que en la parte exterior de la Iglesia, frente de la Santa Capilla, se pusieran de relieve las armas de la Iglesia Lateranense, que son la Tiara Pontificia sobre las Llaves, simbolo de la Sagrada Autoridad y poder que Jesucristo concedió á su Vicario en la tierra. Finalmente, Inocencio XI enriqueció á la Cofradía con tres Indulgencias plenarias perpetuas, una para el día del ingreso, otra

(1) Sermón predicado en la fiesta del Santo Sepulcro el día de Pascua, año 1798.

para el artículo de la muerte en el día de la Resurrección del Divino Salvador.

EL SANTÍSIMO CRISTO

El Santísimo Cristo del para Valencia, y el que disti especial devoción la parroqui templo por esta Soberana naturales y extranjeros, los ración han contribuido en t nas para su reedificación y

Según una piadosa tradi perarse, la Santa Imagen de cipio propiedad de Nicodem precursoras señales de la e los Emperadores Tito y Ves Redentor dejaron ésta y se Palestina cargados con los creerse que llegó á Berito un un cristiano por los años 7 permitió que al trasladars dejara olvidada. Esta casa f al ver la Sagrada Imagen di puso que se repitieran en l tos que sus mayores habian ronle una lanzada en el c sangre y agua. Este porten bro, y la curación repentin enfermos rociados con aqu error, y confesaron que Jes Mesias, y pidieron con m

X-rite ColorChecker® Color Rendition Chart

